

Selecta

*¿Serás
un error,
Pablo?*

Verónica Mengual

¿Serás un error, Pablo?

Verónica Mengual

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*La juventud es un tiempo para cometer deslices;
hay que disfrutarlos y aprender de ellos*

Capítulo 1

LA LLEGADA

Estaba muy entusiasmada por el nuevo reto que me habían propuesto. Era una buena oportunidad para poder optar por un futuro artístico brillante y, sobre todo, para conocer a gente nueva. A la llegada nos abrió la puerta un chico que custodiaba el parquin. Muy amablemente nos dio los buenos días, cogió nuestros pases y alzó la barrera. No me lo podía creer; estaba pasando de verdad.

Era un complejo muy grande, precioso, con unos jardines increíbles; todo muy hollywoodense. La piscina, eje de mi otra gran afición, la natación, estaba en el centro de los tres grandes edificios que componían el lugar. A la entrada nos aguardaba una guía.

—Señores Ballester, sean bienvenidos. Tú debes ser Lucía, un placer tenerte con nosotros y conocerte al fin.

¡Madre mía! ¿Se sabría los nombres de los sesenta que habían entrado por la puerta?, ¿o solo el mío? Comenzamos la visita y mis padres estaban más nerviosos que yo. Mi hermano no paraba de decir que se quería ir, y yo lamentaba no tener papel y lápiz para tomar nota de todo lo que la chica nos estaba explicando. Seguro que, hasta pasadas las dos primeras semanas, no sabría moverme por el complejo. «¡Esto es enorme! ¡Qué jardines! Y dice la guía que detrás hay otras tres piscinas para los deportistas de élite, que también se forman en el centro», cavilé.

Mis pensamientos iban a mil por hora. La chica que nos acompañaba nos mostró el comedor, la sala de estar común, otra sala de juegos y reuniones, una habitación con instrumentos de música, una biblioteca más grande que toda mi casa, varios salones de baile para practicar y un salón de actos que era inmenso. En este último lugar, cabrían unas mil personas, o eso me pareció a mí.

De todo lo visto, lo que más me impresionó fue la biblioteca y el salón de actos. Ya estaba pensando en coger dos o tres libros para poder comenzar con la lectura. Me encantaba leer, pero tenía un problema. Resultaba que, cuando empezaba, no podía dejar un libro a medias y se me hacían las tres de la mañana, y luego a ver quién se levantaba al día siguiente.

¡Y qué decir de la sala de actos! Era un teatro. No sabría si podría ponerme algún día, delante de tantas personas, a representar una obra o a bailar. ¡Madre mía! Los juegos de luces y el equipo de música eran una pasada; no había visto nada tan completo en mi vida. Incluso estaba previsto

un lugar para que una orquesta acompañase en directo a una representación teatral. ¡Qué lujo! Era una escuela perfecta.

La mujer seguía con sus explicaciones.

—Papás, no tengan miedo. Sus hijos están en buenas manos. Además, piensen que ya no son tan niños; a estas edades la cabeza ya la tienen bien amueblada, o deberían.

Varios padres —eran pocos los que habían ido con sus hijos— se rieron, los chicos ni la oyeron y nosotras estuvimos serias. Yo, con veintidós años, y como la mayoría de mis amigas, tengo mucho conocimiento. Las chicas maduramos antes; eso dicen. La sociedad sigue insistiendo en que debemos aguantar a un tío toda la vida, casarnos, parir y ser la base de la familia... Sí, en verdad había recibido una educación tradicional, pero me consideraba muy liberal, y tanto que no quería ni pensar en bodas, bautizos y comuniones. Eso no era para mí. Mi filosofía era la siguiente: «Hay que vivir el momento. *Carpe diem*».

La introducción se había acabado. Nos teníamos que despedir de los padres y comenzábamos ahí mismo el curso artístico intensivo. En cuatro años ese complejo iba a ser nuestro santuario. Dormir, comer, estudiar, y prácticamente todas las relaciones se tenían que gestar allí dentro. Pues con lo que me costaba a mí hacer amigos... ¡Ya veríamos cómo quedaría!

Me despedí de mi familia. Fue un adiós muy largo, con sermón incluido. Mi madre no paró de preguntar si era esto lo que quería, y mi padre le contestó por mí. Le dijo que, si no me gustaba, no pasaba nada, que tenía toda la vida para ir probando cosas hasta encontrar lo mío.

—No te preocupes, mami. Si Lucía ve que lo de bailar y actuar no es lo suyo, tiene ya su diplomatura en Magisterio y puede ir probando suerte. Aunque, de todas formas, es en la juventud cuando uno tiene derecho a equivocarse y volver a empezar. En la madurez también, pero ya hay menos tiempo para cometer locuras. Lucía, sé buena y haz lo que te venga en gana, siempre con cabeza y respeto. —Mi padre era un hombre muy sensato.

Ya se habían ido; estaba sola. No sabía cuándo podría escaparme para poder volver a mi casa. Esto no era como la universidad; me parecía más difícil, y lo peor de todo era que había pocos alumnos a los que los hubieran acompañado sus padres. Seguro ya tenía la etiqueta de «pava» puesta, pero no pasaba nada; había personalidad para aguantar lo que viniera.

La guía —me parece que se llamaba Sara— nos distribuyó. Los chicos y chicas deportistas se iban a una parte del complejo y los artísticos, al otro. Pocos chicos venían a bailar, querían formarse en los deportes de agua. No me dio tiempo a pasar revista a nadie, aunque tenía cuatro años por delante para hacerlo. El resto nos fuimos al edificio de al lado. El tercer complejo estaba acondicionado para los profesores y entrenadores. Yo pensaba que estarían separados los chicos de las chicas, pero no. Los edificios estaban muy bien comunicados, y el de los profes no figuraba en el medio, si no, a un lado. En fin, me pareció raro. Siempre en esos casos, pedían que no nos descentráramos de nuestros planteamientos, que el deber es lo primero... pero aquí las reglas no parecían las habituales, y no lo iban a ser. ¡No!

Puede ser que, cuando a uno le dan libertad y confianza, responda mejor que en un entorno de

represión y control. Al menos ese era mi caso. No es que fuera demasiado responsable, pero intentaba hacer bien las cosas; es decir que, si tenía que pasar de ir una clase porque había un plan mejor, pues no iba, pero sabía que tendría que hacer doble trabajo para recuperarla. Sí, la fuerza de voluntad era uno de mis mejores dones; la había heredado de mi padre.

¡Qué habitación! Según explicó Sara, se había hecho un sorteo. La dirección del Centro Internacional de Danza y Deportes de Agua, con sede en Madrid, había establecido que las estancias se otorgaban por rigurosa suerte entre los asistentes. Cuando una promoción salía, las habitaciones que quedaban libres se sorteaban entre los nuevos inquilinos. Este año, las que estuvieron sin dueño eran las más altas, el piso ocho y los áticos. Parecía ser que me había tocado el premio gordo. Los próximos cuatro años los iba a pasar en un ático que hacía chaflán, en la esquina del edificio, admirando la capital a segundo plano y un hermoso parque en uno de los laterales de mi balcón. Había una vista preciosa, la verdad, y eso que era prácticamente de noche, pero en septiembre aún quedaba luz a las ocho y media de la tarde.

La cama estaba paralela a la puerta de la entrada; era de matrimonio. Al otro lado había un sofá grande, con una mesa redonda en el centro; frente a él, una pantalla plana de unas veintidós pulgadas colgada en la pared. Al lado de la televisión, estaba la mesa de cristal con sus cajones; era el escritorio. Encima tenía varias estanterías; junto a él había una neverita. Parecía un hotel. La puerta del baño estaba junto al cabezal de la cama. Había una ducha, un bidé, un lavabo y un inodoro. Nada de lujos, con una decoración en blanco y negro muy vistosa. Me encantaba mi habitación y, sin duda, lo mejor era el balcón. Unos diez metros cuadrados increíbles. Pensé que tendría que comprar una mesita de plástico para disfrutar de las noches de verano al aire libre.

Saqué los trastos de las maletas. Estaba nerviosa porque era casi la hora de cenar y no tenía la menor idea de dónde quedaban los comedores. Bueno, es que no sabía ni en qué parte del edificio estaba yo.

Cuando acabé de deshacer las maletas, busqué el ascensor. Junto a mi puerta vi a una chica morena, con mechas rubias y pelo rizado, con ojos grises; parecían verdes, pero por la mañana los tenía azulados. Era un poco más baja que yo y bastante más delgada también. Me saludó con una sonrisa de oreja a oreja y me dio muy buenas vibraciones.

—Hola, soy Vero, de Calpe, cerca de Alicante, ¿y tú?

—¿De Calpe?

—Sí, ¿la conoces?

—Está cerca, justo al lado de la ciudad natal de mi madre, Dénia. Allí íbamos los veranos. He pasado una infancia muy feliz frente al mar. Bueno, disculpa, no te he dicho mi nombre. Yo soy Lucía, vengo de Alicante y me siento como si tuviera ocho años, haciendo amigos por primera vez.

—Sí, ¿verdad? No te preocupes; a mí me pasa igual. Como somos vecinas, y lo seremos durante bastante tiempo, ¿qué te parece si comenzamos a asentar nuestra relación de convivencia? Por cierto, me encanta que conozcas Calpe, yo voy a menudo a Alicante.

—Creo que vamos a ser buenas amigas, Vero.

—Eso espero. Pues, si te parece bien, vamos a cenar, y así nos podremos conocer... para descartar que estés loca o eres una ladrona... ¡Jajaja!

—¡Vaya! Buena forma de romper el hielo.

—El humor no falla. Venga, vamos.

Capítulo 2

RELACIONES

Vero y yo nos entendimos rápidamente. Conectamos muy bien y, como las primeras semanas eran muy tranquilas, con clases suaves y poco trabajo, fuimos simpatizando cada vez más. Conocer Calpe y Alicante nos vino muy bien para tener temas sobre los que hablar. Sentía nostalgia por Alicante; hacía demasiado que mi familia y yo no íbamos a la ciudad y a ver el mar. Últimamente no teníamos tiempo y era una pena, porque la playa tenía un efecto regenerador para la salud, el mal humor. En definitiva, era la mejor cura de todos los males.

Mi amiga y yo, prácticamente, no estábamos a solas nunca. Fuimos conociendo a gente poco a poco y nos hicimos un buen grupo. Muy variopinto.

En el centro artístico, había cuatro cursos de cuarenta y pico de alumnos por clase, con gente muy buena; personalidades para todos los gustos, la verdad. En otro orden de jerarquías, estaban los deportistas. No sabía cuántos serían, pero eran más que los que bailábamos.

Me gustaba mucho el ambiente del centro; era el entorno liberal. Al principio daba la impresión de ser muy conservador, pero de eso nada. Sobre todo el profesorado, muchos jóvenes en ese colectivo. Bueno, no era Sodoma y Gomorra, ¡no!, pero se mascaba la libertad en el aire.

En el grupo de amigos, Vero y yo éramos un núcleo independiente. Nos juntábamos para comer, salir y charlar con otros seis, y a veces éramos más porque había amigos que invitaban a otros colegas. Igual ni nos conocíamos entre nosotros, pero ahí íbamos.

Entre los más allegados a Vero y a mí, figuraba Daniela, que era dulce, rubia, muy buena chica y más adelante, cuando tuvo confianza, nos comentó que era lesbiana. Lola y Marga eran parecidas a nosotras dos. Ellas discutían bastante, aunque no podían vivir la una sin la otra, y se criticaban pero, si eran felices así, quién era yo para decir nada al respecto.

Teníamos en el grupo, también, a David; era estupendo, daba muy buenos consejos. Morenazo de ojos marrones grandes, muy atractivo, con mucha clase y gusto. No sabíamos por qué venía siempre con nosotros, lo imaginábamos con los más listos y habilidosos de la clase, pero nos prefería. Era un valor añadido al grupo. Marga estaba bastante pillada por él al principio; luego, según dijo, lo consideraba solo un amigo. «Soy incapaz de verlo como algo más a estas alturas», decía; pero creí que simplemente intentó coquetear con él y que no cuajó el tonto.

La cuadrilla era de primer año, aunque posteriormente conocimos a mucha gente de segundo y tercero. Las chicas de tercero eran, muchas de ellas, insoportables, y se nos caía la baba con los chicos de cuarto. Había cada ejemplar que quitaba el hipo, pero nada... No nos hacíamos ilusiones con ellos; era para deleitarnos la vista.

A los profesores y entrenadores también los teníamos calados. Las profesoras se portaban bien en general, y los varones encargados de enseñarnos, la gran mayoría, tampoco tenían desperdicio. Los organizamos según sus atractivos y personalidades.

Los primeros meses fueron de afianzamiento. Comencé a saber dónde estaban las cosas, cómo funcionaba el centro. Lo típico en estos casos. La biblioteca se había convertido en un lugar de obligado paso. La literatura me gustaba mucho. Las novelas de amor eran un tema que me parecía interesante y las de carácter filosófico me ofrecían puntos de vista diferentes. ¡Qué le iba a hacer! Era una romántica empedernida.

En cuanto a las clases, estaban bastante bien. No es que yo estuviera entre las mejores, pero la profesora de alternativo, Sara, que fue la que nos había hecho de guía al comenzar el curso, me decía constantemente que tenía un punto propio que no se aprendía en las aulas. Su observación me subía mucho el ánimo.

Las clases de Sara estaban muy bien enfocadas. En ellas nos mezclábamos alumnos de todos los cursos, tanto chicas como chicos. Era una clase diferente. No había un nivel establecido; es decir que los de primero nos codeábamos con los de cuarto sin ninguna preocupación por tener menos experiencia que ellos. Las chicas mayores sí se lo tenían más *creidillo*; estaba claro que ellas ya estaban prácticamente en la recta final de sus clases y bailaban muy bien.

Esta escuela internacional era muy diferente a todas las que había en España y, para mí, en el mundo entero. No impartían enseñanzas que daban títulos oficiales, pero sí técnicas de baile perfectas, y los que salían de allí tenían opciones de hacer una buena carrera profesional. La dirección no daba valor a los títulos, sino al aprendizaje; es decir que el centro te instruía, no daba titulación, pero el hecho de haber estudiado en él era pasaporte directo para entrar en las mejores compañías de teatro, grupos de bailes o cualquier campo de las artes escénicas.

Mi idea no era ser una bailarina excepcional. Había acabado la diplomatura de Magisterio, no había trabajo, se presentaban más de quinientas personas para una oposición y mi padre me había dado la opción de coger un tiempo sabático, pero para formarme. ¡No! No era una pija consentida. Mi padre me tuvo que convencer para hacer ese curso. Yo me sentía culpable por acabar de estudiar y no trabajar. Había hecho varios másteres, pero no salía trabajo. Papá me había dicho que se era joven una vez en la vida. Tenía una media de 7 en la diplomatura, y él se podía comprometer a pagarme un curso de mis mayores pasiones como recompensa por ser buena

estudiante. Esa experiencia era una diversión seria. La verdad era que nunca me había planteado dedicarme a ello; era un pasatiempo caro, pero que mi padre se podía permitir pagármelo.

Ahí estoy, en una fabulosa escuela, con gente privilegiada; imaginaba que habría algún otro que tenía la suerte de que sus padres le pagasen los estudios, y en uno de los mejores centros de artes escénicas.

Fue sorprendente lo fácil que me había resultado entrar. En la prueba de evaluación, pasé sin problemas, con cuatro nociones que había aprendido en el instituto, y luego a ratos, entre clase y clase en la facultad. Este motivo también había sido un detonante para que mi padre hubiera insistido en que hiciera la prueba de acceso para este centro. Luego me dio mucho la brasa para que me decidiera por él. No era que yo fuera brillante, ni mucho menos, pero según él, tenía un talento singular para las artes escénicas. Esa observación no me la había tomado nunca muy en serio porque no era una opinión objetiva; era mi padre...

Durante los primeros meses, sabía que papá no había tirado el dinero a la basura. Aunque no tenía pensado dedicarme a ese mundo, me enriquecía personalmente esa experiencia que estaba teniendo. Además, quién sabía qué me depararía el futuro. El baile y la interpretación sacaban lo mejor de mí y, dado que no tenía la obligación de ser la mejor, porque no había decidido mi porvenir aún, todo me salía simple y a pedir de boca. Es un lujo hacer una actividad por gusto y no por obligación; eso cambia la perspectiva de todo lo que se tiene en mente. Vero sí tenía claro que iba a dedicarse a la danza, lo deseaba fervientemente. Todos sabíamos que David también llegaría muy lejos; con esos movimientos y su porte, la cosa estaba hecha.

Las clases de Sara no eran las únicas que me gustaban. Nadar me encantaba. El entrenador de natación era muy popular en el campus, estaba muy bien formado... En fin, tenía un cuerpo de muerte y era guapísimo. Ojos verdes, moreno, labios carnosos, alto, culo bien puesto... ¡Tremendo! Seguro que era un ligón. Cuando nos ayudaba a hacer algún ejercicio, las chicas, todas sin excepción, nos poníamos nerviosas, al igual que algún que otro chico también. Era increíble; entrábamos de nuevo en la edad del pavo ante él. ¡Por Dios!, y eso que no hablaba con los alumnos más de lo estrictamente necesario. Según comentaban, su historial amoroso en el centro era muy completito. Muchas nos imaginábamos estar en su lista. Fantaseábamos, solo eso.

Al margen de todo, como tenía veintinueve o treinta años —no creía que tuviera más—, lo considerábamos uno de nosotros. Se portaba bien, pero nos trataba con poca familiaridad, de lejos, sin implicarse. Pensamos que sería para no perder su objetividad a la hora de evaluarnos. Casi todos los tutores eran jóvenes, aunque también había alguno de sesenta años, como el profesor de inglés. Con ese no nos poníamos nerviosas. ¡No!

Me encantaba nadar, y las clases de la piscina estaban pensadas para sincronizar el cuerpo; el agua nos ayudaba a realizar los movimientos en tierra con mayor precisión. Era habitual combinar mis estancias de la biblioteca con las de la piscina. No me gustaba ir a nadar cuando había

demasiada gente, prefería ir a la piscina sobre las nueve de la noche; todos estaban cenando o preparándose para salir o ir a dormir, por lo que era una hora muy buena para pensar en mí, en mis cosas, o para simplemente dejar la mente en blanco mientras hacía ejercicio. Adoraba el agua, aunque no fuera la del mar. Además, el bañador me quedaba muy bien y lucía figura, más bien curvas. Eso sí, el gorrito dichoso no me sentaba nada bien; con él era todo ojos verdes, el resto de mi cara desaparecía, y eso que la tenía redonda, con unos buenos mofletes.

La piscina estaba climatizada, tenía una pérgola acristalada que ponían en invierno. Las escaleras de la zona la comunicaban con el sótano de los profesores y desde ahí pasaba al edificio de los chicos hasta el mío. Las piscinas de la otra parte del centro estaban vetadas para los alumnos de escénicas, solo eran para los deportistas, lógicamente.

Un día de esos en los que me perdía en el agua, estaba muy concentrada nadando, iba hacia el final y volvía tranquila, sin prisas ni crono, solo para relajarme, comenzó todo.

Cuando acabé, salí a secarme y vi delante de mí al entrenador, a Pablo. ¡Madre mía, cómo estaba el profe de natación! Me sorprendió verlo en esa piscina, porque su terreno era el deportivo. Creí que él nadaría en las otras. Me equivoqué.

Fui educada y le dije: «Hola». Me devolvió el saludo sin una palabra, con un leve levantamiento de cabeza y sin apenas interés, pero con una bonita sonrisa en la boca. «¡Qué corte!», pensé. Y me dije: «Lucía, que no tienes trece años. No te pongas roja, por favor, eres una tía segura de ti misma, y la adolescencia ya no tiene cabida».

Consideré que había sido un poco seco conmigo y luego caí en la cuenta de que ese dios viviente estaría rodeado de chicas que se pasaban el día babeando por él y de que, probablemente, todas le pareceríamos unas crías. Además, recordé su don de la objetividad, así que ¿qué más daba que fuera simpático conmigo o no?

Una vez seca, me dispuse a salir de la zona de la piscina. Di dos pasos en dirección a la puerta y me pegué un resbalón que casi me hizo caer de morros. ¡Qué vergüenza!, pero estuve rápida y aguanté el tipo. Seguro que Pablo me había visto, y apostaba lo que fuera a que había oído el gritito de susto que se me había escapado de forma involuntaria...

Sí, hice el ridículo. De repente lo oí. Creía que hasta la fecha no había caído en que el tono de su voz era tan grueso y dulce a la vez. «Tienes suerte», dijo. Me giré y sonreí. «Tierra, trágame», pensé. Lo peor aún estaba por venir. Pablo no había terminado su frase, y continuó: «No sabía que te faltaba tanto equilibrio porque, si llega a ser una prueba de baile, de la segunda fase, te tienes que despedir. Bastante patosa sí eres».

Me volví a girar, le dediqué una mirada que le perdonó la vida, muy seria, y me fui.

¡Pues me había llamado torpe en pocas palabras! «¡Anda ya!, el babeo con este entrenador se ha acabado», me regañé. ¿Nerviosismo en sus clases? Ni pensarlo, nunca jamás. Me hundió mi autoestima. A una no le sienta bien que un tío bueno la llame torpe y patosa...

Las semanas iban pasando lentas, y yo saboreaba cada clase como si fuera una oportunidad única. Los profesores eran estupendos; había de más duros, otros muy comprensivos y algunos pasotas... Los duros te ponían a prueba; sabías que esperaban mucho de ti, y te tenías que poner el listón bien alto para impresionarlos. ¡Pues no había tenido profesores que se habían quedado con la boca abierta con mis notas! Si era que no había nada que diera más gusto que sacarse la etiqueta de mediocridad que te ponían en el primer curso y cerrarles la boca. Eso fue lo que me había pasado en Magisterio.

Los compañeros también estaban muy bien; físicamente había para elegir en el menú, pero Vero y yo nos habíamos propuesto sacar el máximo provecho a las clases, dejar de lado a los chicos y centrarnos en esta oportunidad única que nos brindaba la crisis laboral, al menos a mí. Tiempo por delante habría, y mucho, para la vida amorosa.

Dos semanas después de lo pactado, mi amiga comenzó a salir con Luis. Y claro, Luis tenía un amigo que quería quedar en grupo, los cuatro. Yo no hacía más que darles largas. La verdad era que no había nadie de mi interés, aparte del dios viviente, el profesor de natación, pero había decidido no hacerle caso. Además, los que realmente podían atraer mi atención...; con esos sabía que no tenía posibilidades, así que tocaba bailar y aprovechar la teoría y el estudio de idiomas, inglés y francés.

El profesor de natación no se me había ido de la cabeza; bueno, él no, sus palabras. Que me llamase torpe no se me había olvidado. Era bastante orgullosa pero, como en la película *Orgullo y prejuicio*, no sabría decir si en mí era una virtud o un defecto.

Vero y yo nos quedamos dando unas brazadas más. A ella también le gustaba bastante estar en el agua. Nos habíamos dado cuenta de que Pablo seguía dentro de la piscina y estaba a punto de salir. Cogió la escalera y se disponía a subir. Era costumbre que las féminas le miráramos el culo al profesor. Hacía semanas que no lo había visto en esa posición, porque estaba centrada en otros temas, pero esta vez sí lo vi. Había decidido ignorarlo. Me di la vuelta y seguí nadando. Vero se quedó extrañada y me siguió. Las dos salimos y, cuando nos dimos cuenta, teníamos a Pablo viniendo hacia nosotras. Entonces... Pablo se resbaló. ¡Qué sentido del humor tan oportuno tenía el destino!

Llevaba muchas clases hablando de lo importante que era la seguridad en la zona de la piscina, para evitar resbalones tontos que nos hicieran perder el equilibrio y lesionarnos. Justo durante la bendita clase de esa tarde, nos había enseñado sus nuevas chancas antiresbalones y nos sugirió que tomásemos ejemplo. Me daba la sensación de que la lección me la estaba dando a mí; encima tenía la poca vergüenza de mirarme a los ojos, cuando lo decía, y dedicarme una sonrisita maliciosa. Yo no le hice caso durante su explicación. Lo miré desafiante mientras daba la charla.

De repente había llegado mi momento. Lo vi resbalarse y no pude contener la risa. Me partí en dos y tuve la sangre fría de poder decirle: «Menos mal que los zapatos son nuevos y antiresbalones, que si no... besas el suelo. No soy la única patosa». Todo ello sin mirarlo a la cara y con el fin de ser despectiva, evidentemente. Vero se quedó flipando, y le contagié la risa, pero

ella fue más discreta.

Al salir de la piscina, arrancó el interrogatorio de mi amiga. Le conté lo que había pasado, hacía unas semanas, con Pablo y me dijo que el profé era un estúpido y que se lo tenía bien merecido, pero que ella continuaría mirándole el culo, que una cosa no quitaba la otra. Las dos comenzamos a reírnos.

Luego, cuando pasó la euforia del mi momento, me percaté de que, con la risa escandalosa y la frase estúpida, seguro que le había dado más importancia al asunto que el que tenía. Pablo, probablemente, pensaba que llevaba semanas sin poder dormir, recordando el día que me había llamado torpe. En fin, no quise darle más vueltas y me acosté. Lo hecho hecho estaba.

Esa noche estuve irritada. Entre el cansancio de la sesión de natación, lo sucedido con Pablo — que no dejaba de pasar una y otra vez por mi mente— y la prueba de baile flamenco de mañana, no pude conciliar el sueño. Me asomé al balcón. ¡Qué frío!

Ví que en la piscina había alguien nadando. ¡Si eran más de las doce! Me gustaría ser yo quien estuviera en el agua. ¿Me habría equivocado de afición? ¿No sería mejor nadadora que bailarina o actriz? Poco a poco noté que el cansancio hacía mella en mí. Entré y, al saltar a la cama, caí rendida.

Al día siguiente, me desperté de un sopetón. Estaba inquieta, alterada, nerviosa. El corazón me iba a cien. Había soñado con Pablo. Besos y abrazos resonaban en mi cabeza. ¡Por Dios! ¡No puede ser verdad! ¿Mi subconsciente me estaba diciendo que sentía algo por Pablo? Pero si me caía fatal. ¡No!, sería que me había dormido pensando en la contestación tan magnífica que le había dado, y de ahí venía el sueño que había tenido. «Lucía, tienes una prueba en dos horas y haz de estar fresca porque te juegas tu propio orgullo», me dije a mí misma. No tenía tiempo de tonterías.

El examen era semiprofesional. Eso decía la profé, Sandra, una andaluza de veintisiete años con un talento de miedo. Era un fenómeno. Bailaba muy bien, era toda una inspiración. La prueba se hacía en el salón de actos principal. Vero, Daniela, Lola, Marga y yo nos habíamos pasado la hora de antes practicando en una de las salas de entrenamiento. Cuando nos decían que teníamos un examen un día, íbamos corriendo a reservar una sala para prepararnos.

Yo estaba convencida de que la prueba me saldría bien, aunque me sentía nerviosa por algo y no sabía exactamente qué era, pero lo intuía. No era habitual que un examen me alterase, y más cuando sabía que un suficiente, como mínimo, caería.

Salí a escena. ¡Mierda! Ahí estaba Iván. Claro, Luis habría venido a ver a Vero, e Iván aprovechó para *plastearme*. Era buen chico y no estaba nada mal pero, o no pillaba que no quería nada con él o, si lo pillaba, se desentendía. Saludé a Luis y de repente vi que Iván me lanzó un beso al aire y me dijo: «Suerte» vocalizando lentamente. ¡Por favor!, ¡que no siguiera así! Me agobiaba. ¿No tendrían entreno de waterpolo?

De repente giré la cabeza, para echar un vistazo rápido, y vi a su lado a Pablo. Acto seguido los besos y abrazos del sueño me volvieron a la mente. ¡No podía ser! ¿Por qué me pasaba eso a mí? Entonces, antes de apartar la mirada, me echó una sonrisita maliciosa y, sin darme cuenta, puse los ojos hacia arriba, dejándolos en blanco. ¡Qué cruz!

La profesora estaba lista. A Sandra le gustaba que las audiciones fueran abiertas al público para que nos familiarizáramos con los nervios de actuar en directo.

Estaba en medio del escenario; era enorme. Mi pensamiento no se concentraba en el examen. No recordaba haber visto antes a Pablo en una actuación, pero eso igual era porque no me había fijado en él hasta que lo llamé patoso y él, a mí, torpe. Esperaba no resbalarme y caer; si no, sus risas se oirían hasta el infinito y más allá. La barriga se me descomponía y un hormigueo me subía por la nuca... ¡Madre mía! Me estaba dando un ataque de pánico por pensar si se reiría de mí si me caía, pero... ¿qué me pasaba? ¡Dios!

Comenzó a sonar la música. Llevaba el traje de faralá que nos daban en el centro y que tenía que estar impoluto hasta el segundo, como mínimo. No se debía bajar ni subir de talla; en caso contrario, había que comprar otro o arreglarlo.

La verdad era que recordé mi imagen en el espejo, minutos antes de salir a escena, y me subió la autoestima. Mis labios rojos estaban bastante voluminosos. El pelo recogido con el pequeño mechón, sobre una parte de mi frente, me sentaba bien. Los ojos pintados de negro, con la rayita y las pestañas subidas, me daban viveza y expresión. Me sentía bien conmigo misma, sobre todo físicamente. Toda la ansiedad se desvanecía y, sin darme cuenta, estaba bailando. Con más fuerza que nunca. Viva. ¡Qué bien me estaba saliendo! Cada taconada, cada movimiento de manos iban al compás de la música. Como Lola Flores; salvando las distancias, claro. ¡Qué ímpetu! Estaba desconocida, no sabía que podía tener esa vitalidad. Iba creciendo a medida que avanzaba la canción y, ya cuando estaba a punto de acabar el tema, el taconeo final afloró como una inspiración divina. Estuve de muerte. «¡Joder!, soy fabulosa. Tengo la moral por las nubes», pensé.

Estaba prohibido aplaudir; Sandra no quería que el público influyera en sus decisiones. La profesora, al finalizar, me dijo: «Muy bien. Siguiendo». Era lo que les decía a todos; no sabías su reacción hasta que colgara el veredicto en el tablón de anuncios.

Antes de abandonar el escenario, miré hacia el lugar donde estaba Pablo. Ya no lo vi de frente; estaba saliendo por la puerta. Sí observé a Iván aplaudiendo, haciendo señas, y me volvió a tirar besos y flores imaginarias al aire. Entonces me retiré del escenario para dar paso a escena a Vero. La observé. ¡Vaya!, era buena. Tenía mucho sentimiento en su baile, y eso que a ella le gustaba más la coreografía moderna. Lo hizo muy bien.

Cuando finalizó, vino corriendo hacia mí y me dio un abrazo.

—Lucía, has estado soberbia. No sabía que te gustaba tanto el flamenco. Te has lucido. —
Estábamos entre bambalinas.

—Oye, niña, que tú tampoco has estado nada mal. —Era Luis, que llegaba acompañado, cómo

no, por Iván.

—¿Lo celebramos todos esta noche con una cena? —Iván quería que saliéramos, pero no me apetecía nada. Estaba muy cansada, había hecho un esfuerzo espectacular, y lo peor de todo era que sabía por qué, mejor dicho, por quién me había ido así de bien en la actuación, y no quería que esa idea pasara por mi mente. Pablo estaba nominado. Lo bueno era que no se había podido reír de mí. ¡Mierda!, no quería pensar en eso. Me regañé a mí misma. Pablo copaba mi mente y no quería.

—Chicos, me voy a mi habitación, estoy rendidita. Hoy no he dormido bien y necesito relajarme.

—Eso, ve a dormir y que sueñes conmigo.

—Iván, no te preocupes. Yo sueño con unicornios rosas, princesas y magos; es decir, con cosas más reales que la que tú acabas de decir, ¡guapo! —Le eché una sonrisa para expresarle que era una broma, para no dejarlo mal. Me daba lástima que fuera un bocazas. Era buena gente; pesado, pero un buen amigo—. Adiós, chicos, pasadlo bien esta noche —me despedí.

—Lucía, ¿en serio no te apuntas? —El amigo de Luis puso mala cara.

—No puedo, Iván, tengo que terminar un trabajo de historia de baile en Grecia para mañana. Tengo que rematarlo y estoy cansada. Otro día.

Llegaron Lola y Marga.

—Hola, ¿ir a dónde? Nosotras nos apuntamos. Por cierto, chicas, ¿qué tal os ha ido en la prueba? Hemos entrado en el primer turno y, al finalizar, nos hemos ido a *desmaquetar* a la habitación y no os hemos visto.

—Chicos, yo os dejo, voy a quitarme el traje y a terminar el trabajo. Nos vemos mañana en clase. Adiós.

—Adiós, Lucía. Si cambias de opinión, lo dices.

—*Ok*, Iván.

Mientras me iba, oí a Lola decirle a Iván que no se preocupara, que ella tenía mucha marcha y que haría que la noche no decayera. Me parecía que a Lola le gustaba Iván. Harían una pareja perfecta, eran diferentes pero iguales. Era difícil de explicar, pero creía que se complementarían a la perfección.

Me metí en el ascensor para subir a mi fabuloso ático; aún no me creía que me hubiera tocado el gordo. Me encantaba el lugar donde iba a pasar los próximos cuatro años. A ver, ese centro no era un monasterio; podíamos salir, ir a dormir a casa de los padres... pero el nivel de exigencia era tan alto que, en cuatro meses, solo había ido a casa dos fines de semana, y porque mi madre me había dado la brasa. Así que, mejor estar en un lugar que te encantaba.

Me había metido al fondo del ascensor porque mi parada era la última. No era que fuera extremadamente grande, pero cabrían unas diez personas allí dentro. Había delante de mí dos

chicas de tercer curso charlando entre ellas.

—¿Has visto que Pablo estaba en la audición?

De repente se me paró el corazón. ¡Otra vez no! Pero ¿qué me pasaba con ese tío? Era oír su nombre y detenerse mi universo. Bueno, a ver qué decían.

—Sí, lo he visto. Ha entrado a ver un baile. ¡Qué culo tiene!

¡Vaya! Vero y yo no somos las únicas que le miramos el trasero, y eso que llevaba bóxer y no bañador de *slip* en las clases, que si no... debería ser declarado monumento nacional. La verdad era que le pegaría un bocado a ese culito. «¡Uff! ¡Para, Lucía, para ya! ¿Qué te pasa con Pablo?», me pregunté a mí misma. Mi sentido común me hablaba. Es que estaba tan cañón... Y cuando se tiraba al agua, que se quitaba la camiseta... ¡No tenía abdominales, tenía una tableta de chocolate! Tremendo, pero me había llamado torpe y ya no me caía bien. Mi raciocinio era propenso a debatir él solo.

Tras la divagación, me concentré en la conversación de las dos chicas.

—Si él no entra nunca a ninguna audición... Le horroriza el baile, prefiere centrarse en la natación o en el waterpolo, con sus queridos deportistas de élite.

—¡Ay!, yo no sé, chica, pero por su historial sabemos que, cuando entra en una clase, es porque planea sobre una nueva víctima... Además, ¿te has fijado en que viene a nuestra piscina a nadar últimamente? Igual es una de nosotras... Ya sabes lo que dicen: «Pon un Pablo en tu vida...». ¿Cuántas víctimas lleva ya, Mari?

—¿Pero este año o en los tres que llevamos? ¡Jajaja! Yo ya he perdido la cuenta, pero no me importaría ponerlo en mi vida...

—Jajaja. —Rieron las dos.

No despegué la oreja de su conversación y la seguí muy interesada.

—De todos modos, está claro que va de caza. Si no, él a una audición no entra ni muerto. Acuérdate de Alicia, la de cuarto de hace unos meses...

—Bueno, piensa que ya nos queda menos para llegar al último curso y poder convertirnos en posibles candidatas. Ya sabes que él siempre ataca a las mayores...

—Pero, Mari...

—¿Sí, Mari...?

—Esas audiciones... esas audiciones eran de primero, ¿no?

—Es verdad... Seguramente se ha equivocado de sesión. Él a una de primero ni le habla, ¿o no te acuerdas de que a nosotras ni nos miraba el primer año? Y, sobre todo, nos hablaba lo justo y necesario.

—¡Cierto! Se habrá equivocado. Pero lo raro es que se ha quedado en toda la actuación de esa chica de primero.

—Tía, porque estaría mirando a Sandra. Ya sabes las veces que se la ha intentado... —Entonces cayeron en la cuenta de que no estaban solas. Yo estaba silenciosa en el fondo.

—¡Shhh! Tía, calla. ¿Salimos esta noche o qué? —Cambiaron de tema para zanjar el asunto.

Las dos chicas salieron del ascensor hacia sus habitaciones. Mi corazón estaba en un puño. Este tío era un *gigolo* profesional, por lo menos. ¡Anda! Tenía ahí su pequeño harén. ¡Qué fuerte me parecía!

Llegué a mi planta en lo que me parecieron dos horas. Salí turbada. ¿Había entrado a verme a mí? ¡No! Estaría mirando a Sandra, y dio la casualidad de que me tocaba actuar. ¿Cómo iba a saber él los turnos de cada una? Bueno... estaban puestos en la puerta, pero no... le iban las de cuarto. Igual caía alguna de tercero, pero de primero, seguro que no. Eso habían dicho las dos *Maris* del ascensor, y ellas llevaban más tiempo que yo ahí.

¡Por favor! ¡No me lo podía creer! Pegué un grito en la habitación. «¡Basta, Lucía!, te prohíbo que pienses más en este tema», me dije a mí misma. De nuevo mi sentido común me hablaba. No podía ser verdad; había caído en una trampa. Ya no se me iría Pablo de la cabeza... y eso que me caía fatal, que me había llamado torpe —yo a él también—, que estaba buenísimo, que era guapísimo y que se lo quería merendar el 99,9 % de las tías de todos los cursos, y el 100 % de los chicos gay que hay. ¡No, me caía mal! Mi voluntad tenía que decir siempre la última palabra; frase, en este caso.

Entre divagación y divagación, comencé a desvestirme. Me miré al espejo mientras lo hacía. La verdad era que estaba muy a gusto con mi cuerpo. No estaba delgada, tenía curvas; no era de 90, 60, 90 ni de lejos... Me sobraban unos siete kilitos; me daba igual. Nunca había sido delgada y me encantaba cómo estaba. Me imaginaba a Pablo mirándome. No sabía su clase de mujer ideal pero, si había intentado entrarle a Sandra, la profe andaluza, su tipo era de medidas perfectas. De todos modos, el sueño me venía a la mente. Besos y abrazos.

Yo estaba en braga y sujetador. Negros, básicos, nada de encajes; eso era para lucir. Yo prefería ir cómoda pero, si alguna noche quedaba con un tío que me llamara la atención, intentaba ponerme lencería, aunque no lo solía conseguir porque no iba a gusto con ella. En ese momento, me imaginé una noche con Pablo. ¡No, basta, Lucía! No dejé que mi mente pensara más.

Me puse a terminar mi trabajo de historia de baile. Lo acabé en dos patadas. Me costó concentrarme. Maldito profesor. Joder, ¿era una universitaria pava, enamorada de su maestro? Eso no me podía estar pasando a mí. ¿Dónde estaba la mujer progresista y feminista que llevaba dentro? Entonces me imaginé un cartel, colgado en mi subconsciente, que decía: «Ha salido de vacaciones».

Después de terminar el trabajo, tenía ganas de ir a la piscina a nadar un rato. Cuando estaba tensa necesitaba el agua para evadirme de la realidad, y eso era un SOS en toda regla. Pablo no salía de mis pensamientos.

Me puse el bañador negro, sencillito, pero resaltaba lo que debía; sin embargo, era uno deportivo de los que utilizaba, no dejaba lucir mucho. Llevaba una bata blanca, corta, con la que solía bajar para no tener que cambiarme en el área de la piscina. Cuando iba a nadar, no a clase,

no pasaba por las duchas; me secaba rápido, subía con el bañador bajo la bata y ya me quitaba la sal en mi flamante ático. Es que esa piscina era de última generación y no llevaba cloro, llevaba sal. A veces, cuando me entraba algo de agua en la boca, me imaginaba que era el mar... Lo echaba de menos, mucho.

Cogí la bolsa con el gorrito y las gafas. Estaba en el ascensor. Lo llamé y entonces caí en la cuenta de que Pablo podía estar nadando. Miré el reloj del pasillo y vi que eran las nueve. A esa hora no solía haber nadie. Mi estómago rugía. Con todo el ajeteo de la prueba, la conversación de las *Maris* en el ascensor y mi imagen mental de Pablo mirándome en bragas y sujetador, no había comido prácticamente nada, y estas curvas no se conservaban solas. Iba bajando en el elevador y pensaba que, cuando acabara, sobre las diez, subiría, me ducharía y bajaría a cenar algo. Eso parecía un hotel de todo incluido, y el comedor no cerraba hasta, prácticamente, medianoche.

¡Genial! En la piscina no había nadie. ¡Uff! Menos mal. Estaría más tranquila. Me puse el MP3 acuático y me zambullí. Comencé a rodar, y todo se desvaneció. Estábamos a solas el agua y yo. Me vino a la mente Helen Hunt, en *En qué piensan las mujeres*, cuando la prota piensa en una mujer corriendo sola con sus zapatillas, en la pista, para hacer un anuncio.

Miré la hora en el MP3 y vi que era tarde. Habían pasado casi treinta minutos. No supe cómo había podido aguantar; con veinte ya estaba muerta. Salí de la piscina; me puse mis nuevas zapatillas antiresbalones; me quité el gorro; sacudí, de lado a lado, mi pelo largo, que estaba bastante rizado a causa la humedad, y me reí en alto. Acababa de caer en la cuenta de que debía parecer un anuncio de Coca—cola. «Esto va de anuncios hoy», pensé. Me fui hacia la bolsa y busqué la toalla.

—¡Joder! La toalla no está —se me escapó en voz alta.

—Siempre llevo una de más en la mochila. ¿La quieres? —Esa voz me sonó. «¡Que no sea Pablo!, ¡que no sea Pablo!», repetí en mi mente. Pero era tarde; ya sabía que era él, y cada día lo veía más guapo.

Capítulo 3

LA DICHOSA TOALLA

En un minuto pasaron tres mil pensamientos por mi cabeza. Pero ¿qué haría?, ¿qué diría? «No seas tonta, no eres una chiquilla», me dije, y entonces vi clara la solución. Simplicidad.

—Sí, gracias.

—Vale, toma, ahí va. —«¿Vale, toma, ahí va? ¿Es un partido de rugby?», pensé.

Al sujetarla en mi mano, me recorrió un escalofrío. ¡Madre mía! Era la toalla de mister Increíble, del señor «Voy de caza a por las de cuarto, y a por todo lo que se me ponga por delante». Pero ¿qué más me daría a mí? ¿Estaría celosa, o qué?

Mientras me la daba, me dedicó una sonrisita de esas maliciosas, en plan «Te estoy salvando la vida, muñeca». Me pasó revista de arriba abajo, no se cortó un pelo, era un descarado absoluto.

—Lucía, quédatela, ya me la devolverás. —Sabía mi nombre, sabía mi nombre... Mi subconsciente se alegró.

Me limité a asentir con la cabeza, sin mediar palabra. La verdad era que estaba en una actitud chulesca, seria, sin desmoronarme, pero por dentro estaba temblando. Cogí mis cosas y me fui hacia la salida. Él se fue poco a poco hacia la piscina, mientras se colocaba el gorro. Gran primer plano de su culo... La verdad era que le sentaba muy bien ese gorrito, ¡y mira que era raro, porque a casi nadie lo favorecía! Pero es que ese tío era ¡perfecto! A medida que me iba acercando hacia la salida de la zona de la piscina, me tentó volver a darme la vuelta para verlo y observar si me estaba mirando; pero había de ser cauta, no podía dejar que notara que tenía algún tipo de efecto sobre mí. Salí de la zona de la piscina como si nada extraño hubiera pasado.

Una vez fuera, me sonrojé y me enfadé conmigo. «¡Pero, Lucía, si no ha pasado nada! —Intenté convencerme a mí misma—. Es tu entrenador..., un chico que está muy bien, pero que es un estúpido, que te llamó torpe, del que te has reído en la cara... ¡No le des más vueltas! Ha sido amable y te ha dejado su toalla, para que no empapes toda la zona y, ha evitado así un nuevo resbalón que te habría vuelto a sacar la risa», me dije. Pero... ¿amable él? ¿Desde cuándo tenía dicha cualidad? Y lo más importante: ¿desde cuándo sabía mi nombre? Si en clase nos llamaba por el número del bañador que nos había hecho poner al principio de curso para, supuestamente, proteger su neutralidad, o al menos eso pensábamos Vero y yo sobre nuestros números.

Iba subiendo por el ascensor, poco a poco intentaba tranquilizarme restando importancia a lo sucedido, aunque me costaba mucho, la verdad.

Una vez en la habitación, me di cuenta de que le iba a tener que devolver su toalla. Pero ¿cómo lo haría? «¡Qué drama estás montando por una toalla, Lucía! Cálmate ya, leñe!», me regañé a mí misma.

Entre pensamiento y pensamiento, me metí en la ducha. Todavía no eran las once, y me daba tiempo a ir al comedor a picar algo; sin embargo, hambre no tenía, pero todo el día sin probar bocado no estaba bien, y eso que yo era de comer, no perdonaba una. Me vestí. Me coloqué los vaqueros con una camisa blanca. De tacón hoy pasaba; cómoda en zapatillas de deporte, como iba habitualmente, y el pelo recogido. Estaba mona. Me miré al espejo unas cuantas veces antes de salir de la habitación. Enseguida me di cuenta de algo: me preocupaba mi aspecto, me importaba que Pablo me viera más o menos guapa. Eso me sucedía cuando me fijaba en un chico. Estaba claro: era la típica estudiante que se había colado por su profesor. Pero ¿cómo me había pasado eso?

A medida que entraba en la cafetería, me repetía, una y otra vez, a mí misma que era una mujer estupenda, que podía con todo lo que se me pusiera por delante y que ese encaprichamiento se iba a ir de mi subconsciente a patadas si hacía falta. Mi subconsciente se reía de mí en ese momento, sabía que mentía.

—Hola, Lucía, ¿qué haces por aquí?

—Hola, Vero, pues acabo de nadar un rato y he venido a pegar un bocadito.

—Oye, te veo diferente. ¿Desde cuándo tú te pones camisa?

Si Vero supiera lo que me pasaba, se caería muerta; pero no quería contárselo, aún no. Ciertamente tampoco había demasiada historia...

—¿Diferente?

—Sí, hoy te comportas de un modo.... Uhm... te veo extraña. ¿Te ha pasado algo?

—Pero es que no entiendo por qué lo dices. —Sí, lo sabía, sí, y se llamaba Pablo.

—Primero, por el baile de esta tarde, no parecías tú. Ahora, por tu pelo recogido, que te queda muy bien, por cierto, y... ¡Ah, sí!, está la camisa.

—No sé, estaré inspirada. ¡Jajaja! —Nos comenzamos a reír las dos—. Y dime: ¿cómo es que no estás por ahí con Luis y el resto?

—Estoy cansada y les he dicho que tengo que acabar el trabajo. Bueno, ¿algo interesante que contar? —Se quedó quieta, calló un instante; algo llamó su atención—. Tía, tía, mira quién está entrando por la puerta.

«Ni se te ocurra girarte, Lucía», me repetía una y otra vez en mi mente. Podía ser Pablo y no me daba la gana que me viera babeando.

—Vero, va, que ya tienes a Luis. Deja ya de examinar y poner nota a todo ser varón...

—¡Que no, tía...! Es Pablo y ya sabes que, cuando él está cerca, hay que deleitarse un poco.

Lo sabía. En el momento en que Vero dijo la primera sílaba, al ver sus ojos, sabía que era

míster Increíble.

—¿Qué hace aquí? Si este tío no entra nunca en el comedor de los estudiantes. Es demasiado chic, ¿verdad, Lucía? Bueno, seguro que va de caza... ¿Quién será la elegida?

Vero hablaba y hablaba, y yo quería salir corriendo de ahí.

—¿Ya has acabado de cenar? Estoy rendida. ¿Nos vamos, Vero, o qué?

—Vale, quería ver quién es su nueva presa, pero da igual; será alguna de las mayores... Venga, vamos.

Estábamos recogiendo las bandejas —porque la comida era tipo bufé— cuando, al darnos la vuelta, nos topamos con Pablo de frente. Empezaba el espectáculo.

—Hola, chicas. Lucía, quería decirte que no te preocupes por la toalla. Quédatela el tiempo que la necesites... —Sonrisa maliciosa en su cara.

No me molesté ni en contestarle. Levanté la vista, le dediqué una sonrisa —muy falsa, por cierto— y me di la vuelta. En ese momento Pablo ya no me dio miedo. Me aterraba más el interrogatorio al que me sometería Vero, que fue la más educada de las dos porque fue la única que se despidió de Pablo con un adiós.

Vero hizo muy bien su papel. Estuvo callada y serena durante todo el camino. Subimos al ascensor y me comenzó a hablar del día que había tenido. Era muy lista y discreta. Cuando llegamos a nuestro pasillo, Vero no se paró ante su puerta, ni siquiera sacó su llave. Yo ya sabía que me tocaba dar las mil y una explicaciones por lo sucedido con cierta toalla. No pregunté por qué no entraba en su habitación; no hacía falta. Tranquilamente abrí mi puerta y ella me siguió. Una vez dentro se puso histérica... Bueno, teníamos derecho, también, a comportarnos como quinceañeras de vez en cuando.

—Chica, ¿qué ha sido eso? ¡Qué fuerte! ¿Desde cuándo tienes secretos conmigo? Empieza a contar, que me muero por saber... No te quedes callada...

—Vamos a tranquilizarnos, porque esto está a punto de salirse de madre. Empiezo por el principio. Te lo voy a contar todo, pero cuando acabemos quiero que me prometas que lo dicho no lo vamos a volver a mencionar.

—Tía, pero ¿te has acostado con él, o qué? ¿A qué viene tanto secreto? Empieza a largar.

—Vero... desde el principio. Te vas a quedar desilusionada porque no ha pasado nada. Mira, todo viene desde el famoso resbalón. ¿Te acuerdas que te conté que me llamó torpe y que luego nos reímos de él cuando se resbaló? Bueno, me reí yo y te contagié a ti.

—Sí, hasta ahí me acuerdo. ¿Cómo sigue la historia?

—Pues sigue hoy.

—¿Hoy? Explícate.

—Hoy ha estado en el examen, en el de baile andaluz. La verdad es que nunca me había fijado en si entraba a ver a alguien ni en nada relacionado con él. Pero comencé a darle vueltas a la

cabeza sobre qué hubiera pasado si me hubiera caído durante la prueba y en las carcajadas que él hubiera soltado, de lo más a gusto, si eso hubiera sucedido... Al final creo que, por no darle el gusto de reírse de mí, me salió un baile perfecto.

—Chica, ¿estabas bailando para él? ¡Muy fuerte!

—¡Nooo! Bueno, ¿continúo, o qué?

—Sí, pero era un baile para Pablo.

—Ya estamos. En fin, sigo. Te confieso que estaba nerviosa por haberlo visto, pero me puse histérica después del examen. Ahora te cuento el motivo. —Tomé aire para comenzar mi exposición—. Resulta que, subiendo por el ascensor, oí a dos Maris que hablaban sobre Pablo, sobre que este tenía en mente a nueva víctima porque, cuando va a las audiciones de alguien, significa que ya tiene a alguna chica...

—¡Madre mía! Eres tú, eres tú. Te quiere cazar. —Estaba extasiada; a medida que repetía la frase, se ponía roja de la emoción y estaba casi estirándose de los pelos. Vero también había visto a Pablo, durante mi actuación, situado junto a su novio, Luis.

—¡Que nooo! Déjame acabar, por favor. Y además, no soy un ciervo.

—No, cuernos no tienes, y no metas al profe de inglés en esto, que le quitas el morbo a la historia...

—¡Vero, caramba! Es tarde y ya verás cómo te quedas despagada con el resto de la historia. Bueno... ya sabemos tú y yo que le molan las de cuarto curso y que pasa de las de primero...

—Sí, sí, ya, ya... —Estaba ironizando con la sonrisa malévola.

—Sí, sí, ya, ya, abuela. Ya no sé ni por dónde iba.

—Las Maris del ascensor...

—Bueno, pues que decían que se habría equivocado de clase o que estaba intentando llamar la atención de Sandra, la maestra, porque era imposible que una de primero estuviera en su lista. Te confieso que no paraba de darle vueltas, de preguntarme si estaría allí por mí, pero al final me he quitado esta idea de la cabeza.

—Y... ¿ya está?

—¡Nooo! Acabé el trabajo, como os dije, y después necesitaba darme un baño. No me apetecía ir, por si me cruzaba con él en la piscina, porque aunque no haya nada raro entre nosotros...

—Aún, claro...

—Ni aún ni nunca. Venga, que no te lo acabo de contar si me vuelves a interrumpir. —Ella calló y me hizo una seña con la mano para que siguiera—. Total, que me fui a la piscina y me olvidé la toalla en la habitación. —Ella se mordía la lengua, quería preguntar, y yo le hice el gesto de silencio con el dedo—. Cuando llegué a la piscina, él no estaba pero, al salir, ya sí; yo no lo sabía porque no lo vi hasta después de lo sucedido.

—¿Después?

—Sí, espera y verás. —Volví a hacer memoria y continué con mi narración—. Entonces, mientras yo estaba de espaldas a la entrada y buscaba mi toalla, me di cuenta de que me la había

olvidado y, en voz alta, solté algo así como: «Joder, no tengo toalla». Enseguida él dijo que llevaba dos y que me prestaba una. Fue ahí cuando lo vi. La cogí y me fui sin mediar palabra.

—Entiendo. Lucía, ese tío no deja nada sin esperar algo a cambio. Ahora hablemos en serio. Por lo que estás diciendo, hay un cúmulo de... casualidades que apuntan a que tú le interesas. Su historial de ligues es impresionante, entre profesoras y alumnas. Estás en primero, y las consecuencias de que esta situación con él pueda ir a más, pues..., son... son complicarse la vida. Sí, esa es la frase correcta.

—Vamos a ver. Tonta no soy. He visto que en el comedor ha venido directo a restregarme que tengo su toalla. Y sus sonrisitas maliciosas están ahí, pero de ningún modo estoy dispuesta a que me ponga la etiqueta de nueva presa. Voy a cortar cada intento de coqueteo, o lo que sea esto, de raíz.

—Sí, por eso te arreglas tanto... Pelo recogido, camisa...

—Oye, si ese tío se fija en mí, por lo menos, me contonearé y me exhibiré, pero no por él ni por llamar su atención, sino porque me apetece ponerme guapa. Así que, a partir de ahora, no te extrañes si me ves diferente en mi vestuario. Me suele pasar cuando alguien que me puede interesar se fija en mí. Pero no te preocupes... soy realista; no pasará nada con ese dios viviente.

—Una parte de mí se creyó la reflexión, mi subconsciente no.

Observé que mi amiga ya estaba poniendo mala cara, cara de «Anda, que pocas chicas no habrán dicho lo que tú estás diciendo antes de caer en sus redes».

—Vero, en serio, no te preocupes, que no es la primera vez que tengo que lidiar con una situación difícil, con un tío que no me conviene. No te digo que, si fuera un compañero o alguien de fuera, pues igual... sí tendría un rollete, nada oficial, porque con estos tipos no se puede ni se debe tener nada de eso, si no quieres que te rompan el corazón.

—Me acabo de dar cuenta de una cosa... —La cara le había cambiado, y estaba asustada. Me contagió su pavor.

—¿De qué, Vero?

—¡Pobre Iván! No tiene ninguna posibilidad contra Pablo. ¡Jajajaja! —Las dos nos echamos a reír.

A la mañana siguiente, todo me parecía muy lejano. Los acontecimientos sucedidos con Pablo tenían menos sentido, ya no eran tan importantes, y la conversación con Vero me había ayudado a ordenar ideas. Me dije a mí misma: «Si quiero tontear con Pablo, lo haré, pero no pasará nada más, al menos durante este curso». Al girar la cabeza, ahí colgada en la silla, seguía la dichosa toalla. Tendría que lavarla y devolvérsela. Lo iba a hacer sufrir. Seguro que míster Increíble había roto un montón de corazones, pero bien, si era verdad que le interesaba, estaba dispuesta a ponérselo complicado. Esa reflexión era de doble filo; si no quería llegar a nada con él, no debería complicarme con planes. Y me vino a la mente aquella vez que, con dieciocho años, me

había encaprichado con un amigo por el simple hecho de no hacerme caso. Igual Pablo, si veía que pasaba de sus atenciones, se interesaría más...

Lo de ponérselo fácil tampoco era una opción. Me negaba a ir de *femme fatale*, exhibirme delante de él y empezar a zorrearle. ¿Para qué?, ¿para tener una noche de sexo, pasión y lujuria con uno de los tíos más buenos de este planeta? ¡Ni hablar! A mi subconsciente le encantó este pensamiento y quiso que yo hiciera lo contrario. Así me lo comunicó.

Corría el peligro de enamorarme en ambos casos, pero creía que, en el primero de ellos, me lo pasaría mejor, y cada día recordaría que era un juego, así me mentalizaría para no caer en su embrujo. Además, lo mejor que podía hacer era no darle más importancia al tema. «Ahora, Lucía, piensa qué va a pasar con la toalla...», medité para mis adentros.

Estaba claro. La cogí, me fui directo al centro de lavado. En cada edificio había una lavandería en los sótanos; también había hasta planchas. Pensé que lo mejor era lavarla y ponerle el suavizante que usaba habitualmente porque, aunque todavía no tenía claro a 100 % que yo era su nueva víctima, tenía mis sospechas, y Vero coincidía con ello. La lavé, la puse en la secadora y, cuando la saqué, comprobé que olía igual que el resto de mi ropa. Se me había pasado por la mente ponerle un poco de perfume, pero deseché la idea de inmediato. Era demasiado obvio, y seguro que el truco de la toalla ya lo habría gastado con alguna otra chica, y probablemente se la habrían devuelto impregnada de perfume, como una invitación para el cortejo. Me había propuesto desconcertarlo por completo, que me alzaran un monumento por ser la chica que se resistió a sus encantos. Ya veríamos cómo saldría el plan.

La toalla estaba lista para ser devuelta a su legítimo dueño. Era hora de idear cómo se la entregaría. Lo que se me antojaba era hacer un numerito, pero luego pensé que sería mejor ser natural. Tenía la sensación de que, si era verdad que estaba interesado en mí, se habría dado cuenta de que voy a nadar casi todos los días a las nueve de la noche. Me la llevaría detrás y se la daría. Pero ¿por qué hacerlo tan fácil? «Creo que no voy a ir a sus próximas dos clases, y la cita nocturna con la piscina será mañana y no hoy. ¡Que sufra!... Si es que soy su nueva víctima, claro», pensé.

Eran poco más de las ocho de la mañana. Tenía que pasar a ver el tablón de las notas de Sandra y las de inglés. Entonces vi a la tropa. Vero me sonrió y discretamente me preguntó cómo lo llevaba todo. Ese «todo» era Pablo. Iván había puesto la oreja y enseguida preguntó que qué pasaba. Dije que nada, que estaba nerviosa por las notas.

—Lucía, no te preocupes, venimos de verlas. Tienes un «Excelente» en flamenco y un «Bien» en inglés.

—Iván, ¿me cotilleas las notas también? Te voy a tener que poner una orden de alejamiento, como sigas así —bromeaba con él.

—Si haces tal cosa, acabaré con el tormento de mi vida para poder olvidar la angustia que

dicha acción provocaría, mi querida Julieta. —Y de repente se clavó un puñal imaginario en el corazón. Ese chaval no estaba bien... No le hice caso.

—Oye, Lucía, cuando pasamos a ver la sentencia de flamenco, Sandra dijo que quería hablar contigo. Ve ahora, si quieres, y luego nos vemos en clase de natación.

—Vale, Vero, ahora voy, pero no cuentes conmigo en clase de natación. —Mi amiga asintió.

Luis nos había escuchado y se apresuró a preguntar que cómo era posible que no fuese a la clase del tío más *buenorro* del centro. Le contesté que tenía un trabajo y que debía sacrificar ese tiempo. Vero, al oír mi contestación, quedó sorprendida, pero asintió y no preguntó nada más. Sabía que no era verdad.

Todos se habían metido en sus clases ya. Tenía pensado ir al despacho de Sandra, porque era su hora de tutoría y seguro que me podía atender. Fui y me acerqué a la puerta y oí voces. Una de ellas me sonaba sobremanera... Era Pablo. «Lo tengo hasta en la sopa», pensé. Estaban hablando flojo, pero al despedirse vi que ella se abalanzó y le plantó un pico en la boca. Él estaba a punto de salir y yo no sabía dónde esconderme. Decidí actuar con naturalidad; al final esa era la salida más fácil. Al levantar la vista y verme, Pablo se sobresaltó; imaginé que yo era la última persona a la que esperaba. Lo miré a los ojos, sin temor, como si no fuera la cosa conmigo, le demostré que no me importaba lo que había visto. Le dije: «Hola». Fue un saludo neutro; creí que conseguí mi propósito con ese «Hola».

Él sí estaba alterado; igual era porque lo había pillado con su nuevo ligue. Yo respiré aliviada. Todas las imaginaciones, las películas que nos habíamos montado Vero y yo, sobre todo yo, eran pura ciencia ficción. Pablo estaba con Sandra, y ya no tenía que preocuparme de nada.

Por cortesía llamé a la puerta del despacho de la profesora, que estaba abierta. Se giró y le vi los ojos un poco llorosos —apenas se notaba—; ella trataba de contenerse. Pensé que igual habían tenido una pequeña discusión y le resté importancia.

—Sandra, soy Lucía, ¿puedo pasar?

—Hola, Lucía, pasa, pasa.

—Me dijeron que querías verme.

—Sí, sí. Quería comentarte que me dejé muy impresionada tu actuación del examen de ayer.

—Sí, elegí un buen momento para conectar con mi lado andaluz.

—¡Y que lo digas! Te puse un «Excelente», pero podría haber sido una matrícula de honor perfectamente. No obstante, no quiero que te emociones y dejes la materia como superada; por este motivo he decidido ponértelo un poco difícil.

—Pues, te lo agradezco, aunque he de confesarte que me hubiese hecho más ilusión la matrícula, pero el «Excelente» está bien.

—Lucía, no te preocupes. Si sigues así, la matrícula la tendrás al final del curso. Esa es solo una de las cuestiones que quería comentarte. Resulta que estoy en un grupo de flamenco; la verdad

es que lo dirijo yo, y está mal que yo lo diga, pero somos de los mejores en el panorama nacional. En Madrid, en el centro histórico, hay un restaurante con mucho estilo y últimamente está de moda. Allí actuamos los viernes y los sábados. Tengo una vacante, puesto que una de mis artistas ha encontrado trabajo como bailarina en una compañía rusa. Como ves, las mejores son capaces de bailar la danza del cisne y taconear hasta reventar... Verás, no es habitual que ofrezca esta oportunidad a una alumna de primer año, pero en el centro tus pinitos nos llegaron a oídos antes de que hicieras la matrícula y todo. Sinceramente, en los primeros meses, yo dudaba de lo que nos había comentado Sara, la tutora de alternativo, sobre ti pero, con la actuación del otro día, debo rectificar mi suposición inicial.

—¡Vaya! Es todo un honor. No me esperaba algo así.

—Me imagino, pero las oportunidades se dan una vez en la vida, y pienso que esto sería bueno para tu carrera profesional. De hecho tu antecesora se ganó el contrato gracias a que un cazatalentos estaba cenando en este restaurante y la captó. Los beneficios no son muchos; tendrías una remuneración de unos mil doscientos euros al mes. —Más de mil pavos mensuales... Pero ¿cuánto valdría comer o cenar en un local como ese si se podían permitir pagar esa cantidad a una bailarina? Eso sin contar al resto del grupo, porque dudaba que Sandra actuara por esa minuta—. Bueno, ¿qué te parece la propuesta?

—Pues me vendría muy bien la pasta, y el reto me parece interesante.

—Esta tarde, sobre las siete, tenemos una reunión con el grupo. Será en la sala de prácticas número cuatro; pástate y hablamos de los pormenores y te presento al resto.

—Vale, allí estaré.

Estaba eufórica. Por un lado, me enteré de que Sandra y Pablo estaban juntos. ¡Súper bien! Y por otro, tenía trabajo. ¡Y mi padre decía que no encontraría nada! Cuando lo llamara no se lo iría a creer. Ya no tenía sentido el plan que había tramado contra Pablo y sus armas de seducción, pero la hora que era ya no me daba tiempo a cambiarme y llegar a su clase, así que decidí hacer la vaga un rato.

Iba caminando por el pasillo cuando vi a Daniela y a David. ¡Qué guapo era David! Esos ojos marrones me hipnotizaban.

—¡Ey!, chicos, ¿qué tal?

—Hola, Lucía, ¿no tienes clase?

—Sí, pero no tengo ganas de ir y me voy a la biblioteca a pescar un libro y a devolver otro.

—Perdonad, chicos, pero tengo que irme, he quedado con una amiga, y esto me huele a ligue seguro; además, no de esos que duran poco... Veremos si tengo suerte. —Daniela era discreta pero, cuando no había gente delante, le gustaba alardear de sus conquistas. No se avergonzaba de ser lesbiana, lo llevaba a mucha honra, como debía ser, pero intentaba pasar desapercibida con respecto a su condición sexual. Nosotros la tratábamos como una más, y el hecho de que fuera

lesbiana no nos importaba en absoluto. Por mi parte, el respeto era fundamental, y la tolerancia también se había arraigado en mi carácter gracias a los esfuerzos de mis padres.

—Daniela, no lagues mucho, partecorazones. —David se despidió de ella—. Lucía, ¿a dónde dices que vas?

—A la biblio.

—De eso nada, tú te vienes conmigo a la cafetería. No me puedes dejar solo por ahí.

—También es un buen plan, así te cuento mis últimas novedades.

David era un amigo muy bueno; cuando teníamos un problema, acudíamos a él. Era una persona tierna y amable, un sol. Me preguntaba por qué no me atraía. Sería porque lo veía como un auténtico amigo y mi subconsciente no quería complicar la situación.

De camino a la cafetería, David me estaba comentando que tenía ganas de hablar conmigo. Hacía algunos días que me notaba diferente, otro igual que Vero.

—De hecho, ahora mismo te veo con una energía y una sonrisa que creo que nunca, desde que te conozco... Bueno, son unos pocos meses, pero es que nunca te había visto así. ¿Será el amor?

La verdad era que me sentía aliviada por el hecho que Pablo estuviera liado, o lo que fuera que tuviera con Sandra, y la propuesta de ir a bailar por mil doscientos euros era... No tenía palabras para describir esa emoción.

Llegamos a la cafetería y nos sentamos en una de las mesas; como ya era tarde, decidimos comer juntos. La siguiente clase, la de natación, también se iba a quedar sin mí.

—Bueno... Venga, dime si es amor lo que veo reflejado en tus ojos. —La petición le quedó un poco cursi...

—No, para nada. Es que tengo trabajo como bailarina. Sandra me ha propuesto unirme a su grupo de flamenco, por lo visto... —Me interrumpió.

—... Sí, actúan en el local del centro y se creen la *crème de crème*. Enhorabuena. La verdad es que, después de la actuación de ayer, era lógico que te lo pidiese. Me das mucha envidia sana. Te felicito porque no es habitual que esa estirada se fije en una alumna de primero. Ten cuidado; si ve que le puedes hacer sombra, no dudará en apartarte.

—David, no me asustes. Además, es imposible que le pueda hacer sombra.

—No sé... Tienes muchas posibilidades. —¿A qué se referiría?, ¿seguíamos hablando de baile o de otra cosa? Me daba mala espina, tenía una gran sonrisa malévol. Le resté importancia al tema con otra media sonrisa—. La verdad es que la entiendo; si tú estuvieras en el menú, yo también comería... si fueses plato de mi gusto, claro.

Pero ¿qué decía?, ¿de qué hablaba? No entendía nada. Me lancé y le pregunté sin tapujos.

—No te sigo. ¿Me estás echando los trastos?

—No, Lucía, únicamente digo que eres una tía estupenda. Ayer fuiste la envidia de novatas y veteranas. No sé qué te motivó a bailar así, pero sea lo que sea... —Era Pablo—... no deberías dejarlo escapar. —Ya quisiera yo...—. Y en cuanto a lo del menú, es que es una pena porque, si fuese heterosexual, tú serías mi primera opción. Aunque, de todos modos, de todas las amigas que

tengo, eres con la que más me divierto hablando y con la que mejor me entiendo.

¡Vaya!, confesión en toda regla. Era gay, pero ¿a qué venía eso a estas alturas? Y sobre todo, ¿eso explicaba por qué no me sentía atraída por él? Era demasiado bueno para ser un candidato para mí.

—Te agradezco la consideración que me tienes, que sepas que el sentimiento es mutuo.

—¿No te sorprende nada ante lo que te acabo de contar, Lucía?

—Hombre, sabes que el tema de la sexualidad a mí me da igual. Considero que cada uno debe ser aquello con lo que se sienta feliz. Si me hubieras dicho alguna salvajada, como que eres un asesino..., otro gallo cantaría... He tenido muchos amigos gay; de hecho, en la familia tengo un primo que lo tuvo claro a los quince años. No es que lo gritaba a los cuatro vientos, pero no se escondía de nadie ni de nada, como ha de ser. Eso me pareció muy valiente por su parte, y comprendí que, si a él no le importaba, a los demás nos tendría que importar menos.

—Veo que no eres de las que piensa que ser gay es un pecado, o algo así.

—¡Por favor! ¿En qué año y siglo estamos? Nada de eso. La libertad sexual es individual y hay que respetarla. Mi padre siempre me ha inculcado respeto ante las diferencias. En la variedad está el gusto, y en este mundo tenemos cabida todos. Además, ya sabes que, cuando Daniela nos comentó que era lesbiana, no nos pareció ni bien ni mal. Simplemente creo que lo dijo como un dato más, igual que la que se presenta y dice: «Soy Juani, tengo veinte años, morena y lesbiana». ¿Acaso penalizarías a alguien por ser morena?

—Claro que no, pero lamentablemente ser lesbiana está mejor visto por la sociedad que ser gay. Los tíos eso lo ven morboso y, cuando oyen que una chica es lesbiana, los que son tíos duros, de toda la vida, los chulos, rudos, intolerantes se imaginan montándose un trío con ellas... Dudo que piensen en el derecho que tienen las mujeres a elegir a sus parejas sexuales o a sus compañeras de vida.

—Entonces, suerte que no soy un tío chulo, rudo, y ¿qué más era? ¡Ah, sí!, intolerante. ¡Jajajaja!
—Los dos nos hartamos de reír.

—Lucía, me he criado una fama de atento, de oyente de problemas y, en fin, de súper buen amigo...

—No te creas, no tanto, ¡eh! —Estaba bromeando y le guiñé un ojo.

—Resulta que necesito tener un confidente, y creo que la persona idónea para ese cargo eres tú... También quiero contarte problemas y que me des consejos sobre mi vida privada.

—Sobre la sexual no, ¿verdad? Sobre todo porque estoy verde en este mundo homosexual. Hombre-hombre me sobrepasa, y sobre mujer-hombre... Uhm... tampoco te creas que tengo tanta experiencia, pero me defiendo... Bastante bien, por cierto. ¡Jajaja! —Volvimos a reír y a hacernos cómplices—. Venga, David, comienza. Soy todo oídos, sentimental y lo que necesites...

Nos pasamos casi otra hora hablando. Ya no sabía cuántas clases me había perdido, pero me daba igual; un buen amigo me necesitaba, y yo tenía que estar con él. Me contó que salía con un chico que tenía pareja, algo mayor que él, que estaba muy pillado, y no sabía qué hacer. Creí que

él no quería ninguna opinión al respecto, necesitaba contar sus vivencias. Me limité a escuchar y a decirle que confiara en su intuición. Le di uno de los mejores consejos que mi padre siempre me repetía: «Eres joven, solo se es joven una vez, y tienes derecho a equivocarte cuanto quieras y necesites para aprender». Era lo único que me pareció apropiado. Personalmente, yo no me pondría en medio de una pareja, pero una no sabía lo que le deparaba el futuro, y ya lo dicen: «Lo más castigado que hay en la sin hueso, la lengua.

Me encantó conocer tan íntimamente a David. Habíamos llegado a otro punto en nuestra relación, uno más cercano.

Eran más de las cuatro; decidí tomarme el día para mí. Tenía pensado ir a la reunión con el grupo de flamenco y a la habitación a leer una de mis novelas de acción. Las de amor las tenía un poco dejadas de lado, sobre todo porque, con todo lo de Pablo, no me emocionaba ponerles su cara a los héroes de mis relatos. Tampoco me apetecía ir a nadar a las nueve. Además, David me había propuesto salir a cenar con él en compensación por la brasa, según él, que me había dado, y yo acepté encantada. Pensé que, como Iván ni nadie sabía que David era gay, tal vez pensase que estábamos juntos y parase de insistir en que saliéramos.

Ya casi era la hora de la reunión del grupo. Estaba muy nerviosa y tenía ganas de conocer a mis compañeros. Me preguntaba si les caería bien y, sobre todo, si podría volver a bailar como ayer si Pablo no estuviera mirándome.

Llegué a la sala cuatro de prácticas. Estaban ya allí. Sandra me presentó a todo el mundo. Se hacían llamar Andal. Eran cuatro bailarinas, incluida yo, tres bailarines y dos cantantes, chico y chica. Los músicos eran cinco, no habían venido a la cita. El grupo tenía un CD grabado, según me explicaron, con el que se ensayaba. Los músicos directamente acudían a la actuación en directo, los viernes y los sábados, en el local.

—Hola a todos, siento el retraso.

Esa voz otra vez. ¡No podía ser!, Pablo de nuevo. Pero si había oído esa voz poco más de tres veces seguidas. ¿Por qué sería que la conocía tan bien? Y sobre todo, ¿qué coño hacía ahí?, ¿tocaba las maracas, o qué? Igual había venido a ver a su chica. Tal vez estaba tan enamorado que no podía vivir sin su Sandra. Me reí hacía adentro, pues sabía que no era el tipo de novio que no podía estar sin su pareja; al menos esa era mi opinión.

—¡Ah! Hola, Pablo, llegas a tiempo; todavía no hemos empezado. Bueno, Lucía, por último te presento a nuestro mánager; es quien nos consigue las actuaciones y negocia los contratos. Si lo tienes de profesor, sabrás que es el entrenador de natación en las clases de primero.

Lo saludé con la cabeza, y ¡madre mía! Me lo iba a tener que tragar, también, ahí en el grupo. Eso era una pesadilla. Seguro que encima vendría a las actuaciones a acompañar a su chica, y tendría que verlos besarse, abrazarse... Estaba aliviada por haber averiguado que estaban juntos, pero el tío me llamaba la atención. ¡Qué decía! ¡Si hasta había fantaseado con que yo era su nueva

víctima! Imposible verlos profesarse amor eterno en público. Iba a tener que dejar el grupo. Menos mal que aún no había llamado a papá para decirle que tenía trabajo. Qué ridículo habría hecho horas después, cuando le explicase que me había quedado en paro; me habría dicho: «Hija, ¿ves? No hay trabajo y el poco que hay te devuelve al Servicio Público de Empleo en un abrir y cerrar de ojos».

—Continuemos con la reunión si os parece...

Sandra llevaba las riendas de toda la sesión. No era extraño; era su iniciativa. Yo seguía turbada con la identidad de mi mánager. ¿Cómo iba a excusar mi participación en el grupo, y más cuando me había mostrado tan ilusionada en el proyecto? Me daba rabia pensar que era por culpa de un tío con el que no había hablado más que tres frases seguidas. Pero ¿qué me pasaba? Tenía que serenarme y ordenar mis ideas. Decidí esperar para tomar una decisión. Si me había propuesto olvidarme de Pablo, no era justo que me despidiera del grupo por que él era el representante. Además, igual ni iba a ver actuar al grupo.

¡Ahora caía! Si acudía a las actuaciones, bailar como ayer ya no sería un problema para mí. Me salió una sonrisa, sin darme cuenta, por esta reflexión. Ladeé la cabeza y... ¡sorpresa!... Pablo estaba a mi lado. ¡Por Dios! ¡Qué susto! Aguanté mi emoción como pude por el regalito inesperado. De repente comenzó a hablarme. ¡Vaya!, ahora ya no serían tres frases las que había intercambiado con él; la lista pasaría a tener otra más, igual dos o tres más.

—Me alegra ver que te lo pasas bien en esta reunión. —Susurraba para no interferir en el discurso de Sandra, y evidentemente me había visto sonreír.

—Sí —contesté seca. La verdad era que no sabía qué decir.

—Me emociona también comprobar que has tenido tiempo de venir, porque ni has aparecido por mi clase... Supongo que la reunión de la comida, en la cafetería, con tu amigo duró más de lo que esperabas...

Habló, sentenció y se largó. No pude ni contestar. ¡Coño!, si no tuve tiempo ni de digerir las tres ideas que me había lanzado. Pero ¿eso qué era? No entendía nada. Lo que sí estaba claro era que, después de esa reunión, me iba a pasar horas analizando la frase, el tono de su voz y, sobre todo, lo que pretendía decir míster Increíble.

Cuando Pablo desapareció por la puerta, ya no me pude concentrar en lo que estaba diciendo Sandra. Con lo único que me quedé fue que íbamos a actuar el próximo sábado, ya que el viernes el local estaba cerrado por una desinfección, o algo así entendí. La verdad era que no podía prestar atención a lo que se decía.

Al finalizar, Sandra se acercó y me dijo que el viernes ensayaría conmigo los pasos y los temas que había pensado para el sábado. Me comentó que no me preocupara, porque la mayoría los habíamos visto en clase. Lo cierto era que no me inquietó; tenía mucha memoria, y las nuevas coreografías no suponían un problema.

Estuve en la habitación rebanándome los sesos sobre lo que me había pasado con Pablo, no pude leer ni una página de mi novela. Lo bueno era que la toalla no la había mencionado; directamente le faltó haber dicho algo así como: «Señorita Ballester, entre cita y cita, recuerde que tiene mi toalla, y lo correcto es devolver aquello que a uno le dejan...».

Una llamada a la puerta interrumpió mis pensamientos.

—¿Sí?

—Soy Vero. Abre.

—Hola, ¿qué tal todo?

—Bien. Vengo a darte la enhorabuena... Ya nos ha contado David que Sandra te ha hecho un hueco en su grupo. Muy bien, ¿no? Y dice que vais a salir a cenar para celebrarlo... Qué calladito te lo tenías...

—¿El qué?, ¿lo del grupo? Es que aún no te había visto.

—No, lo de David. Ejem, ejem, ejem...

—¿Que no, tía! Salimos como amigos; no es mi tipo. —Ni yo el suyo.

—¡Ah! Hablando de tipos... me han dado un mensaje para ti. ¿Adivinas quién? —Sonrisa de picarona en la cara. ¿De quién hablaría? ¿De Iván?

—Ni idea, ¿quién y qué?

—Pablo.

—¡Jajajaja! —No podía parar de reír. Mister Increíble se había propuesto atacarme desde todos los frentes.

—¿De qué ríes?

—Dime tú primero y luego te cuento lo que me pasó en la reunión que tuve con el grupo de flamenco.

—*Ok*. Al finalizar la clase, me preguntó por ti. Le interesaba saber tu paradero y el de su toalla. —Vaya, la toalla dichosa. Por eso, durante la reunión, no me la había nombrado; ese mensaje ya estaba enviado hacía horas—. Se hizo un lío hablando, y al final no supe exactamente si lo que le interesaba era la toalla o tú. Creo que tú... pero...

—No te creas. Tengo novedades.

—¿Novedades?

—Pablo y Sandra están juntos.

—¿Quééé?

—Sí. Cuando fui a hablar con Sandra, vi que se dieron un pico.

—¿Un pico? ¿Dónde?

—¿Dónde? Pues en la boca, niña.

—Pero ¿cómo lo sabes? ¿Se han besado delante de ti?

—No. Llegué a su despacho, al de Sandra; cuando me acerqué a la puerta, los pillé.

—¿Y saben que lo sabes?

—Pablo, al salir, se topó conmigo... Imagino que sabrá que los vi, pero Sandra no.

—Pues... no me cuadra el interrogatorio que me hizo sobre ti... Bueno... por su toalla.

—Te cuadre o no, lo cierto es que es su chica.

—Igual es de los que no se compromete y, aunque esté con una tía..., busca más... ¡Vete tú a saber!

—No creo; aunque así fuera, yo no estoy disponible. Y espera, que aún hay más...

—¿Más?

—Sí. Pablo es el mánager del grupo de Sandra, y te preguntarás que cómo lo sé.

—¡Madre mía! Lo tienes hasta en la sopa. ¿Qué pasó? Va, cuenta, cuenta.

—Se acercó durante la reunión y me dijo que menos mal que había tenido tiempo para asistir, porque no había aparecido por su clase...

—¡Qué fuerte!

—Espera, que aún queda más.

—¿Qué? Si me dices que te dio un morreo delante de todos..., me caigo muerta. ¡Jajaja!

—¡Ale, animal! No, probablemente que me vio en la cafetería, comiendo con David, y me dijo algo así como... ¡Ay! No sé cómo era... —No conseguía recordar sus palabras exactas.

—Piensa, piensa, que me da un infarto.

—¡Ah, sí! Que igual no había aparecido por su clase porque la comida con mi amigo se había demorado más de lo que había pensado... —Le puse una cara de mueca mientras lo iba recordando —. Vero, ya ves, a él qué más le dará si no voy a clase, o si como con quien sea... ¿Cuándo ha pasado lista en uno de sus entrenamientos?

—Se ve que sí le pica, sí... Dices que está con Sandra, pero me da a que estás en el punto de mira...

—Espero que no. Y... no sé si dejar el grupo...

—¿Quééé? De eso nada, monada.

—No quería, porque no me da la gana que un tío cause ese efecto en mí, pero... saber que está con Sandra y no tener claras sus intenciones hacia mí... me da mal rollo.

—Lucía, no me extraña...

—Y además, hay una posibilidad de que tenga interés, simplemente, en saber dónde está su toalla y de que el resto sea una imaginación nuestra. Mujer, sí es cierto que su comportamiento de estas semanas ha sido raro... pero, por otro lado, pienso... Este tío, con ese cuerpo, ¿fijarse en mí? Imposible.

—Mira, el tiempo lo dirá. Mi consejo es que te andes con ojo, y vamos a restarle importancia a lo sucedido. Veamos cómo respira Pablo y luego ya juzgaremos.

—Estoy de acuerdo.

Toc, toc. Lllaman a la puerta de nuevo.

—Lucía, como sea Pablo, me muero, te aviso. —Vero se puso nerviosa. Yo no, sabía que no era mister Increíble.

—Nooo, será David, que he quedado con él y aún estoy por vestirme. Voooy, ya abro...

—Espera, espera, Lucía, igual tienes suerte, y David ya no te hace pensar más en don culo perfecto. ¡Jajajaja! —Le puse los ojos en blanco y me fui a abrir.

—¿Aún estás así, Lucía? No llegamos.

—Hola, David.

—¡Ey, Vero! No te había visto, hola...

—No... si ya me iba. Que los paséis muy bien. —Le volvió la sonrisa picarona a la cara. ¡Qué mala era!

—David, dame cinco minutos, y estoy.

—Vale, voy a ver tu balcón, que todos hablan de la envidia que te tienen por tu atiquito.

—Tú mismo. La verdad es que he tenido mucha suerte en el reparto.

David salió a inspeccionar mi rincón preferido mientras yo me cambiaba.

—¡Vayaaa! Esto es flipante. ¡Qué vistas, princesa...!

—David, ya estoy.

—A ver, que te paso revista. ¡Bueno!, esta noche vas a romper muchos corazones, y el envidiado seré yo.

Me había puesto un vestido básico negro. Ceñido no, porque la barriga era difícil de disimular, y estaba ahí. El tacón me estilizaba, y eso que más de seis centímetros no podía llevar, por si me caía. El pelo recogido se estaba convirtiendo en una manía últimamente; me realzaba bastante los ojos, y me veía más atractiva. No llevaba mucho maquillaje, pero la rayita en los ojos, el colorete y los labios rojos no podían faltar.

—Gracias por el piropo, hacía tiempo que no me dedicaban uno...

—Será porqué estás sorda...

—¿Qué? —Estaba extrañada, no tenía ni idea de a qué se refería.

—Sí, mujer, ¿no oyes hablar a Iván? De cada cinco palabras que dice, cuatro son para glorificarte.

—¡Jajajaja! Él no cuenta, se repite demasiado. Por cierto, ¿a dónde me llevas?

—A que conozcas el nuevo local en el que bailarás.

—¡Vaya! ¡Qué considerado eres, David!

—Ni te lo imaginas...

La verdad era que David venía de una familia muy bien situada en la esfera social. Llevaba viviendo en España desde los dieciocho años, y sus padres y sus ascendientes eran británicos, y creía que hasta tenían títulos nobiliarios. Él se podía permitir muchos caprichos; de hecho, estaba a punto de descubrir uno de ellos...

—¡Pero qué coche tienes! ¿Estás podrido de dinero tú, o qué?

—Me lo compró mi padre hace unos pocos meses. Me tienen muy mimado... Como soy hijo único...

—Ojalá mi padre me hubiera regalado a mí un BMW 325 dos puertas. Aunque mi Opel no tiene envidia de tu medio de transporte...

—Venga, sube, que esta noche te enamorarás de mí.

Subimos y encendió la radio. Era un coche muy chulo; con ese seguro que ligaba mucho. El motor era diésel y casi no se oía.

—No te preocupes; a este paso, serás mi amor platónico y, además, el único.

—No te creo ni una palabra; alguien habrá por ahí que haya captado tu atención... Igual, algún profe... Todas las alumnas hablan de Pablo... No me digas que no te has fijado en él... —Pero ¿qué pasaba con Pablo? Conquistaba a chicas y a chicos en esa escuela. ¿Era el dios todopoderoso, o qué?

—Hombre, algún favor le haría... Pero no creo que sea su tipo. Además, hay mejores ofertas que él.

—¿Mejores? —Estaba extrañado.

—¿Qué pasa, que a ti te gusta?

—¡No! Es demasiado... demasiado... ¡Ay!, ¿cuál es la palabra?... ¡Ah, sí!... heterosexual. —Los dos nos partimos de la risa.

Hacía una noche ideal, nada de frío, y comencé a lamentar que esa cita no fuera una de verdad. David es encantador.

—Lucía, ¿qué me dices de Ángelo?

—¿Quién?

—¿No sabes quién es Ángelo? No me extraña; Pablo nos suele eclipsar a todos. Está en tu clase de arte dramático. —Le puse cara de no saber quién era— Sí, mujer, el italiano, ojos negros, alto, delgado, demasiado para mi gusto.

—¡Ah!, ya sé. A ese también le haría un favor. Solo por el acento, ya vale la pena hablar con él... pero, físicamente, no te creas que me llama demasiado la atención.

—¡No!, olvídale. No creo que seas su tipo.

—¿Qué?, ¿es gay?

—Qué creída eres, ¿no? Porque tú no seas su tipo, ¿ya tiene que ser gay?

—Ha sonado mal, lo admito, pero no lo decía por eso. Es que... Bueno... igual que tú sabes si es gay. No sé por qué he dicho eso...

—¡Jajajaja! —Empezó a reírse—. Relájate; era broma. Creo que está pillado por María... No sé.

—¿María? Esa pija rematada.

—¡Te cae bien, eh!

—Mira que hay poca gente con la que no me llevo bien, pero con María... Creo que nunca seré amiga suya. Nos hablamos, aunque no nos gustamos. Sé que ella me tolera poco también.

—¡Uy! Y ahora, que sabe que Sandra te ha elegido a ti y no a ella, aún peor.

—¿Quería entrar en el grupo de baile?

—Por supuesto, a su debido tiempo.

—Pues, ajo y agua.

—¿Qué?

—¿Qué pasa? ¿Eres tan finolis que no sabes lo que significa ajo y agua?

—Ah, se me olvidaban tus orígenes barriobajeros...

—¿Qué dices? Mira que te saco la navaja... —Sabía que bromeaba... De nuevo nos comenzamos a reír. David era un tío fenomenal—. Significa «a joderse y a aguantarse».

—Ya lo sabía, te estaba probando. Bueno, señorita, ya hemos llegado.

Era un garaje subterráneo. Dos plantas. Por lo visto, se trataba de un local de alta gama, como el coche de David. Menos mal que habíamos venido en el BMW; con mi Opel, igual no me dejarían entrar. Sonreí hacia dentro.

El restaurante se llamaba El sur está aquí. En la entrada había un metre. David le dio los datos. Al parecer, si no tenías reserva, no podías cenar, y la lista de espera era de varios meses.

Un camarero había venido a por nosotros. El local era muy típico. Típico andaluz. Todo era exquisito, demasiado, la verdad. Según me contó David —se veía que él era un asiduo del lugar—, el edificio tenía tres plantas. La primera era donde se realizaban las actuaciones, las restantes se alquilaban para eventos privados. El escenario estaba al fondo; todas las mesas tenían una visión basta buena hacia él. No había demasiados pilares en medio; los de aquí eran discretos y apenas molestaban a los comensales. El restaurante tenía una decoración bonita, con cortinas modernas que chocaban con el ambiente clásico andaluz. Era muy bonito, exclusivo, diría yo. Me estaba imaginando bailando en el escenario, con todos los ojos mirándome. En ese comedor cabrían unas quinientas personas o más. La sala estaba preparada para hacerla más pequeña, en caso de necesidad, por medio de paneles perfectamente decorados en tonos pasteles.

—¿Te gusta el sitio donde debutarás?

—Es impresionante. Y por cierto, me invitabas tú, ¿no?, porque no creo que lleve bastante pasta para poder pagar lo que vamos a cenar, y te advierto que no me gusta fregar los platos. —Efectivamente, los precios de la carta eran escandalosos.

—Calla, boba.

Estuvimos hablando de su pareja, Kevin, de los estudios, del centro... De un montón de cosas. Se me pasó volando el tiempo. David era cuatro años mayor que yo, pero me daba la impresión de que lo era más. Sus modales, los gestos, las palabras... Era perfecto y no podía ser mío. ¡Qué pena!

La velada iba de lo mejor cuando en los postres tuvimos una visita inesperada que agradó mucho a mi subconsciente. Sorpresa, sorpresa...

—Buenas noches, chicos. —La voz venía de atrás y no podía ser...

—Hola, Pablo. —David lo saludó primero.

—¿Hola? —dije con sorpresa y él se percató de ello. «¿Qué hace este aquí?», me pregunté. Lo tenía aburrido, pero era tan guapo...

—Javier me comentó que había dos estudiantes del centro, y al salir os vi. Imaginaba que eras tú, David, pero no creí que la otra fuese nuestra próxima estrella. —Me miró y sonrió. Yo no le hice ningún gesto. Actué como si la cosa no fuese conmigo. Estaba impactada, en problemas. Había de huir.

—Perdonad, ahora vengo. Voy a saludar a unos amigos. —Una buena excusa para evitarlo.

Al principio de la noche, había visto a unos íntimos amigos de mis padres y me pareció que era un buen momento para ir a saludarlos.

—Sí, claro. —David se mostraba educado hasta para darme permiso. Pablo no dijo nada. Intuí que le había molestado el irme de la mesa; su cara me proporcionaba esa deducción.

Me fui hacia la mesa de esos amigos de mis padres y no pude evitar pensar en si me estaría mirando el culo. No tenía un trasero diez, pero cumplía su función vistosa; para mí era el mejor culo del mundo, seguido de cerca por el de Pablo. Me preguntaba si estaría con Sandra. La verdad era que esa noche estaba especialmente guapo. Iba arreglado; la camisa blanca le quedaba de miedo y esos vaqueros lavados..., fenomenales. ¿Cuánto mediría? Un metro ochenta largo, casi metro noventa seguro. ¡Qué ojos verdes tenía!, preciosos. Sus labios te daban ganas de probarlos. No tenía desperdicio. Y una voz tan potente que te enamoraba. Me acababa de dar cuenta de que me gustaba más de lo que debería. Traté de convencerme de que exclusivamente era un capricho para la vista y de que, sobre todo, estaba fuera de mi alcance.

—Hola, Paul, Manuelle. ¿Cómo estáis?

—¡Lucía! Qué alegría verte. ¿Qué te trae por aquí?

—Estoy cenando con un amigo ahí detrás y me he decidido a saludaros.

Manuelle se inclinó para buscar al chico y examinarlo. Solía hacer eso habitualmente.

—¿Con quién? ¿Con el que está de pie o con el que está sentado?

—Con el que está sentado.

—Buena elección, pero me habrías dado más envidia si estuvieras con el que está de pie. —Y a mí, más gusto... Mi subconsciente estaba desmesurado.

—Ese es un profesor.

—¿Y dónde dices que estudias? —Me puso cara de pilla.

—Manuelle, siempre estás igual, ¿no tienes bastante con Paul? Paul, dile algo a tu mujer.

—Lucía, ya lo he intentado, pero esta señora es incorregible.

—Y vosotros ¿qué hacéis por estos lugares?

—Unos amigos nos han recomendado este restaurante, y hemos decidido venir a probarlo... Lucía, tu profesor se ha ido y tu amigo te está esperando.

—Sí, me vuelvo, que paga él, y no me conviene hacerlo enfadar.

—Lucía, un placer verte.

—Cuidaos. —Me despedí con dos besos y me volví a mi mesa.

David ya había pedido el postre. El camarero nos había traído una espuma de tres chocolates que debía de estar de muerte. ¡Madre mía! ¡Cuántos largos iba a tener que hacer en la piscina para

que no bajara a las cartucheras! Pero un día era un día. Además, ya que la noche no acabaría en sexo, pasión y lujuria, al menos tenía delante un buen sustituto: el chocolate.

—David, eso tiene una pinta... ¡uhm! —Definitivamente era un orgasmo... Buenísimo el postre...

—Sabía que te gustaría. ¡Ah!, me pidieron que te dijera adiós y que estás muy guapa...

—¿Quién? —Me estaba haciendo la sueca, demasiado. Yo sabía quién lo había dicho.

—Pablo.

—¡Qué raro verlo aquí!, ¿no? —Quitó importancia a los piropos del profesor, pero me alegraba que me hubiera encontrado guapa.

—No. Es socio de Javier, el gerente, y hay otros tres más.

—Sí que vienes mucho por aquí, ¿no?

—Este restaurante lo descubrí con un antiguo amor, hace años ya. Pablo no es un chico que pase desapercibido. Mi ex y yo nos hicimos amigos de los dueños porque veníamos a menudo, y es por eso que lo conozco. Luego, cuando entré en la escuela, lo reconocí enseguida. Somos buenos amigos... Por cierto, eso que te estás comiendo, y que no me vas a dejar ni probar, es un regalo suyo. Nos ha invitado el postre. —¡Mira qué bien! Si el postre iba a ser el sustituto del sexo y me lo había regalado Pablo, ¡caramba!, estaba teniendo sexo con Pablo... Me reí para adentro ante este pensamiento.

—Pues le daré las gracias algún día de estos... —Sarcasmo puro y duro. David lo notó y se rio.

—Ya me dirás qué te traes con él...

—¿Yo? —Me hacía la escurridiza de nuevo. No podía decirle que era un dios viviente que había entrado en mi cabeza y no quería salir de ella—. Nada, ¿por? —Continué como si tal cosa.

—Me hizo un interrogatorio, y no es la primera vez.

—¿Interrogatorio sobre qué? —Eso sí que era bueno...

—Que qué hacía contigo aquí, que ya me había visto comiendo contigo en la cafetería esta mañana, que si había cambiado de bando, que no te entretuviera mucho porque faltas a sus clases, que no te hiciera trasnochar, que tienes que estar fresca para el debut del próximo sábado... En fin, una batería de preguntas. —Claro, me imaginé que, si lo había conocido cuando venía al restaurante con su ex, pues Pablo sabría de su homosexualidad. Lástima, me sonaba bien que pudiera estar celoso.

—Que yo sepa, es mi profesor y poco más.

—Pues debes saber que no suele lanzar cumplidos a la primera de cambio. —Puse cara de no saber de qué hablaba—. Sí, Lucía. lo que dijo de la futura estrella... claramente se refería a ti... Yo no pinto nada en esa frase.

—Imagino que querría ser simpático...

—¿Simpático? Sí, lo es y mucho, pero lo conozco y dudo que lo haya dicho por simpatía.

—Pues, hombre, si estás insinuando que me ha tirado los trastos, o algo así, déjame que te diga que está con Sandra. Eso dicen las chicas de cuarto...

—¿Sandra?

—Sí, la profe, la que me ha metido en el grupo.

—Para nada. Por todos es sabido que tuvieron algo hace un milenio. Ella siempre lo está pululando y aprovecha cualquier ocasión para tocarlo, y esas cosas, pero él no tiene interés en ella. Ninguno... te lo digo yo.

—Pero ¿tú cómo sabes esas cosas?

—¡Jajajaja! Yo iba para periodista del corazón, tengo muchos y buenos contactos. No, ahora en serio. Salí con uno de los profesores de los deportistas de agua, pero no te diré con quién para no despejar la duda. Esa fuente es muy amiga de Pablo y, cuando quedamos, me explicó los chismes de los empleados de la escuela. Ese amigo anónimo también me contó que Sandra está muy triste porque Pablo, en unas pocas semanas, se va cuatro meses a Alemania; creo que a entrenar a una selección o a no sé qué. No presté atención porque paso de los deportes, no me gustan nada.

—¡Vaya! Te enteras de todo. —¿Cuatro meses a Alemania? ¡No se podía ir! Me puse triste enseguida, pero no podía dejar que David lo notara. Disimulé.

—Ya ves. Por eso te preguntaba que qué te traías con él.

—Yo, nada, te lo aseguro.

—Por lo que deduzco, el sentimiento no creo que sea mutuo.

—Pues, no tiene nada que hacer.

—Ya me imagino que vas a ser una conquista difícil.

—¡Jajajaja! Difícil sí, pero lo de conquista no llegará jamás. ¡Imposible!

—Todas dicen lo mismo y acaban cayendo... Lo he visto.

—David, dudo que Pablo tenga algún interés en mí.

—Yo no.

—Bueno... En el caso de que lo tuviera, solo me plantearía tener un rollo con él. Nada duradero. En estos momentos de mi vida, no me apetece complicarme ni con algo serio ni, sinceramente, con un «Aquí te pillo, aquí te mato», ni con Pablo ni con ningún otro. Por ahora nada. —Y debía ser verdad lo que le estaba diciendo a David, porque mi subconsciente se lo creyó—. Oye, ¿pagamos? Bueno, me invitas, y nos vamos. Es tarde y mañana me espera un día complicadito.

—*Ok*. Camarero, la cuenta, por favor.

Eché un ojo a la factura, y no habían cargado el postre. Sí era verdad que Pablo nos había invitado. Su primer regalo...

Volvimos al centro, y David me acompañó hasta la puerta de la habitación. Era todo un caballero. Me dijo que se lo había pasado muy bien conmigo y me dio un casto beso de buenas noches en la mejilla. Ese fue todo el contacto físico que conseguí aquella velada.

Ya sola, dentro de la habitación, me imaginé cuatro meses sin fantasear sobre las intenciones de Pablo, y me dio mucha pena. ¿Me gustaría Pablo o únicamente la idea de que mister Increíble

podiera sentir algo por mí? Con respecto a lo que David me había contado de Pablo y Sandra, estaba confusa. No sabía si alegrarme o no. Bueno, ya no los tendría que ver profesarse amor eterno en público, pero era peor. Igual no pararía de soltarme indirectas, y no estaba dispuesta a que todo el centro me pusiera el cartel de nueva víctima. Prefería el de «la chica que no sucumbió a los encantos de Pablo». Lo tenía claro: si mister Increíble quería jugar al ratón y al gato conmigo, yo no tenía pensado ser el ratón.

Me desvestí y me metí en la cama. Estaba tan cansada que me dormí enseguida.

Toc, toc, toc. Pero ¿quién llamará a la puerta tan pronto? Si eran las ocho y poco de la mañana.

—¿Quién es?

—Lucía, soy Vero, abre.

—Voy...

Abrí la puerta en bata, con los ojos todavía cerrados y hecha una pena.

—¿Aún estás así? Vamos, perezosa, vístete y cuéntame qué pasó con David. —No podía revelarles que era homosexual, no me correspondía a mí; pero, si no se lo decía, me daría la brasa todos los días. Decidí que le preguntaría a David si le parecía bien que se lo comentara a Vero, para que no me agobiase con insinuaciones.

—Nada, cenamos, vimos a Pablo y luego volvimos.

—Para, para, ¿a Pablo?

—Sí, estuvo en el local. Por lo visto, es uno de los gerentes, amigo de David y nos invitó el postre.

—¿Y pasó algo?

—Sí, que nos lo montamos encima de la mesa del restaurante delante de todo el mundo.

—¿Pero quién? ¿David y tú o Pablo y tú?

—Mira que no te sorprendes de nada nunca... ¿Qué quieres saber?

—Cosas, niña, cosas... Qué tal con David, si es un candidato para ser tu amor, si Pablo te soltó alguna fresca... Ese tipo de información.

Le resumí la velada sin demasiados detalles escabrosos, con el dato sobre la relación de Sandra y Pablo incluido, mientras me vestía.

—¡Ah! Vero, cambiando de tema..., me tienes que echar una mano hoy. No tengo previsto asistir a la clase de natación y necesito que con discreción le devuelvas a Pablo su adorada y dichosa toalla.

—¿Por qué no vienes?

—No me apetece verle la cara. Lo tengo aburrido, ya estoy saturada de él.

—Pues yo no me canso de verle el pecho, el culo, la cara...

—Céntrate ya

—Vale. ¿Qué te parece si se la devuelvo después de clase, cuando ya no quede nadie?

—Bien.

—¿Le tengo que decir algo?

—No lo había pensado. Dile que gracias.

—¿Gracias? —Estaba extrañada; creía que esperaba algo más fundamentalista.

—Sí, tampoco es que me haya salvado la vida a lomos de un corcel blanco. Es una toalla.

—Vale, ¿nos vamos a clase?

—Vero, ¿qué día es hoy y qué toca?

—Lucía, ¿así estamos? Jueves, arte dramático, tres horitas; luego, natación, una y media. Comer y tarde libre.

—Bien, vamos.

Pedro era el profesor de arte dramático. Las materias que se impartían estaban muy bien especializadas. Aunque se suponía que el centro estaba destinado a danza e interpretación, se exploraban todas las artes escénicas. La filosofía de la dirección era fortalecer las cualidades y dones que hacen posible que aflore de dentro de la persona: una bailarina, actor o humorista brillantes. Al menos algo así ponía en el folleto de la publicidad que había cogido cuando estudiaba Magisterio.

Las clases de dramático eran divertidas; nunca sabías lo que harías. El maestro tendría unos cincuenta y cinco años, muy buen hombre. Era una gran figura de la interpretación, una reputada estrella del panorama nacional del teatro y había trabajado en la gran pantalla, con actores de Hollywood, de la talla de De Niro o Bruce Willis, entre otros. Estaba preparando una obra para estrenar en uno de los teatros más importantes de Madrid, y todos los alumnos le hacían la rosca con la esperanza de que los auditará. Yo estaba convencida de que no daba la talla, así que no intentaba impresionarlo.

—Buenos días a todos y todas. Ya es hora de que dejemos las prácticas y las teorías y nos pongamos a trabajar. Vamos a hacer una obra de teatro. Yo mismo la he escrito; es una adaptación de *Romeo y Julieta*. Era obvio que teníamos que ver esta portentosa obra de Shakespeare; de no ser así, esta clase no sería de arte dramático. Haremos un sorteo con los personajes, y así tendréis la oportunidad de defender lo que os ha tocado. Me explico: si uno tiene la suerte de ser elegido protagonista, deberá hacer un papel brillante para que yo no se lo cambie. Sobre mi mesa tenéis dos urnas; en una están los personajes y en otra, vuestros nombres.

Poco a poco fuimos pasando por ambas cajas. A David le tocó ser el padre de Julieta; Vero sería la mejor amiga de esa, un personaje que se había inventado el profesor, y yo daría voz a la narración. Sería la narradora. Me gustaba el papel que me había tocado; era interesante. María Contrí se había quedado con el texto de Julieta, y Ángelo Di Tella sería su enamorado. Me pareció apropiado. La noche de antes, David me había explicado que el italiano estaba enamorado de María. Me acerqué a David y le dije que seguro que Ángelo estaría contento con su papel, y me

preguntó por qué. Me quedé sorprendida con su contestación y le recordé que me había contado que Ángelo estaba por María. Se rio picaón.

La verdad era que Ángelo no estaba nada mal. Ojos negros, moreno, un poco delgado para mi gusto, porque yo no estaba flaca, para nada, y creí que me vería muy gorda saliendo con él. De repente me sobresalté. ¿Por qué estaría pensando eso?, ¿es que quería salir con el italiano? Qué cacao mental me estaba haciendo yo sola. Y todo por culpa de David, por haberlo nombrado en la cena; yo ya me había fijado en él. Además, Ángelo estaba colado por María, y ella y yo éramos la noche y el día. Si le gustaba esa rubia de cara angelical y medidas casi perfectas, era imposible que se percatase de mí. Ya estaba otra vez con temas de chicos. Me pregunté sobre la causa de no poder concentrarme en mis estudios y punto.

La clase se me pasó rápido. Al finalizar, el profesor se me acercó y me dio la enhorabuena.

—Lucía, no podría haber una narradora mejor. Esperaba que la suerte te hubiera elegido para ser mi Julieta, la verdad. María lo bordará, pero tenía interés en ver cómo te hubieras desenvuelto tú. Te estás haciendo famosa entre el profesorado por tus aptitudes. ¡Sigue así! —Esperaba que no se refiriera a nada relacionado con Pablo; desde luego no me daba esa sensación, pero...

—Gracias.

Era todo un honor que un profesor me dijera eso. Era buena estudiante, y en Magisterio me habían felicitado más de una vez, pero esto de las artes escénicas era más subjetivo. Tenía la moral muy alta. Entre las palabras de Sandra, su invitación para unirme al grupo y Pedro, me parecía que mi culo se había hecho más grande. Del orgullo, claro.

Luego, tuve hora y media para mi sola. Me fui a la biblioteca y estaba nerviosa pensando en cómo Vero le devolvería la toalla a Pablo. No quería ir a su clase y, de hecho, no fui. A la hora de la comida, me encontré con mis amigos en la cafetería.

—Hola, chicos.

—Hola, Lucía —me contestaron todos. Vero me hizo un gesto para que me sentara junto a ella.

—Lucía, Pablo ha pedido verte en la próxima tutoría sin falta. «Que sea puntual tu amiga», me dijo.

—¿Por?

—No sé nada más.

—¿Le devolviste la toalla?

—Sí, al final de la clase, discretamente. Cuando ya no quedó nadie, me acerqué con ella en la mano y se la di. Le dije: «Gracias, de parte de Lucía».

—¿Y?

—Y nada. Cito textualmente: «Explícale a Lucía que quiero verla sin falta en mi tutoría de las cinco».

—Pues iré.

—¿Tú sola?

—Claro. No me va a violar, mujer.

—Ya me contarás cómo quedas.

—Claro. Seguro que es una tontería. No te preocupes.

Capítulo 4

SE VA A IR CUATRO MESES

Después de comer, subí a la habitación. Tenía la tarde libre, pero Pablo se había propuesto quitarme horas. Estaba como un flan. ¿Qué querría? Si él no daba ninguna tutoría. Estaba la norma no escrita de no molestarlo en sus horas de tutoría, a no ser que nos estuviéramos muriendo. ¿Por qué me habría citado? Igual, estaba mosqueado al ver que no iba a sus clases, que pasaba de él. Estaría acostumbrado a que, cuando él lanzaba el sedal, las chicas picaban, pero yo no era como las demás. Me gustaba jugar y jugaba duro. Con dieciocho años le había tirado todas las cosas a la cara a un tío porque me había engañado con otra. Todavía lo recordaba como si fuese el día anterior.

Había metido los regalos —las fotos con su imagen cortadas por la mitad, peluches, anillos...— en una bolsa de basura y, en medio de la avenida Blasco Ibáñez, en Alicante, la había abierto y había vaciado todo su contenido por el suelo. Él los había tenido que recoger con mucha vergüenza. Conmigo no se jugaba. Mi padre me había enseñado bien, y tenía el valor de mi madre.

Se acercaba la hora de ir al despacho de mister Increíble. ¿Me arreglaba? De eso nada. Me iba a poner un chándal y las zapatillas. Que supiera que pasaba de lo que pensara de mí. Creía que era mejor no darle un motivo para que creyese que iba arregladita porque iba a verlo a él.

Toc, toc, toc.

—¿Quién es?

—Soy Vero, abre.

—Lucía, ¿no te arreglas? Es la hora de ir al despacho de don «tengo un culo como dos piedras».

—Sí, ya estoy vestida.

—¿En chándal?

—Claro, ¿cómo estoy?

—No pareces un monstruo, pero no estás muy favorecida que digamos.

—Perfecto, entonces.

—¡Ah! No quieres arreglarte para que no se crezca. ¡Muy lista! Pues yo sí me hubiera puesto bien guapa para que sepa lo que hay y lo que no va a tener...

—¡No!, paso. Bueno... voy a ver qué quiere, luego te contaré.

La puerta estaba cerrada. Me parecía que Pablo no estaba en el despacho. Llamé y no hubo contestación. Miré el reloj; eran las cinco en punto. Le iba a dar unos minutos; si no venía, me largaba.

Antes de volverme oí que me saludaba.

—Hola, Lucía. Me gusta tu puntualidad, también. —Tenía la voz firme; me gustaba su tono. Y ese «también» era una indirecta; lo presentía.

—Me dijeron que pasara a primera hora y que fuera puntual.

—Sí, disculpa mi retraso. —Estaba abriendo la puerta, llevaba varias carpetas en los brazos. ¡Por favor! ¡Qué manos más grandes tenía! Me encantaban. Iba en camiseta de manga corta, estaba moreno y se le marcaban los brazos. Qué bien le quedaban los vaqueros negros. Estaba de muy buen ver. Me repito a mí misma, una y otra vez, que tenía que centrarme, y mi subconsciente se se defendía diciendo: «Solo miro; eso no es pecado».

—Pasa, pasa, Lucía. Siéntate.

—Pensaba que las tutorías eran por si nos estábamos muriendo... Y que yo sepa, no tengo ninguna enfermedad. —El corazón me iba a cien, pero iba a ir de dura. No cedería a sus encantos, que viera que conmigo no podía.

—Pues eso mismo te quería preguntar, si el motivo de que no vengas a mis clases es porque estás constipada o tienes algún problema de salud.

—No, para nada. No sabía que pasabas lista. De hecho, recuerdo que comentaste que te daba igual que acudiéramos a tus clases, siempre y cuando el examen final lo hiciésemos con los tiempos que marcaras.

—Buena memoria. Lo cierto es que me ha sorprendido que una estudiante como tú, que tiene fama de no saltarse ninguna clase y que, de hecho, no ha faltado a ninguno de mis entrenamientos hasta la fecha..., decida fugarse un par de días. Y si he de serte sincero, también me ha sorprendido no verte nadando por la noche. —¡Por favor! ¿Me había echado de menos, o qué?

—Tuve que sacrificar tus clases para acabar trabajos teóricos de otras materias.

Estaba demasiado a la defensiva, pero no tenía por qué darle explicaciones. ¿Qué se ha creído?, ¿que me podía tratar como a una de sus víctimas? Ni hablar.

—Por lo visto, comer en la cafetería y cenar en el restaurante son exigencias de otros colegas. Deberé tomar nota y rehacer mi material docente.

—¡Vaya!, corregiré la frase. Durante el mayor tiempo de mis obligaciones, tuve que hacer trabajos importantes y decidí sacrificar el periodo de tus clases, en beneficio de mi tiempo de ocio, porque la asistencia no es obligatoria. Ese, el de ocio, para mí, sí que es intocable; al de ocio me refiero, claro. Y además, no sabía que mi asistencia a esas clases fuera de tan suma importancia. —¿Estaba coqueteando?

—Entiendo. En verdad lo es, pero ese es otro tema. —Hizo una pausa reflexiva y tomó aire; estaba muy seguro de sí mismo—. Quería ponerte sobre aviso. No sé si sabrás que, en pocas semanas, me voy a trabajar a Alemania, y me temo que mi sustituta no compartirá mis normas. Y no es mi deseo que una de mis mejores y más queridas alumnas... —Pero... ¡qué coño! ¿Estaba escribiendo una carta, o qué?—... vea afectado su brillante expediente académico por, llamémoslas, unas sanas distracciones.

—Bueno, pues te lo agradezco. —No entendí nada de lo que me había dicho.

—De nada. Y aprovecho la ocasión... —«Mira, sigue escribiendo la carta», pensé... para felicitarte por tu incorporación al grupo de baile. La verdad es que presencié tu examen, y me dejaste muy sorprendido. Y no es falsa modestia si te digo que hay poca gente que consiga impresionarme. Por cierto, estoy deseando verte bailar de nuevo el sábado. Y ya te lo comentará Sandra, pero no hagas planes para después de la actuación. Tenemos una cena todos los del grupo; es una tradición que, cuando entra un miembro nuevo, nos reunamos para cenar.

—¡Ah! Pues gracias... y gracias. ¿Algo más?

—Sí, una última cosa. ¿Siempre eres tan seca con los que se deshacen en halagos hacia ti? —Comenzó el juego.

—¡Jajajaja! —No pude contener la risa—. ¿Eran halagos? Pensaba que estabas transcribiendo una carta, por las fórmulas de «Aprovecho la ocasión», «Mi más querida alumna...». En fin ¿cómo quieres que te agradezca esos halagos? Pensaba que «Gracias» era la palabra adecuada; se suele utilizar para agradecer algo... No sé si lo sabes...

¿Qué le pasaba? ¿Quería que me desnudara y se lo agradeciera? Ese tío era un chulo. Me estaba cayendo mal de repente, pero si me pedía que me desnudara... igual me lo pensaba y todo. ¡Jajaja! Me reía para adentro. Estaba orgullosa de cómo estaba saliendo la conversación. Estaba seria, nada de nervios, y me hacía la interesante.

—Ya veo. Igual no te has percatado de que he usado palabras como *impresionante*, *sorprendente*, *brillante*, o de lo que he dado a entender sobre que tu asistencia a mi clase es de suma importancia para mí.

—Es que no entiendo a dónde quieres ir a parar.

—¿No entiendes o no quieres entender?

Se levantó de la silla, se fue hacia la ventana y se puso a mirar por ella. Noté que estaba frustrado. No tenía claro si de verdad me estaba tirando los tejos. No me creía que yo le pudiera interesar. Según los rumores, su tipo de chica era una de cuarto, con medidas perfectas; y yo era de primero, con medidas que para mí eran perfectas, pero que no cumplían el canon de belleza de la sociedad de ese momento. ¿Qué contestaba a lo que me había dicho?

—Me parece que es lo mismo.

—¡Ya! Te confieso que nunca he tenido que hacer tanto esfuerzo. En verdad me desconciertas. —¿Esfuerzo? ¿Estaba corriendo una maratón, o qué?

—Gracias, creo.

—De nuevo, me vuelves a fascinar. En verdad eres un enigma, y me encanta resolverlos... me apasionan...

Su tono de voz se tornaba más interesante cada vez. Debía salir de ahí rápido o estaba perdida. «No debo caer, no debo caer...», me repetía en mi mente sin cesar.

—Pues a mí no me gustan nada.

—Ya lo veo ya.

—¿Algo más? —Si quería decirme algo claro, que lo dijera. No pensaba seguir el juego que se había inventado.

—No... Creo que no es el momento. —¿Momento? En serio, ese tenía una empanada mental.

—Bueno... pues, adiós. Y por cierto, enhorabuena por tu viaje a Alemania. —«¡Mierda! Lucía, no le des conversación...», me decía mi voluntad enfadada.

—Gracias por tu interés. Hace unos meses sí fue una buena noticia; en estas circunstancias, me temo que es un auténtico castigo. —Si se pensaba que le iba a preguntar por qué, lo llevaba claro... Necesitaba irme... Pablo era mucho Pablo.

—Entonces... mis condolencias. —Encima le seguía dando coba... Mi subconsciente me tenía dominada.

—Y cuando creo que ya no me puedes sorprender más, me vuelves a fascinar. Solo lamento tu apatía.

Di un suspiro de frustración y me dispuse a contestarle. Me iba a dejar ya de chorradas y se lo dejaría todo clarito meridiano, porque ese tío se pensaba que estaba tratando con una cría de instituto, y no era plan.

—Mira, Pablo, no entiendo lo que quieres decir y, en el caso de que lo comprendiese, tampoco querría saberlo. No tengo ni tiempo ni ganas de tonterías, indirectas y jueguecitos de instituto.

—Me parece bien que te parezcan tonterías, pero no me digas que son indirectas, porque más directo no puedo ser. Pero te lo diré más claro si lo prefieres...

Di otro suspiro bien alto. Me levanté con los ojos en blanco y dije adiós. Fin del juego. Al salir por la puerta, lo volví a oír decir: «Lucía, me fascinas», y solté una risotada silenciosa de desesperación.

Lo peor de todo era que, al día siguiente, lo iba a tener que aguantar en la cena del grupo. Esperaba poder sentarme en la otra punta de la mesa. No quería verle la cara ni hablar con él. Tenía que cortar ese juego pernicioso enseguida o saldría seriamente perjudicada. No lo conocía casi pero, por lo que había contado David, me había formado la idea de que era un tío llano y no un pedante, como me demostró. Igual quería impresionarme. No lo sabía. Sus palabras, sus frases para intentar ser imparcial y culto a la vez... no me cuadraban con lo que David decía sobre él...

Y después de analizar la personalidad de Pablo, tocaba examinar mis sensaciones. Tenía sentimientos contradictorios sobre lo que acababa de ocurrir. Por una parte, debería sentirme orgullosa de haber captado su atención pero, por otra, no me había dicho abiertamente nada que despejara mis dudas sobre sus intenciones, ¿o sí? No sabía qué pensar, estaba hecha un lío.

¿Quería jugar con él o no?

¡Madre mía! Me acababa de dar cuenta de que estaría un largo tiempo sin él. Le había dicho que no me gustaba jugar, pero me encantaba el juego que habíamos empezado, sobre todo porque iba ganando yo... ¿Qué haría sin él cuatro meses?

Fue una tarde intensa. Acabé un trabajo sobre los orígenes del francés. No me permití remover y descifrar las palabras de Pablo del día anterior. Eso sí, me molestaba lo que había dicho sobre que nunca lo había tenido tan difícil. Me había hecho gracia la expresión. No sabía exactamente qué insinuaba pero, si se refería a que ligar conmigo era difícil, todavía no había visto nada... Además, ¿era que todas se habían abierto de piernas a la primera? Definitivamente la modestia no era una cualidad suya.

Eran las ocho y media. Se acercaba mi hora de relax en la piscina, y no sabía si iría. Por un lado, si estuviera Pablo, me desconcertaría y, por otro, si no iba, se podía pensar que le tenía miedo. La mejor solución al problema era dejar a míster Increíble a un lado. Sí que me apetecía, y mucho, ir a desconectar bajo el agua... Iba a ir, lo tenía claro. Si estaba él, bien y, si no, también.

Me puse el bañador negro, con el gorro a juego; llevaba la bata encima. Me aseguré de tener la toalla en la mochila; la última vez me la habían tenido que prestar... Entré en la zona de la piscina. Pablo no estaba. Respiré aliviada, pues sería menos complicado dejar la mente en blanco si él no estaba. Me disponía a utilizar la ducha y a buscar un carril para echarme al agua cuando un chico pasó por mi lado. Me quedé mirándolo y me llamó la atención porque se había chocado conmigo y ni se había girado. Ni disculpa ni nada me había dicho.

Cuando terminé de repasar me bajo la ducha, eché un ojo hacia la piscina y me di cuenta de que había sido Ángelo el que había chocado conmigo. ¡Vaya!, ni hola me había dicho. Me había mirado a los ojos y ni se había inmutado, como si no me conociera de nada. Pero ¿qué se había pensado ese? Igual, con el gorro no me había reconocido. ¡No! Era imposible. ¡Qué antipático!

Me zambullí en el agua, y todo se desvaneció. No me preocupaba nada; solo estábamos mi pulso y yo. Era una gozada poder desconectar. La música de mi MP3 me transportaba a otro mundo, en el que no había Pablos. Empecé a sentirme cansada. Miré el reloj y vi que ya eran las nueve y veinticinco. Me salí, ya había cumplido. Una vez fuera del agua, vi que, en la primera calle, había un gorrito fucsia que conocía. Era Pablo. Me di prisa en secarme y me puse la bata. Hice todo lo posible por no mirar hacia donde estaba él. Mientras, se acercaba otro chico por mi lado izquierdo. Sus cosas estaban junto a las mías. Instintivamente me giré a ver quién era. Ángelo, y de nuevo me miró y no dijo ni una palabra. ¡Vaya!, no sería María, pero habíamos hablado en clase de dramático más de una vez. ¡Qué desagradable! Decidí no decirle nada tampoco. Me estaba mordiendo la lengua, tenía ganas de soltarle algo así como: «Hola, en mi pueblo saludar es de buena educación...». ¡Mierda! Aún no acabé de pensarlo, y las palabras me brotaron de la boca.

Ángelo se giró extrañado.

—Hola... Esto... esto...

—Lucía —le acabé la frase.

Pero ¿qué le pasaba?, ni mi nombre se sabía. Tenía la autoestima por los suelos, y más que la iba a tener... Porque entonces Ángelo dijo: «¡Eso!», cogió sus cosas y se largó. ¡Vaya! Don Importante me acababa de dejar más pisada que a una colilla. Definitivamente no tenía suerte entre el sector masculino...

Terminé de coger los trastos y me fui pensando en lo poco significativa que me había hecho sentir el italiano. Y de nuevo la cabeza comenzó a dar vueltas. Me enfadé conmigo misma por dar tanta importancia a las situaciones que vivía con los chicos. «Pero ¿qué coño te pasa Lucía? Pablo te muestra que igual tiene interés en ti, y no te gusta. Ángelo pasa de ti, y querrías que no fuera así...», me regañé.

Tenía un debate conmigo misma en la cabeza. Lo concluí con otro suspiro y con un «El tiempo lo dirá...».

Después de la ducha, Vero vino a recogerme a la habitación. Solíamos ir juntas a cenar cuando Luis no la mantenía ocupada. Nada más verme me preguntó por la tutoría con Pablo. Como a ella le gustaban los detalles, esa vez sí se lo conté con puntos y comas. Me repitió que estaba convencida de que Pablo quería algo conmigo. Yo le resté importancia y le recordé que se iba cuatro meses y que en Alemania había muchas alemanas para consolarse. Ella se reía.

El menú de la cafetería no me gustaba. Al final cogí una tostada y un zumo. Justo cuando estaba en la cola de los zumos, Ángelo acabó de servirse el suyo. Me miró a los ojos, y de nuevo ni «Hola» ni gestos ni sonrisa. Me quedé con una cara de tonta...

Me volví enfurruñada a la mesa. Vero me miró y me preguntó qué me pasaba. Le dije que era la segunda vez que Ángelo me veía y no me hacía caso. También le expliqué lo que me había pasado con él en la piscina, hacía pocos minutos. Y la oí decir: «A ver, si el problema no es Pablo, va a ser Ángelo». De nuevo la sonrisa picarona le volvió a la cara. Puse los ojos en blanco y di por zanjada su observación.

—Chicas, hola, ¿cómo estáis?, ¿qué hacéis? —Era David.

—¡Ey!, David, aquí, arreglando la vida sentimental de Lucía. —¿Qué mala era Vero!

—Ah, ¿sí? Cuenta, Vero, cuenta.

—Nada, que Lucía está molesta porque Ángelo no sabe ni su nombre ni tiene tiempo de saludarla...

—¡Jajaja! —David se giró hacia mí y, mientras, su condescendencia—. Ya te dije que no eras su tipo.

Vero plantó las orejas de sopetón y preguntó qué pasaba con tipos y Ángeles. Quedé con ella en que se lo contaría más tarde. Me la conseguí sacar de encima finalmente.

—Bueno, cambiando de tema, chicas, como pronto es el gran debut de nuestra estrella Lucía...
—Le sonreí; eran palabras de Pablo—... parece justo que nosotros, sus queridos amigos, vayamos a arroparla y, de paso, cenemos. Así, Lucía, después de la actuación, podrás celebrarlo con nosotros. ¿Qué os parece?

—Muy bien pero, después de la actuación, tengo que cenar con el grupo. Me han comentado que es la tradición cuando entra alguien nuevo.

—¿Tradición? —David puso una cara extraña.

—Sí, eso tengo entendido.

—Soy un asiduo del lugar y nunca he visto al grupo cenar después de una actuación, ni reunirse tan siquiera.

—Pues no sé, chico. Solo sé que hay una cena después y que mañana tengo que ensayar con Sandra. A las cinco, creo, en el salón principal.

—Bueno, Lucía pues, aunque no puedas luego celebrarlo con nosotros, iremos de todos modos. Te aviso que se ha corrido la voz y que ya hay una docena de gente apuntada.

—Pues reserva ya. Creo que hay mucha espera. —Le guiñé un ojo.

—Lucía, yo soy un vip. No te preocupes... ¡Ah! Se me olvidaba... No hagáis planes para las dos miserables semanas que tenemos de vacaciones en agosto.

En la escuela de danza, el curso lectivo era diferente de todos los centros docentes. Se paraba una semana en julio y dos en agosto, y todo septiembre, salvo los que tenían recuperaciones. El resto del tiempo, las clases eran normales, intensivas, según mi valoración.

—¿Y eso? —le preguntó Vero.

—Como sabéis mis padres tienen una casa de campo en Liverpool que usamos poco, y estoy haciendo un grupo para que vayamos. Cuento con vosotras, ¿no?

—Sí —contestamos rápidamente las dos. No nos íbamos a perder la mansión familiar, y seguro que era a gastos pagados, porque David estaba podrido de dinero.

—¡Perfecto pues! Os dejo y mucha mierda, Lucía.

Los siguientes días Pablo seguía en su tónica interesante. Los juegucitos eran habituales. Yo intentaba no darle importancia a lo que había entre ambos, fuera lo que fuese. Teníamos nuestros momentos, pero mi voluntad parecía de hierro. Me había propuesto no caer en sus garras, pero era complicado, demasiado.

Ya era viernes. Estaba preocupada por mi ensayo con Sandra. ¿Sería capaz de aprender la coreografía en tan poco tiempo?

Las clases de la mañana pasaron rápido. A mediodía comí con Iván, Daniela, Vero, y todos esos. David también vino, y quería pedirle permiso para preguntarle si le parecía bien que le contase a Vero que era gay pero, como yo no me *plasteaba* con el tema, decidí dejarlo para más adelante. Nos enseñó la lista de todos los que se habían apuntado a la cena para ver mi debut. Me

sorprendió ver al italiano en la lista. «Ni me saluda ni se acuerda de mi nombre ¿y ahora quiere verme bailar?», pensé. Me pareció raro y decidí preguntar a David por ello.

—Oye, ¿cómo es que Ángelo se ha apuntado? ¿No decías que yo no era su tipo?

—Sigues sin serlo, princesa... Pero, como irá María, se ha apuntado.

Repasé la lista y vi que María no estaba. Me habría sorprendido que hubiese ido. No me toleraba.

—¡No! María no está.

—¿Desde cuándo tienes tú tanto interés en el italiano? —No lo podía haber dicho más alto; rápidamente Iván se unió a la conversación.

—¿Quién es el italiano? Y sobre todo, ¿qué interés tiene Lucía en él?

—Ninguno, Iván. David está bromeando.

La conversación sobre el italiano se quedó sin finalizar. Mi subconsciente se estaba poniendo muy tonto con Ángelo. ¿Por qué, de repente, tenía tanto interés en él si no me gustaba nada? Ni me había fijado en él antes de que David lo hubiera mencionado en nuestra cena. No sabía lo que me estaba pasando. Lo único cierto era que, para no querer pensar en chicos, lo estaba haciendo demasiado.

Eran ya las cinco. Fui puntual al salón de actos. Cuando llegué, Sandra ya lo tenía todo montado y listo. Me puse el traje de faralá y comenzamos con el baile. Estuvimos casi tres horas. Yo estaba muerta y ella, enfadada.

—Lucía, ¿qué te pasa?, ¿dónde te has dejado el gancho y la fuerza del otro día?

—Estoy algo nerviosa, y también, como no hay público, creo que estoy relajada en exceso. — El único público que necesitaba se llamaba Pablo, y no estaba.

—Pues serénate. Espero que te falte solo el público... Eso mañana se arreglará. Ten en cuenta que cojo a los mejores y nunca he admitido a una de primero. Espero que no me hagas arrepentirme de la decisión. Si no, tendré que matar a alguien. —¿A alguien?, ¿a quién? ¿De quién hablaría? No pregunté, y mi subconsciente se quedó con ganas de saberlo.

Continuamos diez minutos más, y yo notaba que se estaba poniendo de los nervios.

—Vale, la coreografía está aprendida. Solo nos falta el público para que saques la garra. Esperemos que sea eso lo único que necesitas...

Yo estaba recogiendo mis cosas cuando me llamó de nuevo.

—Lucía, espera, tengo que darte el traje. —Estaba convencida de que iría con el de clase—. No tienes que pagar nada. Es uno de los míos, de cuando estaba algo más rellenita, y creo que te cabrá.

—Es precioso. —¿Me acababa de llamar gorda? Como sabía que estaba perfecta, hice oídos sordos. El vestido era sensacional. Tenía el fondo blanco con detalles negros pequeños, y los ribetes de las mangas y de los volantes de la falda eran amarillos. Parecía bastante ceñido, pero

no había nada que una buena faja no pudiera contener, a lo Bridget Jones.

—Por cierto, luego de la actuación, el grupo se reunirá para cenar. Bueno, será tarde, ya será hora de resopón, pero Pablo se ha empeñado en que quiere cenar con todo el grupo, y hemos accedido. Imagino que está melancólico porque se va cuatro meses fuera y querrá que sea la cena de despedida, ya que nunca antes nos habíamos reunido en torno a mesa y mantel.

—De acuerdo. —¿Cena de despedida? Me quedé helada. Pablo me había dicho que era una tradición. Sería mentiroso, pero ¿por qué me había dicho eso? David no mentía cuando decía que no había visto nunca reunirse al grupo.

Noté a Sandra muy seca conmigo. Siempre se había portado muy bien, atenta, dulce. Imaginé que estaba preocupada por mi falta de garra en el escenario. Me asaltaron las dudas. ¿Y si yo no era lo bastante buena para el grupo? ¿Había tenido suerte el día del examen? Decidí no pensar más en el asunto. «Lo que tenga que ser será», me dije a mí misma.

Con los nervios no había llamado a mi padre para explicarle lo de mi nuevo trabajo. Se lo contaría más adelante. No tenía ganas de que vinieran a verme bailar al restaurante, al menos no hasta estar segura de que valía para el puesto.

Eran ya más de las nueve. Había ido a cenar a la cafetería y tenía la idea de bajar a la piscina a relajarme un rato. No me apetecía mucho hacer más esfuerzo. Las tres horas y pico de baile con Sandra me habían destrozado, pero el agua me sentaría bien. Me cambié y fui. Cuando llegué, vi el gorrito fucsia en la primera calle. Dejé mis cosas en la percha y oí que alguien me decía: «Hola».

Al girarme vi que era el italiano y, casi sin darme cuenta, le contesté.

—¡Mira... si hoy sí saluda! —Qué vergüenza, no sabía cómo se me había escapado la frase. ¿No podía haber dicho simplemente «Hola», y ya está?

—¿Qué? —Me miró extrañado. Creí que no entendía a qué venía mi frase, pero entonces vi que se le dibujó, en la comisura de los labios, una sonrisita malévola. Igual sí sabía a qué me estaba refiriendo...

—Hola —le contesté rauda y veloz. Antes de que pudiera acabar el «la», don Importante ya estaba metido en la piscina. De nuevo David había acertado. Desde luego yo no era su tipo; creía que le molestaba mi presencia y todo.

Me metí en el agua y me di cuenta de que, con el «Hola» del italiano, no me había fijado en qué hacía Pablo. Pasé de todo, me conecté mi música y comencé a nadar. Esa vez aguanté quince minutos en el agua. Estaba muy cansada; mi cuerpo no daba más de sí.

Salí de la piscina. Al levantar la vista para buscar mis cosas, observé que Pablo estaba sentado, enrollado con la toalla a la cintura, junto a la percha donde tenía mis cosas. Don Importante sí seguía nadando en el agua.

Me acerqué y lo saludé.

—Hola. —Me devolvió el saludo—. Me han dicho que has tenido problemas hoy en el ensayo.

—¡Caramba!, a Sandra le había faltado tiempo para contárselo—. Espero que nada importante; de lo contrario... me han amenazado de muerte por haberte propuesto como sustituta de tu antecesora. —¡Todo era obra suya! ¿Por qué? No quería saberlo, no le iba a preguntar.

—Mañana lo haré lo mejor que pueda, aunque solo sea para salvarte la vida. —¡Dios! ¿Qué hacía? Estaba coqueteando con él. ¡Mierda! ¿Por qué lo hice?

—Estoy seguro de que acabarán felicitándome por mi propuesta. Espero que no hayas olvidado que estás comprometida para cenar mañana con el grupo. Lo siento por David y por tus fans. — ¿Cómo sabe ese lo de David y el resto de compañeros que iban a venir a verme? Ahí las noticias volaban.

—¡No! Sandra me ha recordado hoy lo de tu cena de despedida.

—¿Cena de despedida? —Estaba extrañado.

—Sí, como te vas a las Alemanias, me ha comentado que es una reunión para despedirte.

—Creí haberlo dejado bien claro el otro día en mi despacho. Es una cena en tu honor. Tú eres la nueva estrella.

—Ya estamos... —No acabé ni la frase, me había desarmado, no sabía qué contestar a eso. Opté por una retirada elegante. Me puse la bata, di un suspiro de desesperación bien fuerte, dije: «Adiós», y me fui.

Cuando llegué a la habitación, comencé a ponerme roja como un tomate. No sabía si era de ira, de deseo o de vergüenza. Desde luego, entre mister Increíble y don Importante, mi cabeza estaba desbordada. Lo de Pablo ya venía de hace un tiempo, pero lo de Ángelo... ¿De dónde venía eso?

Estaba rendidita. Me puse el camisón, y a dormir como un tronco toda la noche.

Capítulo 5

MI ACTUACIÓN

Me desperté a las doce. Era sábado, día de la gran actuación. Me preguntaba todo el tiempo si encontraría de nuevo el nervio que llevaba dentro y que me había valido para el puesto en el grupo. Estaba preocupada, pero sabía que era capaz de hacerlo. Si lo había hecho una vez, no me costaría volver a encontrar el punto.

No tenía ganas de salir de la habitación ni de hacer nada. Me propuse dedicarme el día a mí misma. Actuábamos a las nueve. Me habían comentado algunos compañeros del grupo, Andal, que era habitual que los extranjeros, alemanes e ingleses, básicamente, acudieran al local a cenar pronto y a disfrutar del espectáculo. Vero me había dicho que pasaría a peinarme sobre las seis, que me ayudaría con el recogido. Sandra, antes de acabar el ensayo, me propuso ir en su coche, y me pareció bien. Imaginé que pensaba que yo no sabría la dirección. ¡Claro!, ella no sabía que David ya me había llevado al terreno de juego.

Pensé que lo mejor era ir a comer algo, y así podría dedicar la tarde al culto de mi cuerpo «rellenito». Recordé la mención que me había hecho Sandra al darme su traje. Rápidamente me fui a la báscula. ¡Vaya! Pues ya estaba menos rellenita. Si me sobraban siete kilos al principio de curso, ahora ya solo eran cuatro y medio. Me entró más hambre con la buena noticia. Me encantaba ese centro porque los profesores no estaban obsesionados con el peso. Nos habían explicado, a principio de curso, que la báscula se movía constantemente, que era conveniente estar en un peso óptimo para nuestra buena salud, pero eso era un criterio personal nuestro.

Comí sola; era demasiado pronto para el resto de la pandilla. Vero, probablemente, habría quedado con Luis; bueno, seguro que todos habían salido el viernes hasta altas horas de la madrugada. Entonces, caí en la cuenta de que hacía un siglo que no iba a bailar, de fiesta. A eso había que ponerle remedio. Recordé que los viernes y los sábados los iba a tener ocupados durante mucho tiempo y pensé en que el jueves era un buen día para hacer planes. De hecho, durante mi época en la universidad, salíamos ese día de la semana. Se lo propondría a los chicos en cuanto los viera.

Cuando acabé de comer, unas patatas y un filete, subí para empezar el culto a mi cuerpo. Me depilé toda: cejas, axilas, ingles y piernas. Luego me hice una mascarilla para la cara y me la

quité en la ducha. Cuando salí, me apliqué la leche limpiadora, el tónico y la crema para el cutis. Me pinté las uñas de color rojo pasión, y entonces llegó Vero.

Era una artista con el peinado, me dejó un recogido perfecto. Me sacó un mechón de pelo que colocó sobre la frente y me puso la peineta en su sitio. Me dio su toque especial. Yo comencé con el maquillaje. Los ojos los hice negros ahumados, con la raya, también negra, bien puesta por debajo. Rímel, rizador de pestañas, labios acordes con las uñas y con el colorete.

—¡Madre mía! Me encuentro guapísima, y eso que aún no me he puesto el traje... ¿No, Vero? ¿Tú cómo me ves?

—Esta noche Pablo te pide matrimonio, hijos, un perro y una casa en la Moraleja...

—¡Jajajaja! ¿Y tiene que ser precisamente Pablo?

—Bueno, quien dice Pablo... dice Richard Gere...

—Ese no, está muy viejo. ¡Otro!

—Lucía, el que tú quieras; es tu imaginación... —De nuevo las dos comenzamos a reírnos.

—¿El traje te lo pones aquí o en el restaurante?

—En el local; creo que hay vestuarios y todo.

—Mejor. No se te arrugará.

—Iba a ponerme la fajita. ¿Tú qué crees?

—Pruébate el traje, a ver.

—Ayúdame. —Las dos comenzamos a pelearnos con la cremallera, y consiguió entrar sin problemas.

—Lucía, de faja nada. Está perfecto. No pareces un insecto palo ni una ballena. Ideal. En fin... te dejo, que voy a vestirme, también quiero ponerme guapa para Luis. ¡Mucha mierda!

—Gracias por todo, Vero. Nos vemos luego.

Estaba acabando de ponerme los vaqueros y una camisa negra cuando me llegó un mensaje al móvil. Era Sandra; me esperaba en el garaje en cinco minutos. Ordené; cogí el traje, el bolso, y bajé hasta su plaza. Yo no tenía el coche en el centro porque no me hacía falta; siempre encontraba a alguien que me llevase, o cogía mi bici o el bus.

Sandra estaba guapísima. No entendía cómo Pablo podía negarse a estar con una mujer así. Era espectacular.

—Hola, Lucía, ¿estás nerviosa?

—Un poco, pero sé que puedo hacerlo muy bien.

—Seguro. Si no, no te preocupes, pero alguien morirá... —Creía que se refería a Pablo. Después de todo, según dijo, fue él quien me había propuesto para mi nuevo cargo.

En lo que me pareció un suspiro, llegamos al restaurante. Aparcamos en el garaje y fuimos derecho al vestuario. Poco a poco el resto del grupo comenzó a hacer acto de presencia. Me puse el vestido. Estaba muy contenta con mi aspecto. Normalmente lo estaba; siempre había creído que,

más que estar delgada o arrebatadora, lo fundamental era sentirse bien con una misma, y yo no tenía ningún conflicto con mi cuerpo.

—Lucía, te está un poco grande y todo el vestido. Creo que has adelgazado desde principio de curso.

—¿Tú crees? Yo lo noto bien.

—Sandra, está perfecto. —De nuevo esa voz dulce. Míster Increíble acababa de hacer acto de presencia. Estaba justo detrás de mí. Noté que me agarró por la cintura y me estaba dando la vuelta. ¡Qué atrevido! Cuando me colocó frente a él, me examinó. No me ruboricé y decidí hacer lo mismo que él: también le pasé revista. Se sonrió y, entonces, prosiguió su discurso.

—Bueno, chicos, he venido a desearos suerte... Mejor dicho, mucha mierda. El restaurante está rebosante. Nuestra nueva estrella ha captado a un buen número de fans, entre profesores y alumnos que vendrán más tarde. Dejad como siempre el pabellón muy alto. —No me gustaba que me ensalzare como a un trofeo, me molestaba.

Todos estaban retocando lo últimos detalles de su vestimenta. Los músicos afinaban los instrumentos. Pablo aprovechó el momento para acercarse a mí sigilosamente. Susurrando al oído me dijo: «Sé que estarás magnífica. No hace falta que contestes ni suspires, no te preocupes...». Y de nuevo se me escapó una respiración profunda y una risa. Me guiñó un ojo y se marchó hacia el salón de restaurante.

Sandra calculó que acabaríamos sobre las doce. Todo no era baile. Lolín comenzó la actuación cantando a dúo con otro chico. A continuación, debíamos salir las bailarinas. Me coloqué en mi sitio, a un lado del escenario. Imaginé que Sandra no se fiaba de mí, y me puso en un rincón. Éramos cinco bailando. Yo estaba a la derecha del escenario. Desde mi posición busqué a Pablo; estaba sentado en la barra, hablando con un camarero. Vi cómo sus ojos se posaron en mí rápidamente. Ya tenía mi inspiración en la sala. ¡Qué guapo estaba! Llevaba un pantalón beis, tipo chino, que le hacía un culito magnífico. Camisa negra y americana a juego con el chino. Sencillamente estaba de toma pan y moja.

La música comenzó a sonar, y todo salió solo. La taconada, la emoción del sentimiento andaluz afloraron. Las piernas iban solas; no tenía que darles ninguna orden. La coreografía la tenía dominada. Notaba el bombeo del corazón, sabía que lo estaba bordando. Los asistentes nos aplaudieron con ganas. No quería dirigir la vista hacia donde estaba Pablo. Intuía que él me estaría observando y, aunque no lo sabía a ciencia cierta, preferí mirar hacia otro lado. Tenía un efecto sobre mí que desconocía, muy potente.

Cuando acabamos acusé el cansancio. Desde la comida no había probado bocado, tenía el estómago cerrado por los nervios de la actuación. Suerte que íbamos por turnos y no me salía bailar todo el tiempo. Los músicos interpretaron un par de canciones típicas, y de nuevo los cantantes salieron con sus temas. La siguiente canción ya nos tocaba bailar. Para entonces, todo

el grupo de mis amigos ya había llegado. Eran unos veinte, o así. Tuve curiosidad por buscar a María. Aún recordaba haber visto a Ángelo en la lista de David y tenía curiosidad por ver si ella había venido, tal como había asegurado David. Y ahí estaba María. Pero ¿era que David no se equivocaba nunca? ¿Eran celos lo que provocaba esa reacción en mí?

En otro segundo localicé al italiano, justo al lado de María. Cómo cambiaba ese chico arreglado. Llevaba una camisa azul cielo. No alcanzaba a ver más, puesto que estaba sentado y que lo tapaba el mantel de la mesa. Lo veía diferente esa noche. No era como míster Increíble; nadie era como Pablo, pero el italiano era atractivo también.

Comenzó el baile y la garra afloró. De nuevo el corazón bombeaba. Los pies respondían a la perfección, los brazos sabían el camino; no tenía que pensar los movimientos. Me había vuelto a salir muy bien. Estaba cansada, y aún quedaban dos bailes más. Esperaba poder aguantar el tipo.

Cuando finalizamos la actuación, el comedor volvió a aplaudir. Esa vez la mesa de los veinte se puso en pie. Aplaudían con muchas ganas y silbaban; oía gritar mi nombre. Eran magníficos, un gran apoyo para mi moral.

Los bailes fueron sucediendo y, al terminar, conseguí estar de una pieza. No me caí y saqué la garra que tan preocupada tenía a Sandra. En los vestuarios nos cambiamos, y ella no me dijo nada con respecto a mi baile.

Salí de los vestuarios y me adelanté para coger un buen sitio en nuestra mesa. No me apetecía pasar una noche incómoda con los juegos de Pablo en público. Vi que los platos tenían nombre asignado. Pablo, prácticamente, se iba a sentar en el centro. Estaba situado mirando hacia la puerta de salida y no hacia el escenario. Era una mesa alargada; tenía visión directa hacia la mesa de los veinte. ¡Bien! A su lado estaban Sandra y Rodrigo. Comencé a buscar mi nombre y... descubrí que me había alegrado demasiado pronto por no estar junto a él. Estaba justo enfrente de él. Eso era aún peor; iba a tener que hablar con él y a sostener la mirada, prácticamente, toda la noche. Nos separaba apenas un metro y poco.

Antes de que el grupo de flamenco viniera a sentarse, me escapé para saludar a mis compañeros de clase. Estaban muy cerca de mí. Por lo visto David le había pedido a Pablo que hiciera lo posible para estar junto a mi mesa.

—Hola, chicos. Gracias por venir.

—No nos lo hubiésemos perdido por nada del mundo, princesa. —David era un cielo—. Creo que hablo en nombre de todos cuando digo: «Olé, olé y olé... guapa, guapa y guapa...». —Todos aplaudieron y me sacaron los colores de cara.

—Sois los mejores. Bueno, os tengo que dejar, que mi grupo ya está sentado. Dentro de un momento, me escapo y vuelvo.

—Sí. Nosotros te esperaremos aquí mismo.

Cuando volví, Pablo ya estaba en la mesa. Me senté discretamente y casi no dije nada. ¡Menos

mal que no me había puesto tacones antes de la actuación! Las manoleínas me venían de perlas. Trajeron los entrantes; tenían muy buena pinta. Pronto Pablo me dio conversación.

—Temía que nos fueras a abandonar. —Aire de interesante a la vista.

—He ido a decirles: «Hola». Han sido un apoyo muy importante esta noche, y creo que eran los que más aplaudían.

—Ellos solos no. Yo también me deshice las manos y no soy de los que aplaude fácilmente.

Volví a soltar un suspiro seco y corto. Creí que entendía su significado: «Ya empezamos».

—Y vuelvo a quedar fascinado... —La frase la soltó por lo bajo, mirando hacia otro lado, con cara de interesante y frunciendo el ceño.

Me puse a hablar con las chicas que tenía al lado. Noté que Pablo nos seguía la conversación para intentar meterse en ella. Sandra le hablaba, pero él no le daba mucha importancia, prácticamente no la atendía.

Mis compañeras me estaban felicitando por la actuación; me decían que, para ser de primer año, lo había bordado. Entonces, Pablo encontró hueco para poder intervenir.

—Eso me recuerda que tengo que regañar a Sandra. Querida, no soy quien para juzgar tus decisiones; aquí todos sabemos el excelente criterio que tienes. —Ella estaba complacida por lo que acababa de decir, pero se notaba que estaba alarmada por lo que intuía que venía a continuación—. Sin embargo, estoy seguro de que más de uno ha lamentado que pusieras a Lucía en una esquina. Creo que tendrás que replanteártelo. Y gracias, Lucía, por salvarme la vida. —Se giró y le echó una mirada a Sandra. Le acababa de recordar que no tenía que matarlo por haberme propuesto para entrar en el grupo.

Sandra tenía una sonrisa falsa en la boca, pero estuvo rápida al contestarle.

—Supongo que tienes mucha razón.

Yo ya me sentía avergonzada, pero eso no era nada en comparación con lo que tenía que venir. No me gustaba que me halagaran. Prefería que se reconociera mi trabajo discretamente y odiaba que me pusieran por las nubes.

Pablo retomó la palabra. Esa vez se puso de pie y cogió una copa de vino. «Tierra, trágame. Sé que me va a avergonzar... más...», pensé.

—Dicho lo cual, es hora de brindar por la fantástica actuación del grupo y, en especial, de nuestra última estrella. Su incorporación ha sido el único motivo de esta cena. —Mientras lo decía miraba a Sandra, como dejándose claro. Supongo que mister Increíble recordaba que yo le había dicho que tenía entendido que la cena era por su despedida—. Imagino que sus compañeros brindarán con nosotros. ¡Por Lucía! —Para rematar la faena, me guiñó un ojo. Todos aplaudieron; yo no sabía dónde esconderme.

En la mesa de los veinte, se desmadraron con el brindis. Escuché: «Lucía, guapa, reina mora, ¿por qué no me quieres...? Cásate conmigo». «Ahora sí. Tierra, trágame», pensé. Era Iván.

—Disculpadme. Voy a poner orden ahí detrás.

Salí disparada en busca de Iván. Había bebido más de la cuenta. El alcohol le hacía tener un

momento de euforia y muchos de tristeza.

—Chicos, parad ya de darle bebida a Iván. —Se levantó y me dio un abrazo. Noté que quería besarme el cuello. Intenté separarme de él, pero me agarró fuerte. Luis estaba a su lado y no tardó más que unos pocos segundos en separarlo de mí. Vero se levantó, también, rápido y ambos dijeron que era hora de irse.

Mientras se lo llevaban, Iván seguía gritando que me amaba por todo el comedor. Iba a tener que hablar con él; eso no podía así. Estaba muy enfada por el numerito.

Volví a la mesa. Pablo no tardó ni un momento en abrir la boca.

—Veo que hay competencia... —De nuevo dijo la frase sin mirarme. Dirigió la vista hacia abajo mientras se colocaba bien la servilleta en las rodillas.

Creí que se había levantado de la mesa para algo pero, con lo sucedido con Iván, no lo había visto. Sin embargo, esa vez, los que estaban a mi lado sí habían oído lo dicho por Pablo, y no me daba la gana pasar más vergüenza. Levanté los ojos. Sin tapujos y con mirada desafiante, le pregunté:

—¿Qué has dicho?

—Nada, estaba pensando en alto. Por cierto, me he tomado la libertad de pedirte el postre. Espuma de tres chocolates. Un amigo en común me dijo que no lo compartiste. —Sandra me fulminó con la mirada.

—¡Ah! Pues te lo agradezco. Pero no tengo el estómago bien y no podré con él.

En menos de tres segundos, Sandra se levantó de la mesa.

—Perdonadme que no acabe de acompañaros, pero me duele la cabeza. No me encuentro demasiado bien. Me voy. Disculpad.

Levanté mis ojos y busqué los ojos de Pablo. Me quedé seria examinándolo, y él supo que lo estaba regañando por sus atenciones hacia mí.

—No me mires así; se va porque le duele la cabeza. —Apareció su sonrisa maliciosa, y me lanzó un beso al aire mientras me guiñaba un ojo.

Volví a suspirar. Ese tío no tenía remedio y no se cortaba ni un pelo. Por cortesía tomé una cucharada del postre. Me apetecía mucho acabármelo, pero no quería darle la satisfacción. Decidí que era hora de irme.

—¡Vaya!, me parece que yo también me tengo que despedir.

—Tú no te puedes ir. —No le faltó tiempo para reaccionar a míster Increíble.

—¿No? ¿Por qué? —Le puse cara arrogante.

—A tu medio de transporte le dolía la cabeza y se ha ido... —No me había dado cuenta, pero estuve rápida y puse una sonrisa de victoria en mi cara.

—Ahí detrás tengo unos cuantos medios de transporte más. Buenas noches a todos. Ha sido un placer. —Le cambió la cara rápidamente. Se puso serio; lo vi.

—No hace falta que te vayas tan pronto. Yo te puedo llevar cuando acabemos de tomar una copa.

—Gracias, pero no, estoy cansada...

—Dame un minuto y te llevo...

Me levanté y me fui a buscar a la caballería, y lo dejé plantado. Quedaban pocos compañeros míos en la mesa de detrás. Menos mal que estaba David. No quería meterme en el coche con Pablo, no tenía tanta fuerza de voluntad para resistirme a sus encantos.

—Lucía, ¿ya has acabado? Te estábamos esperando...

—David, es que tengo muchas ganas de irme. Quería saber si me podías llevar, o si llamaba a un taxi.

—¡Ah! Tengo el coche completo. Pero como el centro no está lejos, descargo a los que llevo y vuelvo a por ti.

—No te preocupes; me llamo a un taxi.

—De ninguna manera. A estas horas no dejas que yo que voy sola por ahí. Espera, creo que Ángelo podría llevarte; va solo. Ángelo, ¿llevas a Lucía a la escuela?

—Lo siento, voy en la otra dirección. —No me extrañaba que no quisiera llevarme. Si apenas me saludaba, ¿cómo iba a querer que montara en su coche? Estuvo muy despectivo.

—Lucía, no pasa nada. No te voy a dejar ir en taxi. Me esperas aquí, te sientas unos minutos con tu grupo, que aún no se ha ido casi nadie. —Intuí que sabía lo de la fuga de Sandra por su mirada. Y vuelvo a recogerte. Además, me extraña que Pablo no se haya ofrecido a llevarte a casa... con el brindis que te ha dedicado...

—Bueno, te espero. Pero, por favor, no tardes, te suplico que no tardes. —Me preocupaba que tardara o que no volviera. No quería montarme en el coche con Pablo. Temía que esa batalla la ganara él. Era fuerte, pero mi cuerpo se podía rendir. Mi subconsciente lo deseaba.

—Lucía, ¿qué te pasa?

—Ahora no te lo puedo contar. Júrame que vas a volver a por mí y que no tardarás.

—Te lo juro.

—David, si me dejas aquí sola, nuestra amistad ha acabado.

—Lucía, me estás asustando.

—¡Júralo!

—¡Que sííí! Te lo juro. Dame diez minutos.

Volví a mi sitio. Pablo no tardó en sonreír y comenzó a valorar la situación.

—Celebro ver que has cambiado de opinión. No sabes cuánto me alegra. —Vi su característica sonrisa maliciosa; esa vez se mordía el labio. Obsceno.

—Me quedo diez minutos. Lo que tarde David en descargar a los colegas que se ha traído en el coche y venir a por mí.

—Disculpad. —Se levantó sin mediar palabra y se fue. Vi que se sacaba el móvil del bolsillo del pantalón. Me parecía que lo habían llamado por teléfono o que iba llamar a alguien. En dos minutos volvió a sentarse.

—Lucía, si te quedas sin medio de transporte, mi oferta sigue en pie.

De nuevo la sonrisa picarona. Me daba mala espina; ¿qué querría decir? Me recorría un escalofrío por la nuca. Si me tuviera que ir con él... —Mi subconsciente lo estaba deseando—... no sé cómo acabaría la noche. Me encantaría sentir sus brazos rodeándome, sus labios en mi cuello, sus manos en mi trasero. «¡Para ya!», me digo a mí misma. Eso no iba a ocurrir. Era un tío que pasaba de una conquista a otra. Jugaba con las chicas. Además, se iba cuatro meses. No me convenía. Pero a mi subconsciente mis reflexiones le daban igual. Tenía vida propia y se alegraba de que fuera depilada y sin faja.

Estaba nerviosa; Pablo lo sabía. Pasaron diez minutos y me giré a mirar la puerta. David no llegaba.

—Tranquila, Lucía, andando no te vas a ir. Cuenta conmigo. —De repente le cambió la cara. Se puso serio e hizo una mueca. Estaba mirando hacia la puerta. Me giré y, en ese momento, me quitó un gran peso de encima... Era David; había vuelto a por mí.

—Buenas noches a todos. Princesa, su carruaje la espera.

—Ahora sí me tengo que despedir. Mi chofer ha llegado. —Me di media vuelta y me fui hacia la puerta, prácticamente, corriendo. Me faltan piernas.

—Esperad, David, es pronto aún. Vamos a tomarnos la última al Fresh. Yo invito... luego pillamos un taxi.

—Pablo, otro día. Lucía ya ha decidido irse a casa —le dijo David mientras observaba incrédulo mi fuga.

—¡Ya hablaremos tú y yo! —la acusó Pablo.

David vino hacia mí.

—¿A casa, princesa?

—Sí, por favor.

Cuando llegamos al coche, le di un abrazo.

—Menos mal que has venido. Temía que no fueses a regresar.

—¿Me vas a contar qué os pasa a ti y a Pablo ya? ¿O vamos a seguir fingiendo que aquí no hay nada?

—Pero ¿por qué lo dices? —Sabía más de lo que decía.

—Anda, sube al coche, que tengo que enseñarte una cosa.

Entramos en el coche. Me siento a salvo de mis impulsos y de las intenciones de Pablo. Se sacó su iPhone.

—Mira este mensaje: «Ni se te ocurra venir a recoger a Lucía. Invéntate algo. Yo la llevaré».

—Menos mal que has venido, David. No quería irme con él bajo ningún concepto.

—¿Seguro? No soy tonto y es difícil engañarme... Estás loca por él.

—¡No! Es complicado. Con un tío así no se puede tener una relación. Es un rompecorazones. Te confieso que no me importaría tener una noche loca con él. De hecho, era esto último lo que me

preocupaba que pasase si no hubieras venido. No quiero suceda nada. No busco complicarme la vida, no con él al menos.

—Igual necesitas complicártela. Además... no conoces a Pablo. Le han roto el corazón.

—Lo dudo. Por cierto, ¿por qué has decidido venir? No creo que esté muy contento con eso.

—Me importa tu amistad y sé reconocer un grito de auxilio, de «No quiero cometer un error».

—¿Le has contestado el mensaje o te has presentado en el bar?

—¿Por qué lo quieres saber?

—Curiosidad. —Me moría por conocer todos los detalles.

—Toma, lee toda la conversación.

—Tengo que ir a por ella. Se lo he prometido.

—No seas cabrón. Me lo debes.

—Se lo he prometido. Además, chicas hay muchas, y puedes encontrar a otra esta misma noche.

—Te he dicho que no vengas. Como Lucía no creo que haya otra. Espero no verte aparecer.

El texto leído no dejaba opción a dudas. Su interés, honesto o no, estaba patente.

—¡Vaya! ¿Por qué dice que se lo debes?

—Él me presentó a Kevin y muchas veces nos cubre con su pareja. Me parece que haber ido a por ti me va a costar caro, además de una buena reprimenda.

—Lo siento, pero mil gracias.

—Mira, Lucía, conozco a Pablo desde hace unos cuantos años, sé cómo es. Te puedo asegurar que hacía mucho tiempo que no lo había visto así por ninguna tía. Además, con lo de Iván..., a mí me lo ha dejado claro. Esto es serio.

—¿Qué? ¿Qué es lo de Iván?

—Cuando fuiste a calmar a Iván, él no te quitó el ojo de encima. Justo al ver que se te tiró al cuello y tú lo estabas apartando, se levantó e iba hacia vosotros. Se volvió a sentar cuando vio que Luis y Vero te lo habían quitado de encima. Yo estaba de frente y lo vi todo. De hecho, tuve la misma intención que Pablo. Me ha sorprendido, porque nunca lo he visto preocuparse tanto por una chica. Hace años que se limita a protegerse y no se involucra en líos amorosos. Supongo que, igual que tú, no quiere complicarse la vida, o que se la compliquen, que es lo mismo.

—Entonces, según tú, que parece ser que nunca te equivocas, ¿qué interés tiene en mí? — Necesito oírsele decir de su boca.

—Mujer, no sé si quiere casarse contigo, pero algo sí que quiere de ti. Y por lo visto hoy y, tras las palizas que me ha estado pegando estos meses contigo, dudo que sea solo para una noche loca.

—¡Joder! Ahora ya no puedo engañarme a mí misma. David me lo había dicho clarito meridiano. Le interesaba, le interesaba. No sabía si alegrarme o no—. Si no es indiscreción... ¿qué sientes tú por él?

—No lo sé, es complicado.

—Tú y lo complicado otra vez... Te voy a contar una cosita que no sabrás... La comidilla de todo el centro es Pablo, y la frase más pronunciada entre el sector femenino es la siguiente: «Pon

un Pablo en tu vida...».

—¡Jajaja! Suena prometedor, pero no puede ser. Estoy en primero. Es mi profesor; no confío en él. Va de flor en flor, se va cuatro meses; no sé lo que quiero. Igual, si me hubieses dicho que simplemente quería una noche de sexo, pasión y lujuria..., me lo habría planteado. Parece más fácil con él un «Aquí te pillo, aquí te mato». No me apetece sufrir y sé que con él padeceré mucho.

—Tú no sé si sufrirás, pero te aseguro que él ya lo está padeciendo. —¡Por favor! Mister Increíble, que puede tener a la que quiera, ¿está sufriendo por mí? Mi autoestima se crece, pero el corazón se me encoge. Sé lo que es sufrir por una persona.

—Hemos llegado, princesa. Te acompaño.

—*Ok.*

Subí todo el camino pensando en lo que había acabado de contarme David. No hablamos durante el recorrido. Él sabía que yo estaba digiriendo la información. Cuando llegamos a la puerta de mi ático, se despidió con un beso en la mejilla y me pidió que descansara.

—Mañana hablamos si quieres.

—Hasta mañana, David. —Y se fue.

Capítulo 6

LA FIESTA

Tenía todo el domingo para mí. No me apetecía nada pensar en lo que estaba sucediendo con Pablo, pero iba a ser inevitable. Estaba desconcertada con las revelaciones de David. ¿Tanto habían hecho sufrir a míster Increíble? Él me superaba. Todo me parecía menos problemático cuando pensaba que él era pareja de Sandra. ¡Uy!, Sandra. Se me había olvidado su reacción de anoche; ¿serían celos? No quería llevarme mal con ella, pero eso ya no dependía de mí. Solo esperaba que no volcara su rabia sobre mí.

Toc, toc, toc. Llamaban a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy David. ¿Estás despierta?

—Sí, voy. —Le abrí la puerta con los ojos somnolientos.

—¿Cómo has dormido? —Se mostraba preocupado.

—David, no me hables ni me mires así, que parece que se ha muerto alguien. —Me observaba con cara de pena; no me gustaba.

—Perdona, pero ayer me hiciste jurar tres mil veces que fuera a por ti. Además, cuando volvimos de la cena, de camino a tu *atiquito*, no mediaste palabra alguna.

—Estoy bien. He decidido no pensar en el tema. Pablo se va cuatro meses fuera; con suerte conocerá a alguien allí, o yo conoceré a alguien aquí o...

—Sí, o nos tocará la lotería. Vale, lo tengo claro. Tema zanjado pues.

—Por cierto, qué antipático Ángelo. ¡Qué seco y apático fue! ¿No?

—¡Jajaja! A ver, si el problema no va a ser Pablo, va a ser otro... —Era lo mismo que opinaba Vero.

—¿Qué dices? Nada de eso. Pero es que le faltó decir: «Yo a esa ni agua». Es muy estúpido; nunca me fijaría en una persona así. —Mi subconsciente sabía que mentía.

—Mejor, porque ya te dije que no eres su tipo.

—Estoy harta ya de las palabras «su tipo». Te encanta tirarme por el suelo, ¿eh? Porque no quiero... Que, si no, ese tío come de la palma de mi mano.

—¡Jajajaja! Me matas, princesa. Ni aunque te pusieses desnuda delante de él y lo invitaras a tu

cama... ¡Jajaja!

—¿Es gay?

—¡Jajajaja! ¿Qué pasa?, ¿de nuevo todos los que no te atienden tienen que ser gays? Ya te dije que le gusta María.

—Insisto, David, porque no quiero. Que, si no, a ese tío lo tengo comiendo de mi mano. — Comenzó a revolcarse por el suelo, era más teatrero que nadie.

—Para, para, que no puedo reírme más. Jajajaja. Me saldrán patas de gallo.

—¡Bueno, ya está bien! Si no quieres nada más, me tengo que vestir.

—Mujer, no te piques. Hay que ver cómo sois las tías.

—¡Uy! No sigas por ahí, que la tenemos. No me gustan los estereotipos.

—Mira, te has ligado al tío más deseado de este centro, el más guapo y mejor valorado.

—Sí, lo es, pero desde una perspectiva física...

—Déjame acabar. Te has ligado al más deseado; si lo conocieras, sabrías que no es exclusivamente un físico. Te lo aseguro. Bueno... sigo. Al más deseado te has ligado y, no contenta con que esté babeando por ti..., te enfurruñas porque otro tío, en el que ni tan siquiera te habías fijado, pasa de ti. Lo quieres todo, hija. Decídate por uno, no puedes estar con dos. Corrijo: puedes, pero no debes. Tres son multitud; te lo digo por experiencia y no te lo aconsejo.

—No quiero seguir hablando del tema. Conste que el italiano no me interesa.

—Sí, seguro... Te engañas a ti misma. Bueno, te dejo.

—Espera, tengo que pedirte permiso para una cosa.

—¿Para ligarte a Ángelo?

—No tiene gracia. Resulta que Vero está pesadita con que tú y yo pasamos mucho tiempo juntos... Pues... cree que estamos enamorados.

—¡Vaya! Si es discreta, se lo puedes contar. —Sabía que me refería a su condición sexual.

—¿No te importa?

—Sí. No es que me avergüence de ello, solo soy discreto con mi vida privada.

—Vale.

—¿Vas a ir a nadar ahora?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Tienes el bañador preparado ahí, encima de la cama. Te dejo. ¡Ah!, una cosa: no hagas planes para esta noche. Nos vamos unos cuantos de marcha. Te espero a las nueve en mi plaza de garaje. Por cierto, viene el italiano, pero no te hagas ilusiones; es porque María también nos acompañará.

—¡Ja, ja, ja! —Estaba siendo muy sarcástica—. Ale, hasta la noche, David.

Me puso de los nervios con el italiano. ¿Qué se habría creído?, ¿que estaba interesada en él? Pero estaba convencida de que podría ligármelo si me lo propusiera. Tenía muchas armas; además, sin desplegarlas. Pablo, según decía, estaba muy interesado en mí. Lo malo era que eso no me ilusionaba; me halagaba, pero no me ilusionaba. La verdad, un chico como don Importante sí me vendría mejor que un ligón rematado. Esa relación, tal vez, sería más sencilla. No me iba a

engañar; Pablo me volvía loca, pero con Ángelo sería todo diferente. ¡Por Dios! ¿Por qué estaba pensando en salir con el italiano? Definitivamente mi subconsciente quería volverme majareta.

Decidí desconectarme de mis pensamientos. Eran las nueve de la mañana. Me asomé al balcón a ver si la piscina estaba saturada. ¡Perfecto! Mister Increíble no estaba; no veía nada fucsia. No solía ir los domingos; durante esos meses no lo había visto. Iba a relajarme hasta la hora de comer.

Llegué a la piscina, vi que efectivamente Pablo no estaba. El que sí estaba era otro, Ángelo, a punto de entrar en el agua. Entonces mi subconsciente volvió a la carga. Me recriminaba por no haberme puesto el otro bañador, el rosa, que me favorecía más y llevaba la espalda cruzada. Empecé a discutir conmigo misma. Le pedía a mi subconsciente que se fuera de vacaciones; no hizo caso.

Me metí en el agua. El italiano ya estaba nadando. No me había visto y, si lo había hecho, hizo como que no. Me parecía que David tenía razón; no debía ser su tipo. Pero esa noche medité ponerme mis mejores galas, aunque solo fuera para darle a David en las narices; iba a intentar entrarle. Enseguida me sentí mal tras pensar eso. ¿De verdad quería que una persona se fijara en mí cuando sabía que no le iba a corresponder? Al instante desistí de la idea. Me pondría guapa porque quería y me apetecía. Pero ¿y si Ángelo me interesaba y aún no lo había descubierto?

¡Madre! Eran las ocho de la tarde; me había dormido. Eso no había sido una siesta, había sido mucho más. Tenía que recuperar horas de sueño. El día anterior me había dormido a las cuatro y media de la madrugada y, recién levantada, a las ocho y pico, ya estaba pensando en cosas bien despierta. Me reí. Aún recordaba los diecisiete años, cuando mamá me reñía por llegar tarde. Me decía que tenía que estar en casa a las dos, y yo me presentaba a las cuatro. Me chillaba. Montaba unos pollos de mil demonios, pero lo peor era que, a las ocho de la mañana, entraba a mi habitación y, sin decir ni pío, subía la persiana hasta arriba. Yo la recriminaba y ella respondía: «El que es bueno para trasnochar es bueno para madrugar». La hubiera matado al instante.

Volví a tomar conciencia de que era tarde y me apeteció arreglarme. Tenía unos vaqueros negros; me los pondría con un top azul eléctrico que tenía la espalda prácticamente al aire. Tocaba ponerse tacones. Me tiré media hora con el maquillaje. Ojos en tono negro y marfil; la raya negra debajo no podía faltar. Rímel, colorete y labios muy discretos, de color carne. El pelo recogido, por supuesto; un moño alto con mechones selectos caídos.

Llegué a la plaza de garaje; no había nadie. En tres minutos bajaría David.

—Hola, Lucía. No te cabrees, pero... —De repente oí risas y una conversación. Eran el italiano

y María. Sería capullo ese David, me estaba picando—. Vienen con nosotros, no tienen coche. Vero, Luis y los demás están yendo para el Cavalli. ¿Lo conoces?

—Es un restaurante del centro, ¿no?

—Sí.

María y Ángelo seguían hablando y, al verme, me saludaron de inmediato. Subimos todos al coche.

—Por cierto, princesa..., estás espectacular. No te hagas ilusiones porque no eres mi tipo. —Me guiñó un ojo.

—¡Jajajaja! Porque no quiero; que, si no, comes de la palma de mi mano.

—¡Jajaja! Seguro, princesa; además, ya lo hago...

Durante el viaje hablamos de las clases, del profesorado... de muchos temas sin sentido, la verdad. Al llegar al restaurante, estaban prácticamente todos. Daniela había traído a su chica; se llamaba Esther. Éramos un buen número; unos quince, o así. Iván también estaba. Ni me miró ni saludó; sabría que yo estaba muy enfada por su comportamiento de la noche anterior. Se sentó en la otra punta de la mesa.

David estuvo a mi lado. Ángelo y María, enfrente de nosotros. Vero, a mi otro lado, junto a Luis.

Solo pude comer los entrantes: paté salteado con no sé qué mariconada, ensalada de la huerta rociada con otra tontería y jamón con melón. No podía comer nada más. Tenía ganas de ir a un *pub* a bailar y descargar adrenalina lo antes posible. Si la piscina era mi lugar de relax, la pista de baile, mi droga.

Tenía a María enfrente; era muy resultona. Sus ojos no eran muy expresivos, pero estaba delgada y llamaba mucho la atención. Mientras hablábamos de banalidades, me fijé en el italiano. Lo examiné a fondo y me rebané los sesos pensando qué había cambiado en él. No me gustaba nada al principio y, de repente, le pasaba revista a cada minuto. ¿Por qué? Ni idea. Podría ser que David me había insistido tanto en que yo no era su tipo, que igual mi subconsciente estaba ofendido. Era muy atractivo. No era un guapo evidente, pero sus ojos negros, los labios carnosos y sus facciones lo hacían interesante de verdad. Llevaba unos vaqueros negros y una camisa lila. Muy acertado. Atractivo.

Cuando acabamos de cenar, quedaron en ir al Fresh. Ese nombre ya lo había oído antes; lo había nombrado mister Increíble durante la cena. Era un garito de moda. No puse pegadas, pregunté si tenía pista de baile. Me contestaron que la mejor, y di mi aprobación.

Llegamos al *pub*; no había mucha gente. Las chicas saltamos a la pista de baile de inmediato, y los chicos se fueron a pedir a la barra. Yo no solía beber nada, pero si lo hacía era con moderación. Desde que había cogido un buen pedal en la boda de una prima, había hecho la cruz y raya a la bebida. Jamás pasaría ese suplicio. Comenzamos a bailar muy normal, nada de exhibirnos; no

queríamos dejar mal a las gogó que estaban en los podios. Lo estaba pasando muy bien, pero mi subconsciente solo quería saber si Pablo estaba en el local. Recordaba que míster Increíble había nombrado el Fresh el otro día, y tal vez estuviera. Miré a un lado y a otro, no lo vi. David notó que yo buscaba a alguien y se acercó. La música estaba algo alta y teníamos que gritarnos al oído.

—Si estás buscando a Pablo, aún no ha llegado, pero te aseguro que vendrá.

—No lo busco, pero ¿cómo sabes que vendrá? —Ciertamente me moría por verlo.

—Me ha mandado un mensaje. Lee. —Se sacó el teléfono y me lo pasó.

Pablo:

David, ¿dónde estás? Tenemos una conversación pendiente tú y yo.

David:

En el Fresh. Ven si quieres. Lo conoces, ¿no? Es tu local, creo...

Pablo:

Si has traído a Lucía, te perdono.

David:

No es un perro, sabe ir sola a los sitios.

Pablo:

¿Está o no? Va, coño, dilo ya.

David:

Puede.

Pablo:

¡Ostia, David!

David:

Síííí, pesao.

—David, eres malo. —El Fresh también era suyo; ese tenía negocios en todas partes.

—Me parece que no tardará... Y ¡bingo!, ahí está. —Me señaló la puerta de acceso del local—. Te dejo que disfrutes de la noche.

—Me da igual que esté. Me he propuesto ligarme a Ángelo. —¿Sería verdad lo que acababa de decir? Mi subconsciente no daba señales de vida.

—Princesa... siempre queriendo aquello que no puedes tener...; *Ciao, bella!* —Me guiñó un ojo. David parecía leerme el pensamiento.

No pude evitarlo, tenía que pasarle revista a míster Increíble. Como siempre, no tenía desperdicio. Pantalón negro de vestir y camisa granate; el oscuro le sentaba fenomenal. Estaba ensimismada, admirándolo, cuando alguien me dio un golpecito a la espalda. Era Iván. Se acercó a mi oído y me preguntó: «¿Podemos hablar?», y yo asentí. Me llevó fuera del local. Imaginé que querría disculparse por el numerito de la cena.

Buscamos un lugar tranquilo para charlar.

—Lo siento.

—¡Ya te vale, nene!

—Lo sabes... Estoy loco por ti desde que te vi. No me das baza nunca.

—Somos amigos. No puedo darte más, y lo sabes.

—Tenía que intentarlo. Siento mucho lo de ayer... y de haberlo sabido... Me ha costado caro el asunto.

—No te sigo. Fue un poco humillante, pero con la disculpa ya...

—No sé si debería decírtelo... Igual complico más las cosas...

—Prueba, a ver. —No entendía nada.

—Pablo..., el profesor... —Me perseguía ese nombre.

—Pablo ¿qué? —Planté las orejas.

—Hoy ha venido a buscarme a la cafetería.

—¿Para?

—Ha sido raro. Me ha sermoneado sobre lo que te dije e hice ayer.

—¿Qué dices? —Estaba extrañadísima. ¿Qué había hecho míster Increíble?

—Me ha dicho que no se debe tratar así a las mujeres, que los hombres no tenemos que agobiaros..., que hay normas de comportamiento y... En fin... eeh... que, si vuelve a pasar, tendrá que dar parte a la dirección.

—Pero ¿qué me estás contando? —Estaba enfadadísima. ¿Quién coño se creía que era para meterse en mi vida? Eso no iba a quedar así.

—Sabes que bebí, y no recuerdo muy bien lo que pasó. Lo siento si me propasé o te hice daño; no era mi intención. No sabía que había llegado tan lejos...

—Me pusiste en evidencia con gritos de «Te amo» y cosas por el estilo. Sí, es verdad que te abalanzaste sobre mí y me besaste el cuello. Fue embarazoso, pero dudo que haya sido como para que él te llame la atención. En todo caso, soy yo la que debe regañarte.

—Lo siento.

—Iván, si quieres que seamos amigos, tenemos que superar esta situación... De lo contrario, tendré que poner distancia entre nosotros.

—Lo comprendo.

—Y no te preocupes por Pablo; eso lo arreglo yo ahora mismo si hace falta.

—Él estaba muy enfadado. Me asusté por si me había propasado contigo.

—Bueno, olvídale.

Me levanté rauda y veloz, estaba muy enfadada. ¿Qué derecho tenía él a intervenir sobre mi vida? Ninguno. Eso había que pararlo. Entré en el local, desde la puerta peiné todo el garito. Pablo estaba hablando con una chica en la barra. ¡Qué novedad! Me dio igual. Me acerqué y le toqué el hombro.

—¡Qué grata sorpresa! ¿En qué puedo ayudarte? —Odiaba cuando se hacía el falso amable

interesante.

—¿Podemos hablar fuera?

—No lo dirás dos veces.

Ví que se despedía de la rubia oxigenada, y me cogió de la mano para conducirme. ¿Se pensaría que tenía dos años, o qué? Me solté de inmediato. Tenía las manos suaves y grandes. No le gustó que me soltase de él. Se giró y me lo dejó patente con una simple mirada.

De nuevo busqué un sitio tranquilo para hablar y enseguida lo encontré.

—Soy todo tuyo. —Sonrisa picarona en la cara. Yo estaba seria, con cara de pocos amigos; a él eso le divertía.

—En verdad no sé cómo comenzar esta conversación.

—Por el principio.

—No interrumpas. —Salió la maestra que había en mí, y él calló.

Estaba sentado en un pequeño muro, con las piernas extendidas hacia delante y con los brazos echados atrás, apoyado sobre la repisa. La situación sí le divertía.

—¿He sido un niño malo y me vas a regañar? —Busqué sus ojos y le lancé una mirada directa, severa. Él recapacitó y se dejó de tonterías—. En serio, Lucía, ¿qué pasa? —Capté toda su atención.

—Mi vida es mía. Eres un profesor, no tienes derecho a meterte en mis cosas. No soy una damisela en apuros que necesite ser rescatada. No creo en cuentos de hadas. La última vez que te entrometes en un problema que me atañe a mí y solo a mí... Las mujeres hace años que sabemos defendernos solitas.

—No sé sobre qué estás hablando. —Parecía muy sorprendido.

—Iván. Ni te atrevas a dar parte de él a dirección. Ni se te ocurra volver a amenazarlo en mi nombre, ni tomes represalias hacia él por esta conversación. ¿Me has entendido?

—Señora, sí, señora. —Se estaba burlando de mí descaradamente.

—Ahórrate tus tonterías, ofréceselas a quien le interesen.

—Soy tu profesor. —Volví a estar serio—. Ví a un alumno acosar a una chica, y era mi obligación protegerte. —¿Acosar? Y lo que él hace ¿qué coño es?

—Entonces, ¿quién me protege a mí de ti? —Yo sabía que había abierto la caja de Pandora con esta pregunta.

—Entiendo... Esto sí que es una verdadera y dolorosa sorpresa. ¿En verdad te sientes incómoda por mi comportamiento? Si es así, dímelo aquí mismo, y te juro que no volveré a molestarte más de lo estrictamente necesario. —Estaba apenado, con ojos perplejos.

Yo no estaba preparada para esa pregunta. Ahí me di cuenta de que no quería que pararan sus juegos. Pero era demasiado tarde para recalcular el daño; tuve que seguir con mi papel de mujer dura.

—¿Acaso lo dudas?

—Tendrás que ser más clara.

Me di la vuelta y me fui. No sabía qué decirle. Usé la ambigüedad como escudo.

Al volver al *pub*, estaba turbada. Traté de desconectar con el baile, no lo conseguí. Había jurado no beber más que alguna copa de vino ocasional, pero necesitaba algo de alcohol; suponía que, con moderación, no haría daño a mi cuerpo. Pedí un JB con cola. Justo a mi lado, estaba el italiano.

—Te invito. Tienes cara de necesitarlo.

—No hace falta, no siempre un tío tiene que ser el que invite a una chica... Soy mayor, sabes. Y además, por ser una mujer, no necesito que vengas a salvarme. —Feminista a la vista.

—¡Eh! Para el carro. Te invito porque eres mi amiga, no simplemente porque seas una mujer. — Quería invitarme, pero no sabía ni mi nombre y, encima, ni me saludaba. No entendía a los tíos.

—¿Amiga? Te dejaré que pagues si me dices cómo me llamo. —Se quedó un minuto callado. Trataba de recordar. Lo miré y me di media vuelta. Noté que me agarró del brazo.

—Espera, espera, era una broma, Lucía. Venga, vamos a pagar ese JB, que lo necesitas esta noche. Estás muy extraña.

—Bueno. —Seguí con cara de pocos amigos.

—¿Quieres hablar?

Vi a David acercarse hacia nosotros. No pude contestarle al italiano.

—¡Ey!, Ángelo, María te está buscando.

—Que espere.

—Me ha dicho que es importante.

—¿Seguro?

—De vital importancia. De vida o muerte, más bien.

—Otro día será, Lucía. —Se lamentó y se fue.

—Hasta luego, Lucía. Nos vemos en media hora, en la puerta, y nos vamos. Ha venido Kevin y me está esperando. —David se volvió y desapareció.

No me dio tiempo a despedirme de nadie. No sabía que acababa de pasar. Desde luego se propuso que yo no era el tipo del italiano. Tal vez Pablo le había enviado otro de sus mensajes para pedirle ayuda.

Decidí dejar el JB sobre la barra del bar, me volví a la pista de baile. Vero y Luis se iban ya; les dije que me iba con ellos. Para mí, la fiesta de esa noche había acabado hacía rato. Le envié un mensaje a David para que no me esperase, le dije que me marchaba con Vero.

Los lunes eran mortales; ese, en especial, iba a serlo. Mi subconsciente y yo teníamos una pugna:

él quería analizar cada palabra de lo sucedido con Pablo y con Ángelo, y yo no quería ni oír hablar de estos temas.

Esa mañana teníamos baile clásico con Giselle. Estábamos inmersos en el vals. Estudiábamos compositores clásicos y, por supuesto, los practicábamos. No era nada buena bailando este tipo de bailes, mas me encantaban. Era una danza preciosa, llena de significado, sensual, dulce. No estuve muy concentrada durante la sesión; las dos horas y media pasaron lentas.

En la cafetería estaban todos cuando llegué. No tuve demasiadas ganas de hablar con nadie hasta vi a David.

—Princesa, estás dubitativa. —Me encantaba que me llamase así.

—No, para nada.

—¡Ah! Creía que estarías pensando en el numerito que le montaste ayer a Pablo. —David debía ser muy amigo de míster Increíble. Se lo contaba todo, ¿o qué?

—No recuerdo ningún numerito de Pablo, pero sí uno tuyo.

—¿Mío? —Hizo una mueca para mostrarse sorprendido.

—Sí. De vida o muerte, en verdad.

—¡Ah! Entonces, el problema es que hemos cambiado a Pablo por Ángelo.

—De eso nada.

—Pues rectifico: seguimos con Pablo.

—Tampoco.

—No te sigo, mujer.

—Los hombres pensáis que las mujeres os necesitamos para todo, ¿no?

—Seguimos con Pablo, entonces. —Intuí que le había contado cada palabra de nuestra riña en el Fresh.

—Le falta tiempo para llamarte y contarte sus problemas. ¿Esta vez lo ha hecho por mensaje o en persona?

—En persona, en persona. La ocasión lo merecía. —Ese también estaba divertido con lo que sucedía.

—¿Sabes qué? No me importa lo que te haya dicho.

—¿No te lo cuento pues?

—¡No! Me interesa más saber por qué apareciste para darle a Ángelo un mensaje de vida o muerte.

—Pasamos al italiano, entonces.

—No seas tan... tan...

—¿Tan qué? Tienes un problema grave tú. No quieres lo que tienes y deseas lo que no puedes tener.

—No soy una párvula, ¿sabes?

—Pues te comportas como tal.

—Con mi vida hago lo que se me antoja. Estoy harta de que me digas que no puedo tener a

Ángelo.

—Princesa, estás muy alterada. —Lo cierto era que la conversación iba subiendo de tono—. Hablaremos en otro momento. Te sugiero que aclares tus ideas.

En cierta manera David pudo haber acertado sobre lo que me acababa de señalar; debía ordenar mis ideas. ¿Podría ser que no quisiera a Pablo porque ya lo tenía? ¡No! Imposible. Lo daría todo por iniciar una relación con él. El problema era que no confiaba en el tipo de persona que era. Lo desechaba por falta de fe en su futuro trato y fidelidad hacia mí. Otra cosa era el italiano; ¿sería verdad que lo quería porque no había captado su atención? Era cierto que pasaba de mí, pero parecía que por fin recordaba mi nombre, y había captado su atención. Suponía que debía dedicar esa semana a pensar en las clases y menos en los chicos.

Se ruega a todos los alumnos de este centro que tengan a bien acudir a la fiesta de despedida del profesor Pablo Saavedra Gil de Montes, que tendrá lugar el próximo sábado 29 de mayo, en el salón de convenciones de la última planta.

La temática elegida para la fiesta se centrará en la Francia de 1800. Vengan con la indumentaria oportuna.

Gracias,

Fdo.: la dirección.

Había carteles, como ese, colgados por casi todas las paredes. Me llamaron la atención los apellidos que tenía mister Increíble. Me resultaron muy peculiares, de grandeza, o al menos eso me pareció a mí. También me sorprendió que le hicieran una despedida por unos pocos meses que iba a estar fuera —además de que le iban a hacer una fiesta temática—, pero era una buena idea. Lo malo era que habría que alquilar trajes y que, encima, la música sería de cámara; esperaba que también pusieran algo actual. Sería divertido bailar música moderna ataviados con trajes clásicos de época. No me apetecía enfundarme en un vestido tipo María Antonieta; sería muy incómodo llevarlo, y no estaría a gusto. Según las circulares, había que ir de época, pero no decía nada de cambiar de sexo. ¡Tenía una idea!

Enseguida suspiré. Me puse triste, recordé mi última conversación con él. Hacía una semana que ni me miraba y ni me hablaba. Encima, el domingo por la noche, se iba a Alemania. David también había estado distante; tendría que hacer las paces con él. Tampoco había coincidido con el italiano. Me sentía sola. Vero me hacía caso, pero Luis la mantenía mucho tiempo ocupada. Lo bueno era que podía estudiar, leer y practicar bailes. Tal vez eso era lo que me convenía, pero mi subconsciente estaba enfadado conmigo; echaba de menos los juegos de Pablo y la compañía de David.

No había tenido unos buenos días últimamente. Sandra estaba distante conmigo, ya no me toleraba. La razón era Pablo, obviamente. Yo también estaría celosa; según había comentado David, ella estaba colada por él. Al finalizar su clase, el jueves me dijo que tenía que hablar conmigo. En las actuaciones del fin de semana pasado, en el restaurante había notado que algo no iba bien. Me siguió colocando en el rincón del escenario, y Pablo le volvió a llamar la atención;

ella hizo caso omiso. Definitivamente yo no era plato de su gusto.

—Verás, Lucía, tengo que darte una mala noticia... Debo prescindir de ti en el grupo. —Sandra confirmó mis sospechas.

—¡Ah! Me sorprende un poco, la verdad. —Era lógico. Enseguida supe el motivo: mi presencia le recordaba su fracaso por captar la atención de Pablo. Él se iba mañana y ya nadie le podía decir quién entraba en el grupo y quién no. Pensaba que era una profesional, que mantendría lo personal alejado, pero no fue así.

—Eres buena, pero te falta rodaje, y tengo a una chica de cuarto que encaja mejor conmigo; bueno, con el grupo. Ayer viernes ya te sustituyó y lo hizo mejor, la verdad.

La situación con Sandra era tan tensa que, el día anterior, había excusado mi participación en el grupo. Le había pedido permiso para ausentarme para terminar un trabajo teórico. No me había puesto problemas; ya sabía que, el día anterior, ya había tenido el plan orquestado...

—Ya. No me tienes que dar explicaciones. ¿Hay algo que pueda hacer que te haga cambiar de opinión?

—No. Aunque se lo dijese a Pablo..., la decisión está tomada. —¿Me estaba amenazando? Pensaría que era una niña que iba a ir a quejarse a su... a su... No tengo palabras para definirlo.

—No entiendo por qué supones que le tengo que decir algo a Pablo. Me parece que no pinta nada en esta conversación.

—Disculpa, yo suponía que..., en fin..., vosotros dos...

—Insisto: no me des más explicaciones, y suponías mal. No te preocupes; no me sabe mal no estar en el grupo. Mañana te devolveré tu traje.

La dejé y me fui.

¡Menos mal que no les había dicho a mis padres que tenía trabajo! Al final mi debut había sido de tres miserables días. No tuve tiempo de digerir nada. Esas audiciones del profesor de dramático no me parecían tan descabelladas. Si le hubiera hecho la pampolina, igual hubiera tenido una ocupación para no rebanarme los sesos con la marcha de Pablo.

Me daba igual. No iba a darle a Sandra el placer de pensar en su despido fulminante; por supuesto, tampoco iba a contarle a Pablo lo sucedido. No quería la protección de nadie, sabía cuidarme sola. Si necesitaba a algún hombre para que me consolara o me cuidara, tenía al único que no me fallaría jamás: mi padre.

Eran las ocho de la tarde. A esas horas, mañana mister Increíble iría camino a Alemania, y yo estaría triste. Había sido dura con él. No lo lamentaba, pero sí lo echaría de menos. Esas semanas se había contenido y no se había acercado a mí.

Se hacía tarde; tenía que comenzar a arreglarme para la fiesta de despedida de Pablo. Decidí hacer mi propia interpretación de la indumentaria que se debía llevar a la cita. Primero había pensado en enfundarme en un traje de caballero de época. La falda de María Antonieta no era para

mí, y creí que iría más cómoda si me ponía pantalones. Luego caí en la cuenta; no estaba bien ir de hombre siendo una mujer, y más yo, que me consideraba feminista, no de las radicales, pero sí defendía el derecho de la mujer a decidir sobre su vida, el aborto o su independencia. Este mundo todavía era propiedad de los hombres, y las cosas deberían cambiar.

Opté por buscarme un disfraz más acorde con mi personalidad y los tiempos. Recordé haber visto, en una serie de televisión, a una reina malvada que vestía con unos pantalones de piel negros. Pensé en mi atuendo, quería encontrar una camisa roja elegante pomposa y una chaqueta caída que hiciera las veces de semifalda, con bordados rojos y en oro que simulasen una especie de flor. El pelo iba a ir recogido con un tocado en rojo. Botas negras de tacón para calzarme.

Nos costó mucho encontrar la vestimenta, pero Vero lo recorrió todo en el ciberespacio y encontró una tienda en internet con sede en Badajoz. Por catálogo podías pedir lo que necesitaras. Era una de las tiendas que figuraba en la lista que nos habían dado los profesores para localizar vestuario para las interpretaciones futuras. Daba la posibilidad de alquilar las prendas. Les mandabas tu talla por correo y te lo enviaban previo pago. No me apetecía ir a la fiesta de Pablo, pero tenía que ver a mister Increíble una vez más.

Toc, toc, toc. Llamaban a la puerta.

—Va...

—Lucía, espabila, que llegamos tarde. —Al abrir la puerta, vi a una auténtica princesa.

—Vero, estás preciosa. Pareces Sisi emperatriz.

—¿Te gusta? Tú también estás muy guapa. Te favorece el cuero.

—Gracias. ¿Vamos?

—Sí. ¿Estás bien?

—Lo estaré. —Me agarró la mano para darme fuerzas. No me podía creer que no iba a ver a Pablo durante cuatro meses. Vero sabía que estaba triste por ello.

La fiesta era en un salón inmenso. El edificio de los profesores era donde se impartían las clases y era el lugar en el que se encontraba todo el material y lo necesario para las enseñanzas. En su parte alta, había una gran terraza que estaba acondicionada para servir de sala de fiestas. Estaba acristalada y ofrecía una visión magnífica de la capital, el parque, las estrellas y un sinfín de curiosidades más.

Había muchos alumnos. Habían anunciado que habría una primera mitad ambientada en la música clásica, con bailes de la época; después tocaría la parte actual de la velada. Había demasiada gente. No conseguía encontrar a Pablo. Vi a Marga, a Daniela y al resto del grupo; David amaneció por detrás de mí.

—No esperaba menos de ti, sabía que no aparecerías de modo convencional. Te favorece el cuero.

—Eso me han dicho.

—No se equivocan.

—David, yo...

—Lo sé. —Siempre acertaba; lo había echado de menos.

—Te he echado de menos.

—Yo también. ¿Todo bien pues?

—Sí, por favor.

—¿Bailas un vals conmigo?

—Te confieso que no es lo mío. —No era falsa modestia, en verdad no era lo que mejor se me daba.

Me tendió la mano y me llevó al centro del salón. Ese David era fabuloso. Todo lo que hacía me impresionaba; me encantaba estar con él. Bailaba de lo mejor; según decían, ya había conseguido un papel para la obra que preparaba el profesor de dramático, Pedro. Todos sabíamos que él llegaría lejos. El problema era que se cansaba de todo demasiado pronto; esperaba ser la excepción que confirmara la regla.

No tenía que hacer demasiado esfuerzo para seguir el ritmo de la música. Era muy fácil bailar la pieza en su compañía.

—Me están fulminando con la mirada.

—David, siempre me estás halagando.

—¡No! Me están fulminando con la mirada literalmente.

—¿Qué? —Me extrañó.

—Detrás de ti. Pablo. —Al decir su nombre, me estremecí de repente. Recordaba sus últimas palabras: «No te molestaré más de lo estrictamente necesario». Estaba claro que esa noche no se iba a acercar a mí.

—Tranquilo, la última vez lo dejamos todo claro. No me molestará, a no ser que sea imprescindible. Hoy no tengo que preocuparme.

—Yo no estaría tan seguro. Si fuera yo, hoy te molestaría más que nunca. Date cuenta que se va meses fuera y no tiene nada que perder ya... —Eso no se me había ocurrido—. De hecho viene hacia aquí, y me parece que va a querer sustituirme en el baile.

Se acercó sigilosamente hacia nuestra posición. Lo vi.

—David, ¿me permites? —Se metió en el papel de la época, con reverencia incluida.

—Si la dama lo estima apropiado. —David le seguía el juego.

—No veo por qué no.

Mi subconsciente ganó la batalla. Estaba deseando bailar con él, pero temía no saber llevar el paso; no era un baile que conocía a la perfección.

David discretamente desapareció del primer plano. Pablo me agarró por la cintura; yo puse mi mano en su hombro. Apenas recordaba el protocolo del vals. Lo tenía a un palmo de mi boca. Sus labios me llamaban; mi cintura lo buscaba. Él trató de acercarme más hacia su cuerpo; intenté resistirme, pero no sabía por cuánto tiempo lo lograría. De nuevo mi subconsciente quería vencer

mi voluntad. Se iba al día siguiente; eran mis últimos minutos para disfrutar de sus juegos, mas no parecía que fuera a jugar. Estaba serio, no era el mismo. No me atrevía a hablar, y él no estaba por la labor tampoco.

La música sonaba; había una orquesta de cámara. La melodía era muy dulce y delicada; el ambiente propiciaba complicidad entre ambos. Seguía sin decir nada; tampoco yo quería estropear el momento. La música finalizó. No sabía qué hacer. ¿Me marchaba?, ¿le hablaba? Por primera vez, desde que hube conocido, me quedé sin un plan ante él. Me había desarmado con su baile y sus maneras. Para no gustarle la danza, era un bailarín excepcional.

—¿Me permites otro baile? Me ha sabido a poco.

—Sí. —Yo también quería más. Necesitaba más.

Las pausas de los músicos eran cortas. En un abrir y cerrar de ojos, estábamos circulando por la pista. Me sentía Cenicienta con mi príncipe azul. La mujer feminista que llevaba dentro se había ido de vacaciones. En ese momento deseaba un cuento de hadas. Lamentablemente, sabía que no habría final feliz, mañana Pablo no estaría.

Me encantaba el silencio, pero no soportaba no hablarle. No estaba acostumbrada a que él callase cuando estaba conmigo. Tomé las riendas de la situación.

—Estás muy guapo. —¿Por qué coqueteaba con él?

—Tú sí que estás preciosa. —De nuevo me concentré en su cara, me perdí en el verde sus ojos. Poseía una mirada directa, me hacía sentir insegura; me incomodaba el modo de examinarme que tenía. No sabía qué decir. Me quedé callada para disfrutar y captar cada sensación, cada movimiento. Tenía los brazos fuertes. Ya no estábamos a un palmo el uno del otro; eran solo unos pocos centímetros. Su aliento olía a regaliz. Estaba deseando saborearlo. Solamente pensar en su lengua buscando la mía... Me recorría un escalofrío por la espalda. No sabía cuánto aguantaría. Sus brazos me acercaban segundo a segundo, y quería vencerme en un abrazo.

La música paró. Tomé conciencia de dónde estaba. Como antaño, tras la música, aplaudimos la actuación de los artistas.

—Ha sido un placer. No quiero acaparar más tu atención.

—Lo mismo digo. —No quería que se marchara de mi lado. Me hizo una reverencia y desapareció. El corazón se me estremeció de ansiedad. Echaba de menos sus brazos. Estaba distante y la culpa era mía; yo había puesto fin a su juego.

Decidí retirarme, busqué al grupo. Había mucha gente; me costó encontrarlos. Mientras, vi a Ángelo; vino con María. Hacían buena pareja.

—Hola... Esto... Te llamabas... Lucía... —bromeó, a la hora de recordar mi nombre, y se tío—. Hoy también tienes cara de necesitar un JB.

—No, hoy no. ¿Has visto a Vero y estos?

—Sí, están allí. —Señaló hacia uno de los laterales de la sala. Habían hecho un corro y tenían montado su propio baile.

—Gracias. Hasta luego —me despedí rápida.

—Adiós.

Me acerco a ver qué hacían. Seguía oliendo a regaliz. Tenía ganas de irme llorando desconsolada a mi habitación. Había perdido la batalla; Pablo me había sustituido, se había olvidado de mí. Durante las semanas pasadas, me lo había dejado claro. Intentaba convencerme de que eso era lo mejor. Me sentía una adolescente. No quería tontear con Pablo para no complicarme la vida, y de pronto ya la tenía enmarañada y estaba jodida. Me dolía el corazón. En ese momento supe que lo que yo sentía por míster Increíble era más grande de lo que pensaba. Sin saber cómo, me había quedado prendada de él. Mi subconsciente me estaba regañando; mi voluntad me pedía que aguantara unas horas más... Pablo se iría, y el tiempo todo lo curaba.

—Lucía, ¿me oyes? —Era Vero; no me había dado cuenta de que me hablaba.

—¿Qué?

—Si quieres beber algo, Luis va a por una copa. ¿Tú quieres?

—La verdad es que sí. Un JB con cola. Gracias.

Cuando trajo las bebidas, David la acompañaba.

—Veo que te has quedado libre, Lucía. ¿Te apetece volver a concederme un baile? No he encontrado a una bailarina que esté a tu altura.

—Sí, claro que bailo, pero te confieso que dudo que no hayas bailado con nadie que lo haga mejor que yo. No soy nada buena.

—No es lo que he visto ni lo que me han comentado. —Sabía que se refería a Pablo.

—Me miras con buenos ojos.

—Eso siempre. ¿Vamos a la pista?

—Sí, claro.

Volvimos con las piezas clásicas. Estaba muy a gusto con David, pero no era Pablo. Su forma de bailar era más delicada; míster Increíble era más pasional, y había mucha tensión entre nosotros.

—Te veo distraída esta noche.

—Estoy bien.

—No lo parece.

—Ya sabes qué me pasa, no te hagas el despistado... Tú siempre lo sabes todo y sueles acertar.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—Ya lo haces.

—Un placer servirte.

Seguimos bailando y no podía contenerme. Necesitaba saber si Pablo le había dicho algo sobre mí esa semana.

—David.

—Dime.

—No, nada. —No sabía cómo preguntárselo.

—Dispara. ¿Qué te inquieta?

—Es Pablo.

—Lo sé. ¿Qué quieres saber?

—Tuvimos una movida por Iván.

—También lo sé; me lo contó. Estaba muy apenado por la conversación subida de tono que tuvisteis.

—Ya no le gusto.

—Sí le gustas, sí. Probablemente, esta noche, más que nunca.

—No sé lo que quiero.

—De nuevo lo sé.

—¿Qué debo hacer? —Estaba pidiéndole auxilio. Mi subconsciente y yo nos habíamos peleado y acabado en tablas. Necesitaba ayuda de alguien imparcial.

—Eso no te lo puedo decir. Te daré un consejo: haz lo que te pida el cuerpo. Mañana, posiblemente, será tarde. De hecho, en tu caso, mañana es tarde. Además, tienes meses para arrepentirte y no le tendrás que ver la cara mientras lo haces.

—No quiero una noche de sexo, pasión y lujuria. Soy de las que lo quiere todo.

—Lo imaginaba. Me está vibrando el móvil; debe ser él con su habitual batería de preguntas sobre ti. No te haces una mera idea de lo pesadito que está contigo desde hace meses.

—¿No le habrás contado nada de nuestras conversaciones?

—¿No podía? Me lo tenías que haber dicho antes. —Me guiñó un ojo. No sabía si le había contado cosas a Pablo sobre mis dudas y sentimientos; no me lo deja claro por más que le preguntaba.

—Lucía, aguarda aquí; le diré que venga.

—¿Que venga? ¿A qué?

—Eso ya es cosa tuya.

La música había dejado de sonar hacía tiempo. David y yo estábamos charlando en un rincón discreto. Se acababa de ir. No miré atrás, llamé al ascensor, iba a irme corriendo. No estaba lista para enfrentarme a esa situación. Lo admitía: era cobarde. No lo había sido nunca, pero no quería probar mi suerte esa noche. Al día siguiente, a estas horas, mis preocupaciones habrían desaparecido. Ojos que no ven, corazón que no siente ni padece. Pablo no era para mí.

Entré en el ascensor. Me lamenté. Mi subconsciente estaba furioso, traté de calmarlo. No lo conseguí. La puerta comenzó a cerrarse. Noté que quedaba una milésima de segundo para salir, con cierta honra, de la batalla mantenida con mister Increíble. Me daba igual que pensara que huía de él. Quería protegerme. La puerta se cerró del todo. Había acabad; era libre. Cerré los ojos aliviada... y, cuando los volví a abrir, lo vi frente a mí. Había llegado a tiempo para apretar el botón y retroceder la puerta del elevador. Lo miré a los ojos, no sabía qué decir. Mi subconsciente saltaba de alegría; mi voluntad se resquebrajaba.

—No te vayas, por favor.

—Estoy cansada. Es tarde.

—Tenemos que hablar.

—No lo creo. El otro día quedó todo dicho y en estas semanas todo ha quedado más claro.

—Cambio la frase: necesito hablar contigo. —¿Cambiar la frase? Eso lo había dicho yo en la tutoría... Me confirmó que era de mi cosecha cuando me sonrió al decirlo.

Su forma de hablarme, de tratarme había cambiado. No era el tío listo de las últimas veces, era un hombre seguro de sí mismo, que me suplicaba con la mirada.

Siguió aguantando el botón del ascensor. Entraron dos alumnos que querían irse. Me tendió la mano para que lo acompañara. De nuevo mi subconsciente vencía mi voluntad; le agarré la mano tímidamente. Me apartó de la multitud. Él iba delante de mí, me llevaba de la mano, y yo lo seguí; esa vez no quería soltarlo. Mi voluntad y mi subconsciente entablaron una batalla campal. Decidí obviarlos a ambos y dejarme llevar. Se paró, no me soltaba la mano. Me estaba cogiendo la otra. El corazón se me aceleró. Puso su cara más cerca de la mía. No sabía si iba a besarme pero, si lo hacía, ¿qué hacía? «¡Por Dios!, devuélvele el beso», me atacó mi subconsciente de nuevo. Finalmente no me besó; me quedé despagada.

—Lucía, he dejado que pase demasiado tiempo sin mantener una conversación seria contigo. Sin juegos, ni indirectas, ni chorradas de esas que no te gustan. —Me sorprendió que se acordara de lo que le había dicho la primera vez que había comenzado a jugar—. Además, me mata esta fiesta, porque ahora tampoco tengo tiempo para hablar. Se supone que soy el anfitrión, he de dar un discurso en breve, no me puedo ir... No dudes que saldría de aquí ahora mismo contigo si no tuviera que cumplir con mi compromiso. —De nuevo me sorprendió. No hubiera dicho jamás que era un tío que cumplía con sus compromisos. Lo veía diferente; estaba diferente. Me encajaba...

—No te preocupes. Es tu noche; debes disfrutarla.

—No es eso. Necesito que hablemos. Aunque tú no tengas nada que decir, yo he de hablar. —Hizo una pausa, no sabía cómo quedar conmigo—. Voy a estar ocupado haciendo el paripé, al menos, dos horas más aquí. ¿Podemos vernos después?

—Sí.

—Tengo tu número de teléfono. Te llamo o te envío un mensaje, y decidimos dónde vernos. Tengo que irme; me están esperando los de dirección.

—¿Tienes mi número? —Lo miré muy sorprendida. No había mucha gente que tuviera ese dato mío, y me asombraba que él lo conociera. Probablemente lo tuviera de su ficha, pero igual era por...

—Sí. David. —Debí haberlo imaginado. Era lógico que, si a mí me chivaba cosas sobre él, lo hiciera a la recíproca. En ese momento supe que David le había explicado ciertas cosas sobre nuestras conversaciones.

—Hasta luego, Lucía.

Antes de marcharse me acarició la mejilla. Estaba loca por él.

Ya sí presa del pánico, me metí en el ascensor. No tenía ni idea de lo que iba a venir a continuación. Fui derecho a mi habitación. Llevaba demasiada ropa incómoda; la camisa me ahogaba, los pantalones me apretaban la barriga. Quería ponerme cómoda. El cansancio, el sueño desaparecieron; era hora de la preocupación y la euforia. Me puse el pijama. Estaba tumbada en la cama con el móvil a mi lado. No sabía si me llamaría. Igual se arrepintió en el último minuto. Vibró. La pantalla estaba fluorescente; tenía un mensaje. ¿Sería él?

Pablo:

—Lucía, ¿duermes?

Lucía:

—No.

Pablo:

—No quería despertarte, por eso no te he llamado. ¿Hablamos?

Lucía:

—No estaba durmiendo y sí, hablamos.

Pablo:

—¿Dónde?

Lucía:

—Estoy en mi habitación. Sube.

Pablo:

—¿805?

Lucía:

—Sí.

Pablo:

—Voy.

Estaba segura de mí misma, lo había invitado a mi habitación. No tenía remordimientos; además, imaginaba lo que él podía estar pensando... Tal vez creía que iba a triunfar. Me daba igual lo que opinara, solo iba a centrarme en mí, iba a hacer lo que yo quisiera. Si había de tener una noche de sexo, pasión y lujuria, debía ser con él. No sabía qué pasaría, pero iba depilada y llevaba mi mejor camisón puesto, discreto pero elegante. Se acabó ser precavida; era hora de soltar a mi subconsciente y encerrar a mi voluntad, aunque fuera por esa noche. Era una mujer adulta y no tenía que dar explicaciones a nadie... Traté de convencerme de no tener miedo ni sentirme avergonzada por mis impulsos.

Toc, toc. Mis divagaciones habían sido interrumpidas. Era Pablo y estaba al otro lado de la puerta de mi habitación. Me recorrió un escalofrío helado por la espalda. Inspiré aire poco a poco, estaba decidida a abrir la puerta y dar rienda suelta a mis instintos básicos.

—Hola.

—Hola, pasa. —Era un dios viviente. La camisa blanca y los pantalones negros me recordaban a un pirata fabuloso. No, a un francés de 1800. Estaba de pecado.

Fue directo hacia el sofá. Yo pensaba que se abalanzaría sobre mí, que con un beso insaciable me tiraría contra la cama. Me quedé desilusionada.

—Siéntate, Pablo. —Yo me coloqué a su lado. Al final sí era verdad que íbamos a hablar... A ver si después tenía mi noche pasional...

—No sé por dónde empezar. Hay tanto que debo decirte y me voy dentro de pocas horas... —Estaba serio, triste. Me parecía que la noche de sexo estaba en el aire.

—Por el principio es una buena opción. Creo recordar que alguien me sugirió esto no hace mucho... —Sonrió, sabía que había sido él.

—Lucía, me gustas muchísimo. Soy franco: no paro de pensar en ti, no puedo sacarte de mi cabeza.

Estaba tan centrada en el sexo que no me había planteado qué era lo que me podría decir. Me descolocó. Me gustaba su sinceridad. Si me hubiera querido llevar a la cama, hubiese sido más productivo decir algo como: «Estoy locamente enamorado de ti» o «No puedo vivir sin ti», pero fue sincero. Tampoco era que le hubiera hecho falta; yo ya había decidido acostarme con él.

—¡Vaya! Me esperaba cualquier cosa menos esto, la verdad.

—¿Qué esperabas? ¿Una noche de sexo pasión y lujuria? —Esa frase era mía.

—¿David?

—Sí. Desde que tú y yo hablamos..., bueno, discutimos la última vez, perdí toda esperanza. He puesto tierra de por medio, pese a no querer, porque, cuando te pedí que fueras clara sobre lo de... lo de..., bueno, protegerte de mí, no contestaste, solo te fuiste. Además, le he dado mucho el coñazo a David contigo, y esta misma noche me ha comentado otras cosas interesantes. La primera, una conversación que tuvo contigo sobre... —Hizo una pausa.

—Una noche salvaje... —Ya que él no podía acabar la frase, lo hice yo. No me avergonzaba, era una mujer del siglo XXI.

—Exacto. No pensé que fueses de esas... pero...

—¿De esas? Explícate. —Me acababa de poner a la defensiva. Tenía a la feminista atacando con una correa y estaba enseñándole los dientes.

—De las que se acuestan una noche con un chico y pasan página. Tan fácil...

—¿Fácil? ¡Vaya! Si un tío se acuesta con veinte tías, es un macho ibérico y, si una mujer decide divertirse porque quiere, no para presumir, es una fácil, ¿verdad? —La feminista que llevaba dentro se quitó la correa y sacó las garras—, Nene, madura; hace años que las mujeres no dependemos de los hombres y nos importa una mierda lo que penséis sobre nosotras. —¿Demasiado directa? No lo creía.

—No quiero discutir... Retiro lo dicho. Contigo debo ir con pies de plomo... Está muy bien que una persona, sea hombre o mujer, elija tener sexo cuando, donde y con quien quiera. —Sacó su

lado objetivo, ese que le atribuíamos Vero y yo en sus clases.

—Eso está mejor. No soporto los estereotipos. —Debí atar corto a la feminista... El chico se había disculpado.

—Lo que trato de decir es que no creía que fueras así. Por tu personalidad, supongo, no porque seas una mujer. —Estaba midiendo sus palabras, no quería despertar a la feminista otra vez—. Sobre todo porque me lo has puesto muy difícil.

—Yo diría que te lo sigo poniendo...

—Eso, y me encanta y desespera a la vez. Lo que intento explicarte es que he oído perfectamente lo que me ha dicho David, lo de la noche... y enseguida he pensado que si esa era la única manera de... de... no sé cómo expresarlo...

—¿De estar conmigo...?

—Sí, pues me parecía bien, aunque yo querría algo más... David dice que no confías en mí. Crees que no soy la clase de chico que puede tener una relación seria, fiel y dedicada; temes que te hiera. Además, comenta que no tienes un buen concepto de mí; en pocas palabras..., que soy un cerdo...

—Veo que David me escucha bien... aunque cerdo me parece algo excesivo...

—¿Es verdad entonces?

—Sí, no te conozco suficiente, y los rumores...

—Comprendo. —Vi que se lamentó. Hizo una pausa y continuó—. Esa conversación con David fue a primera hora de la noche, antes de que llegaras a la fiesta. Ese fue el motivo por el que me acerqué a ti, bailé contigo e intenté transmitirte que me parecía bien lo de pasar una noche contigo. Creí que no lo habías captado.

—No te creas... No estoy ciega. —Al fin entendía su cambio de actitud conmigo respecto a las últimas semanas.

—Las conversaciones con David no terminaron ahí. Me dijo que te buscara y, mientras me estabas esperando o, mejor dicho, mientras tratabas de huir de mí en el ascensor, David me estaba confirmando que finalmente eras de las que lo quiere todo. Me he alegrado por ello. Deseo conocerte mejor, que me conozcas; sin embargo, no me queda tiempo material para hacerte cambiar de la opinión que tienes de mí... Mañana estaré en Alemania durante cuatro meses.

—Entonces, ¿qué propones? ¿Qué quieres de mí? No puedo comprometerme, no me fío de ti y no querría decírtelo así porque no quiero herirte, pero...

—Espera, quiero decirte algo más... Me tienes fascinado, ya lo sabes. No tengo tiempo para explicarte mi vida ahora para que cambies de parecer sobre mí. Quiero que sepas que tus contestaciones, tu actitud, tu pasotismo hacían que te deseara más. —Me sonrojé—. Habrás oído muchas historias sobre mí...: que cada día me acuesto con una, que voy saliendo con dos o tres a la vez, tríos, cuartetos... No sé si alguna otra salvajada. —Hombre, algo había oído—. No es así. Es difícil de explicar, y no tenemos minutos. Quiero disculparme por el modo en el que me he acercado a ti; la táctica inicial para llamar tu atención ha sido errónea, pero es la que me suele

causar menos esfuerzo, y uno se habitúa a lo fácil... —Se confirmó que era un ligón. Hizo una pausa larga, y yo tomé la palabra.

—¿En qué punto estamos? —«Sexo, sexo, sexo», clamaba mi subconsciente.

—En el que tú quieras.

—Quiero mi noche de sexo, pasión y lujuria.

—No puedo dártela. —¿Era impotente, olía mal, no le gustaba, o qué coño? Tanto hablar y me dejaba sin nada.

—¿Te estás burlando de mí? —Me puse de nuevo a la defensiva.

—Soy de los que lo quiere todo.

—Define «todo».

—Una relación, con sus peleas, sus reconciliaciones; ir al cine; tomar un helado; pasear y, por supuesto, hacer el amor... Lo quiero todo. Se llama compromiso. —Suspiré profundamente, al menos no me había propuesto bodas, bautizos y comuniones.

—Y te tienes que dar cuenta de eso en este preciso momento...

—Te equivocas.

—O sea que tu historial es falso...

—Es complicado y largo de contar. Aunque suene cursi, me di cuenta de lo que quería contigo, después de irte de mi despacho en aquella tutoría, al ver que no causaba efecto alguno sobre ti. Mentiría si te dijera que no me fijé en ti el primer día que te vi. —¡No podía ser verdad! ¿Mister Increíble, fijarse en mí desde el principio? Estaba tan nerviosa que no articulaba bien ni los pensamientos...

—Recuerdo muy bien aquella tutoría, sobre todo porque es raro que tengas alguna...

—Yo también la recuerdo muy bien...

Sonrió y me volvió a rozar muy dulce la mejilla, con una mirada tierna. Me cogió de las manos y se giró por completo hacia mí. Yo me derretía por momentos.

—Ahora me toca a mí preguntar en qué punto estamos, Lucía.

—Sigo queriendo mi noche de sexo. —Lo decía en serio; mi subconsciente se desesperaba.

—No puedo... Yo lo quiero todo.

—Estás de coña, ¿no?

—No. Tendrás que iniciar una relación conmigo para ello.

—Te vas mañana por cuatro meses... Me parece excesiva tu petición...

—La que lo quiere todo no puede esperarme cuatro meses... —Se lamentó de nuevo.

—Sí, pero... —Me interrumpió.

—... No te fíes de mí, no quieres tener la obligación de guardarme el hábito por si yo no te lo guardo a ti. Doy un tío con el que no te ves... es decir, un largo etcétera. —Lo había bordado.

—Apenas sé cómo eres... Me pides mucho, más de lo que te puedo ofrecer... —Quería mi noche de sexo ya. De nuevo mi subconsciente volvía a rugir.

—Pues... me temo que tendremos que esperar unos meses para saber en qué punto estamos... —

Estaba muy pensativo. Mi reacción le había caído como un jarro de agua fría; lo veía en sus ojos verdes.

—¿Va en serio, nene?

—Sí.

—Vamos a ver si lo he entendido. Son las seis de la mañana; estoy con un tío, en mi habitación, que prácticamente se ha acostado con medio centro, sin distinguir profesoras y alumnas, y no sé si también alumnos. Voy en camisón, tengo el tirante bajo y no llevo sujetador. Ese tío me confiesa que le gusto y que quiere tener una relación conmigo y, aun así, ¿no voy a tener mi noche de sexo, pasión y lujuria?

—No vas mal encaminada, pero debo hacer aclaraciones a tus divagaciones. No me he acostado con la mitad del centro.

—¿Es más? —Su historial me preocupaba.

—No. Déjame hablar; es bastante menos. Alumnos están descartados; no soy gay. Lo respeto pero no lo soy, ni bisexual tampoco. Repito: bisexual tampoco. Contigo sé que hay que hilar fino. Me he dado cuenta perfectamente de que no llevas sujetador y me atrevería a decir que ni bragas.

—No iba desencaminado tampoco—. Sé lo que quieres. Cuando me invitaste a tu habitación, me diste una pista que me has acabado de resolver hace un rato largo. Te repito que quiero un compromiso... —Míster Increíble me desesperaba y, cuanto más me negaba el sexo, más lo quería.

—Te estás vengando, ¿verdad?

—Te juro que no.

—Lo dudo, nene. —Me hacía sentir insegura, pero creía que tenía posibilidades de hacerle cambiar de idea.

—Te lo demostraré... —Me soltó las manos. Me cogió los mofletes entre las suyas, se fue acercando lentamente a mi boca. Cerré los ojos y me besó. Fue justo el beso que me había imaginado que me daría cuando le hube abierto la puerta. Fue un beso intenso pero suave. Manejaba muy bien la lengua. Noté que estaba más excitado que yo. No podía contenerse; el ritmo de sus besos eran cada vez más ansioso. Mi subconsciente comenzó a cantar victoria... Ya era mío, ya era mío. Sus labios se paseaban sobre los míos una y otra vez; su lengua también jugaba con ellos. Yo hacía lo mismo, no quería que parara. Me incliné sobre él. Quería más y lo quería ya. Deseaba que me tirara en la cama y hacerlo mío. De repente paró en seco, me apartó de él.

—Lo que acabo de hacer no es de alguien que se quiera vengar... Esto no se puede ensayar, es verdadero.

—Lo sé. No pares. —Intenté ponerme encima de él. Me costó; él se resistía, pero lo conseguí. Busqué con mis manos los botones de la camisa. Quería arrancárselos. Me cogió las manos y de nuevo me frenó en seco. Joder, ¿qué pasaba? Nunca me habían puesto tantas trabas. Me deprimía su actitud.

—¡No! —Me estaba cortando el rollo, ¡pero bien!

—¿Qué? Quiero más, aquí y ahora. —Era exigente; mi mirada se lo dejaba claro... Estaba

haciendo que pasara de excitada a enfadada y no le convenía...

—Ya sabes lo que quiero yo.

—¿Qué quieres que te diga? —No podía ceder. Si no se fuera, sería diferente, aunque seguiría estando lo de su historial con las mujeres... ¡Estaba hecha un lío!

—Comprométete.

—No puedo, tengo muchas dudas sobre ti para iniciar una relación seria. No es el momento. Muchas preguntas... Pero lo que quiero es otra cosa de ti. —Mi subconsciente necesitaba que buscara un cuchillo y lo amenazara para que me diera lo que ansiaba.

—Créeme: si te diera lo que quieres, mañana tendrías muchos remordimientos.

—Mañana es mañana, hoy es ahora. Sé lo que hago; no te preocupes. Soy una mujer adulta. —«Me estás cortando el rollo del todo, tío», pensé. De repente ya no tenía tan claro que me fuera a arrojar sobre la cama... Igual necesitaba que lo tirara yo a él... Podría intentarlo...

—Por lo visto, esta noche ninguno de los dos va a tener lo que desea. Estamos en un punto muerto.

Me apartó despacio de encima de él. Sabía que él también deseaba lo mismo que yo, podía notarlo. Le había despertado la libido, pero seguía andando hasta la puerta. Se iba ir. Antes de salir sujetó la puerta, tomó aire y se volvió a girar. Estaba perpleja con lo que acababa de pasar. Tenía que intentar que se quedara.

—Pablo, ¿en serio te vas? No me puedes dejar así. —Me estaba humillando, se estaba vengando.

—Tengo que coger un avión. Las maletas están medio hechas.

—Te estás vengando, nene. Si te vas, no vuelvas a hablarme jamás. —Seguía sosteniendo la puerta. ¿Tenía una posibilidad de que se quedara?

—Comprométete. —Era cabezota; yo lo era más.

—Te lo digo en serio: esto no va a acabar bien. —No sabía qué táctica utilizar para hacer que volviera a entrar en la habitación. Me estaba mosqueando y estaba histérica.

—Me lo imagino, he visto el carácter que puedes llegar a tener. Lo quiero todo... No eres la única que apuesta fuerte.

—Para ti esto ha sido un juego...

—Yo deseo más que tú esa noche de sexo, pasión y lujuria. Mi erección es la prueba de ello pero, por encima de todo, te deseo a ti entregada a mí. No te imaginas el tiempo que llevo evitando una relación y lo que me apenas al negármela.

Dejó de sostener la puerta, salió y la cerró tras de sí. Me quedé desconsolada, y mi libido se fue con él. La voluntad se liberó para encarcelar a mi subconsciente. «Te lo dije, te lo dije; se ha burlado de ti», le gritó.

Capítulo 7

UNA ESCAPADA A DÉNIA

Los días en la playa hicieron olvidarme de todo lo que había pasado. Pude centrarme en mis recuerdos agradables. El mar era liberador. Dénia era perfecta para curar mis heridas y recuperar fuerzas. Ya era mitad de junio y hacía un tiempo excelente. No era un calor asfixiante y la playa aún no estaba rebosante.

Cuando llamé a mis padres para decirles que quería ir al apartamento, se asustaron. Me conocían bien, sabían que era mi lugar de refugio, de tranquilidad. No había nada que el mar no curara; era mi santuario, un lugar para recargar las pilas. No tuve muchos problemas para disimular mi malestar, solo les dije que teníamos unos días libres.

Los que íbamos bien en algunas materias habíamos acabado antes los exámenes y teníamos cinco días de descanso, con fin de semana incluido. Dado que no tenía que trabajar los viernes y los sábados porque Sandra me había desterrado, me pareció una buena idea refugiarme en mi querida Dénia. Les expliqué a mis padres que les había hablado a mis compañeros del apartamento y del ambiente de la ciudad, por lo que habíamos decidido ir a pasarlo bien allí. Le conté a David que pensaba irme a Dénia esos días para pensar y aclararme; estaba muy disgustada con mister Increíble por haberme rechazado. Como siempre, él convirtió mis días de relax en una juerga continua.

—Lucía, te vas a Dénia, pero no sola. Lo organizaré todo, y nos vamos contigo.

Vero tenía, también, otro apartamento en Calpe. Nos repartimos en los dos sitios. En mi casa cabían ocho y en la suya, seis.

Mi apartamento no era, para nada, lujoso. La urbanización no tenía zonas verdes, ni piscina, ni tan siquiera ascensor. Era un segundo piso grande y algo viejo, pero tenía el mar a los pies. El balcón inmenso, y recuerdo que, cuando tenía alguna preocupación, me sentaba frente al mar en una silla... Todo parecía más fácil desde esa perspectiva. La finca estaba en primerísima línea y yo no necesitaba nada más para ser feliz en ese lugar.

Los mejores años de mi vida los había pasado ahí, junto al mar. Las playas de Alicante eran espectaculares, pero la costa de Dénia me recordaba a mi niñez y a mis abuelos. La playa era paradisíaca, con agua cristalina pero no inerte; tenía vida dentro. Había algas, pulpos, erizos y un

montón de fauna y flora bajo sus aguas. ¡Las veces que había ido con mis padres a bucear en esas aguas! Había un mundo espectacular, oculto. Suponía que de ahí me venía la necesidad de estar en contacto con el agua para relajarme y, en el interior de España, me tenía que conformar con una piscina, y no había color en el cambio.

En Dénia íbamos a tener todo el tiempo del mundo para divertirnos. El primer día nos dividimos. En mi casa nos quedamos David; Marga; Daniela; su chica y otra amiga; la profesora de alternativo, Sara, que se había acoplado muy bien a nosotros; Ángelo, y yo. Dejamos una habitación libre por si a alguien le surgía un plan de una noche... Éramos muy previsores. Por lo visto, María prefería Calpe. Dénia ya la conocía, e imagino que no quería estar en mi casa; seguíamos sin tolerarnos demasiado. Junto con Vero y María, estaban Luis, Iván y otros dos amigos de ambos.

Yo cogí mi Opel y David, su flamante BMW. Daniela y sus amigas fueron por libre, y Luis se llevó al resto. Llegamos el lunes por la tarde. Hacía unos días que Pablo se había ido a Alemania. Después de haberme rechazado, no lo volví a ver. Ni un mensaje, ni una llamada hasta el momento. David tampoco me había comentado nada, pero yo tenía pendiente una charla con él. En cierta manera, sentía que había traicionado mi confianza pero, por otra, entendía que Pablo era su amigo, e hizo lo que hizo porque tenía que hacerlo.

Estaba cansada del viaje; eran unas seis horas sin pasar de 120 km. Salimos después de comer, y cuando llegamos decidí ir a dormir. El resto del grupo se fue, esa noche, a conocer la fiesta dianense. Yo, en otras circunstancias, me hubiera apuntado, pero estaba hecha polvo.

Me levanté a las seis de la mañana; todos dormían. Era natural, puesto que hacía pocos minutos que habían llegado al apartamento. Decidí ponerme el bañador, un pareo playero, gorra y las gafas del sol. Mi MP3 me iba a acompañar por el largo paseo que iba a dar descalza por la orilla. Había muchos kilómetros de playa, y era habitual, durante mis estancias en Dénia, disfrutar de este tipo de actividad.

En un minuto tuve el mar a mis pies. Lo había echado tanto de menos... Allí, junto al agua, me sentía tranquila, segura. Sabía que, tras esa escapada a Dénia, no tardaría en recuperarme. El agua estaba fría; el sol todavía no había podido calentarla, ni siquiera la de la orilla. Comencé a andar. Mis abuelos vinieron a mi mente. Recordaba levantarme muy temprano para ir con mi *iaio* a pescar. Los niños, a los cuatro años, tenían bicicletas y yo, una caña de pescar preciosa, que me él mismo me había enseñado a lanzar. Yo sabía cuándo los peces picaban y cómo poner el anzuelo. «Cebo vivo, Lucía. Los peces son selectos y saben lo que quieren» me decía.

Anduve durante cerca de hora y media. De vuelta al apartamento, subí a desayunar. David estaba en la terraza. Tenía pan tostado y mantequilla, lo que solía desayunar cuando era pequeña.

—Has madrugado mucho.

—Veo que tú también. En mi caso, estaba descansada, pero no creo que tú te hayas acostado

hace mucho.

—Sí, pero este sol y esta playa... Sería un sacrilegio no aprovecharlos, ¿no crees?

—He subido a desayunar y a coger una toalla. Voy a bajar enseguida.

—Pues, entonces, te espero.

—Vale.

Ya que había subido, y después de desayunar, me quité el bañador y me puse un bikini. Quería broncearme al máximo. Volvimos a la playa con un par de esterillas y una sombrilla. Buscamos un buen sitio. La orilla estaba muy limpia; como era costumbre, la máquina había pasado a primera hora a retirar las algas que las olas arrastraban hasta la costa. A mí no me molestaban. De hecho, durante mi paseo de antes, no había tenido ningún conflicto con ellas; también era cierto que había pocas. Nos untamos la crema bronceadora y pusimos la sombrilla, pero no la abrimos. Lorenzo, el sol, todavía no apretaba.

Nos colocamos boca arriba sobre las esterillas. No estábamos muy habladores; no tenía ganas de enfrentarme a David, y menos de recordar lo vivido con Pablo, cuando me había dejado sola en la habitación. Me sentía humillada cada vez que recordaba la situación.

—Lucía, estás muy callada. Me preocupas.

—Estoy bien y, dentro de cuatro días más, estaré mejor.

—¿Por?

—Porque este lugar es mi Lourdes particular.

—Me alegra. —Deduje que sabía que me refería al asunto de Pablo en mi habitación.

Pasamos un cuarto de hora más en silencio. Noté que David estaba nervioso.

—No puedo más. Dilo ya, Lucía.

—¿El qué? Imagino que lo sabrás todo...

—Lucía...

—David, no quiero recordar ahora.

—Quiero que hablemos.

—¡Ahora no!

—Ahora sí.

Me incorporé. Si quería hablar, adelante.

—¿Qué quieres que te diga? El tío que decías que estaba loco por mí me dejó a dos velas... Me rechazó. ¡Ah, sí! ¿O prefieres que hablemos de cómo has violado mi confianza? Elige el tema que prefieras.

—Sabía que estabas enfadada conmigo. Tu comportamiento estos días... ¿Y rechazada? No es eso lo que tengo entendido. —Ví que había hablado con Pablo.

—Enfadada es poco. Rechazada, humillada. Sí, prácticamente le supliqué que nos acostáramos, y tuvo la sangre fría de irse y dejarme como si fuera, como si fuera... yo qué sé. —Noté que mi voz había subido bastante de tono.

—Lucía, hablemos sin gritar, por favor. Cálmate.

—Espera, aún hay más. Las conversaciones reveladoras que tú y él teníais sobre lo que yo te contaba a ti en confianza...

—No te molestaba que yo te enseñara sus mensajes...

—Eras mi amigo. Te confíe cosas que pensaba que quedarían entre tú y yo.

—Lo entiendo, Lucía. Déjame que te cuente una cosa... ¿Recuerdas cuando te sentías agobiada porque Vero te preguntaba qué había entre nosotros?

—Sí, ¿a qué viene eso?

—Imagina ese agobio durante meses. —No lo había considerado. Asentí con la cabeza y él continuó con su exposición—. Ahora piensa en cuando me pediste permiso para contarle a Vero que yo era gay, para que te dejase en paz. Lo siento, Lucía, opté por cooperar, a medias, con Pablo, porque es mi amigo; lo veía sufrir y, encima, no me dejaba respirar.

Vaya, no pensaba que los chicos también estuvieran tan pesados con nosotras, y menos mister Increíble.

—Vale, entiendo tu razonamiento..., pero... —Me interrumpió.

—Le comenté alguna cosa que no pudiera lastimarte. Yo siempre supe que estabas colada por él, aunque lo negases una y otra vez. Te confieso que, con lo de Ángelo, me despistaste un poco.

—¿Ángelo? No me jodas que también le has contado cosas sobre mí al italiano...

—Sí, Ángelo, y no, no hablamos sobre ti nada. Te recuerdo, aunque te enfades, que...

—... No soy su tipo. —Le acabé la frase.

—Exacto. Sobre lo que pasó en la habitación no tenía detalles exactos... Pablo es bastante discreto con su vida íntima. Me dijo que no te habías comprometido con él y que, al final, no pasó nada. No me comentó porqué y menos que te había dejado humillada... Lo cierto es que me sorprende mucho esta información...

—Da igual, voy a pasar página. Te he dicho que, dentro de cuatro días, estaré como nueva. Todo esto habrá quedado en una anécdota, y me reiré de lo sucedido.

—Me alegra ver tu actitud.

—Una aclaración: lo que hablemos tú y yo ¿puede quedar en eso?, ¿entre nosotros?

—Claro, princesa. Mira, tenemos compañía...

Eran las doce, y todos se habían animado a bajar a la playa. Los de Calpe también habían optado por venir a Dénia.

—Vamos todos al agua. —David hacía rato que quería meterse. Daniela, Luis y Vero estaban nadando. Parecían colegiales tirándose agua y empujándose.

—No me apetece.

—¿Cómo que no, Lucía? Ángelo, ayúdame, que esta se viene al agua.

Entre los dos me cogieron de manos y pies y me tiraron sin piedad. ¡Qué frío! No recordaba esta primera impresión del mar, pero enseguida encontré el agua maravillosa.

Me agarré a la espalda de David.

—Esto no va a quedar así. Si quieres aguadillas, las tendrás, David. Y espera, Ángelo, que para

ti también habrá.

Logré zambullir a David. No me costó mucho porque no opuso resistencia. Me fui directa a por el italiano. El bañador le sentaba muy bien; iba de informal. Era de esos bañadores que te pones, también, para salir por la calle; era tipo bermuda. Lo cogí por la espalda; él sí me opuso mayor resistencia. Estaba delgado pero era fuerte. No conseguí zambullirlo en el agua. Con un movimiento rápido, me cogió al aire y me volvió a tirar hacia atrás. Sí que podía conmigo, sí. Engañaba ese italiano. No me di por vencida y volví a ir a por él. Se escapó y me dijo: «Píllame si puedes. A ver si nadas aquí igual que en la piscina». Lo seguí, pero iba rápido. Sin darnos cuenta nos habíamos metido a trescientos metros de la costa. Las aguas de la zona no eran profundas. Es más, cuando te metías hacia dentro, había montañas de arena que hacían que el agua te llegara por las rodillas si te ponías de pie.

Estaba entretenida, me encantaba nadar. Mientras perseguía al italiano, noté un peso en la pierna derecha. Algo no iba bien. Me puse nerviosa, comencé a llamarlo.

—Ángelo, Ángelo. —Me oyó y se paró.

—¿Qué pasa?

—Es un calambre. No puedo...

—Voy, espera. Tranquila, ya llego.

Mientras se acercaba hacia mí, intenté colocar mi pie en el fondo y ponerme de pie, pero no llegaba al suelo. Si lograra estirar la pierna, el dolor pasaría, pero justo no hacía pie en esa zona.

—Duele,; necesito estirar la pierna. Hacía mucho tiempo que no me pasaba esto...

—Tranquila, te tengo. Vamos a buscar un sitio para que puedas extender la pierna, así el músculo se destensará, y volveremos a la costa.

Me agarró el brazo derecho y se lo pasó por su cuello. ¡Vaya! No sabía si sería la falta de roce, pero el tacto de su espalda y su cuello me erizaba la piel. El dolor no conseguía quitarme la emoción por el contacto con el italiano. Me llevaba nadando junto a él.

—Lucía, intenta estirar la pierna aquí. Yo hago pie.

—Sí, sí, llego. —Cuando la apoyé en el suelo y eché el peso de mi cuerpo sobre ella, el mal cesó. No me soltó mi brazo, estaba preocupado. ¡Qué atento era!

—Ahora vamos a nadar los dos, poco a poco, hacia la orilla. ¿Estás mejor?

—Sí, pero no hace falta que me lleves; ya puedo ir sola.

—*Ok*, pero iré a tu lado para comprobar que todo está bien. ¿Lista?

—Sí.

—Vamos.

Cuando llegamos a la orilla, todos nuestros amigos sospechaban que había pasado algo. Todo se confirmó cuando el italiano me sacó del agua en volandas.

—No hace falta que me lleves; estoy bien.

—No es por eso; es que no me fío de ti. Igual es una distracción para intentar ahogarme. —Nos reímos los dos. Tenía fama de ser divertido, y comprendí el motivo.

Enseguida se formó un círculo a nuestro alrededor. Todos se preguntaban qué hacíamos en el fondo, en especial María, y qué me había pasado.

—No es nada, chicos... Tan solo un calambre, pero ya estoy bien.

—Menos mal, ¡qué susto! —Vero estaba muy preocupada.

—Ya está... Por favor, me vais a hacer pasar vergüenza con tantas atenciones.

Poco a poco todo se tranquilizó. El mar se había acabado para mí, al menos en ese momento. Me había llevado un buen susto.

—Vaya, princesa, ya no sabes qué inventarte para llamar la atención de Ángelo. —Me habló discretamente al oído y me guiñó un ojo. Nadie nos oía.

—Se me ocurren otras maneras menos peligrosas de llamar su atención, créeme... —Y eché los ojos hacia arriba y los puse en blanco.

Estaban haciendo planes para ir a comer; me parecía bien lo que decidieran. La humillación sufrida con Pablo estaba pasando a segundo plano; no paraba de pensar en cómo me había ayudado Ángelo dentro del mar. Al haberme sacado del agua en brazos, me había sentido como una princesita que fue salvada por un príncipe. La feminista que llevaba dentro sacó los dientes. Había sido muy amable. La voz de David se repetía dentro de mi cabeza y me decía: «No eres su tipo». ¿Por qué me diría eso y tantas veces?

Me sentía confusa. ¿Cómo podía ser que, hacía un par de días, quisiera estar con Pablo y tuviese ya a otro chico en mis pensamientos? Encima estaba María. ¿Qué tendrían ellos dos? ¿Estarían juntos?

De nuevo hecha un lío. Mi subconsciente me estaba volviendo loca. «Lo que tenga que ser será», pensé. Era cierto que me sentía vulnerable por el rechazo de Pablo. Había perdido autoestima. Antes de aquella situación, no había tenido miedo a nada; es decir que mi imagen y mi percepción de mí misma habían cambiado. Estaba insegura, y eso no me había pasado nunca. No me sentía capaz de gustarle a nadie; en esos momentos, no veía mi potencial.

Fuimos a cenar a una pizzería. David era mi pareja oficial en el viaje. No se separaba de mi lado, me tenía bien atendida. Era como un novio, pero sin serlo. Yo también me preocupaba por él, estaba pendiente de que no le faltara de nada.

Me vestí discreta para cenar. Pantalón corto y una blusa sin demasiado escote. Necesitaba recuperar mi autoestima y pensé que ligar sería una buena manera para lograrlo. David se dio cuenta de que mi forma de vestir había cambiado.

—No necesitas mostrar tanto para que te vean. —¡Pero si iba discreta!

—Lo sé. Estoy cómoda, es verano y hace calor.

—Como quieras. Estás preciosa igual. Si tú estás bien, yo también.

Nos metimos en un *pub* después de la pizza. Esa vez los chicos bailaron con nosotras, no se pasaron la noche tomando copas. Fui a la barra, me apetecía un JB con cola. No solía beber, pero me gustaba su sabor dulce y nunca me acababa la copa. Ángelo estaba pidiendo, también, a mi lado.

—Oye, a esta te invito yo.

—No hace falta, Lucía.

—Es lo menos que puedo hacer por mi salvador. —Los dos reímos.

—Espera, te pido un JB con cola, ¿no?

—Sí. —No podía remediar echar una media sonrisita al ver que se acordaba.

—¡Salud! —Los dos brindamos y dimos un buen sorbo a nuestras copas.

—¿Volvemos con los demás?

—Sí, Ángelo. —Él iba delante, y le pasé revista. No era el culo de Pablo, pero no estaba nada mal tampoco. Iba con chinos blancos y camisa de hilo negra, llevaba unas náuticas. Creía que era más pijito que Pablo. Los dos tenían estilos diferentes. Uno pasaba de mí por completo, y el otro me decía que le gustaba, que quería una relación, pero no se acostaría conmigo ni suplicándoselo... Estaba condenada al fracaso con esos chicos que llamaban mi atención.

Lo pasé muy bien en la pista, bailé hasta caer muerta. No quería irme, me tomé dos medias copas más. Yo, que no estaba acostumbrada a beber porque no me gustaba perder el control de mi cuerpo, estaba en las nubes... Al acabar la noche, pedimos dos taxis. No valía la pena coger el coche en ese estado, en eso estaba muy concienciada. Al volante, ni gota de alcohol. No por mí, sino por el que venía enfrente. El resto de mis compañeros compartió mi premisa.

Me acosté en la cama y todo me daba vueltas. David me ayudó a ir a dormir. Yo estaba bastante alegre... Mi cuerpo no aguantaba el alcohol.

—David, ¡qué bueno eres! Serías un novio genial. No seas gay, por mí, porfaaaa.

—Lucía, cuando bebes, estás muy rara. Menos mal que no lo haces a menudo...

—Vaaa, quiéreme. No podría soportar otro rechazo. —El alcohol me hacía recordar la situación con mister Increíble—. Se fue, estoy sola y humillada. Quédate, al menos, a dormir conmigo. No quiero estar solita, necesito que me abracen... Estoy falta de carii... de cariño. ¡Jo!, no me dejes beber más...

—Lucía, a la cama ya...

—Quédate... No hagas como él, que se fue y me dejó.

—Está bien, venga, entra en la cama...

No tenía la mete muy lúcida, la verdad. Sí recordaba necesitar cariño y comprensión. Seguía hundida con lo sucedido con Pablo. David entró en la cama, me abrazó y me dijo: «No te preocupes; todo saldrá bien. Mañana verás el mundo con otros ojos».

De nuevo, a las seis de la mañana, ya había dormido bastante. Me giré y vi a David en la cama. Pensé que todo sería más fácil si yo fuese su tipo; era un tío genial. Le di un beso en la mejilla. Siguió durmiendo; yo me levanté.

Me hice un café. Tenía una resaca horrible. Salí al balcón. De nuevo el mar era mi aliado. No había corrientes; el agua estaba muy tranquila. Oí a las gaviotas; el cielo estaba muy despejado, y el sol todavía estaba intentando despertar. Fui a sentarme en una silla y vi a Ángelo. No lo había notado porque justo estaba detrás de mí y, al salir, no me había percatado de su existencia.

—¡Uy!, me has asustado. Buenos días.

—Hola, juerguista. Ayer nos desbancaste a todos...

—¿Yo?

—Sí, tú. Me sorprende verte levantada tan temprano.

—Tú también estás despierto.

—Sí, pero yo solo tuve sesión de baile y alguna copa, no de...

—¿Qué? No te sigo...

—Ya sabes... No he cogido la habitación de reserva, la de los planes...

—Yo tampoco. ¡Ah! —Comencé a reírme como una loca—. Lo dices por David... Es un buen amigo. Las palabras *David* y *sexo* no concuerdan juntas en mi vocabulario. —Estaba claro que no sabía que era gay.

—No pretendía ser indiscreto. Es que te metió en la cama, y su habitación está... Bueno, está como ayer: sin deshacer...

—No pasa nada; yo hubiera pensado como tú... Pero..., bueno, me voy a suplir la falta de sexo con un buen paseo por el mar. —Tal vez fui muy directa, esperaba que no lo interpretara como una invitación... Era que todavía recordaba el plantón de mister Increíble, y mi subconsciente exigía una compensación que mi voluntad no deseaba.

—Bueno, que lo pases bien.

—Nos vemos en la playa luego...

El paseo me fue de maravilla. Abrí mi mente. Notaba que las pilas se recargaban cada día más. Esa noche con David también me había sentado muy bien. Creía que la necesitaba. Sus abrazos tuvieron un efecto reparador en mi alma.

Cuando volví al punto de inicio del paseo, David y unos cuantos ya habían bajado a la playa. Él me había traído mi gorra, una toalla, las gafas, algo de comer y una esterilla. Era un cielo, me mimaba mucho.

—Sé que vienes de dar un paseo, pero ¿damos otro?

—Sí, esta vez hacia el sur.

—Hacia donde tú quieras, princesa.

Se levantó, me puso las gafas de sol y el gorro, y comenzamos a andar. Sabía que quería hablar

sobre algo en privado. Y efectivamente...

—Somos la comidilla del grupo tú y yo, por culpa de tu mala bebida perniciosa.

—¿Qué? Solo me tomé una copa de nada...

—Saben que dormí en tu cama.

—¡Jajajaja! Al final vas a ser tú el que me dio la noche de sexo, pasión y lujuria, al menos en sus mentes.

—Lo que soy es tu pañuelo de papel de usar y tirar.

—¿Qué? —No tenía ni idea de lo que quería decir.

—Sí, esta mañana me has dejado solo en la cama. Me he sentido utilizado, humillado...

—¡Oye! No era esa mi intención. —Los dos nos reímos de nuevo.— Por cierto, siento ponerte en un compromiso.

—Da igual, siempre me ha gustado el protagonismo; lo sabes. Además, cuando vayamos a Liverpool, me llevaré a Kevin; saldrán de dudas...

—Entonces, pensarán que te has acostado conmigo y que te has vuelto gay. Desde luego, entre uno que me desprecia y otro que se vuelve gay... ¡Me hundes la moral, chico! —Le guiñé un ojo.

—Deja de pensar que Pablo te rechazó. Seguro que no fue así.

—David, no estabas allí... Créeme si te digo que me despreció. Pero no quiero hablar de eso.

—Si te sirve de consuelo..., hay quien se ha interesado sobremanera en lo que pasó ayer entre tú y yo. —Estaba extrañada, no sabía de quién hablaba.

—¿Tengo un admirador? No me apetece nada. Mira lo que me pasó con el último.

—No sé si puede ser considerado un admirador. Siempre he pensado que no sos su tipo. — Sonrisa maliciosa en su cara.

—¿Ángelo?

—Acertaste.

—¿Qué ha pasado? Cuenta.

—Ha pasado que tu amistad me trae demasiados interrogatorios siempre...

—¿Te ha interrogado?

—Batería de preguntas versión Pablo.

—¡Jajaja!, lo siento. Esta mañana le he asegurado que no hubo sexo entre nosotros... Igual no se lo ha creído...

—¿Ya te había preguntado algo a ti?

—Sí, discretamente...

—Le has dicho que soy...

—No, eso no me corresponde decirlo a mí. Yo no soy de las que viola la confianza del otro. — Ahí quedó esa indirecta.

—Tocado y hundido. Me ha preguntado que si tengo algo contigo, que si somos muy amigos, que si... En fin, un par de cosas más. ¿Estás lista para romper otro corazón?

—Cariño, yo no rompo nada. A mí me lo han roto, más bien. Pero ¿y qué hay de María?

—Princesa, eso le he preguntado yo. Dice que son amigos, que lo agobia y que no tienen nada. Me ha dicho que no es su tipo.

—Mira la que no es su tipo; era la que tú sí pensabas que lo era. Qué vueltas da la vida...

—Lucía, estás disfrutando con esto, ¿eh?

—Un poco.

—No me suelo equivocar. Yo sabía que tú no eras su tipo de chica porque él mismo me lo había dicho a principio de curso.

—¿Cómo? —No entendía nada.

—No lo recuerdo bien porque no le di mucha importancia a lo sucedido. Se acercó un día en la cafetería y entabló conversación; no sé exactamente sobre qué conversábamos cuando comenzó a preguntar por nuestro grupo. Decía: «Parecen buena gente... Daniela, eso; Marga, lo otro...». Y cuando llegó a ti... Bueno, no me habló muy bien que digamos... Yo le contesté que tenía esa opinión porque no te conocía; que, si no, le gustarías. Él me aseguró que no eras su tipo y me describió a María como su mujer ideal. De ahí mi confusión.

—¿Y qué te dijo de mí exactamente?

—Que le parecías una estirada en clase y que eras doña Sabelotodo.

—¡Vaya, qué casualidad!

—¿El qué?

—Yo lo llamo a él don Importante.

—¿Y eso?

—Nunca recordaba mi nombre ni saludaba, y... pasaba de mí.

—Parece que la cosa ha cambiado.

—Siempre estás igual, David: ves pretendientes por todos los lados. El chico querría satisfacer su vena cotilla averiguando si nos habíamos acostado ayer... Por cierto, ¿qué le has dicho sobre nuestra noche loca cuando te preguntó?

—Que eres una loba en la cama.

—¡No!, no serás capaz.

—No, no he entrado en detalles. Le he dicho que no pasó nada, que no eres mi tipo. —Se sonrió—. Te hice compañía y hablamos.

—¿Se lo ha creído?

—Imagino.

Volvimos con el grupo. Estaban jugando a *Dirty Dancing* en el agua. Luis y sus compañeros eran deportistas. Eran fuertes y estaban demostrando que era fácil levantar a una bailarina al aire, y más en el mar. No estaban acostumbrados a hacerlo, y las chicas se les caían.

Oí que Ángelo discutía con ellos.

—No podéis, no tenéis nuestra preparación. Los deportistas siempre estáis desprestigiando lo

artístico. Os demostraré cómo se hace. Lucía, ven.

Miré a David; su sonrisa picarona, de nuevo, apareció. Por lo bajo me dijo: «No me suelo equivocar, pero esta vez me engañaron...».

—¿Qué quieres, Ángelo?

—Prueba tú, yo te cojo.

—Tú no puedes conmigo.

—¿Perdona? ¿Quién te sacó del agua en brazos? Venga...

—Que no puedes conmigo; quedaremos fatal.

—Lucía, ¡qué poca fe tienes en mí! Haz el favor... Vamos a cerrarles la boca.

—Bueno, pero si no sale...

—¡Va!, no te cortes. Saldrá.

Allá iba. Entré en el agua; estaba buenísima. Era un día sofocante. Me sentía cortada; todos miraban. María, la primera. No sabía si podría hacerlo. Él estaba con el agua por la cintura, tal vez un poco más.

—¡Vamos, reina!

—¡Voy!

Cogí impulso y corrí hacia él. Me subió, me agarró por las costillas. Se me clavaron sus manos en mi cuerpo, y casi me rozó el pecho. Dolía. Consiguió levantarme y aguantarme unos pocos segundos al aire. Caí al agua de la forma más elegante que pude. Lo oí.

—Y así, deportistas, es como se hace...

—Cuestión de suerte, artista —replicó Luis.

Ángelo se giró y me preguntó si estaba bien; sentí con la cabeza. Nos quedamos mirándonos un minuto; tenía unos ojos negros curiosos. Parecía que nos acabábamos de descubrir el uno al otro. Fue extraño...

—¿Ves cómo sí podía contigo? Yo no soy tan débil, y tú no pesas tanto. —Me reí.

—Te apuesto lo que quieras a que no lo repites, artista —lo retó Iván. Desde lo sucedido con Pablo, prácticamente, ni me hablaba. Había puesto tierra de por medio.

—¿Qué me dices, Lucía?

—¿Otra? No sé si saldrá...

—Venga.

De nuevo cogí impulso. Esa vez me levantó al aire, pero no conseguí estirarme. Noté que me escurría. Él volvió a flexionar los brazos, para evitar que me cayera de cabeza, y me bajó lentamente por delante de su pecho. Me tenía cogida por la cintura. Al dejarme en el suelo, me quedé observando sus ojos negros de nuevo. Me empezaban a cautivar; lo sentía. Nos miramos frente a frente y nos volvimos a descubrir. Me sacaba una cabeza, era un poco más bajo que Pablo. Lo que acababa de suceder con el italiano fue raro.

—Te lo dije, figura...: tuviste suerte. —Iván y Luis estaban contentos por su fallo.

Intenté cortar la tensión que surgió entre Ángelo y yo.

—Bueno, ¿qué ha pasado? ¿Tú no has tenido tanta fuerza, o yo he pesado más?

—Me he desconcentrado. —A mí también pasó lo mismo, pero no iba a decírselo.

Sentía una situación incómoda, no conseguí seguir mirándolo a la cara. Me di la vuelta para salir del agua. David me había colocado bien la esterilla; se había girado viento, y se había arrugado toda.

—Ven conmigo, rompecorazones.

—¿Rompecorazones? Nada. Igual este se piensa que me acuesto con el primero que pasa y quiere aprovechar.

—Perdona, bonita, pero no me gusta cómo te refieres a mí en esos términos.

—Es verdad... David, tú eres el único que se acuesta conmigo... —Nos reímos.

Los siguientes días decidimos pasarlos en Calpe. Vero quería que vieran las maravillas de su pueblo. Nos llevó a unas calas preciosas, y nos dimos una vuelta por el centro.

Los cinco días habían pasado muy rápido, pero yo había conseguido mi cometido. No era pensar en Ángelo, no. Era cargar las pilas, subir la autoestima y volver a las clases con energía.

Capítulo 8

UN BESO

La vuelta a lo habitual fue fácil. Había cambiado mi actitud ante la vida: ya no estaba enfadada, volví a ser yo misma. David y Vero eran los únicos que sabían lo sucedido con Pablo aquella fatídica noche. De él tenía su atención y de ella, su apoyo. Eran dos buenos pilares para la remontada. De mister Increíble no tenía nada, sin noticias, y lo prefería. Estaba dispuesta a olvidar la humillación sufrida, costase lo que costase...

Las clases se convirtieron en un buen refugio. Las novelas románticas cambiaron por las de acción y tensión. No quería saber nada de asuntos del corazón. David seguía dando un poco la paliza con Ángelo, pero no había pasado nada, y quería restarle hierro al asunto. Mi mejor amigo se divertía mucho a mi costa. Además, desde que habíamos vuelto, hacía ya dos semanas, no había habido, tampoco, noticias de don Importante.

Las lecciones de Sandra se volvieron amargas. Durante los días de retiro, les había comentado a todos que ya no formaba parte del grupo por decisión de su directora. Me habían ofrecido su apoyo y todos habían coincidido en que había sido una injusticia.

Sandra me había tenido que tragar mientras estaba Pablo y, dado que él ya no estaba..., no tenía sentido. De todos modos, encontré una nueva pasión: el teatro. Pedro me daba muchos ánimos; también se mostraba muy exigente, demasiado. David parecía nervioso porque pronto se estrenaba su obra de teatro. Estaba bastante insoportable por la tensión. Como era lógico, nos había invitado a su estreno; quedaban unos pocos días para ello. Yo lo ayudaba a ensayar siempre que podía. Se lamentaba que yo no fuese su compañera en esa obra. Era muy halagador.

La clase también tenía que prepararse para el estreno de nuestro *Romeo y Julieta*, una adaptación propia de Pedro. La narradora, es decir, una servidora, tenía numerosas intervenciones. Me tocaba, muchas veces, ensayar con Ángelo y con María a solas. Se podría decir que los tres éramos coprotagonistas, y Pedro insistía en que «sobre vuestros hombros está el peso de la obra». Después de practicar una hora, nos hacía quedarnos otras dos más para perfeccionar. «El arte dramático necesita dedicación y perfeccionamiento, sobre todo de los protagonistas», decía el profesor.

La relación entre los tres era muy particular. Ángelo estaba distante conmigo. Volvía a ser el de

antes, evitándome y siendo don Importante. María no me toleraba, cada vez menos, y también estaba enfadada con el italiano, aunque no sabía por qué. Yo intentaba ir a mi bola, pero era difícil con la indiferencia de ambos hacia mí.

María faltó a uno de los ensayos. Pensamos que se anularía la sesión de ese día; sin embargo, Pedro nos hizo practicar a ambos. Yo tenía que hacer el papel de narradora y el de Julieta, con escenas de amor incluidas. El beso con Ángelo fue un cúmulo de casualidades. Y no, no descubrí si fueron para bien o para mal.

Estábamos inmersos en la interpretación. Pedro comentaba lo bien que lo estábamos haciendo cuando le sonó el teléfono. Primera casualidad.

—Disculpad, he de cogerlo; es urgente. Continudad sin mí.

En la adaptación de Pedro, la trama era más pasional que en el original. Su objetivo, según nos había comentado, era hacer vibrar al público con una versión que mostrara la devoción que sentían Romeo y Julieta. Las escenas de besos, caricias, pasión y ternura eran habituales. De ahí que María estuviera encantada de ser Julieta con su Ángelo. No tenía tan claro que el italiano disfrutase tanto, aunque igual, al principio, sí. Le había dicho a David que María era su tipo ideal. No lo sabía...

En la escena que estábamos ensayando, había un beso pasional, seguido de un abrazo de ternura. Segunda coincidencia. Yo leía mi texto y, cuando llegó la hora del beso, paré de interpretar instintivamente. Pensé que no era necesario.

—¿Qué pasa, Lucía?

—Nada. Creí que seguiríamos con el texto.

—Viene el beso.

—Ya, pero yo no soy Julieta, no le veo sentido a representar todas las escenas. —Semanas sin hacerme caso y, en esos momentos, quería un beso... Otro que no se aclaraba.

—¿Te da apuro? Entonces, cuando tengas que interpretar un papel subidito de tono, digamos en una película, ¿qué harás?

—Bueno, vale.

Cerré los ojos y me lancé sobre él. Le planté un beso de tornillo de lo más pasional. ¿No quería que siguiera el guion? Pues ahí iba eso. El italiano no se quedó atrás en su empeño. Le puso garra, me lo devolvió casi con más pasión que yo a él. Definitivamente... eso ya no era un beso marcado por el director.

Pensé que debía continuar con mi profesionalidad, así que, después de haberle saboreado la lengua como dos o tres minutos, era ya hora del abrazo que Pedro marcaba en el texto. Cuando me despegué de sus labios, noté que Ángelo se vencía sobre mí pidiendo más. Lo abracé y le costó reaccionar. Me envolvió con sus brazos y yo seguí representando mi papel con suma naturalidad. Él parecía desconcertado, pero no dijo nada.

Ambos continuamos con la representación lo más naturales que pudimos. El profesor entró pasados siete u ocho minutos. Justo cuando venía otro beso, seguido de lloros, en el texto de

Romero y Julieta, Pedro disolvió el ensayo.

—Os podéis ir; es todo por hoy. Gracias a los dos.

Recogí mis cosas y me despedí. Creí que el profesor había recibido malas noticias, pero ni el italiano ni yo nos entrometimos en su vida.

—Hasta mañana. —Los dos coincidimos en la despedida.

Me fui a la cafetería; David me estaba esperando para comer.

—Princesa, pensaba que me habías dado plantón.

—No, qué va... Estaba ensayando la obra de Pedro. No es un gran debut en el teatro madrileño, pero necesito buena nota para las medias del curso.

—¿Y todo bien?

—Sí. Ángelo besa y abraza de lujo.

—¿Perdona? —Capté su atención al 100 %.

—María no vino al ensayo y me tocó ayudarlo con sus frases. No había ninguna chica más, y Pedro me hizo ser Julieta y narradora en la representación.

—Y... esto.... ¿Qué te iba a decir? ¿Era preciso representar besos y abrazos?

—Eso le dije yo al italiano, pero insistió en que no estaba siendo profesional. Ni me lo pensé, me lancé. De hecho, creo que, en esa escena, es el chico quien inicia el beso... Bueno, da igual, hecho está. Por cierto, tiene una lengua que... —Sonrisa picarona en mi rostro. David estaba sorprendido.

—Al final va a ser verdad que un clavo saca otro clavo...

—¿Hablamos de Pablo? Nunca ha estado dentro, y nunca mejor dicho. —Le solté una sonrisa picarona—. Además, estoy tranquila.

—¿Tranquila? ¿Y eso? —David estaba intrigado y divertido con mi actitud de pasotismo absoluto.

—Un amigo lleva meses diciendo que no soy su tipo...

—Las cosas cambian, princesa.

—Además, estoy esperando mi noche de sexo, pasión y lujuria... —Le sonreí con aire juguetón. Sabía que bromeaba, ¿o no?

—Pensé que al final eras de las que lo quería todo.

—Las cosas cambian, como tú bien has dicho. —Estaba sorprendido—. Me voy a nadar un rato. No es el mar, pero es lo que tengo a mano. ¿Te apuntas?

—No puedo, he quedado con Kevin.

—Que lo pases bien.

—Igualmente, y suerte.

—¿Suerte?

—Sí, encontrando tu ansiada noche loca. —Otra vez sonrisa maliciosa en la boca.

—Adiós, don Juan, seguro que tú la encuentras antes que yo.

—Eso espero. Adiós.

La vuelta a la piscina fue dura. El fantasma de Pablo todavía estaba presente y me atormentaba. Cuando entraba en el agua, esperaba volver a verlo. Me estaba costando superar lo sucedido. Al tomar conciencia del daño que me había hecho, supe que lo que sentía por él era más fuerte de lo que pensaba. No tenía ninguna señal de vida de él; David tampoco me contaba nada sobre mister Increíble. Intuía que hablaban. ¿Le preguntaría por mí en alguna de sus conversaciones? Me moría de ganas por saber, pero no quería preguntar, y David, supongo que por precaución, no contaba nada.

Entré en la piscina. El MP3 tenía una misión importante: hacerme olvidar mis pensamientos. Sobre todo, lo que había acabado de pasar en clase de arte dramático: el beso con el italiano. En verdad no le daba importancia, pero hacía tiempo que no me besaban, y la última vez, con Pablo, me había dejado mal sabor de boca... Había olvidado lo que se sentía. Recordaba cómo el italiano había hecho que mi corazón bombeara fuerte, las mariposas en el estómago. Besaba muy bien. Pablo era más pasional; creía que tendría más experiencia que don Importante. Eran besos diferentes, en situaciones opuestas.

Estuve una media hora en el agua. Cuando salí, Ángelo estaba secándose. ¿Me dirá «Hola»? Se aceptaban apuestas.

—Hola. —Mira, me vio. Levanté la cabeza para hacerle una seña; que supiera lo que se sentía cuando no te hablaban. Los dos estábamos callados en lo que parecía un silencio incómodo. Si esperaba que yo dijera algo, lo llevaba claro.

—Lucía.

—¿Sí?

—Me has dejado descolocado.

—¿Por? —Le mostré mi indiferencia.

—¿Eran exigencias del guion u otra cosa...?

—No te sigo. —Pues claro que sabía que se refería al beso, me hacía la despistada.

—En el ensayo... Cuando interpretamos el beso...

—¡Ah! Entendí que querías profesionalidad y te la di...

—¿Solo eso? —Otro que venía con acertijos.

—¿Qué quieres que te diga...?

—No sé qué harán otros, pero yo soy de la vieja escuela... Antes de dar un besazo así, tengo la sana costumbre de invitar a cenar primero.

—¿Quieres ir a cenar conmigo?

—¿Te apetece?

—No sé. Me has sorprendido.

—¿Nuca te han invitado a cenar?

—Sí, pero por lo general son personas que me saludan habitualmente, que recuerdan mi nombre a la primera... En fin, que suelen mostrar más interés... Veo una media sonrisita, ¿por qué?

—¿Lo discutimos mientras cenamos? —Tenía una mirada muy tierna, una sonrisa cautivadora. Me encantaba su hoyuelo de la barbilla. Estaba siendo amable, y me sorprendía después de lo borde que yo había acabado de ser.

—Bien.

—Me confundes. —Otro igual que míster Increíble. ¿Qué les pasaba a todos? No estarían acostumbrados a tratar con mujeres. No somos tan complicadas, ¿o sí?

—Si me sueltas un estereotipo o una chorrada, anulo la cena. —Se rio; le devolví la sonrisa.

—No es eso. Estoy conociendo a dos personas diferentes.

—No te entiendo.

—La Lucía del beso estaba llena de pasión, y tú me pareces tan fría ahora mismo.

—No sé qué contestarte. Imagino que podemos discutirlo durante la cena, así tendremos cosas de las que hablar.

—Me parece una buena idea. ¿Quieres esperar al fin de semana o te apetece antes?

—¿Pero es una cita, cita?, ¿o dos amigos?, ¿o...?

—Si te parece, no adelantemos acontecimientos...

—El sábado a las nueve.

—Perfecto. Te paso a recoger.

—No hace falta; quedamos en el recibidor.

—No es mi estilo. Insisto. —Me parecía muy caballeroso.

—Vale. En ese caso, ven nueve y veinte, o así. —Siempre se me hacía tarde para arreglarme.

—Perfecto.

—Adiós. —Él levantó la cabeza para despedirse de mí.

¿Tenía una cita con el italiano? ¿Cómo y cuándo pasó? ¿Era eso lo que quería? Otra vez mi subconsciente y mi voluntad luchaban. ¿Significaba que Pablo había pasado a la historia? ¿Quería una relación entonces?

Noté que estaba adelantando acontecimientos. Aún no había salido con don Importante y ya me estaba imaginando bodas, bautizos y comuniones. Eso no era lo que solía pensar cuando salía con alguien. Con Pablo fui con pies de plomo y acabé rechazada y humillada; con el italiano trataría de ser algo más espontánea. De repente me di cuenta de que no lo había investigado. ¿Era conveniente tener información sobre él? Con míster Increíble había recabado tanta que me formé una opinión de desconfianza total hacia él, y tal vez eso hubo arruinado nuestras posibilidades. Lo mejor sería conocerlo por mí misma. La gran pregunta era la siguiente: ¿estaba dispuesta a pasar página con Pablo? Prácticamente había pasado un mes, y no había hecho intentos de contactar conmigo, ni una prueba de vida. Además, no había querido acostarse conmigo. No le debía nada. Ángelo era un amigo con el que iba a ir a cenar; el tiempo diría si habría algo más. Me convencí

de que era como salir con David; sin embargo, con mi mejor amigo, no había opción a pensar en el sexo. La diferencia entre ambos era abismal. La cuestión del sexo lo cambiaba todo siempre.

La semana fue rutinaria, aunque hubo un incidente. Era viernes. Estábamos comiendo en la cafetería, charlando y bromeando sobre tonterías. Yo estaba sentada con David, y Vero estaba enfrente, junto a Luis. Me sorprendió ver que María venía hacia nosotros; salía con el grupo de vez en cuando. Se apuntó a la escapada, pero no era habitual que contara con nuestra compañía a la hora de comer. Todavía más raro fue que se sentara a mi lado; seguía sin tolerarme.

—Hola, ¿cómo estáis? Hoy vengo a comer con vosotros. —Tenía un acento de pija rematada, de esas de «oseeeea, te lo juuuro de veeerdad». Era una niña demasiado bien... Me desagradaba.

—Aquí, chica. O sea, comiendo. —David, cuando podía, le hacía burla, y era muy malo porque quería reírme y no debía hacerlo delante de ella.

—¡Ay! ¡Qué bien que estés aquí, Lucía! Quería darte las gracias por ayudar a Ángelo con mi texto. Ya me han dicho que te esforzaste mucho.

—¡Ah!, de nada. —Ya sabía el motivo por el que se había sentado a mi lado.

—No seas modesta, mujer. Todas las actrices no ponen tanto empeño cuando ensayan un beso... —Ya comenzaba tocarme la moral...

—Intenté hacerlo lo mejor que pude. —¿Quién le habría contado lo del beso? ¿David? ¿Ángelo? En este centro las noticias volaban.

—Ya veo, ya. La verdad es que tengo suerte de tener un compañero tan agradable y atractivo como él. Las escenas de besos y abrazos se hacen más llevaderas cuando te gusta el actor, y ya no te digo cómo será cuando nos toquen las de sexo en el futuro... —Soltó una risotada de vergüenza mentida.

—Pues me alegro por ti. —¿Qué quería con tantas payasadas?

—No, es que quería decirte que para nada comparto lo que van diciendo por ahí los malintencionados de siempre.

—No sé de qué hablas. —Pero sabía que pronto lo iba a descubrir.

—¡Anda! Igual he metido la pata... Chica, perdona. Bueno, te lo diré porque a mí me gustaría saberlo. —Hizo una pausa y se giró a contármelo de manera que parecía que era mi mejor amiga —. Resulta que hay quien dice que aprovechaste mi ausencia para pegarte el lote con él.

—¡Ah, eso! Estaba asustada, temía que me fueras a decir que nos habían visto montándonoslo arriba del escenario y delante del profesor. —Su táctica era buena; era una bonita forma para poner palabras que ella quería decir en la boca de otros, y así evitaba ofenderme directamente.

—¡No, por Dios! Pero ya sabes cómo es la gente. Y yo enseguida les dije a los que lo estaban comentando que eso no era posible, que seguro que eran exigencias del guion.

—Te lo agradezco. —¡Qué mala era la envidia!

—Pues, entonces, todo queda dicho. No me gustaría que tuvieras un nuevo problema con tu

reputación por culpa de un chico, y más ahora, que Pablo no está. —Lo consiguió: me tocó la moral

—No he entendido lo que has dicho. Interpreto que me estás pidiendo que me aleje de Ángelo, pero no acabo de comprender por qué metes a Pablo en la conversación.

—¡No, mujer! Si no hace falta que te alejes de Ángelo. Me consta que no tiene interés en ti; según me han dicho, claro. —Esa no sabía que saldríamos a cenar al día siguiente—. Y lo de Pablo es porque los malintencionados de los que te hablaba antes comentan que salió de tu habitación, a altas horas de la noche, el día antes de irse a Alemania. Se dice que ese fue el motivo por el que Sandra te echó del grupo, y no quisiera que también te tuvieras que ir del grupo de teatro a causa de otro malentendido. —No iba a perder los nervios con esa cursi rematada. ¿Me estaba amenazado? ¿Qué le dieran!

—De nuevo te agradezco tu preocupación. —Si se pensaba que le iba a dar el gusto de ofrecerle alguna explicación, iba lista.

—Bueno, pues, ya sabes... Para lo que necesites, aquí estoy, porque lo de Pablo debió ser un palo terrible. Pobre, quedarte sin él por cuatro meses; no me extraña que interpreten que buscas un sustituto. ¡Qué mala es la gente! Ven un beso y, en vez de pensar que estáis ensayando, ya dicen que os estáis morreando. No hagas caso, Lucía... —«Tú sí que eres mala, niña...», me dije para mis adentros.

—Gracias por tu interés y comprensión. —Qué falsa estaba siendo, tenía ganas de pegarle un bofetón. David estaba partiéndose de risa en silencio; lo noté. Nada más se fuera, le iba a explotar la carcajada.

—Ale, chicos, hasta la próxima.

Se fue y se había despachado a gusto conmigo. Lo sabía; David estaba riendo a carcajada limpia.

—No te rías, que es peor, guapo. —Le puse cara seria.

—Tía, eres Devora Hombres en el campus. ¡Jajajaja! Soy el mejor amigo de la nueva devorahombres. ¡Jajajaja!

—No me hace gracias. Esa tía me va a poner como una puta por ahí. Lo sé.

—¿Te molesta? —Volvía a estar serio.

—Hombre..., bien no me sienta.

—¿Por qué no le cerraste la boca?

—¿Para qué? No tiene sentido decirle nada. Va a inventarse lo que quiera y distribuirá los rumores que le vengan en gana. —Me quedé callada mirando a la nada y me sonreí.

—¿Y esa sonrisa picarona?

—Verás cuando se entere de que mañana salgo con Ángelo. Me va a poner como un trapo. ¡Jajajaja!

—¿Pero no decías que no te hacía gracia?

—Ni pizca, pero ¿qué puedo hacer? ¿Llorar? Mejor me río.

—¡Jajajaja! —Los dos estábamos de lo más divertidos con lo que había acabado de pasar.

Llegó el sábado. Por la mañana, un terrible dolor de cabeza se apoderó de mí. Mis ojos estaban llorosos y la nariz, roja como un pimiento. María debió de haberme echado algo en la comida para que enfermara, o simplemente lo había hecho con la mente. Siempre supe que era muy bruja...

Estaba en un estado lamentable. Fui a coger un antihistamínico, a ver si mejoraba. De la cama no creía que pudiera salir: tendría que anular la cena con el italiano. ¡Qué mal me encontraba! ¡Por favor!

Tenía el móvil en las manos y me di cuenta de que no sabía su número. No era problema; David lo sabía todo.

Lucía:

—David, SOS, necesito el número de Ángelo.

David:

—No lo tengo. ¿Qué necesitas de él? Quiero saber.

Lucía:

—Anular la cita.

David:

—¿Y eso? ¿Tienes miedo de la bruja avería? Te creía más fuerte...

Lucía:

—¡No! mocos, tos, ojos llorosos. Estoy malita. ¡Buaaa!

David:

—Ok, te lo consigo y te lo paso. Mejórate.

¡Qué chasco! ¡Con lo que me había costado mentalizarme para salir a cenar con Ángelo! Y lo tenía que cancelar por un resfriado común. «Igual es el destino», pensé.

A los cinco minutos, el móvil vibró. Sabía que era David, con el número. Efectivamente, ahí lo tenía. Iba a explicarle la situación al italiano.

Lucía:

—Ángelo, soy Lucía. ¿Estás?

Ángelo:

—Sí, dime.

Lucía:

—Estoy enferma; no podemos quedar esta noche.

Ángelo:

—Oooohh, yo, que creía que me enviabas un mensaje porque no podías esperar a verme, y es para darme plantón... Me rompes el *cuore*...

Lucía:

—No lo he hecho aposta. Otro día será.

Ángelo:

—Espera, tengo una idea.

Lucía:

—¿Qué?

Ángelo:

—Vas a estar en tu habitación todo el día, ¿no? No me dices que estás enferma porque buscas una excusa...

Lucía:

—¿Qué va!

Ángelo:

—Vale, luego te cuento. Mejórate.

Era amable; eso me había parecido. Sentía tener que anular sus planes. No sabía qué tenía pensado, pero me estaba llamando mucho la atención averiguarlo. Igual era el consuelo que necesitaba para olvidarme de la humillación que me había causado Pablo. Cada vez que recordaba que me había ofrecido en bandeja y que me había rechazado, me ponía frenética y me enfadaba conmigo misma por haberme quitado la coraza frente a él.

No hice más que mirar el móvil. El italiano me había dicho que me contaría no sabía qué. Eran las ocho, y seguía sin noticias tuyas. Me deprimí. No tenía suerte con los hombres. Cada vez que uno se interesaba por mí, sin yo buscarlo, me dejaban tirada.

Toc, toc.

—Voooy. —Creí que sería Vero para ver cómo seguía; le había comentado que estaba enferma, y me había dicho que pasaría a verme. Abrí sin preguntar, y ahí estaba el italiano. ¡Qué vergüenza! En pijama, pantuflas, pelo sin peinar y pañuelo de mocos en la mano.

—Hola, ya veo que no era mentira; estás enferma. ¡Qué mal aspecto tienes!

—Gracias por tu apoyo. —Sarcasmo—. Y no suelo mentir. —Ví que llevaba unas bolsas en la mano.

—No quería decir eso... Es que se ve que estás malita.

—No pasa nada. ¿Cómo es que has venido?

—Si no podemos ir a cenar, la cena vendrá a nosotros. ¿Me dejas pasar?; esto pesa.

—Sí, claro, pasa. —Me trajo la cena porque estaba malita... ¡Qué mono! Reflexioné ante mis pensamientos, no sabía si era yo o si era la medicación la que hablaba.

Ángelo entró y dejó las cosas sobre la mesa. Trajo platos, vasos y cubiertos de plástico. Me

enseñó una botella de vino.

—No te hagas ilusiones; esto es para mí. Tú no puedes beber si estás tomando medicamentos.

—No me apetece; no te preocupes. ¿No tenías un plan mejor para hoy que pasar la noche con una griposa?

¡Qué mono era y qué guapo estaba! Llevaba unos cortos pantalones de vestir de color blanco, con una camisa azul cielo. Le sentaba bien el tono pastel, le resaltaban el moreno del verano y sus ojos negros.

—Anulaste la cena tan tarde que no me dio tiempo a quedar con ninguna otra... —Me guiñó un ojo.

—Lo dudo. Los chicos como tú encuentran sustituta enseguida. Yo sé de una que hubiera estado encantada de salir a cenar contigo. Igual la conoces; es tu Julieta.

—Deja, deja. Mejor cenamos mirando una peli en la tranquilidad de tu fabuloso ático. ¿A quién sobornaste para conseguirlo?

—Pura suerte. Soy una mujer afortunada.

—Claro, te he traído la cena y todo. Hay pocas que tengan tanta suerte como tú. —Estábamos coqueteando, y me gustaba. No era tan directo como Pablo, no me ponía nerviosa...

Fui hacia la mesa para ayudarlo a prepararlo todo. Cuando me vio, me cogió y me sentó en el sofá; me colocó dos cojines en la espalda y me tapó con la sábana.

—Lucía, tú estás enfermita. He venido a cuidarte.

—Te advierto que hoy no seré una buena compañía. Además, estoy horrible... No tenías que haber venido... —Se lo dije haciéndome la remolona, mientras me tapaba la cara con las manos. Estaba muy mimosa esa noche.

—Si no vengo, ¿quién te cuida mujer?... Y no estás tan mal... Las he visto peores. Venga, siéntate y descansa. A ver, qué ponen en la tele. —Cogió el mando a distancia—. Pero déjame un hueco; levanta los pies, que me acoplo en el sofá...

Yo estaba reclinada en el sofá, y él se sentó a mi lado, de tal forma que tenía mis piernas pasadas por encima de las suyas. Él me colocó sus manos sobre mis rodillas. Parecíamos una pareja. No pude remediarlo y lo reprendí.

—Me sorprenden todas las atenciones que me das.

—¡Ah!, ya comenzamos a discutir los temas pendientes... Vale. ¿Por qué te sorprende?

—Hombre, al principio, ni me saludas ni sabes mi nombre. En Dénia me atiendes y, cuando llegamos al centro, si te he visto, no me acuerdo. Luego, de repente, me invitas a cenar y ahora te presentas con la cena en mi habitación para cuidarme. ¡Tú también me sorprendes a mí!

—En mi defensa diré que me gusta hacerme el interesante... Y seamos realistas, después del papelón que hiciste en la última sesión de ensayo..., te aseguro que tu nombre ya no se me olvida.

—¡Hombres! Os damos un beso bien dado y ya no somos invisibles para vosotros. —Me salió un estereotipo, pero en este caso era verdad... Así opinaba la feminista que llevaba dentro.

—¿Beso bien dado?

—Sí, beso muy bien dado.

—No sé, ya no lo recuerdo... Tendrías que refrescarme la memoria. —Sonrisa maliciosa y picarona en la cara. No me avergonzaba su insinuación; si estuviera mejor de salud, me lo replantearía...

—No creo que hoy sea un buen día para que me hagas esa propuesta. No te gustaría lo que te puedo pasar... Pero si te apetece un resfriado...

—Bueno, dejémoslo en un beso bien dado, y ya me lo recordarás más adelante si acaso...

—Debió serlo para que me invitaras a cenar.

—Te habría invitado antes a cenar, pero..., si mal no recuerdo..., había que coger turno para ello... —Tenía los ojos como platos, estaba ansioso por saber qué contestaba. Iba a seguirle el juego.

—¿Turno? —Levanté las cejas mostrando mi asombro.

—Sí. Primero, estaba Iván; luego, Pablo y David. O David y Pablo; no tengo claro el orden... Esos, que yo sepa..., y a saber si hay más...

—¡Jajaja! No has dado ni una, pero te ha quedado elegante la manera de querer cotillear sobre mi vida.

—¿Cotillear? Los chicos no cotilleamos, queremos saber.

—¿Qué quieres saber? —Me estaba divirtiendo mucho con ese chico, no sabía que fuera tan simpático. Me hacía gracia la forma en la que preguntaba las cosas.

—Pablo... porque la historia de Iván ya la sé.

—¿La sabes? No hubo historia con Iván.

—Eso es lo que sé.

—¿Y qué pasa con Pablo?

—No lo sé, dímelo tú. —Estaba más despejada que cuando hubo entrado en la habitación. Si quería jugar, jugaría.

—Vale, si tú me dices lo que te traes con María...

—Tú primero.

Lo cierto era que con Pablo tampoco había historia. No le podía decir que tenía ganas de echarle un polvo y que me había mandado a freír espárragos; mi imagen no saldría bien parada.

—Pablo, como sabrás, es un profesor.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Y?

—Pues no hay más.

—Eso no es lo que se cuenta por ahí...

—No deberías creerte todo lo que oyes. Si te refieres a que se dice que pasamos una noche loca, porque salió a altas horas de mi habitación justo antes de irse de viaje..., no es cierto.

—¡Oooh! Se me ha caído un mito...

Me sonrió y noté que estaba aliviado por mi confesión. No fui sincera del todo, pero no necesitaba tanta información, al menos de momento.

—Otro descartado. Ahora pasamos a David. —Vi que estaba muy interesado en la conversación, y yo me sentía halagada con su interés.

—¡No!, de eso nada. Ahora hacemos un alto en el camino; te toca hablar de María. Además, estoy segura de que es ella la que te ha hecho llegar ese rumor sobre Pablo.

—Sí, me lo ha comentado así como que no quiere la cosa, pero por todos fue oído el brindis de la noche de tu debut en el flamenco. Además, se veían otras cosas en clase..., y Sandra te... Bueno, que dejaste el grupo.

—Dilo, no pasa nada. Ya lo digo yo; Sandra me echó. No sé por qué y no tuve interés en averiguarlo. ¿El brindis? Pablo no dijo nada fuera de lo común, que yo recuerde. Y en clase cosas, ¿qué cosas?

—Mujer..., las miradas que te echaba, la forma en la que te ayudaba a hacer los ejercicios... No es muy discreto cuando le gusta una chica...; te habrás dado cuenta. Y brindis, sí. De discreto, tampoco nada...; te elogió por todo lo alto.

—Te equivocas. Yo no he notado nada de eso.

—Es una mala señal.

—¿El qué es una mala señal?

—Que no sepas cuándo intentamos llamar tu atención. —«¿Intentamos? Ya empezamos con las indirectas, ¡otra vez no!», pensé.

—Si es que a los tíos os gusta complicaros la vida.

—Explícate, reina. —David, princesa, y ese me llamaba reina. Ideal.

—Mírate. Eres el ejemplo más claro que tengo a mano. Discretamente me has dicho que estás llamando mi atención; al menos es lo que yo interpreto. Pero, a principio de curso, comentaste que era una ¿cómo era?... Ah, sí, una doña Metomentodo, o algo así...

—Doña Sabelotodo era... David te lo ha comentado, ¿eh? —Me interrumpió.

—¡Eso!, pero no importa... Yo te llamaba don Importante.

—Veo que la indiferencia funcionó... —Sonrisa maliciosa en su cara.

—A ver, por dónde iba... ¡Ah, sí! Le das a entender a David que tu tipo de chica es María y que para nada te fijarías en mí. Ahora mírate, aquí sentado, cenando en mi habitación. ¿Cómo se supone que tengo que interpretar que no me saludes, que me llames sabelotodo, y que poco después te intereses por mí, me pidas un beso por exigencias del guion? Luego, decís que las mujeres tenemos que llevar un manual de instrucciones, ¿y vosotros qué?

—Me has dejado perplejo. No sé qué contestar.

—Me imagino.

—¡No! Espera, ya sé qué responder. Te voy a contar una historia. Verás... Un chico llega a un centro nuevo, muy ilusionado por aprender artes escénicas. Sus padres hubieran preferido que fuera un deportista de élite. Facultades para el fútbol no le faltaban, pues era muy bueno y tenía medios para estar entre los mejores. El chico, llamémoslo X, se fija en una chica discreta. Morena, ojazos verdes, con curvas. Esa chica, llamémosla Y, es muy especial, siempre está

rodeada de lo que a X le parecen moscones. —Me reí—. X se acerca a un chico que siempre va con ella, llamémoslo David, para tantear el terreno. *A priori* no parece que David esté interesado en ella, pero X tiene que disimular; no conviene enseñar las cartas antes de la partida, y le da a entender a David que le gusta María. Entonces sale a escena otro chico. Este se llamará Iván. Siempre está pegado a ella, proclamándole su amor eterno. Ella parece que no tiene interés en él; el terreno parece llano. Sin embargo, todavía queda por salir a escena un tercero en discordia, llamémoslo Pablo. Este superprofesor, que tiene una fama de ligón de no te menees y que consigue a todas las que quiere, comienza a dejar claro su interés por Y. X se desespera. Las posibilidades de competir con ese tío y salir airoso son pocas, pero tantea la situación de nuevo. X comienza a ir a la piscina a las nueve de la noche y quiere llamar la atención de Y. Su mejor arma es la indiferencia. No pierde nada por probar... De pronto Pablo se tiene que ir fuera un largo tiempo... Oye, Lucía, si te aburro, lo dices y paro...

—No, para nada, estoy enganchadísima al culebrón. Sigue, porfa...

—A ver, por dónde iba... Un domingo Pablo se va. X, Y y unos amigos se van de escapada a la playa días después. X sabe que Y está triste porque Pablo se ha marchado. X tiene varias admiradoras, pero entre ellas una que es muy pesada y no sabe cómo quitársela de encima. X se las ingenia para averiguar dónde va a dormir esa admiradora, llamémosla María. Cuando ella dice Calpe, él enseguida se pide Dénia, una oportunidad ideal para X, la de estar bajo el mismo techo que Y. Al segundo o tercer día, reaparece en escena David. Ha pasado la noche con Y. X se lamenta de su mala suerte.

—He de hacer un inciso en la historia... No debería contarte esto; de hecho, me van a matar por decírtelo... Así que tienes que prometer que no lo dirás.

—Te lo prometo. ¿De qué se trata?

—David es gay, esa noche estuvo animándome. La bebida me sentó muy mal, y eso que me bebí solo tres medias copas... Odio el alcohol, pero esa noche tenía ganas de algo dulce, y lo más a mano era el JB con cola...

—Por fin una buena noticia. La de David, no tu desprecio por la bebida. Yo, más de una copa, no suelo tomar tampoco, sobre todo porque luego hay que llamar al taxi y las teclas de la pantalla del teléfono están muy juntas... Bueno, ¿sigo?

—Sí, quiero saber cómo acaba... si es que tiene final...

—*Ok*. X estaba lamentando su mala suerte, pero había conseguido que Y se interesara un poco por él y se convirtió en su héroe, puesto que la había salvado de morir en un terrible accidente en el mar, producido por un calambre...

—Yo no diría tanto... —Le guiñé un ojo.

—Sí, un héroe. Sigo... Al volver de las vacaciones, la admiradora de X le comenta que Y está locamente enamorada de Pablo, porque tuvieron una despedida muy sonada en su habitación.

—¡Sí, hombre y qué más!

—Ya me ha quedado claro que no fue así... Sin embargo, X no sabría que no hubo una noche

espectacular con el superprofesor hasta semanas más tarde. De nuevo vuelve a ser cauto e intenta quitarse de la cabeza a Y. Opta por la indiferencia de nuevo. Cuando X ya no tenía esperanzas, Y le plantó un beso que lo dejó sin aliento, y decidió mostrarle sus cartas... Se hacía indispensable una invitación directa a cenar... No obstante, cuando X consiguió una cita, todavía no sabía si era algo serio o qué... La chica se puso malita y anuló la propuesta. X, que es un chico con muchos recursos, fue a cuidar a Y para demostrarle su interés hacia ella... Y aquí estamos.

—Tú serías mejor narrador que yo en la obra de Pedro...

Estaba un poco nerviosa por las revelaciones que me había hecho. Me encantó la narración; el corazón se llenaba de ternura con cada palabra.

—Y tú serías mejor Julieta que María; al menos los besos y los abrazos serían fáciles...

—Lo que me recuerda que tienes que contarme qué pasa con María.

—Lucía, por si no lo has notado, X era yo, Y eras tú y María era María. Creo que te lo he contado ya todo.

—Quiero saber más sobre el tema.

—¿Qué quieres saber? Pero ten en cuenta que, si te respondo, me tienes que dar a mí opción a preguntar sobre Pablo.

—Vale. Pero cenemos ya que, con el culebrón, me ha entrado hambre.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Me puso la comida en un plato y me preguntó si quería que me la diera. Estaba bromeando, pero aseguró que estaba dispuesto a ayudarme e intentó darme la cucharada de arroz. Había traído comida china para cenar. Me encantaba la comida exótica.

—Bueno, reina, ¿qué querías saber?

—¿Has salido con ella?

—Sí, le di una oportunidad, y no funcionó. Ella sigue emperrada. Tengo entendido que hoy, a la hora de comer, has gozado de su compañía y de unas amables palabras... —Sarcasmo puro.

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —Qué ojos tenía. Me encantaba hablar con él.

—Le has pedido mi teléfono a David, y ha venido personalmente a solicitar que se lo dé. Me ha dicho que querías hablar conmigo y me ha contado tu encuentro con ella...

—David es incorregible. —Era un sol, menos mal que estaba siempre a mi lado.

—Sé que María no se ha portado nada bien... y ha dejado caer que no eres mi tipo... Ese es el resumen que me ha hecho David.

—Es acertado. Da más de sí, pero esa es la idea. ¿Y algo más con María? —le pregunté con los ojos bien abiertos. Esperaba que supiera que me refería a si había tenido relaciones con ella.

—Si te refieres al sexo, no ha habido. —Respiré aliviada; llegado el caso, no me hubiese gustado que María se hubiese acostado con él antes que yo, pero aún no tenía decidido qué iba a hacer con toda la información que Ángelo me estaba dando—. Algún beso tonto sí, nada que ver con uno que me han dado últimamente... Me toca, creo... ¿Y Pablo? No omitas detalles escabrosos; si yo los hubiera tenido, te los hubiera contado.

—Es complicado.

—Sabía que algo había. No quiero interferir en medio de una relación.

—No hay relación. No hubo sexo porque él no quiso, y tan solo hay un beso. Eso es todo... Si esperabas más, siento decepcionarte.

—A ver, si lo he entendido. ¿Dices que no hubo sexo porque él, insisto, él no quiso?

—Sí.

—Me alegra mucho, pero ese tío es tonto. Si tú me haces una proposición así, te aseguro que no te vas de rositas...

—Si me estás preguntando de forma sutil si quiero acostarme contigo, no te va a funcionar...

—¡Qué dices! si estás horrible, ¡jajaja! —Se rio y yo también.

—Gracias por el cumplido... Acabas de perder un punto en tus opciones para tener relaciones sexuales conmigo. ¡Que lo sepas!

—Me encanta cuando te pones romántica...; haces que me tiemblen las rodillas... Te recuerdo que tengo la sana costumbre de invitar a cenar, y lo de hoy es el preludio de una cena, no la cena en sí.

—Tomo nota. ¿Hay algo más que quieras saber?

—Sí. ¿Hay algo entre tú y Pablo ahora?

—Ni tan siquiera una llamada.

—Vale, pero... ¿quieres que haya algo entre Pablo y tú?

—No importa lo que yo quiera... Me dejó claro lo que él quiere; ¿no te parece?

—A mí sí me importa, quiero saber... Te advierto que no me gusta perder el tiempo.

—Tenía entendido que esto era una cena entre amigos...

—Recuerdas mal, pues. Te dije que ya veríamos a dónde nos llevaría esta cena, por eso no quiero sorpresas.

—Sinceramente no puedo responder a tu pregunta, porque hasta ahora nadie, ni yo misma, me la había hecho.

—Me vale esa contestación. Creo que has sido sincera.

—¿Para qué te vale? —Me tenía intrigada.

—De momento me conformo con que estés indecisa.

—¿Y eso es bueno?

—Le llevo ventaja; él no está y yo sí. Y aunque me vale con cinco minutos para dejar a una chica con la boca abierta, tengo meses por delante... —Me pellizcó suavemente la mejilla mientras decía esa frase.

Me parecía que era un cielo. Se había portado, toda la noche, de lo más atento y amable. Después de cenar y charlar, nos habíamos quedado viendo la tele un rato sin hablar. Los dos estábamos muy a gusto. No recordaba a qué hora se había ido ni cómo había llegado a la cama. Sabía que me

había dormido en el sofá y esta mañana estaba en la cama tapada con la sábana. Me emocionaba pensar que me había llevado en sus brazos hasta allí y que, probablemente, me había dado un beso de buenas noches en la mejilla. Los antihistamínicos me habían dejado noqueado.

Eran las doce de la mañana... Me sentía mejor. Me levanté y fui al baño. Quería ver la cara que tenía. Los ojos ya no lloraban y la descongestión había desaparecido. Iba a ducharme y arreglarme, me apetecía verme guapa. Tenía la moral levantada, y Ángelo era el culpable. Me puse un vestido fresco de tirantes. Hacía calor. Me maquillé con tonos suaves para realzar mis ojos. Me calcé las sandalias blancas, y cogí el móvil para ir a desayunar con David. Vi que tenía una llamada —era Vero— y dos mensajes. El primero, de David, decía: «¿Estás teniendo tu noche de sexo, pasión y lujuria?». ¡Qué malo era! Luego se lo contaría.

El otro mensaje era del italiano y decía: «¿Desayunamos o comemos?». Hacía diez minutos que me lo había enviado, así que me daba tiempo a almorzar con él. Le dije que estaba bajando a la cafetería; si quería, allí nos veríamos.

Cuando llegué, divisé a mi mejor amigo. David estaba sentado solo en una mesa.

—Princesa, creía que me habías abandonado.

—Eso nunca.

—¿Estás mejor?

—Mucho.

—¡Vaya!, ese Ángelo es la mejor medicina que te podrías haber tomado.

—No tuve mi noche de sexo desenfrenado. Sé que es eso lo que de verdad te interesa.

—Pues, hija, tú eres tonta.

—¡Sí, hombre! Ojos llorosos, nariz roja, congestión, en pijama, ni lencería sugerente... No era la ocasión. Yo no sé cómo no salió corriendo al verme la cara cuando le abrí la puerta. Por cierto, ¿cómo sabías que el italiano estaba en mi habitación?

—Me lo dijo él. Me crucé en el ascensor, cuando iba a verte, y decidí no ir para no molestar. Te llevó la cena y todo... Eeh, princesa...

—Sí, más mono él... Se portó de lo mejor.

—¿Y no pasó nada? ¿Besos, abrazos, otras cosas?

—Estuvimos hablando. Me confesó que le gusté desde que me vio. Me ha subido la autoestima.

—¿La tenías baja?

—No sienta bien suplicar sexo y no tenerlo. —Siempre Pablo en mi mente...

—Tienes un trauma. Supéralo.

—En eso estoy.

—¡Uy! Hablando de superarlo. Por ahí viene el italiano. Te dejo que superes a gusto.

—Adiós. —Nos despedimos.

Cuando David se fue, él y Ángelo se saludaron con un «Hasta luego». Se me había olvidado

decirle a David que le había tenido que contar que era gay. No creía que se enfadara. De todas maneras, dentro de unas pocas semanas, nos iríamos todos a Liverpool, y vendría Kevin.

Ángelo se acercó con una bandeja. Llevaba tostadas y café.

—Buenos días, ¿cómo has pasado la noche? Te veo mejor, mucho mejor. —«Yo a ti sí que te veo bien», pensé. Llevaba un estilo informal, con unas bermudas playeras y una camiseta rosa chicle que le daban un aire de niño malo. Estaba ideal.

—Sí. David tiene la teoría de que has sido el mejor medicamento posible. —Coqueteé sin miedo; el italiano no me parecía tan agresivo como mister Increíble.

—Es listo ese David.

—Listo no sé, pero lo sabe todo. Si quieres conocer algún tipo de información, es toda una fuente fiable.

—Bueno saberlo.

—Por cierto, gracias por hacerme compañía ayer, por meterme en la cama... Y yo también te veo muy bien.

—¿Eso es un cumplido? El primero que me haces.

—Yo diría que es el segundo.

—Recuérdame cuál fue el primero. —Estaba extrañado y trataba de pensar.

—Es verdad. Lo pensé, pero no te lo llegué a decir.

—Me tienes en ascuas. Dispara ya.

—Besas bien.

—¿Solo bien? Eso no es un cumplido.

—Vale, te diré lo que me pasó por la mente durante el beso...

—¿No me importaría tener una noche desenfundada con este tío, que besa tan sumamente bien?

—Le apareció la sonrisa picarona en la boca.

—Nooo. Si me dejas. te lo cuento. —Hizo como que se ponía una cremallera en la boca—. Pensé que tenías una lengua... muy sugerente.

—Es otra forma de decirlo.

—Y en cuanto a lo de lanzarme indirectas para tener relaciones sexuales...

—¿Sííí? —preguntó muy interesado.

—Estás muy verde para ello. Te lo tendrás que currar más —le dije divertida.

—Eso no es problema, reina. Hasta que no me supliques que me acueste contigo, no moveré un dedo.

—¡Jajaja! —Lo llevaba claro.

—¿Por qué te ríes?

—Nada, recuerdo una de las veces en que yo pedí sexo y me dejaron tirada. Hasta el momento no me había pasado.

—Dudo que te vuelva a pasar... De hecho, te garantizo que soy efectivo al 100 %. —Hizo una pausa larga; yo le sonreí—. Me sorprende que sea tan fácil hablar de sexo contigo

—Hablar sobre sexo... No hemos hablado mucho...

—Me refiero a la naturalidad que tienes con el asunto.

—Hace años que superé la timidez del despertar sexual, ¿sabes? —Era una mujer que no sentía reparos sobre el tema.

—No me malinterpretes; me encanta poder tener confianza contigo. Otra estaría roja, escandalizada y comportándose como si hablase del demonio.

—Sí... María tiene pinta de ello, y tú saliste con ella.

—No me lo recuerdes. —Se puso las manos a la cabeza.

—Y hablando de la reina de Roma, por la puerta asoma. Te apuesto lo que quieras a que viene a sentarse con nosotros. —Ahí estaba ella, la más bella...

—Sé que vendrá. Soy un imán para las chicas; tú eres la prueba viviente.

—¡Jajaja! —Los dos nos reímos.

—Hola, chicos, ¿de qué os reís? —Había llegado la alegría de la huerta; se llamaba María y era una chica divina... El sarcasmo se metía en mi cabeza. Comenzaba la tortura.

—Es que Ángelo es muy gracioso, cuenta buenos chistes.

—Sí, lo sé. Bueno, ya que estoy aquí, me siento con vosotros. ¿Qué os contáis de nuevo? Yo estoy súper preocupada por saber si seré capaz de bordar mi papel. Sé que lo haré bien, pero es tanta presión... Por un lado, estoy tranquila, tengo un compañero muy bueno. Peor es lo tuyo, Lucía. No sé cómo te puedes concentrar...

—¿Me falta concentración? —Ya empezamos con las tonterías de la mega pija...

—Mujer, dicen que no lo estás pasando bien con la distancia que mantienes con cierto profesor... —Estaba clara su intención; quería ponerme en evidencia delante del italiano.

Mientras lo decía, vi que Ángelo puso los ojos en blanco hacia arriba. Noté que es hora de irme, no tenía ganas de partirle la cara... No sería políticamente correcto, y no me apetecía que me expulsaran por comportamiento barriobajero, lo que diría David. Mira que intenté ser respetuosa y tolerante, pero esa tía sabía tocarme la moral.

—Bueno, chicos, yo os dejo. Tengo muchas cosas que hacer. —«Además, no te aguanto tía; eres una pelma», pensé.

—Espera, Lucía, yo también voy hacia la biblioteca. —Por lo visto, Ángelo también huía.

—¿Os vais? ¿Me vas a dejar sola, Ángelo?

—Tengo prisa. —Le oí contestarle de lejos; ya hacía rato que me había ido.

Ángelo corrió para colocarse a mi lado.

—No ha ido tan mal, ¿eh? —Se le marcó el hoyuelo cuando sonrió.

—Al menos no me ha llamado puta... Bueno, eso es porque no ha tenido tiempo. ¿Vas a la biblioteca?

—¡Yo no! No se me ocurría otra cosa para salir de ahí. Pensabas dejarme con ella... Mala

amiga.

—No la soporto, lo siento.

—Lo entiendo. Cambiemos de tema. ¿Quieres hacer algo conmigo hoy?

—¿Algo como qué?

—Se me ocurren muchos y sugerentes planes... —Levantó las cejas un par de veces—. ¿Te gustan los caballos? —El sexo no estaba en su lista. Vaya...

—Me encantan. Cuando era pequeña montaba; mis padres me apuntaron a clases. Hace años que no cabalgo.

—Perfecto, cámbiate. Ponte pantalón y zapato cogido, no sandalias. Te recojo en media hora en tu habitación.

—¿Vamos a montar?

—Ya lo verás.

—¿Y las clases de esta tarde?

—¡Que esperen! —Cuando me dijo esa frase, estaba lejos de mí. Parecía entusiasmado. No sabía qué habría planeado, pero algo intuía...

Subí a la habitación y cogí ropa cómoda. No me había confirmado que íbamos a montar pero, por si acaso, me puse unas bermudas vaqueras y un suéter confortable.

Hacía días que no veía a Vero. Decidí enviarle un mensaje para preguntarle cómo le iba. Esperé unos minutos y no contestó. Llamaron a la puerta; debía ser el italiano.

—Reina, ¿estás lista?

—No lo sé, no me dices a dónde vamos...

—Ahora lo verás.

Bajamos en el ascensor y se quedó mirándome un buen rato. Me puse nerviosa y tuve que preguntarle qué pasaba.

—¿Por qué me miras tanto?

—No, por nada. No se me ocurre decirte por qué sin que parezca cursi.

—Tú también estás muy guapo. —Llevaba unas bermudas vaqueras, con un polo verde manzana y unas deportivas Adidas blancas. Iba muy pijo, estaba resultón. Las gafas de sol sobre la frente lo hacían parecer un tipo duro. Me encantaba su hoyuelo de la barbilla; no era muy pronunciado, pero me llamaba la atención.

—Tercer piropo... y solo me ha costado unos nueve meses, un parto. —Le sonreí; era un exagerado.

—Venga, te daré el cuarto... No te quejes.

—¡Sorpréndeme!

—Me encanta este hoyuelo. —Levanté mi mano para tocárselo. Él me giró del todo para ponerme enfrente y ver mis ojos.

—A mí me encanta este lunar de aquí. —Me tocó la mejilla para señalarlo. Era un pequeño lunar a lo Marilyn Monroe. A mí también me gustaba cómo me sentaba; me hacía la cara más interesante.

Los dos nos quedamos mirándonos a los ojos. Mi mano estaba en su barbilla y la suya, en mi mejilla. Era un momento precioso para darnos un beso... Él se acercó hacia mí, yo me acerqué a él... Pero el ascensor llegó abajo y se rompió la magia. La ocasión pasó y los dos salimos un poco cortados del elevador. Mi subconsciente hizo acto de presencia. «Haberlo besado, haberlo besado», gritó; pero no pudo ser.

Llegamos a su coche. Tenía el nuevo BMW X3. ¿Era que ahí todos tenían BMW, o qué? ¿No había vehículos comunes?

Nos subimos. El coche le iba como anillo al dedo, acorde con su personalidad.

—Bonito coche. Déjame adivinar... ¿Regalo de tu padre?

—¡No! De mi abuela, que me adora.

—¡Vaya!, fallé. Tú también eres un pijo rematado, ¿no?

—¿También?, ¿con quién me comparas?

—David tiene un BMW cupé...

—¡Ah!, pero el mío mola más... Ya me dirás tú lo pijo que soy...

—*Ok.*

—¿Tu Opel no fue un regalito de tu padre?

—Yo pagué la entrada. Es a medias mío y de mi madre. Ella está pagando la cuota y, de vez en cuando, se lo robo, por lo que ella le quita el suyo a mi padre cuando lo necesita. Tengo la bici en la terraza; la has visto, ¿no? Por cierto, una pregunta...

—¿Sí?

—No recuerdo haber llegado a la cama ayer.

—Y no llegaste. Te estoy mal acostumbrando a mis brazos. Creo que te gusta demasiado que te tome en ellos.

—Una se acostumbra rápido a lo bueno.

—Cuando quieras, entonces. —Se giró y me dedicó su mejor sonrisa; estaba complacido por mi observación sobre sus brazos.

—¿A qué se dedican tus padres?

—Estaba deseando que te interesaras por mí. Mi padre y mi tío se dedican a la cría de pura sangre españoles, al negocio de los caballos.

—¡Vaya! Un negocio muy glamuroso, ¿no?

—No sé si considerarlo así, pero vivimos bien, algo más que bien. De hecho, estamos yendo a la finca familiar.

—¿Me llevas a tu casa?, ¿con tus padres? —«Tierra, trágame», pensé.

—Sí, claro, ahí están los caballos para montar, ¿sabes?

—Esto va rápido...

—No te preocupes; están acostumbrados a que lleve a amigas.

—No sé si eso me tendría que tranquilizar o no. —Se sonrió y se mostró agradecido por mis supuestos celos.

—Hemos llegado.

Madre mía, me traía a su casa con sus padres. La última que iba para suegra mía no había sido muy agradable. Era un coñazo de mujer con un complejo de Edipo a la inversa; creo que deseaba casarse con su hijo. En fin, a ver qué pasaba.

—Mira qué casualidad. Mi madre está en la puerta; te la presentaré.

Aparcó el coche bajo una pérgola que había para los visitantes; era un edificio grande rodeado por muchas tierras. Ese chico tenía pasta y mucha. Yo no era que fuera pobre, pero la casa de mis padres no era esa. La finca era preciosa, muy americana. Tenía un porche grande en la entrada y tres alturas. Me parecía inmensa. Tenía muchos metros de parcela; era lógico, si tenían establos. Bajamos del coche. Estaba nerviosa.

—Hola, mami. —¡Qué mono!, la llamaba «mami»—. Te presento a Lucía; es una amiga del centro. Lucía, esta es Helen. —Fue hacia su madre y le dio dos besos.

—Hola, Helen. —Intenté estar tranquila mientras la saludaba.

—Hola, Lucía. —Se volvió hacia su hijo—. Ángelo, me alegro de verte. Me tienes abandonada.

—No digas eso, mami. Vengo cuando puedo, tengo obligaciones.

—Yo salgo ahora, tengo que ir a buscar a tu padre al aeropuerto. Tu tío y él vienen de Roma, han estado con los abuelos trabajando en su casa. Lo sabrías si mostraras más interés por tu familia.

Su hijo le puso ojos tristes y morritos.

—No me regañes.

—Chicos, debo salir ya, en un rato estaré aquí. No os vayáis y cenamos todos juntos. Tu padre tiene ganas de verte.

—No sé... Bueno... yo seguro me quedo. Lucía igual tiene planes...

—Vale. Lucía, si quieres quedarte a cenar, nos encantaría que nos acompañases. Estás en tu casa. Divertíos.

—Gracias, Helen. —Me despedí de ella.

Antes de salir, le dio un abrazo a su hijo. Me encantaba que no se avergonzara de su madre y le devolviera las muestras de afecto.

—Ven, reina, te enseñaré las cuadras y los potrillos.

Me agarró de la mano y me paseó por el recinto. No parecía que fuera a soltarla; no me molestaba.

Las cuadras eran enormes. Tenían varios trabajadores atendiendo a los animales. Habían criado a dos hembras; estaban junto a sus potros. Eran preciosos, uno blanco y el otro marrón; Ángelo decía que eran dos machos. Todavía me llevaba de la mano.

—Ven, te enseñaré a mi caballo. Se llama Nervio. —Yo lo seguía impresionada. Eso era muy

americano.

Su caballo, no podía ser de otra forma, era un corcel negro enorme. Seguro que, encima de él, parecía un príncipe. ¿Cuento de hadas otra vez? Pero, Lucía... Mi subconsciente me atacaba.

—Lucía, este será el tuyo. Es Willy, es muy dócil; mis primos pequeños lo montan sin miedo. No te hará daño. —«¿Y tú me lo harás?», me pregunté sin poder evitarlo. No creía que Dénia volviera a poder curarme una nueva decepción amorosa.

Willy era precioso, de color canela, no tan grande como el de Ángelo, y parecía muy amigable.

El italiano se fue a buscar la equipación y, al regresar, me ayudó a subir. De nuevo sus brazos me engañaron; parecían débiles, pero no lo eran. El italiano no era corpulento como Pablo, pero no estaba mal.

Estuvimos unas horas montando y conversando. La finca era enorme; sin un mapa, te perdías. Estaba a las afueras de Madrid. No sabía por qué el italiano no volvía a casa cada noche; probablemente su madre también se lo preguntaba. Imagino que querría libertad e intimidad, pero en esa casa podría hacer lo que quisiera sin que nadie se enterase, seguro.

Nos pusimos al día sobre los negocios de nuestras familias, dónde habíamos estudiado y qué. Ángelo tenía veintiséis años, una licenciatura en Ciencias Políticas y un máster en dirección de empresas. Su padre quería que tomara las riendas del negocio junto con su primo. Era hijo único; no me pareció que estuviera muy mimado. Sus abuelos tenían viñedos en Italia y sus hijos —el padre de Ángelo y su tío, Pietro— se ocupaban de los caballos. Había conseguido que su padre le pagara su afición, al igual que yo. La interpretación le gustaba. En su casa, estaban enfadados por haber echado a la basura su futuro como futbolista y por no seguir con la empresa familiar. Al parecer su abuelo paterno tenía mucho poder en el equipo de fútbol del Inter de Milán, y todos habrían querido que triunfara en ese deporte. Él se había negado y habían tenido que resignarse.

Yo también le conté algunas cosas sobre mí, pero él ya manejaba alguna información, sobre todo en lo referente a mi familia.

Allí, subido sobre su corcel negro, me sugirió que le cambiara el mote. «En vez de don Importante, me puedes llamar el Caballero Oscuro», me comentó. Le dije que lo pensaría.

Lo pasamos muy bien esa tarde. Sus padres ya hacía rato que estaban en casa. Se acercaba la hora de cenar. El italiano me había ofrecido merendar hacía algunas horas, pero tenía el estómago cerrado y no me apetecía dejar a Willy.

—Lucía, ¿quieres quedarte o prefieres que te lleve de vuelta?

—Me da corte cenar con tu familia..., pero no quiero que piensen que soy una estúpida.

—No te preocupes; si no te apetece, lo entenderán.

—¿Quieres que me quede?

—¿Acaso lo dudas?

—Me quedo, entonces.

—Ha sido muy fácil convencerte.

—Las cosas conmigo no suele ser difíciles.

—Pues, hija, a mí me ha supuesto un parto. —Se rio y movió las manos de arriba hacia abajo, como queriendo decir que le había costado mucho.

Durante la cena todos estaban la mar de contentos. Su padre y Ángelo se hablaban en italiano; oírlo pronunciar palabras en esa lengua me volvía loca. Era de lo más sugerente. La experiencia no fue tan molesta. Lo único era que tenían servicio y todo, y estaba algo incómoda. No estaba acostumbrada a que me sirvieran.

Había sido un sábado muy productivo. De vuelta al centro, me dijo que se lo había pasado muy bien; yo le dije lo mismo. Me acompañó hasta el ascensor, insistió en acompañarme hasta la misma puerta de mi habitación, igual que hacía David, pero seguro sus intenciones no eran las de mi mejor amigo. «Soy todo un caballero», me dijo. No tenía previsto dejarlo entrar, tampoco sabía cómo iba a despedirme de él, supongo que educada y elegantemente.

—Lucía, cuando quieras repetir, simplemente tienes que pedírmelo. Montas bien; te falta práctica, pero eso se puede remediar. Mis padres se han quedado encantados...

—Gracias, ha sido un día estupendo. —Me giré y le di la espalda. Iba a meter la tarjeta en la ranura para abrir la puerta.

—¿Y ya está?, ¿te vas sin más?

—¿Qué más quieres? —Seguía de espaldas y me puse nerviosa con su pregunta...

—¿Qué tal un plan para mañana? —Suspiré aliviada. Quería volver a salir; pensaba que iba a solicitar otra cosa...

—Bueno, pero tenemos clases.

—¿Comemos juntos?

—Bien, estaremos con David.

—Perfecto. Te envió un mensaje. Buenas noches.

—Buenas noches.

Antes de irse me giró hacia él; pensé que se avecina un beso. Lo tenía delante; mis ojos se cerraron y noté un casto beso en la mejilla. En esos momentos, el que me sorprendía era él. No tenía pensamiento de dejarlo entrar, pero me hubiera gustado que hubiera puesto más empeño... Después recordé que lo que había comentado —«No me acostaré contigo hasta que me lo supliques»—, tal vez, lo había dicho en serio. El tiempo lo diría, aunque no creía que yo volviera a pedir nada semejante.

Estaba muy cansada. El móvil había ardido de llamadas. No tenía ganas de responder a los colegas. Mañana sería otro día. Me acosté.

Me levanté sofocada. El corazón me iba a cien, la respiración se entrecortaba. Estaba sentada sobre mi cama y me eché las manos a la cabeza. ¿Por qué tenía que soñar esas cosas? Mi subconsciente se portaba muy mal conmigo. Otra vez Pablo, pero no eran besos y abrazos, eran nuestros cuerpos desnudos teniendo la noche de placer que él me había privado. Estaba nerviosa. Tenía, en mi mente, imágenes muy claras y nítidas de sus manos acariciándome y sus labios saboreando todo mi cuerpo. Tomé conciencia de que, entre nosotros, apenas había pasado nada. No paraba de preguntarme el motivo de mis sentimientos hacia él. Podría ser que, dado que no había habido prácticamente historia entre nosotros, yo estuviera deseosa de tenerlo. Muchos dicen que siempre queremos aquello que no podemos tener. David me lo había recordado un par de veces. ¿Sería ese sueño un indicativo de ello? Si ahora estaba empezando una amistad seria con Ángel, ¿por qué mi subconsciente soñaba con Pablo? La verdad era que, cuando Pablo me lanzaba aquellas indirectas, el italiano —mejor dicho, su indiferencia— se colaba en mi mente para atormentarme y, en esos instantes, era justo a la inversa.

Estaba turbada. En más de mes y medio, Pablo no había hecho acto de presencia y, justo cuando las cosas con Ángel comenzaban a ir bien, aparecía en mi subconsciente. Lo peor de todo era que el sueño había sido perfecto; me encantaba haber soñado con sus caricias y haber podido acariciarlo yo a él.

Mi mente no paraba de pensar en el sueño. Mientras me vestía, Pablo aparecía ayudándome a ponerme la camisa. No se iba de la cabeza.

Miré el reloj; era pronto. Decidí pasar a por Vero para ir a desayunar. Hacía días que no sabía nada de ella. Estaba preocupada.

Toc, toc.

—Vero, ¿estás?

—Lucía, ¿eres tú? —Su voz sonaba diferente. Algo no iba bien.

—Sí, ¿qué pasa? Abre ya. —Estaba un poco nerviosa.

Cuando abrió la puerta, la encontré con un aspecto muy desmejorado.

—Vero, ¿te has puesto enferma?

—Enferma de amor, Lucía. —Se puso a llorar desconsoladamente, y yo la abracé para tratar de consolarla.

—¿Os habéis peleado tú y Luis?

—Luis se está follando a otra.

—¿Cómo? —Estaba perpleja. Vero se tiró sobre el sofá. Cerré la puerta y la seguí.

—Sí, lo que oyes. Es una de las del equipo de natación. Lleva meses jugando a dos bandas.

—¿Estás segura? —Me sorprendía, lo veía muy enamorado de ella. Nos había engañados a todos.

—Me lo ha confesado él mismo.

—Pero, ¿cómo?, ¿cuándo ha pasado eso?

—Por tu culpa, Lucía.

—¿Quééé? —Su acusación me rompió el corazón.

—Cuando Iván perdió todo interés por ti, se fijó en una chica del equipo de natación. Como son dos amigas, le pidió a Luis que lo acompañara en una de las citas. Parece ser que él, al principio, no quería, pero al final se animó a ir. Pensó que no pasaría nada..., ¡pero mira si ha pasado..., mira!

—Mujer, ¿y me echas la culpa a mí?

—No, claro que no; es toda del cabrón de Luis. Cerdo, asqueroso. Ojalá pille unos hongos y se le caiga a trozos.

—Entonces, al salir con esas chicas, ¿la cosa fue a más?

—La tía esa, Laia se llama, fue a saco a por él y... ya ves. Todos caen, Lucía, todos. —Estaba llorando como una magdalena, no tenía consuelo—. Te digo una cosa, Lucía: no pienso estar así mucho rato.

—¿Qué quieres decir?

—Que voy a llorar y estar triste un día, máximo dos. Ese cerdo cabrón no se merece estar en mis pensamientos.

—¿Qué quieres hacer?

—Salir y ligar, y lo que venga. Después ya veremos.

—¿Pero vuestra relación...?

—Rota. Ni el pegamento más potente la podría reparar. No perdono las mentiras y menos las infidelidades, y él lo sabía... ¡Qué coño se habrá pensado! Con la de ocasiones que yo he tenido. Tú lo sabes.

La verdad era que era una chica muy guapa, dulce. Se le habían acercado muchos chicos las veces que habíamos salido de fiesta, pero ella era muy fiel, como yo. Si estábamos con una persona, no nos fijábamos en otro hasta que no finalizáramos la relación.

—Pues nada. No te preocupes, que ya tienes plan para cuando quieras.

—El miércoles, el jueves, el viernes y el sábado. Te reservo esos días para empezar.

—Por supuesto. ¿Y qué vamos a hacer?

—Cenar, bailar, copas, y lo que surja...

—¿Todos los días?

—¿Tú has oído la expresión «Un clavo saca otro clavo»?

—Me suena un poco. —David no hacía mucho que me la había dicho.

—Pues, a buscar otro clavo se ha dicho.

—Muy bien. Sea así pues.

—Dame dos días, y estaré como nueva. Ese está muerto y enterrado para mí.

—No te apetecerá venir a desayunar, ¿verdad?

—¡No!

—Luego te subo algo para comer.

—Gracias, Lucía. Ahora tengo que sacarme todo esto tan malo del corazón. Me lo ha

destrozado.

—Lo sé, Vero, lo sé.

Le di un abrazo, un beso, y me fui a la cafetería.

David estaba en nuestra mesa, me estaba esperando. Al verme me hizo una sonrisa de oreja a oreja y, luego, se puso serio de repente.

—¿Qué pasa? ¿Por qué dejas de sonreír?

—No te veo diferente... Es porque... porque... ¡Ah, sí!, no has tenido aún tu noche de pasión. Hija mía, llevas más de seis meses pidiéndola, y no te la dan... No sabes dónde buscar... Al final voy a tener que hacer un sacrificio...

—¿Tú?, ¡jajaja! Seguro que yo no soy tu tipo.

—No lo eres, pero por ti, princesa, lo que quieras... Ya lo sabes.

Acababa de llegar Ángelo a la mesa. Estaba especialmente guapo esa mañana. Al mirarlo no conseguí evadir de mi mente el sueño con Pablo. En cierta manera, me daba lástima que no hubiera sido él el protagonista.

—Buenos días. —Venía informal, con playeras, bermudas bancas con flores rosas, a juego con su polo de Lacoste. Estaba muy guapo.

—Hola —lo saludamos David y yo a la vez.

—¿Qué hacéis? Se os ve muy divertidos.

—Tenemos una conversación muy amena. Bueno... es más bien un debate... —David me daba miedo; comenzaba a hacerse el interesante, y eso no solía acabar bien para mí.

—¿Sobre qué opinabais? —El italiano sentía mucha curiosidad.

—Ángelo, ¿qué opinión te merecen las mujeres que quieren una larga noche de pasión y no hacen nada para conseguirla? —Lo sabía. Puse el codo sobre la mesa y me sujeté la cabeza con la mano; agaché la mirada de vergüenza. «Tierra, trágame», pensé.

—Es una buena pregunta. Creo que esas mujeres de las que hablas no han elegido bien o no han tenido la oportunidad de acercarse a la persona idónea para tener una.... ¿Cómo lo has llamado?

—Seguía sin levantar la cabeza.

—Una noche larga de placer... Sí, bueno, interesante teoría la tuya, pero digamos que, tal vez, una de esas mujeres, después de equivocarse, sí haya encontrado ya a la persona idónea... ¿No crees que la culpa ya no es de la mujer, sino del bobalicón con el que sale ahora porque no sabe leer entre líneas? —Madre mía, le había dicho bobalicón a Ángelo en toda la cara. Eso era una bomba de relojería, y yo seguía muy avergonzada.

—Tu teoría también es sumamente interesante. No me lo había planteado así... —Estaba muy pensativo; creí que interpretó que David le había dado vía libre para que intentara acostarse conmigo. ¡Debía cerrar el tema ya!

—Vuestras teorías no sirven da nada, están equivocadas. —El tema se zanjaría en breve; yo lo

zanjaría.

—¿En qué te basas, Lucía? —El italiano no tardó en plantar las orejas.

—Sí, eso, ¿en qué te basas? —David estaba más intrigado que el italiano.

—Yo soy una mujer y no conozco el caso de esa hipotética señorita, llamémosla Y. —Ángelo no me quitaba ojo, estaba interesadísimo—. Pero sí os diré que cada persona puede necesitar o querer una cosa diferente en cada momento de su vida. De tal modo que, si Y exigía una noche pasional hacía algún tiempo, tal vez ahora las cosas hayan cambiado y se plantee algo más... algo más... No sé, ¿serio?

—No esperaba nada menos de Y. —Ángelo no tardó en reaccionar a mi conjetura.

—¡Chorradas! Esa Y está necesitada, y el tío supuestamente idóneo es un bobalicón que no se entera... Ale, me voy, que me deprimís.

Ángelo y yo nos quedamos alucinados con la respuesta de David y, sobre todo, porque se fue refunfuñando sin parar. «Serán desagradecidos, que se apañen esos dos...», decía.

—En fin, Lucía, teorías aparte... ¿Qué te apetece hacer hoy?

—No sé. ¿Has pensado algo?

—Claro. —Hizo una pausa para que le preguntara, se hacía el interesante.

—¿Y?

—Hoy un clásico, que es domingo. —Volvió a hacer otra larga pausa.

—Bueeno... ¿Lo dices ya, o qué?

—Estate lista a las cinco. Te recojo en tu habitación.

—Pero... si no sé a dónde vamos, ¿qué me pongo?

—Con cualquier cosa estás perfecta. Ha sonado cursi, pero es verdad...

—Gracias. Dime tu plan.

—A las cinco nos vemos. —Se levantó, cogió su bandeja del desayuno y la mía, las retiró, y se fue. Me lanzó un beso al aire. Me encantaba que me sorprendieran. ¿Qué plan sería un clásico en domingo?

El resto de la mañana fue algo más sosa. Repasé mi papel de arte dramático en la biblioteca. El jueves estrenaríamos en el centro; estaban todos invitados. También pasé a ver a Vero, le subí un dulce lleno de chocolate. Eso a mí me iba muy bien para las depresiones, lo que me recordó que tenía que volver a subir a la báscula; creía que había vuelto a perder algo de peso. Con un poco de suerte, me sobrarían un par de kilos. Era algo que no me quitaba el sueño, pero a nadie le amargaba un dulce. Nunca mejor pensado.

Después de visitar a Vero, decidí ir un rato a la piscina. No podía quitarme de la cabeza el sueño con Pablo, pero debía confesar que estaba nerviosa por salir y por saber el plan de Ángelo. ¿Un clásico? ¿Qué sería para él un clásico? ¿Ir en yate a las Maldivas? ¡Qué chulo!

La natación me sentó bien, igual que la posterior ducha fresquita. Se acercaban las cinco. Abrí

el armario para ver qué me ponía. Tenía un vestido, en palabra de honor, negro con un cinturoncito rojo, pero lo descarté; me parecía que iría demasiado arreglada. Me puse uno blanco de estilo chino; tenía motivos del alfabeto oriental en rojo y negro, y me sentaba muy bien. ¿Tacón o plano? No sabía lo que íbamos a hacer, así que me calcé el plano por lo que pudiera pasar.

Eran las cinco en punto; llamaron a la puerta. Era muy puntual ese italiano.

Abrí y le sonreí. Me miró de arriba abajo; lo hacía más discretamente que Pablo. No hacía falta que me dijera que le gustaba; su cara lo expresaba todo. Él iba conjuntado conmigo. Llevaba un pantalón corto blanco de hilo y una camisa roja del mismo tejido. Está muy atractivo. Le resaltaba el moreno y sus ojos negros.

—Hola.

—Hola. Como no me has dicho a dónde vamos, no sé si voy apropiada para la ocasión.

—¡Perfecta! Y encima acorde conmigo...

Bajamos por el ascensor. No podía evitar recordar lo que había pasado la última vez que hubimos subidos juntos en ese espacio, que invitaba a la complicidad. Había sido un casi beso muy romántico. Creía que él también lo estaba pensando.

—Este ascensor solo me recordará ya a tu lunar. —Efectivamente, lo estaba rememorando.

—Yo estaba pensando en tu hoyuelo.

—Tenemos buena sincronización, entonces. —Me sonrió y me acarició la mejilla.

Esa vez tampoco hubo beso. Llegamos al garaje; me abrió la puerta para que subiera al coche. Era tan caballeroso... Me sonrojé. Seguía sin saber a dónde me llevaba. Lo de las Maldivas estaba descartado, lástima.

—¿Me dices qué plan tienes? Solo te falta vendarme los ojos.

—Bueno... Cine, palomitas y, luego, otro sitio. Te dije que era un clásico.

—¿Y qué hay del otro sitio?

—Sorpresa.

—Está bien... —Me resigné. Además, prefería que me sorprendiera.

Llegamos al centro comercial. En la cartelera no había buen material. Ponían alguna de amor, pero no me apetecía arrastrarlo a ver la última de Julia Roberts. Le propuse que eligiera él, yo no tenía preferencias. Al final sacó la entrada para la de amor. Me lo imaginaba. Siempre complaciendo...

Nos sentamos justo en el medio de la sala. La pantalla no tenía secretos para nosotros. Pillamos los mejores lugares. Compró palomitas y algo de chocolate.

—Es lo que le pega al cine, ¿no? Palomitas y chocolate. Las palomitas para los dos y el chocolate para ti.

—No, que me pondré rellenita, y volverás a mostrarme indiferencia, pero esta vez en serio.

—Eso jamás, reina. Además, te quería decir que estoy preocupado; te estás quedando

demasiado delgada, y no me gusta.

—¿No te gustan las delgadas? Debes de ser un bicho raro.

—No me van los palos. Si adelgazas más, tendré que replantármelo...

—Tranquilo, eso no es problema. Trae *pa cá* el chocolate.

La peli era un pastelón de cuidado. Amor, lágrimas, penas... Debía de estar desesperado el pobre. Yo tenía el corazón en un puño de ver la película, me encantaba. Me estaba poniendo sensiblera; imaginé que ese era su plan desde el principio. Me apetecía que me pasara su brazo por encima de mí; no lo hacía. Cada vez estaba más necesitada de contacto, y él no tomaba la iniciativa. Decidí reclinarme hacia él para buscar su hombro. Entonces, levantó el brazo y me cogió; al fin se dio por aludido. Parecíamos quinceañeros. Él apoyó suavemente su cabeza sobre mi pelo; creí que me lo estaba oliendo. Se quedó un rato ahí. Yo estaba muy cómoda, no quería que acabara la peli, pero todo principio tenía un final. Se encendieron las luces. Esperaba a que yo me moviera para quitarme el brazo de encima de mis hombros.

—¿Te ha gustado, reina?

—Me ha hecho llorar y todo. A ti no te habrá gustado.

—Es muy cursi, pero no ha estado tan mal... —Imaginé que lo decía porque había conseguido que me acercara a él.

—¿Ahora qué hacemos? Creo recordar que había otro plan.

—¿Te gusta la feria?

—¡Jajaja! —No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Por qué te ríes?

—Es que hay poca gente que me sorprenda. No hubiera pensado que iríamos a la feria ni en un millón de años.

—Pues prepárate. Me gusta subirme a todo y odio hacerlo solo.

—Tenemos un problema: yo no me atrevo a subir a nada.

—Tranquila, tu héroe te protegerá. —Me guiñó un ojo y sonrió. Debía de estar recordando el momento del calambre en el mar.

—Ángelo, tengo una pregunta, desde hace algún tiempo, que sigue sin respuesta.

Íbamos andando. La feria estaba montada en un solar que había junto al centro comercial en el que estábamos.

—Dime.

—Es sobre la primera noche que Sandra me dejó actuar en su grupo.

—Estuviste soberbia; la recuerdo muy bien. Todos sabíamos que Pablo era el motivo por el que bailabas así.

—¿Qué te hace pensar eso de Pablo?

—Sandra se encargó de difundirlo.

—¿Qué?

—Después de la actuación, se nos acercó a la mesa para saludar y nos comentó que, en el ensayo del día de antes, habías estado muy torpe. Entonces, dijo algo parecido a que Pablo era tu amuleto. Me chocó, pero no me sorprendió.

—¡Qué mala es la envidia!

—¿Seguro que no tenía razón? —Se puso serio. No tenía pinta de ser celoso, pero lo parecía.

—¿Me dejas que te haga la pregunta que quería hacerte?

—¿No vas a contestar?

—¿Y tú no me vas a dejar preguntar? —Quería saber la respuesta, pero no le gustaría la contestación: preferí evitar la contestación.

—Venga, pregunta... Llevo las de perder contigo... —Suspiró. Me llevaba cogida de la mano desde que hubimos salido del cine, y no me importaba en absoluto.

—¿Por qué viniste a la actuación?

—¿A estas alturas no conoces la respuesta a esa pregunta? Va a ser verdad que no sabes cuándo llamamos tu atención...

—Es que no lo entiendo aún. Si tu plan era la indiferencia, ¿por qué te apuntaste a la lista? ¿Estabas saliendo con María en esa época?

—¿A qué viene tanto interés? No me digas que, mientras Pablo te alzaba como un trofeo, yo estaba en tu cabeza...

—Podría ser.

—Una pena no haberlo sabido antes. —Le había subido la autoestima.

—¿Y?

—María y yo tonteábamos; algo había... Pero ¿por qué tanto interés en el tema?

—Recuerdo que David me decía, una y otra vez, que no era tu tipo y, al ver que te habías apuntado, le dije que igual sí iba a ser tu tipo...

—¡Ah! Recuerdo algo sobre esto que dices e insisto: ¡qué pena no saber que estabas pensando en mí! —Se giró y movió la cabeza de lado a lado para darse importancia.

—¿Qué recuerdas? Y no te creas don Importante...

—Prefiero Caballero Oscuro, si no te importa...

—Vaaa di...

—Vaaale. David se me acercó, unos días antes de tu debut, y me preguntó mi interés en asistir a la actuación. —Imaginé que había sido cuando le hacía dicho que igual yo sí era su tipo—. Y más después de decirle que sí eras una sabelotodo y que no eras para nada mi tipo y todo eso... Le dije que era porque María se había apuntado también. No era verdad. María quiso ir cuando vio que yo acudiría. David me hizo un interrogatorio y me recordó que María no estaba en la lista. Lo medio convencí de que me había inscrito yo primero porque sabía que ella lo haría más tarde... Es muy persistente David, ¡eh!

—No te haces una idea... —Me reí y suspiré.

—De haber sabido que yo estaba en tu cabeza, esa noche te hubiera llevado al centro.

—Sí, recuerdo perfectamente tener que suplicarle a David que volviera a por mí, porque Pablo quería llevarme y no me daba la gana irme con él.

—¡Eso sí es interesante! Te quieres acostar con él, pero no lo dejas que te acompañe al centro... Curioso, muy curioso.

En nuestras conversaciones siempre tenía que aparecer el fantasma de Pablo, y era una pena, porque me volvió a la mente el sueño salvaje que había tenido con él y me estremecí al recordarlo.

—Es complicado... Pero tú fuiste un desagradable muy seco.

—Si hubiera sabido lo que sé ahora, las cosas hubieran sido diferentes.

—Pues, la próxima vez, saca tu bola de cristal... —Nos reímos.

Quería subir a la montaña rusa. Estaba loco; yo ahí no me subía por nada del mundo. Tenía pavor a las atracciones.

—Venga, sube. Te juro que te protejo... —Se hacía el niño malcriado.

—¿Y quién te protege a ti?

—Venga, vamos... Luego subimos a lo que tú quieras.

Le iban las emociones fuertes. Aunque conmigo las cosas no solían ser difíciles, no era de las que se doblegaba ante su pareja. Aburrirse conmigo... no creía que se aburriera.

Al final subí y casi eché la primera papilla. Ya no pudimos montar en nada más; el estómago lo tenía revuelto. No soportaba las atracciones tan fuertes. Ángelo quería ir a cenar y le dije que ni hablar. Imposible comer algo con el estómago tan mal. Se disculpó una y otra vez. Dimos un par de vueltas por el recinto; me enseñó sus habilidades con la pistola de balines. Por lo visto, iba de caza con su padre. Ganó un peluche para mí. Definitivamente éramos quinceañeros.

Se estaba haciendo tarde y le dije que estaba cansada. Nos fuimos. Durante el trayecto al centro, estuve callada. Oía la música, mi cabeza pensaba en cómo iba a ser la despedida esa noche. No estaba por la labor de pasar una noche con él... El fantasma de Pablo estaba cerca y, después del sueño tan sugerente que había tenido, no me parecía oportuno. Ángelo interrumpió mis pensamientos.

—Lucía, ¿qué quieres hacer mañana?

—No nos veremos en algún tiempo

—Te confieso que eso no es lo que esperaba oír. Creo que no lo estoy haciendo tan mal... —Me sonrió.

—No es eso. Vero tiene una movida con Luis y me necesita.

—¿Qué ha pasado?

—Han roto.

—Qué pena. ¿No será por cierta atleta de natación...?

—¿Qué? —¿Cómo lo sabía? Las noticias en el centro volaban, definitivamente...

—Se decía que Iván estaba con una chica del equipo de natación y que a Luis se lo veía con ellos y una amiga muy seguido.

—¿Desde cuándo sabes eso?

—No sé, hará un par de meses.

—¿Un par de meses? —Mi tono de voz iba subiendo de nivel.

—Más o menos. ¿Por qué levantas la voz?

—¿Que por qué levanto la voz? ¿No me lo podías haber dicho antes? —Estaba histérica.

—¿Dicho el qué? Eran rumores. Yo no les he visto y no soy quien para cargarme una relación.

—Para mí no es una justificación que sea un rumor. Debías habérmelo contado.

—¿Cuándo? Hace poco que estamos... Por cierto, ¿qué estamos haciendo?, ¿qué somos?

Llegamos a su plaza de garaje. Estaba disgustadísima.

—¿Qué tal la otra noche, cuando te confesé, prácticamente, lo más humillante que me ha pasado hasta el momento? Y no te preocupes, ahora ya no somos nada. Adiós.

Estaba histérica. Salí del coche lo más rápido que pude y lo dejé plantado. La despedida ya no era un problema. Me lo tenía que haber dicho. Si era verdad que yo le interesaba, en Dénia me podía haber insinuado algo; yo se lo habría contado a Vero, y entre las dos lo hubiéramos averiguado. Da igual que fueran rumores; no había actuado bien. Vero llevaba meses con los malditos cuernos y, si Ángelo me hubiera dicho algo, le habría evitado el suplicio antes.

Salí corriendo por si él venía detrás de mí. Cuando llegué al ascensor, apreté el piso y lo vi; me seguía. También corría y me llamaba: «Lucía, espera...». La puerta se cerró y no le dio tiempo a entrar. No me siguió hasta la habitación, pero me llamó al móvil un par de veces. No lo cogí, estaba furiosa con él. Mi falta de respuesta lo hizo optar por los mensajes.

Ángelo:

—No te pongas así... No es justo... Yo no he hecho nada. Háblame.

No le contesté. Apagué el móvil y me fui a dormir. Todavía notaba el mareo de la montaña rusa en el estómago y la desilusión del italiano. ¿Qué clase de persona se enteraba de que estaban engañando a otra y no decía nada? Yo, desde luego, no era de las que se hubiese quedado calladita, y más con Vero como víctima... El italiano me hacía sentir desconfianza; tal vez aprobara las infidelidades. ¿Quién sabía?

Por la mañana todo era diferente; se reanudaban las clases. Vero me había mandado un mensaje que decía que no saldría de la habitación hasta el día siguiente y que me preparara para la noche. Con todo lo de Luis, no me había dado tiempo a ponerla al día sobre Ángelo, salidas y peleas incluidas.

El día transcurrió sin demasiados altercados. Evité ver a Ángelo, quería darme tiempo para no

estar tan enfadada. Conseguí mi cometido. Los lunes no coincidíamos en ninguna clase. Tampoco vi a David. Por la noche decidí que era hora de ir a la piscina. Mi cita de las nueve era para relajarme. Dejé mis cosas en uno de los bancos y vi que el italiano estaba en la piscina. Me zambullí en el agua con mi MP3 e intenté desconectar. Allí dentro, bajo el agua, no pude evitar recordar las miradas de Pablo, el primer resbalón que había tenido y que había desencadenado mi ira hacia él por haberme llamado torpe. Ese profesor estaba a miles de kilómetros de mí y seguía atormentándome. Estuve nadando durante veinte minutos. Cuando salí, Ángelo estaba sentado en el banco junto a mis cosas. Estaba esperándome.

—Hola.

—Hola —le contesté a regañadientes.

—¿Estás enfadada?

—Contenta no estoy, no.

—Ya lo veo, no he hecho nada...

—Me lo tenías que haber contado.

—Yo discrepo. Entiendo que es tu amiga, pero yo no me meto en la vida de los demás.

—Déjalo.

—¡No!, no quiero que estemos así.

—Así ¿cómo?

—Yo, preocupado, y tú, de morros.

—Es lo que hay.

—No seas tan dura, no estás siendo justa conmigo.

—No confío en ti.

—¿Por?

—Me lo tenías que haber dicho.

—Ya estamos... Me voy, es imposible hablar así contigo.

Se dio media vuelta y se fue. La verdad era que esperaba algo más de interés. Mi subconsciente quería que se arrastrara suplicándome perdón, e hirió mi vanidad.

Al día siguiente, me desperté de mejor humor. Vero y yo íbamos a salir. Pero mi buen estado de ánimo no tardaría en cambiar.

Mi amiga vino a mi habitación para ir a desayunar. David nos aguardaba en una mesa.

—Qué afortunado soy, dos princesas para mí.

David ya sabía lo de Luis; no había nada que a él se le escapara. Nos trató muy bien. Imaginé que, por respeto a Vero, no me había preguntado por mis asuntos con el italiano. No sabía cómo, pero estaba al tanto de que habíamos discutido. Vero se levantó a pedir unos apuntes a una amiga, y él aprovechó para cotillear.

—Bueno... Ya me han dicho que sois una pareja... Discusiones y todo...

—David, ¿tienes micros puestos en el edificio?

—No, tengo contactos, que aún es mejor. Y si yo fuera tú, iría con cuidado... Hay cierta pija rematada, como tú la llamas, que está furiosita.

—¿Qué le den! —No me preocupaba lo más mínimo, pero nunca debí subestimarla...

—Lucía, Ángelo me ha contado un poco lo que ha pasado. No es que haya venido corriendo a pasarme el parte..., pero sí me ha pedido consejo sobre qué hacer contigo. Me parece que te has enfadado con él por una chorrada y no paro de preguntarme si no habrá algo más detrás de tu enfado...

—¿Algo más? ¿Como qué?

—No soy psicólogo, pero me las doy de calar a las personas. Lo de Pablo no lo has superado.

—No hay nada que superar.

—Sí, tienes una frustración importante con él.

—Lo dudo. Hace tiempo que quiero preguntarte una cosa, creo que estoy preparada para saber.

—¿Saber? —Estaba extrañado.

—Me dijiste que conocías a Pablo desde hacía tiempo, que se protegía.

—¿Crees que es el momento de saber? —Estaba más serio de lo normal—. Lucía, me cae bien Ángelo; no juegues con él.

—David... no digas eso. No hay nada con Pablo, pero... es complicado...

—¡Para! Averigua lo que quieres y cuidado con María; está negra.

Si con Pablo no había pasado nada, ¿por qué tenía que estar así? Me enfadé conmigo misma. Tenía clase de dramático; estrenábamos la obra en pocos días. Vería a Ángelo. ¿Qué haría?, ¿qué le diría? Me parecía que me había comportado como una niña malcriada... Me caía la cara de vergüenza.

Comenzamos con el ensayo. Pedro, el profesor de dramático, nos metía presión para que todo saliera perfecto. No iba a ser divertido ver los besos con María. Había de concienciarme de que el italiano solo estaba actuando. En la primera escena, María le plantaba un beso de tornillo, y Ángelo se la tenía que sacar de encima. Intenté hacerme la ciega. Desde luego María se lo está pasando bomba con él. Me molestaba que lo besara, creía que eran celos. Debía ser profesional y no dejarme llevar. En la tercera actuación, cuando María estaba a punto de volver a morrarse con él, el italiano pidió un descanso.

—Perdonadme todos, tengo que hablar con María. Profesor, un segundo. —Pedro le concedió tiempo.

Se la llevó del brazo, como si fuera una niña mala, a un rincón. En un par de minutos, volvieron. A María le había cambiado la cara por completo. No sabía qué le habría dicho, pero algo intuía. Venía otra escena de amor verdadero. La chica se cortó un poco. El beso duró lo justo y necesario; la reprimenda de Ángelo dio su fruto.

Cuando acabó la clase, quise irme corriendo. No me apetecía tener una discusión con el italiano. No me dio tiempo; cuando me di cuenta, lo tenía detrás.

—Lucía... ¿no me vas a hablar nunca?

—Nunca es mucho tiempo

—Al fin me hablas. —Se sonrió—. Te echo de menos... —Me puso ojitos tiernos. ¡Qué guapo estaba queriéndome dar pena!

—Pero si tienes entretenimientos varios... —La pija rematada, por ejemplo.

—¿Entrete... qué? —Se hacía el sueco, pero sabía que me refería a ella.

—Sí, María te tiene entretenido, ¿no?

—¿Son celos eso que detecto?

—Tu radar no funciona bien... Siento desilusionarte. —Vaya que lo eran.

—Es muy pesada. Le tuve que decir que, si seguía en ese plan, dejaría la obra y punto. Entonces, cambió la actitud. Yo creo que algo de celos sí tenías... Las miraditas que me pegabas eran de perdonarme la vida...

—Si tú lo dices... —Había notado mis celos; yo disimulaba.

—Ven aquí, boba... —Me rodeó con sus brazos—. ¿Aún no te has dado cuenta de que los únicos besos que quiero son los tuyos? Pero me haces sufrir...

Me dejé abrazar; sus brazos me tenían bien sujeta. Apoyó su barbilla en mi pelo. No pude evitar cogerlo por la cintura. Le devolví el abrazo. Tenía ganas de que ese momento pasara. Me separó de él y me miró a los ojos. Creí que quería besarme.

—Si piensas que me vas a besar después de darte el lote con María, no me conoces bien.

—¡Jajajaja! Tomo nota. Vamos a merendar, anda.

Estuvimos un buen rato juntos. Dado que había quedado con Vero, me tuve que despedir para ir a arreglarme.

—No te portes mal esta noche... —Ángelo era muy dulce.

—No te preocupes; nunca me porto lo suficientemente mal. Adiós. —Le guiñé un ojo.

—Adiós. —Él me lazó un beso al aire que me hizo poner los ojos en blanco.

Subí a mi habitación y comencé a vestirme. Me puse unos pantalones cortos discretos, con un suéter blanco con la espalda al aire. Iba arreglada pero informal. Me maquillé un poco y me solté el pelo. Ángelo decía que me quedaba mejor; yo no lo creía, pero me apetecía cambiar. De todas formas, me llevé una goma de pelo por si tenía calor.

Pasé a por mi amiga.

Toc, toc.

—Vero, ¿ya estás?

—Sí, pasa. —Me abrió la puerta. Estaba espectacular: llevaba un vestido ajustado que quitaba el hipo, se había maquillado y estaba unos diez centímetros más alta. Yo iba plana y parecía una

enana a su lado.

—Estás muy guapa.

—Y tú. Por cierto, he invitado a David. Si no encuentro plan, es una buena opción para... ya sabes... Guapo, atento... Ideal, ¿no?

—No te creas... Ideal no es, no.

—¿También lo quieres para ti? Deja algo para las demás...

—Es gay.

—¿Qué?

—Que tiene novio.

—¿Qué chasco!... Ya me extrañaba que no estuvieras con él. Pero ya me han dicho que no pierdes el tiempo con cierto italiano. —Se estaba repasando el maquillaje. La veía muy recuperada; era verdad que necesitaba dos días... Vero también me asombraba; era fuerte.

—Somos amigos.

—Dile que se venga con nosotras.

—¿Quieres?

—Sí, vamos los cuatro; será divertido. Cenamos y a un *pub*. ¡Fiesta, fiesta! —Estaba pletórica.

—Le enviaré un mensaje.

Lucía:

Ángelo, si no tienes plan, vamos a cenar y a tomar algo.

En menos de dos minutos me contestó.

Ángelo:

Anulo lo que tengo y me apunto. ¿A dónde vais?

—Vero, dice que viene, pero a dónde vamos a cenar.

—Creo que David ha reservado en el Buitoni.

Le mandé otro mensaje al italiano para quedar en el Buitoni. Me dijo que, en media hora, nos veíamos allí.

David subió a recogernos a la habitación de Vero. Era muy atento.

—Chicas, esta noche voy a ser el más envidiado de todos. Dos para mí.

—No te alegres, que Lucía ha invitado a Ángelo.

—¿Ah, sí? Princesa ¿ya lo tenemos claro?

—David, lo que tengo claro es que hay que vivir el presente. —*Carpe diem*.

—Me encanta tu filosofía. —Me guiñó un ojo y me mandó un beso al aire.

—Esto... Como Vero quería enrollarse contigo esta noche, le he tenido que decir que no estás en el menú y porqué. Sin paños calientes, le he dicho que sos gay. —¿Se enfadaría?

—Suelo causar esa sensación en hombres y mujeres... —Se sonrió victorioso.

—Tranquilo, David. Por mí, encantada de que seas homosexual; te daría la plasta, con lo

cabrones que son los hombres... —Evidentemente seguía dolida con Luis. La feminista no protestó por ese estereotipo que había lanzado Vero...

Nos fuimos en el coche con David. El restaurante era una pasada; David tenía muy buen gusto. Cuando iba con él, nunca cogía dinero. Me había acostumbrado a que siempre me invitara. En veinte minutos llegaba el Caballero Oscuro. En verdad estaba imponente con un vaquero negro y camisa negra. Al verlo en la entrada, David no pudo contenerse.

—Lucía, ya veo por qué has estado tan indecisa entre uno y otro. Está muy bien este chico... ¿Seguro que no es gay?

—Cuando lo averigüe, te lo digo...

—¿Aún no lo has averiguado? —Estaba escandalizado de ver que no me había acostado con él todavía.

—Lucía, esta noche es un excelente momento para averiguarlo. Si no te lanzas tú, igual lo hago yo... Ya sabes el dicho: «El que prueba repite». —Sonrisa maliciosa de oreja a oreja en su rostro.

Mientras, Vero estaba inspeccionando el local en busca de sustituto para Luis. Se había tomado dos copas y estaba dispuesta a ir de caza.

—Quietos todos. No adelantemos acontecimientos, ¡eh! —Salí a defenderme de los ataques sobre mi falta de sexo con el italiano.

Nos réimos todos a la vez. Ángelo nos localizó y se acercó a la mesa. Vero y David le habían guardado sitio a mi lado, por si teníamos que «hacer manitas», habían dicho.

—Buenas noches. Siempre os estáis riendo; me da miedo preguntar de qué.

David se apresuró a contestarle.

—Lucía, que parece buena chica y enseña los dientes cuando le queremos tocar algo suyo.

—No sé sobre qué estás hablando, pero mejor no pregunto... —Ángelo comenzó a conocer el carácter de David.

—No preguntes, por favor... —Se lo rogué porque no quería que David me pusiera de nuevo en un compromiso.

—Por cierto, señoritas, están muy guapas esta noche. —El italiano sabía ganarse al público.

Vero se me quedó mirando y con retintín dijo: «¡Qué suerte tienen algunas! Muy atento este chico...».

Estuvimos bromeando durante la cena. Vero pasó revista a todos los varones del restaurante: clientes, camareros e, incluso, cocineros. Ninguno fue de su agrado. Luego, estuvimos en un *pub* que estaba a la vuelta de la esquina, el Grace, a tomar una copa. Vero y yo nos fuimos directo a la pista de baile. Los chicos se marcharon a por un par de bebidas. No me hizo falta pedirle nada al italiano... Me trajo un JB con cola. Él se había pedido una copa sin alcohol, igual que David. Eran muy responsables al volante.

A la segunda media copa, yo ya estaba la mar de animada. Ángelo y yo estuvimos bailando.

Movimientos muy sugerentes en la pista. Vero también había encontrado pareja. Un tío muy guapo al que se le caía la baba con ella y, lógicamente, estaba encantada.

—Lucía, ¿salimos a tomar un poco el aire?

—Claro, Ángelo. Me vendrá bien refrescarme; hace calor aquí dentro.

Buscamos un banco en la calle para sentarnos y estar tranquilos.

—Tengo poco aguante. Me tomo una copa y ya me mareo. Espero que hoy sí vayas en dirección al centro y me puedas llevar. —Le saqué la lengua para burlarme.

—Aunque no fuera, daría un rodeo para acercarte.

—¡Qué majo eres! Venga, vamos adentro, que tengo ganas de bailar.

—Espera... Ven aquí. —Yo estaba de pie y él permanecía sentado sobre el banquito. En una fracción de segundo, me colocó de lado sobre sus rodillas y me tuvo prisionera.

—¿Qué quieres? —Noté que suspiraba y pensaba las palabras.

—Me he lavado los dientes, ¿sabes? No creo que haya restos de babas de María.

—¡Vaya! Ahora, por recordármelo, te has quedado sin lo que quieres.

No me dio tiempo a reaccionar. Se abalanzó sobre mí y su boca comenzó a besar la mía desesperadamente. Yo le correspondí. Era un beso muy similar al del ensayo del teatro, pero mejor. Yo tenía una mano pasada por sus hombros y con la otra le agarré la cabeza. Él me tenía abrazada e inmovilizada, no quería que me escapara; yo tampoco deseaba salir de su abrazo. Estuvimos un rato besándonos. Estaba claro...: éramos adolescentes. Nos besamos el cuello, los lóbulos de las orejas... Decidimos parar; más bien lo decidí yo porque la cosa estaba subiendo de tono. Notaba que él estaba cardíaco perdido, y yo no era que me quedaba atrás, precisamente.

Cuando nos tranquilizamos, que fue muy difícil, volvimos a entrar. Nos tomamos la última; Ángelo se fue a saludar a unos amigos, y le dije a Vero que era hora de irse. Me contestó que se iría con David.

Fui a buscar al italiano y vi que estaba hablando con María. La despachó en unos minutos. Me cogió de la mano y fuimos a por el coche.

De camino al centro, se me cerraban los ojos. Acusaba el cansancio y las tres medias copas. No estaba acostumbrada y, con poco alcohol, mi cuerpo estaba que se caía.

Ángelo me ayudó a bajar del coche y me acompañó a mi habitación. Yo podía andar bien; no estaba bebida, pero sí muy cansada. Abrió él la puerta de la habitación y entró conmigo.

—Lucía, te ayudo a meterte en la cama y me voy. —Intentaba ser cortés, creo...

—¡Qué mono eres! Pues, como te vas a ir, no te importará ayudarme a desvestirme. Estoy muy cansada... —Me hacía la remolona.

—Lucía... No soy de piedra...

—No hay problema, si no te voy a suplicar que te acuestes conmigo... —Seguía haciéndome la malcriada.

—Está bien, pero eres mala.

—Mala, ¿yo?

—Sí, tú.

Me había quedado en braga y sujetador. Era previsor; por si acaso, me había puesto un conjunto negro, sencillo, básico pero arrebatador. Me disponía a ponerme el camisón, que también era bastante sugerente, cuando noté que me abrazó por detrás. Sus labios se posaron en mi cuello. Me recorrió un escalofrío por toda la espalda. Hacía tanto tiempo que no me tocaban, que mi subconsciente estaba pidiendo guerra a gritos. Comenzó a besarme la parte derecha del cuello, pasó a la nuca y acabó en la parte izquierda. Luego subió en busca de las orejas y me tocaba el pelo.

—Pero ¿no te ibas? No te he suplicado nada...

—Reina... te he avisado que no era de piedra —me susurraba al oído con una voz muy sensual—. No me gusta desperdiciar las ocasiones, ya te lo advertí.

Seguía besándome suavemente. Poco a poco me llevó a la cama. Se puso encima de mí, me besó los labios con paciencia. Las mejillas. Sus manos iban en busca de mis pechos, y yo quería que los alcanzara. Le di un empujón y me puse encima de él. Me tocaba a mí besarle y manejarlo a mi antojo. Le quité la camisa. Se la fui desabrochando poco a poco y, cada vez que le quitaba un botón, le daba un beso en el pecho; estaba muy suave. Le desabroché el pantalón.

—Ven aquí. Déjame a mí. —Tenía una voz muy sexi.

Me giró despacio y me colocó otra vez debajo de él. Tenía su cuerpo entre mis piernas, y su mano derecha estaba en mi culo. Intentaba tocarme la nalga sin que le molestasen las bragas. Sus labios estaban muy ocupados besándome el cuello y la boca. No tardó en subir la mano a mi pecho. Lo sacó del sujetador sin problemas, y su boca fue a buscarlo. Yo estaba en otro mundo, muy a gusto, sintiendo cada beso, cada caricia suya. Quería más. Por fin iba a tener mi noche larga de pasión. Mi subconsciente estaba pletórico cuando...

—Sigue, Pablo, no pares. Me encanta. —Se detuvo en seco.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué pasa?, ¿por qué paras?

—¿Sabes cómo me has llamado?

Recaliculé, pensé en la frase que había dicho. En verdad no recordaba qué había acabado de decir... Su reacción me dejó claro que había dicho algo muy malo... No, no sabía cómo salir de esa. No tenía ni idea de qué contestar.

—No sé...

Se levantó de la cama. Se estaba colocando la camisa, con el trabajo que me había costado quitársela y el empeño que le había puesto. Se ató el pantalón. Estaba que echaba chispas. Lo sabía porque no hablaba, y esos días me había dado cuenta de que, cuando no hablaba, era que

estaba muy, pero muy, enfadado.

—Te daré una pista... No me has llamado Ángelo..., sino otro nombre diferente. —Ya me imaginaba que era algo grave...

—No te vayas, ni siquiera recuerdo haber dicho algún nombre. —Ya ni me contestaba ni me miraba—. Ángelo, por favor, no te vayas.

Demasiado tarde; había cerrado la puerta. ¡Eso no podía ser verdad! Dos veces a medias, y esa por mi culpa. La reacción que le había provocado solo podía deberse a un nombre: Pablo. No recordaba haberlo dicho, pero estaba claro meridiano. Si Ángelo había salido así por la puerta y con ese enfado monumental, se debía a que había nombrado a mister Increíble. No había otra explicación posible. Si hubiese dicho «David», no creía que se hubiera puesto tan furioso.

Capítulo 9

LAS BRONCAS Y...

Me sentía fatal. Por un lado, me atormentaba la idea de haber herido al italiano de la forma más horrible posible. No había estado planeado; mi subconsciente me había jugado una malísima pasada. Sabía que le había lastimado su orgullo, intentaba ponerme en su lugar. Si un chico me hubiera llamado a mí por otro nombre en un momento tan íntimo como en el que estábamos, lo hubiera abofeteado sin dudar. Por otro lado, estaba furiosa porque, de nuevo, no había tenido mi noche especial. Dos veces consecutivas me había quedado compuesta y sin chico. No me lo podía creer. En las dos ocasiones, con todo dispuesto y decidido y, al final, nada de nada.

Lo de Ángelo no había sido aposta. No sabía cómo afrontar lo sucedido. La cabeza me iba a estallar de tanto pensar.

Miré el reloj; eran las seis de la mañana. No podía dormir. No había pegado ojo en toda la noche. Vueltas y más vueltas en la cama. El sentimiento de culpa y vergüenza pesaba sobre mi espalda.

Decidí levantarme. ¿Cómo se suponía que iba a mirar al italiano a la cara? Debía de estar enfadadísimo; dudaba que nos hablásemos de nuevo. De hecho yo, en su caso, no querría saber nada de mí. Además, Ángelo no tenía más remedio que verme. Teníamos que estrenar la obra el jueves, y el viaje a Liverpool estaba a la vuelta de la esquina, como las vacaciones. La cosa no pintaba nada bien. Yo tampoco tenía fuerzas para disculparme. Imaginaba que él no querría volver a dirigirme la palabra ni que tampoco le gustaría que me disculpara; eso solo le recordaría lo que había pasado. «Estará hundido», pensé. No sabía qué táctica debería iniciar con el italiano, no tenía nada claro cómo actuar con él a partir de este fatídico incidente. Lo mejor sería darle tiempo y ver su reacción a mi presencia; no quería forzar las cosas.

Bajé a la cafetería a tomar un café para aclarar la mente; no sirvió de mucho. Volví a la habitación para coger las cosas que necesitaba. Francés e inglés fueron fáciles de soportar. La peor sería la siguiente clase; tocaba verle la cara al italiano en el ensayo de arte dramático. Yo estaba preparada para lo que se presentase, desde un numerito hasta la indiferencia más absoluta.

Ahí estaba, lo tenía enfrente. Estaba repasando el guion con María. Sabía que me había visto por el rabillo del ojo, pero no me miraba. Me hacía el vacío; no lo culpaba por ello.

Vi que Vero estaba a un lado del escenario y que David acababa de llegar.

—Princesa, ¿qué tal ayer?

David estaba contento, se le notaba en los ojos. Me tomé unos minutos para ver qué le respondía a su pregunta.

—¿No te has enterado de nada? ¡Tú, que siempre lo sabes todo!

—¿Qué debería saber?

—Es largo y complicado de contar. Luego hablamos. —Me parecía que Ángelo no le había dicho nada.

David no tardó en observar que el italiano no me prestaba la más mínima atención. Estaba sorprendido; lo notaba.

—Deduzco que sigues sin tu noche loca. Deberías llevar un manual de instrucciones, princesa...

Los ojos se me empezaron a nublar; sentía las lágrimas a las puertas. Tenía que echar la mirada hacia arriba y concentrarme en otra cosa para no comenzar a llorar desconsolada. En mi cabeza se repetía una pregunta: ¿por qué tenía que ser todo tan difícil?

David sabía que estaba a punto de soltar las lágrimas. No me dijo nada; me cogió de la mano y discretamente me llevó al lavabo. Vero nos vio salir e intuyó que algo no iba bien: nos siguió.

Cuando llegamos exploté. Ya no había nada que pudiera hacer para que las lágrimas no resbalaran por mis mejillas. Estaba destrozada, más sensible que nunca. David me abrazó y Vero se apresuró a darme un pañuelo de papel. Estaban callados, esperando a que me tranquilizara. Todavía no habían preguntado nada, pero sabían que ocurría algo malo con Ángelo. Poco a poco me serené. Entre sollozo y sollozo, me dije a mí misma que todo tenía arreglo menos la muerte.

—Ya estoy mejor. —Tenía la cabeza baja, y David me levantó la cara con sus manos.

—¿Quieres hablar ahora, Lucía? Es Ángelo, ¿verdad? ¿Qué te ha hecho?

Vero seguía callada. Creía que todo lo que estaba viendo la hacía pensar en sus días anteriores, cuando había estado llorando desesperada en la habitación.

—Es culpa mía. —Mi amiga no hablaba.

—Lucía, ¿qué es culpa tuya? —David quería saber.

—Estábamos en la cama y dije otro nombre.

—¿En la cama? No te entiendo; explícate mejor.

—El italiano y yo estábamos enrollándonos en mi habitación, y no lo llamé por su nombre.

—¿Te equivocaste?, ¿deliberadamente? —David estaba alucinando en colores.

—Sí, pero no fue mi intención...

—¿Y cómo lo llamaste?

—Ya lo sabes.

—Pablo, no podía ser otro nombre. —David no estaba sorprendido— Es lógico.

—¿Lógico? Yo, en su caso, me habría abofeteado y me habría clavado un cuchillo y todo.

—Lucía, no seas tan dura contigo misma. —Vero reaccionó.

—¿Qué quieres decir? Ponte en su lugar... Lo que le he hecho es horrible...

—Lucía, Vero tiene razón. Piénsalo. Tú tienes un trauma con lo que te pasó con Pablo; el subconsciente no lo olvida. No digo que sea natural que, en medio de una relación íntima, proclames el nombre de otro hombre, pero en tu caso es comprensible.

—David, no creo que Ángelo comparta tu razonamiento.

—Vamos a ver. No digo que te vaya a perdonar como si tal cosa, pero yo sí entiendo lo que te ha pasado. Y se nota que estás preocupada. Date tiempo. No es hora de decir «Te lo dije», pero te advertí que aclararas tus ideas. Has iniciado una relación sin cerrar una herida abierta, y eso tenía que estallar.

Entendía lo que me estaba diciendo mi amigo, pero no conseguía excusar mi comportamiento. No lloraba porque Ángelo pudiera estar enfadado; estaba desconsolada porque le había hecho daño, sin querer, a una persona que se portaba muy bien conmigo, y no me lo podía perdonar.

Las lágrimas habían conseguido desahogarme. Estaba mejor; el apoyo de Vero y David me reconfortó. El estreno de la obra era dentro de pocos días, y no podía perder más el tiempo. Me enjuagué la cara y me miré al espejo; se notaba que había estado llorando. David me dio un frasquito.

—Ponte esto, Lucía; son unas gotas para los ojos. Te los dejarán nuevos.

—Tienes de todo. Gracias.

Me las coloqué, y era hora de ir a narrar *Romeo y Julieta* versión Pedro.

El ensayo era un suplicio; no existía para Ángelo. Cuando terminamos, Pedro nos dijo a todos que estábamos listos y disolvió la clase. No nos convocó a María, el italiano y a mí para ensayar a solas. Menos mal. Ángelo no tardó en desaparecer sin pestañear. Había dejado claro que no quería saber nada de mí, y lo entendía perfectamente.

Las siguientes horas fueron duras. No compartimos muchas clases con el italiano, pero nos vimos más en natación, dramático y alternativo. Él iba a otros grupos de idiomas.

La clase de Sandra también era dura. Cuando terminó no tenía ganas de pasar por la cafetería y me subí a mi cuarto a echarme un rato y descansar. Cuando me desperté, me sumergí en un libro para evitar tener que pensar más en lo mismo.

Él móvil sonó. Vi el número y no sabía quién era. Decidí contestar.

—¿Sí?

—Hola, Lucía, ¿sabes quién soy?

—No sé, tu voz me suena. Eres...

—Soy Pablo. —¡Madre mía!

Me quedé asombrada por completo, sabía que era él. Ese chico se había comprado un radar. ¿No podía llamar en otra ocasión? Tenía que ser ese día precisamente... Mejor dicho, era amigo

de David, que le pasaba información. Estaba segura de que mi mejor amigo tenía algo que ver con esa llamada. No había otra explicación posible.

—No es un buen momento, Pablo... —No me apetecía tener una conversación con él, y menos en esos momentos.

—Lucía, acabo de hablar con David, y me ha dejado seriamente preocupado...

—Lo siento, Pablo, no es un buen momento. Tengo que colgar. —No me lo pensé, colgué el teléfono.

Ese David era terrible. Le escribí un mensaje.

Lucía:

David, ven, más rápido que ya, a mi habitación. Tenemos que hablar.

En menos de diez minutos, se presentó ante mí. No estaba enfadada, quería darle el beneficio de la duda sobre lo que le había contado a Pablo, pero me costaba estar tranquila; el cuerpo me pedía gritarle. Le abrí la puerta; tenía cara de estar asustado.

—Lucía, ¿estás bien?

—Pasa y siéntate, que tenemos que hablar. —La maestra salió a flote.

—Pero ¿qué pasa? —Estaba nervioso.

—Nada que, casi dos meses después de que se fuera, he recibido una llamadita de teléfono.

—¿Pablo? —Asentí con la cabeza.

—¿Qué le has dicho? —Seguí conteniéndome para no alzar la voz; era demasiado chillona.

—Sé lo que te estará pasando por la cabeza... Y serénate; no le he dicho nada del incidente con Ángelo, pero sí he hablado con él.

—¿Sobre qué? ¿Por qué me ha llamado exactamente? —Estaba alterada, pero seguía sin gritar.

—Le he dicho que tienes problemas por su culpa.

—Especifica.

—Empiezo por el principio. Me sentía muy mal por verte en estas condiciones, y más sabiendo que es a causa de una herida abierta por su culpa.

—¿Y? Todavía no me has aclarado nada.

—He decidido llamarlo. Le he preguntado por su vida y hemos hablado un rato. Sabes que, de vez en cuando, charlamos; somos amigos.

—Sigue.

—A mitad de la conversación, como es habitual, me pregunta por ti. Antes que te pongas más histérica, déjame contártelo todo. Noto que me estás fulminando con la mirada, y no tienes motivos.

—Ya veremos. Te juegas nuestra amistad.

—Siempre que hablo con él, me pregunta sobre ti. Generalmente, le digo que estás bien, las clases bien también y poco más. No sabe que hay un Ángelo; a mí no me correspondía decírselo, si es eso lo que te estás preguntando.

—¿No le has dicho nada del incidente con el italiano?

—¿Por quién me tomas? Claro que no. Pero hoy no me he podido contener. Lo he regañado por lo que pasó aquella noche contigo. Él se ha extrañado de que lo sepa. Siempre que me preguntaba si me habías contado algo sobre ese suceso, yo le respondía que no. Que lo tuyo con él era cosa vuestra... Claro, hoy se ha descubierto el pastel. Le he echado la bronca por hacerte lo que te hizo y tener la poca vergüenza de no llamarte, ni un *mail*, ni una mala señal de vida. Le he dicho que no son formas. Él no es tonto y habrá detectado que había un problema contigo... Entonces, me colgó, y supongo que te llamó enseguida.

—Pero ¿le has dicho que tengo problemas?

—Lucía, no con esas palabras pero, con la bronca y mis reproches, sabe que hay algo que no funciona bien. Él no se ha olvidado de ti, e imagino que estará preocupado. De ahí su llamada.

—Si no me ha olvidado, ¿por qué me ha ignorado durante estos meses?

—No te puedo responder a eso. No se lo he preguntado y, por lo tanto, no lo sé.

—Además, él tendrá allí a sus amiguitas y me habrá sustituido.

—Estás celosa.

—No lo estoy.

—No te lo he preguntado, lo he afirmado. Además, estás confundida: sales con Ángelo y no has olvidado a Pablo.

—No es así. No hay nada que olvidar de Pablo.

—Tu subconsciente no opina igual que tú.

Tenía ganas de volver a llorar y me volvieron a salir las lágrimas.

—No llores, Lucía. Todo se va a arreglar.

—No hay nada que arreglar. Ángelo no va a volver a hablarme en la vida y Pablo... Pablo... No hay nada con él.

—No adelantes acontecimientos; lo que tenga que ser será. Entiendo tu malestar, pero el tiempo todo lo cura. Sin embargo, debes preguntarte qué es lo que quieres.

—Ahora da igual lo que yo quiera; está todo perdido. Tengo a un chico que me humilló, se fue a miles de kilómetros y del que no he sabido nada hasta hace unos minutos. Encima, al otro chico, el que me comprende, que me ha cuidado, que me ha dado su cariño y apoyo, a ese lo he herido sin querer. No es justo. ¿Y sabes qué es lo peor? —No paraba de llorar y llorar.

—¿Qué?

—Que no quería complicarme la vida con nadie ni nada y ahora estoy en un abismo sola.

—No estás sola, mujer; me tienes a mí. Además, en unos pocos días, estaremos de vacaciones. No es Dénia, pero me juego lo que quieras a que en mi casa conseguirás cargar las pilas. Liverpool te encantará.

—Ángelo no irá.

—¿Y qué más te da que no vaya? Estaré yo y nos olvidaremos de todo.

—Tú estarás con Kevin.

—No. Igual no es el momento, pero hemos roto. Creo que he volcado mi ira con Pablo por este motivo también...

—¿Qué? —Ya estaba más tranquila. Lentamente el llanto se fue transformando en sollozos leves.

—Sí, yo quería más y él no se decidía, así que... ¡ya es historia!

—Pero ¿cómo?, ¿cuándo? Y lo más importante: ¿estás bien?

—Hace unos pocos días... No te preocupes; ya tiene sustituto.

—¿Y eso?

—Ayer mismo lo encontré, cuando te fuiste. Vero se buscó a un amigo, con el se fue, y yo otro... Imagínate el resto de la historia.

—¡Ah! Es decir que yo inicié la noche en compañía y salí del *pub* acompañada, para tener una noche fabulosa que se vio truncada, y vosotros, que llegasteis solos, triunfasteis. No puede ser verdad. ¡No tengo suerte!

—Eso parece.

—David, ¿y qué voy a hacer con mis problemas?

—Espera a ver qué pasa.

—¿Y Pablo?

—¿Qué pasa con Pablo?

—Cada vez que intento no pensar en él, aparece en escena. Hay una parte de mí que está loca por él, y otra que no. Su llamada me tiene desconcertada. ¿Por qué ahora? Si tan interesado estaba en mí, ¿por qué ha desistido en intentar conquistarme? Habrá encontrado a otra allí y ha llamado para calmar a su conciencia.

—No sé lo que hará o dejará de hacer allí. Igual se acuesta con todo bicho viviente o no. Sí te puedo decir que no te ha olvidado. Lo sé; sus conversaciones conmigo me lo demuestran.

—Pero he encontrado a una persona con la que puedo estar. Me fío del italiano y con Pablo no podría estar jamás. Sé que me hará daño.

—Lo del italiano está muy bien. Yo te veía feliz, pero siempre he pensado que salías con él para sacarte la espina de Pablo. No nos engañemos... El chico tiene sus dones; yo no lo rechazaría si jugara en mi liga, pero Pablo es... mucho Pablo. Y más para ti, que te pescó enseguida.

—Tienes razón: Pablo es mucho Pablo, demasiado. Pero no puedo estar con una persona así. Un tío que usa a las mujeres, que se lo tira todo... No podría confiar en él nunca. No debo elegirlo, David, no quiero.

—Tranquilízate, que te vuelves a alterar. La vida de Pablo es complicada. Lo ha pasado muy mal, no es la persona que crees que es.

—Es un mujeriego; tú mismo lo dijiste.

—No te adelantes. Del mismo modo que lo que tú le hiciste a Ángelo tiene una explicación, lo de Pablo también. Verás, no debería ser yo quien te cuente su vida, pero me veo en la obligación de abrirte los ojos y de lavar su imagen. Pablo se enamoró perdidamente de una novia con

dieciocho años. No recuerdo cómo se llamaba; tenía un nombre exótico, impronunciable... Desde esa edad y hasta los veintiuno, vivió con ella.

—¿Se casaron?

—No, estuvieron viviendo juntos. Ella se quedó embarazada y él se vio en la obligación de permanecer a su lado. Al principio, estaban muy enamorados. Poco a poco, la relación se fue desgastando pero, al haber un bebé de por medio, él intentó retomar la chispa que los había unido. Eran jóvenes. Ella perdió a la criatura y él se sintió destrozado. Hacía un esfuerzo inmenso para sacar adelante a su familia y compaginar sus estudios. Se convirtió en uno de los preparadores físicos más importantes de España. A punto estuvo de no conseguirlo porque, al perder el bebé, la relación con esta chica se deterioró bastante y, cuando más él la necesitó, ella dijo que no podía seguir. A partir de entonces, no ha dejado que sus sentimientos guíen sus pasos. Ha tenido muchas conquistas, pero no tantas como dicen. Para que te hagas una idea. En este centro, parece que se ha acostado con todas las alumnas de tercero y cuarto, además de con todas las profesoras que están bien físicamente... No es así.

—Algo de eso se comenta por los pasillos. Dicen que siempre está buscando nuevas víctimas.

—Pues no. No creo que haya estado con más de cinco o seis desde que lo conozco, y hace ya algún tiempo. Nunca relaciones serias, siempre noches de esas que tú ansías.

—Entonces, ¿de dónde vienen los rumores?

—Tú lo has dicho; son rumores. Una se inventa que se ha acostado con él y con su amiga, y así sucesivamente. A él le da igual lo que opinen y no se molesta en desmentir nada. La bola cada año se hace más grande. Además, las despechadas son las peores; he llegado a oír que se lo intentó montar con tres a la vez y que tuvo un gatillazo... No te creerías las salvajadas que se puede inventar la gente.

—Me imagino... Pero a mí su forma de ligar, tan directa, tan seguro de sí mismo, me pareció que era todo un gigoló...

—Vamos a ver... Puede tener a la chica que quiera y lo sabe. La modestia no es su punto fuerte; ya le has visto el físico... Pero otra cosa es que él quiera estar con todas.

—¿Y por qué yo?

—Lucía, siempre te he dicho que tienes algo, en tu manera de ser, que llama la atención. No eres una diosa, pero eres muy guapa, tienes un cuerpo que no es perfecto pero muy sugerente, con curvas, y eso a veces es más provechoso que unas medidas óptimas. Tus ojos impresionan a primera vista. Tu carácter lo ha dejado sin palabras; a mí también. Eres imprevisible, y supongo que eso le gusta. Pablo está tan acostumbrado a que bailen a su son, que pienso que tú has sido una de las poquísimas que ha jugado con él y no le ha dejado ganar. Créeme; no gasta tanto empeño en cortejar a una mujer. Sinceramente, está obsesionado contigo, en el buen sentido de la palabra. Nunca lo había visto tan loco por alguien. Si lo conocieras como yo, sabrías que es temperamental, siempre está muy seguro de sí mismo, es muy atento y detallista. El Pablo de verdad no tiene nada que ver con la imagen que han creado de él en el centro, y mucho menos con

la que tú te has formado. Su nivel de compromiso es exagerado. Verás, cuando comenzó a sentir cosas por ti, solo tenía ganas de romper su contrato y a punto estuvo, pero no pudo renunciar a lo que había pactado. Hace tiempo que quiero tener esta charla contigo, pero tú cambiabas de tema cada vez que yo intentaba hablar de ello.

—Y estos meses sin saber nada de él, ¿qué? Ya no le importo.

—No te puedo ayudar ahí. Te explico lo que sé y lo que me parece. Tampoco entiendo lo que ha pasado. Igual te ha dejado a tu aire y ha tratado de olvidarse de ti, pero no me cuadra, porque me pregunta por ti en todas las llamadas. Otra teoría es que, como no puede romper su contrato con los alemanes, ha decidido no seguir persiguiéndote hasta volver. Desde luego esta última táctica me parece muy arriesgada, porque se te podía poner por delante cualquiera que hiciera olvidarte de él. De hecho, Ángelo es un claro ejemplo. No sé hasta qué punto has logrado apartar de tu mente a Pablo, pero no lo has conseguido, porque te recuerdo que en pleno... ¿Fue en pleno acto sexual cuando gritaste el nombre de Pablo?

—¡Noooo! Estábamos besándonos y metiendonos mano, y no grité su nombre, lo susurré.

—Aún peor.

—¿El qué?, ¿susurrar?

—Sí, más erótico todavía. Ahora dime: cuándo te llamó Pablo, ¿qué pasó?

—Le dije que no era el momento y le colgué. Seguro que me odia.

—No creo. Imagino que ahora está más obsesionado contigo. Recuerda que siempre queremos aquello que no podemos tener.

—David, ¿cuántos años tiene Pablo?

—Treinta y uno.

—Tiene muchos negocios, ¿no?

—Veo que he despertado tu interés en él. Espero que Ángelo no tarde en reaccionar porque, conociendo a Pablo, sé que pronto irrumpirá en tu vida y, si el italiano se despista, perderá la batalla, si es que sigue interesado, cosa que no dudo...

—Bueno, hasta dentro de dos meses, Pablo no regresará, y no sé si Ángelo querrá hablarme algún día... Está muy enfadado... Me parece que me tendré que conformar contigo.

—¿Conformar? No me gusta cómo suena, pero ya veremos. En cuanto a tu pregunta de antes, Pablo tiene suerte con los negocios. Tiene algunos locales en el centro de Madrid y sabe invertir en bolsa; lleva varios grupos de teatro y representaciones con otros socios. De hecho, no se había tomado tantas molestias como mánager del grupo de Sandra nunca; fue a tu llegada cuando se interesó por ver cómo iba todo. Siendo profesor gana una pasta, si es eso lo que querías saber y, como entrenador de selecciones, ya ni te lo imaginas.

—Quieres decir que está forrado.

—Sí. Tengo entendido que Ángelo cría caballos y tiene viñedos, vive de lujo. Pablo tiene menos glamur, pero vive mejor; te lo aseguro.

—Pero, en este centro, ¿no hay nadie de clase media?

—Sí, tú; el resto somos alta. Pero no te preocupes; nos encantas. —Me sonrió—. Tienes a dos enamorados de ti y a otro que, si fueras de su gusto, se casaría contigo en el acto. —David era muy amable.

—No sé si es un cumplido lo que acabas de decirme, pero te aseguro que no tengo a dos enamorados, y me encanta que te quieras casar conmigo.

—Claro que sí, mujer. Todo lo que he dicho es un cumplido y es cierto.

Cada vez estaba más animada. La charla con David estaba surtiendo efecto. Nos pasamos el resto de la tarde hablando, y le pedí que se quedara a dormir. No quería estar sin compañía; si me quedaba sola conmigo misma, de nuevo me rebanaría los sesos.

Lo que me había contado sobre Pablo me parecía de lo más revelador; no me imaginaba a ese chico manteniendo a una familia, fiel a una mujer embarazada. Es más, creía que habría huido al saber que su chica iba a tener un niño, pero no; se había quedado a su lado. No podía evitar imaginármelo muy ilusionado por ser padre y, luego, roto por perder al bebé. Se me estremecía el corazón al pensar en una mujer abandonando a un hombre que estaba destrozado por la pérdida de su hijo. Lo había tenido que pasar fatal. No me extrañaba que no hubiera querido arriesgarse con nadie... Además, una vez que había querido probar suerte, había llegado yo y le había dicho que no, que noche de sexo y que ya veríamos. Creí que él ofrecía sexo a las mujeres y punto. No era así. De ahí que no había querido acostarse conmigo; había temido que, después, yo no me embarcase en una relación seria. Lo malo era que, en esta suposición mía, él me había encasillado en su papel. Tal vez me había visto a mí como la que no iba ser fiel y la que lo iba a hacer sufrir. Nunca se me había ocurrido esa posibilidad. Lo tenía por un cerdo creído y no había sido capaz de ver al hombre. No había querido darle una oportunidad. Me había portado fatal con dos hombres que tenían la pinta de ser fabulosos. Sí que tenía un problema con mis sentimientos hacia ellos. Sin embargo, uno no quería ni verme y el otro había tardado dos meses en dar señales de vida. Y por esa regla de tres, no volvería a tener noticias de él hasta dentro de otros dos meses, eso sin saber si había conocido a alguien allí y se había olvidado definitivamente de mí.

Los días iban pasando rápido. Ángelo seguía sin mirarme, ni mucho menos dirigirme la palabra. Yo estaba tan avergonzada que tampoco sabía cómo iniciar una conversación con él. Además, Pablo había vuelto a irrumpir en mi mente más fuerte que nunca. Su llamada y las revelaciones de David sobre su vida habían hecho que pudiera pensar en él como... como algo más que un profesor ligón. No me parecía justo iniciar un acercamiento a Ángelo en esas condiciones de inseguridad en mí. Independientemente de que lo de Pablo no prosperara, no era justo convertir al italiano en el segundo plato. Debía aclarar antes mis emociones. La que estaba encantada con la nueva situación era María, y no la culpaba.

La representación de *Romeo y Julieta* estuvo muy bien. El profesor me dio la enhorabuena y me ofreció presentarme a una audición para un papel de su próxima obra. El sábado fuimos a ver el

debut de David en el Gran Teatro. Estuvo brillante; todos coincidimos. Bordó su actuación.

Ya quedaba menos para el viaje a Liverpool. Estaba emocionada; el martes partíamos para allá. David me había confirmado que Ángelo no iría; Naturalmente María había declinado la invitación también. No podía soportar que el italiano no fuera a ir por mi causa: decidí que era hora de hablar con él. Le había dado bastante tiempo, y el incidente no estaba ya tan candente.

A la hora de comer, lo vi en la mesa de la cafetería. Estaba solo, y esa era mi oportunidad. Me planté delante de él.

—Tenemos que hablar —le dije seria, con confianza.

—Si te ha costado, ¿no? —Intuí que quería que me hubiera acercado a él antes.

—¿Quieres hacerlo aquí o en otra parte?

Llegó María, se puso a su lado. Ángelo estaba pensando.

—Luego te envío un mensaje. —Me habló con indiferencia.

—Bien.

Sabía que, cuando me diera media vuelta, ella le estaría haciendo un interrogatorio. No gustó verme merodear.

Se iba haciendo de noche, y no tenía noticias de Ángelo. Decidí tomar las riendas de la situación: llamé a David para que me diera el número de habitación del italiano. Estaba dispuesta a presentarme allí y hablar con él. Ese mal rollo entre nosotros debía acabar. La verdad era que lo echaba mucho de menos, pero mi intención no era propiciar un acercamiento; no era justo para él. Pretendía aclarar la situación.

Era la 605. Me puse en camino. Llamé a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Lucía. —Trascurrió un minuto y no tuve contestación. Me puse nerviosa—. Ángelo, sé que estás, te he oído hablar.

Finalmente se decidió a abrir.

—Te he dicho que te enviaría un mensaje. —Estaba distante, muy distante, serio, seco. Volvió a ser el Ángelo, de principio de curso, que no quería saber nada de mí.

—Y yo he decidido venir a hablar. ¿Paso, o hablamos en la puerta? —Se lo estaba pensando. Al final accedió.

—Pasa.

Su habitación era más pequeña que la mía, pero la tenía muy cuca, un poco desastre. Me hizo un gesto para que me sentara en el sofá.

—Bueno, tú dirás.

—No sé por dónde empezar. Supongo que por el principio es una buena fórmula. —Le sonreía, intentaba ser graciosa, pero no estaba nada receptivo.

—Me sorprende que quieras hablar después de tanto tiempo... Imaginaba que ya me habrías

sustituido... —Era lo que yo pensaba que estaba haciendo Pablo conmigo.

—No he venido a hablar de eso.

—¿Ah, no? Entonces, ¿sobre qué?

—Si has decidido no ir a Liverpool por mi culpa, te pido que lo reconsideres. Me sentiría muy mal si fuera así.

—No te creas tan importante... Mi mundo no gira entorno a ti. —Estaba súper enfadado. Creía que le había sentado peor que no hubiera venido a hablar de lo sucedido aquella fatídica noche.

—Ya sé que no soy el centro de tu universo, pero me gustaría que vinieras a Liverpool y, en el caso de no hacerlo, espero que no sea porque yo voy.

—No te preocupes; he decidido no ir y no es por tu culpa. —¡Madre mía!, ¡qué apatía!

—Me alegro de que sea así. En fin, no te molesto más.

Me levanté y fui hacia la puerta. Estaba en la frontera de Gaza, por lo menos. Quería salir de ahí cuanto antes. Estaba enfadadísimo; ese chico tenía más carácter que yo.

—¿Es todo lo que tenías que decir?

—¿Quieres hablar de algo más?

—No sé, tú sabrás.

—Vale, Ángelo, veo que sí quieres...

Me di media vuelta y me volví a sentar en el sofá.

—Es que me parece increíble que fueras capaz de irte sin hablar del tema. Eres de una frialdad increíble.

Me quedé callada. No sabía qué decirle.

—¿Sigues sin decir nada? —Cada vez estaba más irritado.

—¿Qué quieres que diga? —Si era que no tenía excusa, sabía que me iba a machacar.

—Vale, nada. Vete.

—Ángelo, yo... lo siento...

—¿Lo sientes? ¿El qué?

—Todo.

—¡Ah, bueno! Pues, si lo sientes, ya está, todo arreglado... Ya te puedes ir... —Estaba siendo muy irónico.

—No me gusta el tono de esta conversación.

—Lucía, a mí no me gusta que me llamen por otro nombre cuando estoy a punto de acostarme con una persona. ¿Sabes cómo me has hecho sentir? Y no has tenido bastante con hacerme papilla que, encima, te has pasado las últimas semanas como si no hubiera nada entre nosotros.

—No fue a propósito...

—¡Mujer! Faltaría más que lo hubieras hecho con premeditación y alevosía... Ya sería el colmo...

—No seas así...

—¿Así cómo?, ¿una persona con sentimientos?

—No puedo hacer otra cosa que pedirte perdón por un hecho del que no fui consciente.

—Eso es lo peor... Te pregunté acerca de lo que sentías hacia Pablo, y tú...

—No te mentí... no lo sabía.

—¿No lo sabías? ¿Es que ya lo sabes?

—Sigo sin saberlo, por eso no me parece justo... En fin, creo que deberíamos darnos un tiempo...

—¿Estás cortando conmigo?

—No es eso, es que creo que debería averiguar lo que pasa conmigo antes de nada. No quiero hacerte daño.

—Ya me lo has hecho. —Estaba decepcionado conmigo; lo sabía. Me partía el corazón.

—No ha sido mi intención... Lo siento de veras.

—No quiero que te alejes de mí. —Ya no estaba irritado, se puso triste. Su cara cambió.

—Pero si me has dicho que...

—Ya sé lo que he dicho. No quiero que esto acabe así.

—Ángelo, no es justo para mí, ni sobre todo para ti, estar en estas condiciones...

—¡Ah!, claro, cómo no me he dado cuenta antes. Faltan pocas semanas para que vuelva Pablo. Ya te has distraído conmigo, ahora quieres el terreno libre para no sentirte mal... —Utilizó la defensa del perro: cuanto más te atacan, más enseñas los dientes. Pero yo no lo atacué...

—No digas eso... Sabes que no es verdad. No eres justo.

—Ya no sé lo que es verdad y lo que no.

—Sé que te he hecho daño, lo entiendo. Me he puesto en tu lugar y, si me hubiera pasado algo semejante a mí, hubiera estado dando gritos y pataletas... Pero no puedo hacer nada más; es mejor que nos demos un tiempo.

—No quiero un tiempo, Lucía... Quiero arreglar las cosas, que estemos juntos.

—Esto no es un plato que se ha roto... Estábamos a punto de tener una relación íntima y te llamé Pablo. No puedo obviar que eso no pasó. ¿Sabes lo mal que me he sentido yo por haberte hecho sufrir sin querer? ¿Te imaginas lo que ha sido para mí verte cada día y saber que no querías ni mirarme a los ojos por lo que había pasado?

—Lucía, ¿sabes lo que es para mí que me hieran el orgullo y que esa persona no tenga el más mínimo interés en acercarse, ni tan siquiera intente hablarme, un mensaje, una triste llamada?

Conocía esa situación perfectamente... Lo que me acababa de decir me hizo recapacitar. Era justo lo que Pablo me había hecho a mí. Entendía lo difícil que le debió haber resultado coger el teléfono o enviarme un *mail*. ¿Qué iba a decir?, ¿algo así como: «Siento no haberme acostado contigo y que tú no quieras iniciar una relación conmigo porque piensas que soy un cerdo»? Tenía su lógica.

—No sabía qué decirte, no quería enfrentarme a tu ira. Fíjate cómo me estás tratando, a patadas... —Estaba apenada de verlo así.

—Lucía, estoy enfadado y he estado muy enfadado...

—Lo entiendo, lo sé... —Nos quedamos ambos en silencio, mirándonos.

—No quiero darte tiempo...

—¿Y qué quieres?, ¿actuar como si nada hubiera pasado?

—No te alejes de mí. Solo necesito unos días para olvidar...

—Pero yo necesito unos días para pensar... —La tensión explotó. Toda la agonía que había llevado estos días resbaló por mis mejillas; se me escaparon las lágrimas sin querer.

—Lucía, no llores, por favor. Siento haberte hablado así...

—No es por ti, es por mí. No sabes cuánto siento haber provocado esta situación...

—En unos días lo olvidaré, lo sé.

—No es eso. No debí dejarte entrar en mi vida sin saber si estaba sola.

—¿No lo estás? —Estaba serio. Me tenía abrazada. Se levantó del sofá para ponerse de cuclillas delante de mí. Me alzó la cara con sus manos e intentó besarme. Yo me retiré hacia atrás, no estaba preparada.

—No me hagas esto, dame unos días para aclararme.

—Si te dejo marchar, no volverás; lo sé.

—No es justo para ti que yo no conozca mis sentimientos; no puedo hacer eso. Si estoy contigo, quiero saber que es porque eres tú con quien tengo que estar.

Me levanté y fui hacia la puerta. Tenía que salir de ahí. No sabía por cuánto tiempo aguantaría firme en mi decisión. Me dolía en el alma verlo sufrir y no quería caer en la tentación de sentir lástima e iniciar una relación sobre ese sentimiento. No sería justo.

—Espera, Lucía.

—¿Qué?

—Quiero pedirte una cosa.

—Dime.

—Un beso de hasta pronto.

—Está bien. Si me prometes que vendrás a Liverpool.

—No me hagas ir. No podré soportar tenerte cerca y no poder cogerte de la mano y no poder acariciarte ni besarte.

—No me hagas darte un beso y arriesgarme a estar contigo por compasión.

—Te lo prometo. Iré. —Ambos capitulamos.

Se acercó raudo hasta mí. Me cogió las mejillas entre sus manos y me dio uno de los mejores besos que me habían dado. Dulce, pausado. Notaba que él no quería que acabase, pero lo retiré con la mano, sin brusquedad. Debía ser fuerte. Me fui llorando desconsolada. Me odiaba por haberle hecho daño sin querer.

A la mañana siguiente, todo tenía otro color; las cosas se veían desde otro prisma más optimista. Todo lo de Ángelo me tenía absorta. El viaje a Liverpool podría ser una buena medicina para

tanto mal. Mañana nos íbamos en dirección a las británicas, a alojarnos en una casa espectacular. Sentía algo de reparo por haber llevado a mis amigos al apartamento familiar en Dénia. Mi viaje había sido poco para el lujo que nos aguardaba. Aun así y todo, Liverpool no tenía la playa de Dénia y seguro que tampoco la actividad festiva de la ciudad. Imaginaba Liverpool con un aspecto gris y sereno, pero la casa de David, por ser suya, seguro que no sería ni gris ni serena. Estaba convencida de ello.

Pasé el día nerviosa por la semana que nos esperaba. Las clases se hacían desesperantes. Quería adelantar el reloj. No coincidí con el italiano y me preguntaba si cumpliría su promesa de ir. No me parecía bien que fuese a perderse un viaje extraordinario por mi causa.

El aeropuerto estaba muy transitado. El grupo del viaje era más reducido que la otra vez. Luis estaba vetado e Iván tampoco vino. Al final éramos David; Marga; Lola; Daniela; María; Vero y su nuevo ligue, Nicolás; el italiano, quien cumplió su palabra, y yo. Finalmente David no trajo a ninguna pareja. Los problemas con Kevin habían pasado a segundo plano gracias a la aparición de un nuevo amigo, y no se lo trajo a Liverpool porque no quería espantarlo; al menos eso me había comentado.

Cuando bajamos del avión, nos estaban esperando un par de taxis y el chofer de la familia. Desde luego el viaje iba a ser todo un lujo. Típico de David.

Nos dijo que sus padres no estarían. Por lo visto, su padre era un hombre de negocios que viajaba mucho y siempre estaba de vuelta por el mundo con su mujer. Además, su residencia oficial la habían establecido en España para estar más cerca de su único hijo. Parecía ser que era un matrimonio idílico que no se separaba el uno del otro. Lo encontré muy romántico cuando nos los contó David.

La casa era fabulosa. Mitad mansión, mitad museo con dos alturas. Era grande a lo ancho, no a lo alto. Tenía una gran fuente a la entrada, con una rotonda ajardinada frente a la puerta principal de acceso. El recibidor de la casa era espectacular. Había dos escaleras; unas llevaban a los dormitorios y las otras, a la biblioteca y a las habitaciones «museo», con obras de escultura y pictóricas. En la planta de abajo, estaban la cocina, que era inmensa, y el salón principal. También había varias salas que estaban destinadas a los juegos y a las reuniones, en otros tiempos. El comedor era soberbio. La decoración de la casa se alternaba con toques clásicos y modernistas. Ya sabía por qué a David le gustaba tanto el restaurante donde había debutado como bailarina de flamenco; imaginé que, en parte, le recordaba a su casa. He de admitir que los padres de este ricachón tenían muy buen gusto. La combinación que habían hecho en la decoración era espectacular. El arte moderno de los muebles estaba inspirado en lo clásico, pero prevealecía lo actual. Era una mezcla singular.

David nos mostró nuestras habitaciones. No esperaba menos, me sentía una cortesana del siglo XV por lo menos. Una cama con dosel, de nuevo inspirada en lo antiguo pero muy moderna,

blanca; un armario de punta a punta de la habitación, la chimenea en un lateral. ¡Era fabulosa!

Los jardines eran espectaculares. Tenía un laberinto. ¿Qué clase de persona tenía su propio laberinto en su jardín? Una que estaba podrida de dinero. Yo era de familia adinerada, pero eso ya era un despropósito. Comparada con David, yo era de la clase media baja, baja. La verdad era que sabíamos que tenía dinero, pero eso rayaba la obscenidad. Lo más curioso de todo era que nunca nos había dado la impresión de ser el hijo de un pez gordo. Era refinado, se notaba que tenía gusto, pero vivía con sencillez y estaba muy implicado en ONG con labores sociales. Cada vez me gustaba más David. Pensar que se había criado en un ambiente tan adinerado y, pese a todo, que no había perdido el norte era muy alentador. Era una buena persona que no había sucumbido a la tentación del derroche por el derroche. Como era lógico, la casa estaba repleta de empleados. Eso era un hotel para nosotros.

Durante el viaje, Ángelo intentó mantener una relación normal conmigo. Sabía que le estaba costando mucho trabajo; María no se despegaba de él. Yo notaba que estaba muy agobiado. Por una parte, habíamos dejado de salir y, por otra, una pesada quería, por todas, iniciar una relación con él. Tenía motivos más que justificados para sentirse sobrepasado por las circunstancias.

En cuanto deshice las maletas, me fui a dar un paseo por los jardines. Tenía que inspeccionar ese laberinto por mí misma. Esperaba no perderme en él. En la puerta de salida, me topé con David.

—Princesa ¿te gusta mi casita?

—¿Que si gusta? Es preciosa. No tendrás un hermano, ¿verdad?

—Lo siento, gay e hijo único.

—Lástima.

—¿A dónde vas?

—Voy a dar una vuelta para admirar los parajes ingleses.

—Te acompaño, no quiero que tengas la tentación de entrar en el laberinto y te perdamos para siempre. Seré tu guía.

—Vamos. Por cierto, tu casa es perfecta para celebrar un baile como el que le hicieron a Pablo por su despedida. Me imagino bailando aquí hasta altas horas de la noche, con la música de cámara y los nobles del pueblo entablando relaciones de negocio.

—Mucho *Orgullo y prejuicio* has visto tú. Pero, en la antigüedad, mis tatarabuelos daban unas fiestas preciosas. Una cosa: ahora, que has sacado el tema de la fiesta de Pablo, ¿nunca te has preguntado por qué montó una despedida tan cursi?

—No, lo cierto es que di por supuesto que, en el centro, se hacían grandes eventos como ese, sin más.

—Estás equivocada. Pablo quiso orientar así su fiesta por ti.

—¡Jajaja! No te creo ni una palabra. —Me sentía halagada con esa revelación.

—Entre las cualidades de Pablo, la sencillez no tiene cabida. Cuando se le antoja algo, no mira pelo. Ya te habrás dado cuenta de lo cabezota que es.

—Pero ¿qué tiene que ver la fiesta conmigo? —Estaba extrañadísima.

—Según tengo entendido... —A David le encantaba dárselas de saberlo todo—... te vio durante una clase de baile clásico.

—¿Me vio qué?

—Pues bailando. No será jugando al póquer, chica. Pues te vio y se le antojó bailar el vals contigo.

—No te creo nada. —Mi autoestima subió como la espuma.

—Es verdad. Cuando la dirección le preguntó por el tipo de despedida que le iban a hacer, lo vio claro. Una fiesta de época era la manera de intentar bailar contigo.

—Me estás dejando sin palabras. Pero si bailo muy mal los clásicos.

—No es lo que él dice. —Estaba de lo más divertido contándome cosas que yo no sabía.

—Me parece increíble.

—Pues aún hay más.

—¿Más?

—Sí, se lamentó y mucho cuando le conté que no tenías pensamiento de ir de chica de la época, con el típico traje de María Antonieta. —David lo sabía porque nos había ayudado a Vero y a mí a elegir la vestimenta que hubimos alquilado.

—Le chivaste que iría con pantalones.

—Sí y no le gustó nada, se enfadó muchísimo. Le habías fastidiado la fantasía.

—No sabes cómo lo siento. —Sabía que estaba ironizando.

—No te preocupes. Cuando vio el disfracito que te pusiste, agradeció que no fueras de María Antonieta.

—¿Por?

—Palabras textuales tuyas: «¡Cómo me pone la ropa que lleva!».

—Ya será menos.

—Nooo. Se quedó de piedra cuando te vio aparecer tan moderna y con el cuero. Lo único que no le gusta es que lleves el pelo recogido. Dice que estás más guapa con el pelo largo y suelto.

—Pues tengo una mala noticia.

—¿Cuál? —Estaba muy intrigado.

—Me lo voy a cortar muy corto. De hecho, quiero que me acompañes a una peluquería esta misma tarde.

—Yo, si fuera tú, no me lo cortaría, pero seguro que estás guapa. Eso está hecho.

Hacía tiempo que estaba pensando en cambiar de imagen. Me apetecía hacerme unas mechas claras para parecer más castaña que morena. El corte que había pensado hacerme era corto,

bastante corto. Me dejaría una capa de media melena, pero con la nuca despejada. Estaba decidida a ello. Esa misma tarde cambié de pelo con la ayuda de David.

Al principio me veía diferente, pero me había quitado un gran peso de encima. Estaba más moderna que con el pelo largo, con un aire más desenfadado. Me había hecho un corte muy atrevido. David estaba encantado; decía que, como había perdido peso, la cara no la tenía tan redonda y el pelo corto me estilizaba más que el largo. Yo estaba entusiasmada. El italiano no tardó en opinar. No le gustaba nada, se lamentó que me lo hubiera cortado.

María estaba que se subía por las paredes al ver que mi cambio de aspecto había suscitado tanto interés entre el grupo, pero disfrutó mucho cuando Ángelo dijo que no le gustaba. Los días siguientes ella aparecería con su melena larga rubia al viento, con la esperanza de llamar la atención del italiano.

David era un guía fabuloso. Nos llevó a todos los restaurantes de la zona y a todos los *pubs*. Los tres primeros días fueron de fiesta por la noche y de relax por la mañana. Íbamos a todas partes en taxi, por lo que podíamos tomar una copa sin miedo. Ángelo intentaba acercarse a mí, pero David estaba rápido y me protegía. Creí que el italiano le estaba cogiendo manía por no dejarlo actuar. Además, María estaba desesperada porque sus intentos por cautivar a Ángelo caían en saco roto. Vero estaba sumergida en una luna de miel con su nuevo amor; ellos estaban en otro plan más dulce y empalagoso. Marga, Daniela y Lola tenían mucha marcha, demasiada... Daniela no se había traído a su chica y se sentía liberada para disfrutar del momento, igual que las otras dos, a las que tampoco les faltaron pretendientes.

Nos solíamos acostar a las cinco o seis de la mañana. Al tercer día el móvil me despertó. Lo oí vibrar; casi siempre lo llevaba en vibración. Miré la hora y eran poco más de las nueve. Quería dormir. Pensé que sería mi familia para preguntar qué tal iba el viaje... pero me equivoqué.

—Lucía, no cuelgues. —Me acababa de acostar y estaba muerta de sueño, no tenía ni idea de quién era.

—¿Quién es?

—Soy Pablo. —No podía ser verdad. Mi subconsciente sí comprendía quién estaba al otro lado del teléfono. Mi razón no.

—No es un buen momento; me acabo de acostar. Llámame más tarde.

Colgué el teléfono. Realmente no caí en la cuenta de con quién había acabado de hablar. Tenía mucho sueño y mi cerebro no comprendió quién era hasta horas más tarde. Me volví a dormir de inmediato.

Cuando me desperté, vi que tenía el móvil en la mano. No recordé nada al principio. Pasados cinco minutos me di cuenta de que había tenido un sueño raro, en el que Pablo me llamaba y yo le colgaba. Al revisar las llamadas recibidas, comprendí que era una realidad. Su llamada estaba ahí a las nueve pasadas. ¿Qué querría de mí? Todavía estaba pensando una respuesta cuando llamaron

a mi puerta. Era David.

—Lucía, ¿estás despierta?

—Sí, pasa.

»David me ha pasado una cosa curiosa.

—¿Ah, sí?

—Me llamó Pablo. Tenía sueño y le colgué. No ha sido hasta hace unos instantes cuando he tomado conciencia de dicha llamada.

—De eso venía a hablarte.

—¿De Pablo?

—Está viniendo hacia aquí.

—¿Qué dices? —Ojos como platos.

—Después que tú le colgaras, me despertó a mí y yo no le colgué, como tú.

—Pero ¿viene aquí? —Me desperté del todo y estaba temblando. No sabía si era por el terror de verlo o de la emoción.

—Espera y te cuento. Por lo visto, fue a tu habitación a buscarte; no estabas. Se fue a la mía; lógicamente, tampoco estaba. Te llamó y, después, a mí. Me preguntó dónde estaba yo, y le dije que en mi casa, en Liverpool. Entonces quiso saber sobre tu paradero, y le contesté que era el mismo que el mío. Me dijo que se cogería un vuelo y se vendría.

—No lo entiendo. Pero ¿dónde está él ahora?

—Imagino que subido al avión ya. No tardará mucho en venir.

—¿Y dónde estaba antes de subir al avión?

—En nuestro querido y prestigioso centro, en Madrid.

—¿Qué pasó con Alemania?

—Eso le pregunté yo. Me comentó que el equipo tiene unos días de descanso y aprovechó para volver a resolver asuntos pendientes. Esos asuntos deben ser tú, porque lo primero que ha hecho es ir a buscarte a tu habitación.

—Es decir, en dos meses, no da señales de vida, ni *mail* ni llamada, y ahora se presenta aquí de repente...

—Mujer, te llamó dos veces y le colgaste las dos. Imagino que intuye que la única forma de hablar contigo es cara a cara.

—En dos meses me ha llamado dos veces, y te recuerdo que no ha sido hace mucho. ¡Madre mía! Está viniendo y el italiano aquí. Yo de la habitación no salgo. Pero ¿a qué viene?, ¿qué quiere? Joder, no había momento más inoportuno. Tiene un radar; te lo juro.

David sabía que me estaba poniendo de los nervios. Cada vez estaba más histérica. Estaba a punto de darme un ataque de ansiedad. Cuando lo viera el italiano, se podría armar una bien gorda. David trató de tranquilizarme.

—Tranquila, Lucía, no pasará nada.

—La culpa es tuya. ¿Para qué le dices que estamos en Liverpool?

—¿Cómo iba a saber yo que estaba en Madrid y que se vendría?
—David, pero ¿qué quiere?, ¿a qué viene?
—A verme a mí seguro que no.
—Yo me voy, no me puedo quedar.
—Lucía, que no tienes trece años. ¡Por favor! ¿Cómo vas a huir de un tío?, ¿estás loca?
—Da igual, no estoy preparada para esto. Es que no sé qué me va a decir...
—Lucía, me vas a hacer darte un bofetón. Reacciona ya, que eres una mujer hecha y derecha...
—En esos momentos la mujer adulta salió o estaba fuera de cobertura.
—Tienes razón. ¡No!, no quiero reaccionar. Me quiero ir, no quiero verlo, ¡no!
—Princesa, te lo digo en serio: basta de niñerías ¡ya! Me estás defraudando y poniendo nervioso. Vamos, ve a ducharte y a desayunar. Con la barriga llena, lo verás todo mejor. Anda, flaca, baja a desayunar...
Caí en la cuenta de que se lo tenía que decir a Ángelo.
—¿Le has dicho a alguien que Pablo viene?
—No.
—¿Cuánto hace que hablaste con él?
—Ya hace unas horas. No creo que tarde demasiado en llegar.
—¿Por qué no me lo dijiste antes? Nada más acabaste de hablar con él.
—Porque necesitabas dormir, igual que yo.
—Tengo que hablar con el italiano antes de que venga Pablo.
—Me imagino. Dúchate y baja a desayunar. No le des más vueltas. No te voy a dejar huir de aquí.

David tenía razón: tenía que tranquilizarme. Igual venía a cerrar un capítulo. Me lo imaginaba diciéndome: «Lucía, tenía que decirte esto en persona. He conocido a alguien y no quiero que sufras pensando en mí...». La frase que se repetía en mi cabeza era la siguiente: «¿Qué querrá?, ¿qué querrá?». Tenía que hablar con el italiano lo más pronto posible.

Al salir de la ducha, un nuevo dilema: ¿qué me ponía? Estaba deseando arreglarme y sentirme muy guapa. Si vino a despedirse, que supiera lo que se perdía. Pero, por otro lado, podía imaginarse que me había vestido para impresionarlo, y eso no me convenía. Opté por una combinación neutra: pantalón corto y un suéter de tirante normal. Discreta pero mona. El pelo bien hecho: un poco de espuma y los mechones de delante planchados. La rayita en el ojo y brillo de labios. Iba coqueta, sin llamar demasiado la atención. Esos días había ido bastante más arreglada que de costumbre; no creía que los demás pensarán que me había vestido para recibir a Pablo.

Tenía ganas de echar a correr, de volver al centro y encerrarme en mi habitación. Tarde o temprano me tendría que enfrentar a Pablo, pero no pensaba que iba a ser tan pronto, y menos en esas circunstancias.

Otra vez recordé que tenía que buscar al italiano. No sabía cuánto tiempo quedaría hasta que apareciera mister Increíble. ¡Vaya!, me acababa de dar cuenta de que hacía tiempo que no lo llamaba así. Mi subconsciente se había emocionado con ese mote. Se puso a recordar la última noche que había estado con él, en la que me había dejado humillada y desecha.

Entré a la cocina y cogí unas magdalenas. Oían muy bien, estaban recién hechas. Miré por la ventana y vi que Ángelo estaba en el jardín con su inseparable María. No sabía cómo la aguantaba; yo estaría de los nervios si tuviera a alguien siempre pegado a mí. Decidí ir a buscarlos.

—Hola, chicos ¿qué hacéis? —Ángelo se extrañó al verme. Esos días no le había hecho mucho caso; había estado con David, prácticamente, seguido.

—Buenos días, Lucía, pensábamos que estarías durmiendo... Como David te tuvo que acostar porque no podías ni moverte...

María era cada vez más incordio. Estaba dando a entender que igual me había acostado con David. Ella no sabía que él era gay, pero el italiano sí, y vi que se sonrió y pilló la intención inútil de María. Ni le contesté, fui a lo mío.

—Ángelo, me preguntaba si querrías dar una vuelta conmigo. —El italiano estaba muy gratamente sorprendido.

—Sí, claro. Hasta luego, María.

María se quedó planchada. No le dimos tiempo a pensar ni a que dijera alguna de sus impertinencias. Nos alejamos rápido por si acaso se le ocurría apuntarse.

—De repente quieres pasear conmigo... ¿y tu escudero lo permite? —Evidentemente se refería a David; esos días no nos había dejado ni un minuto. Yo sabía que el italiano estaba enfurruñado por eso.

—Te dije que necesitaba tiempo.

—¿Me vas a dar una buena noticia? —Estaba intrigado y me hizo una sonrisa picarona. Me encantaba su hoyuelo de la barbilla y se me había olvidado el tono de su voz y lo agradable que se ponía cuando estábamos solos. Me di cuenta de que lo echaba de menos.

—Más bien todo lo contrario.

—¿Qué pasa? —La cara le volvió a cambiar. Torció el ceño.

—David y Pablo son amigos...

—Me extrañaba que el nombre de Pablo no saliera... Le tengo una tiña a ese nombrecito, que ni te imaginas... —me interrumpió, y lo que le iba a acabar de decir le iba a sentar peor aún.

—Ángelo, quería que fueras el primero en saber que...

—¿Que Pablo va a venir?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Está en la puerta, justo a trescientos metros de nosotros, detrás de ti. —Me quedé helada.

—Llamó a David, se apuntó a venir y... —No quería que se hubiera enterado así.

—Lucía, no te molestes...

El italiano dio un suspiro de desesperación y se fue en dirección a la casa. No dijo nada, pero su cara me explicó lo que sentía. No estaba enfadado, estaba triste; eso me dolía más.

Yo no me di ni la vuelta, no quería ni ver a Pablo. Estaba nerviosa y no sabía qué hacer ni cómo actuar. Decidí ir a dar un paseo por el jardín y los alrededores. Me enfrentaría a él luego.

Mi corazón iba a mil por hora. Mi subconsciente quería que eligiera a uno de los dos ya. Mi sensatez lo paró. Tal vez Pablo estaba ahí para decirme que siguiera con mi vida. Pero, si era así, ¿el italiano era mi opción? No entendía qué me pasaba. Lo mejor sería saber lo que había traído a Pablo hasta ahí. No podía escapar de él siempre... En algún momento, tendría que regresar a la casa. Me vibró el móvil. Era un mensaje de David, y decía: «Lucía, vuelve de donde estés. Se está armando la de Dios».

Capítulo 10

...MÁS BRONCAS

—¿Tú qué haces por Liverpool? Te hacía en Alemania. Tenías que estar allí dos meses más, ¿no?

—Sí, tenía unos días de vacaciones y David me comentó que estaba con un grupo de amigos en su casa: decidí apuntarme. Además, tengo un par de cosas que resolver aquí...

—¿Cosas que resolver?

—Sí, un detalle que me tiene obsesionado. No es nada; no quiero aburrirte con mi vida.

—No, si no me aburres. Estoy muy interesado en averiguar lo que te trae por aquí.

—¿Y a ti que más te da lo que me traiga por aquí? David es mi amigo, me ha invitado, he venido y punto.

—Te equivocas. Y punto, nada.

—Mira, chaval... No sé qué te pasa, pero no me interesa.

—Me pasa algo llamado Lucía.

—¡Ah! Ahora empiezo a comprender. ¿Qué pasa con Lucía? —Sonrisa desafiante en el rostro.

—No sé, dímelo tú.

—Te repito que no es cosa tuya.

—Ya está bien. Déjate de chorradas; no soy una de las colegialas a las que intentas llevarte a la cama.

—Eso tampoco es cosa tuya.

—Eso no, pero Lucía sí.

—¿Desde cuándo Lucía es cosa tuya?

—Desde que la rechazaste y te fuiste a Alemania.

—No estás bien informado. En ningún momento la rechacé. —Estaba muy divertido con la situación, de ver que su rival estaba tan enfadado por haber aparecido en escena.

—No es lo que tengo entendido y lo sé porque me lo ha contado la propia Lucía. —Tenía las manos cerradas en un puño; estaba muy enfadado de ver que estaba invadiendo su territorio.

—Tal vez ella lo recuerde mal y de ahí la confusión. Te confieso que estoy intrigado. Pareces estar al tanto de mis asuntos con Lucía, pero me pregunto por qué yo no conozco los tuyos con

ella. Dudo que seas una persona importante en su vida; de otro modo, me habrían hablado de tu existencia. —No temía a su rival; era un hombre seguro de sí mismo. No mostraba ni un ápice de temor, estaba muy tranquilo.

—Soy el tío con el que sale.

—¡Ah! Bueno, entonces, no eres nadie. —Una vez más le demostró que no le temía.

—No tienes derecho a plantarte aquí ahora. No sé tus intenciones, pero deberías dejar en paz a Lucía de una vez por todas. —Estaba fuera de sus casillas, no soportaba su chulería e indiferencia hacia él.

—Como te he dicho anteriormente, mi estancia aquí no te concierne.

—Pero ¿tú qué coño te crees?, ¿Dios o qué? Te piensas que todas caen rendidas a tus pies. ¿No te cansas de joderles la vida a todas las tías con las que estás? ¿Eso es ser un hombre?

Para Pablo la conversación había terminado. Se dispuso a dar media vuelta. Ángelo estaba eufórico y muy enfadado. No se lo pensó ni un segundo: se abalanzó sobre él y lo agarró por el cuello de la camisa. Pablo trató de defenderse. Los dos se tenían cogidos. La escena y los gritos de ambos atrajeron la atención de todo el grupo de amigos.

—¡Parad, parad! Pero ¿qué hacéis? —No tenía bastantes piernas para correr al ver a Pablo y a Ángelo zarandearse.

—Chicos, basta ya. ¿Qué coño os pasa? —intervino David.

Me faltó tiempo para llegar; estaba alucinando con la estampa navideña... Ángelo encaró a Pablo después de haberme dejado a mí.

—Pablo, Ángelo, ya basta. No estamos en la edad media. ¡Por favor! —Tenía ganas de soltar a la maestra que llevaba dentro para darles una buena reprimenda y castigarlos cara a la pared.

—Lucía, no me puedo creer que este tipo provoque en ti el más mínimo sentimiento. Es una mierda. —Ángelo lo soltó y se metió en la casa.

—No soy de los que pierde el tiempo con chavales malcriados. —Pablo no estaba nada alterado. La situación no había hecho más que divertirlo; su sonrisa, que no había perdido durante todo el numerito, lo revelaba.

Pablo estaba de pie, con las maletas en el suelo. El italiano no lo había dejado ni entrar en la casa. David se lo llevó hacia adentro. Ángelo estaba como loco, pero él mantenía una calma increíblemente. Con la discusión y todo, no pudo remediar pasarme revista; veía cómo me examinaba. Se dio cuenta del corte de mi pelo; lo tenía delante observándome detenidamente. Había de confesar que Pablo me fascinaba. Su comportamiento, su temple. Me parecía que no era de los que se asustaba y perdía fácilmente los nervios. Estaba igual que como lo recordaba, seguía siendo un dios viviente; pero estaba enfadada por la situación que habían protagonizado ambos. No tenía todos los detalles, pero no era difícil vislumbrar que yo había sido el motivo.

El resto del grupo estaba sorprendido por la escena, pero no se extrañó por lo sucedido; también sospechaban que yo tenía algo que ver. Las aguas volvieron a su cauce. Decidí no ponerme a tiro de las preguntas y miradas de mis compañeros, y opté por perderme. El mejor sitio

para ello era el laberinto del jardín. Ya me enfrentaría a Pablo en otro momento, ahora no me apetecía.

La situación vivida entre los dos machos ibéricos no me había alabado en absoluto; me había molestado y mucho. Estaba incómoda; no sabía lo que vendría a continuación, pero no sería bonito. ¿Qué habría motivado esa discusión? De nuevo me vibró el móvil; esa vez me llamaba David.

—¿Qué pasa, David?

—Lucía, ¿estás bien?

—Avergonzada de haber visto el comportamiento de estos dos cromañones. ¿Qué pasó?

—Se pelearon por ti, y no me preguntes cómo lo sé, porque los gritos se oían por toda la casa.

—Yo no oí nada.

—Los teníamos cerca, mujer. Te llamé porque Pablo te ha visto por la ventana, en el laberinto, y va hacia ti. Se extrañó de que no le hayas dicho ni «Hola».

—¿Viene? Pues tengo que huir.

—Espera... Ha hecho un alto en el camino. Tu amiga María está con él. Igual te lo quiere quitar, como venganza por lo del italiano.

—No bromees, David; no estoy para risas.

—Bueno, pues no sé qué querrá de, él pero ahí está hablándole. Yo ya he cumplido averiguando que estás bien, princesa. Suerte con lo que venga. *Ciao*. —Utilizó el italiano para burlarse de mí; lo sabía.

—Adiós.

A los pocos minutos de colgar el teléfono, Pablo vino hacia a mí. Iba sereno, tranquilo. Seguía imponente; decir que era guapo era quedarse corta. Según se acercaba, noté que mi subconsciente se asomaba para evaluarlo. Había olvidado la profundidad de sus ojos verdes. Seguía con un cuerpo de escándalo. Su vestimenta era elegante: un pantalón gris largo, con una camisa de hilo. Lo favorecía muchísimo. No estaba muy moreno; suponía que en Alemania no había tanto sol como en España.

Estaba nerviosa, pero no iba a darle el placer de que lo notara. Me puse seria. No hablaba, esperaba a que él comenzara la conversación. Había de hacerle comprender que su comportamiento no había sido nada civilizado.

—Siempre rodeada de fans. Desde el principio sabía que iba a tener competencia. ¿Damos un paseo y charlamos? —Me dedicó una de sus sonrisas tiernas. Tenía una boca preciosa. Hacía tiempo que no lo veía y me estremecí al recordar aquella casi noche de sexo, pasión y lujuria. Todavía podía sentir su lengua en mi garganta, su sabor a regaliz y sus brazos apartándome para rechazarme. Me dolía pensar en aquello.

—Has hecho muchos kilómetros para pasear y charlar, además de para pelarte. —Estaba a la

defensiva. Volvía a tener la personalidad que le había mostrado durante nuestra charla, en su sesión de tutorías.

—Lucía, verte siempre vale la pena, aunque solo sea para pasear y charlar. Estás muy guapa con el pelo corto; me encanta. Y por la discusión, no te preocupes; no ha sido nada.

—Ya empezamos con las chorradas.

—Y tú ya empiezas a fascinarme.

—Ahora tocan los juegos. —Suspiré de desesperación.

—Había olvidado tus suspiros. Me siguen gustando.

—¿Qué quieres, Pablo?

—Ya te lo he dicho... Charlar y pasear.

—Déjate de juegos, ¿a qué has venido? —Me puse frenética, quería saber ya el motivo de su visita.

—A verte. Estaba preocupado por ti.

—Estoy bien. Despreocúpate. Podrías haber salido de dudas con una llamada.

—Lo intenté, pero siempre me colgabas. —¿Siempre? Habían sido, exclusivamente, dos veces.

—Pues, haberle preguntado a David.

—Siempre le pregunto.

—Entonces, sabrás que no tenías de qué preocuparte.

—Su última conversación no fue para despreocuparme.

—Vale, pues ya te digo que estoy bien. Tu duda está resuelta.

—Por cierto, gracias por preguntar si yo estoy bien. Lo estoy.

—Tú tienes la cara muy dura.

—No te sigo...

—Ya está bien. Hablemos claro. —Tenía ganas de gritarle. Había estado dos meses fuera y venía a verme como si nada. Desde luego el carácter no le había cambiado en absoluto; seguía prepotente, además de imponente.

—A eso he venido, nena.

—Bueno, pues empezaré yo a hablar clarito. Te recuerdo que me dejaste tirada, humillada. Te supliqué pasar la noche contigo y saliste por la puerta, aunque te avisé que la cosa no acabaría bien, y aun así te fuiste. No bastante con dejarme tirada, no te dignaste a llamarme, ni un *mail*. ¡Ah, sí! Perdona, recibí dos llamadas miserables. ¡En dos meses! Ahora te presentas aquí y ¿qué esperas?, ¿que caiga rendida a tus brazos? ¿Qué coño te has pensado?

—No te humillé, te pedí compromiso; me lo negaste. Ahora sé por qué. Además, el que debería estar ofendido soy yo, no tú.

—¿Ofendido, tú?

—¿Te ha dado ese chaval tu noche de sexo, pasión y lujuria? —Comenzaba a estar enfadado. Su tono de voz era más grave; no gritaba, se contenía.

—¿Y a ti en Alemania?

—¿No vas a contestar?

—¿Y tú?

—Lucía, contesta.

—No es asunto tuyo.

—Veo que sí, ¡eh! —Hizo una pausa y vi la tristeza en su rostro por lo que estaba imaginando. A mí, verlo en mi mente con otra chica también me ponía muy celosa.

—¿Por qué has venido? ¿Qué quieres?

—He venido por ti, pero creo que he llegado tarde o que no eres lo que me pensaba.

—Estoy harta de tus acertijos y juegos; harta de no saber de qué hablas, de tener que interpretar lo que dices. No quiero jugar más.

—Te pedí que me esperaras cuatro meses.

—¿Cuándo?

—La noche más dura de mi vida. La noche que tuve que luchar, con todas mis fuerzas, para no acostarme contigo, porque estaba harto de mi vida sentimental. Quería iniciar una relación, apenas recuerdo lo que es tener una compañera. No quería solo sexo contigo, quería más.

—Te ibas cuatro meses. Te pedí que pasaras la noche conmigo. No sé nada de ti en dos meses, ¿y se supone que me has jurado amor eterno y que tenía que esperarte, además, con los brazos abiertos?

—Sabías que volvería y no has podido o no has querido esperarme. Lo que nunca imaginé era que la situación fuera tan grave... David nunca me hizo sospechar...

—¿Situación grave?, ¿a qué llamas tú situación grave?

—Al chaval.

—¿Qué?

—Hablé mucho por teléfono con David. A través de él, sabía cómo estabas y, pensaba, también lo que hacías, por lo que mi siguiente parada será regañarlo por ocultarme información.

—Tú y David, y David y tú. ¿Por qué no me llamaste a mí? Me hiciste creer que ya no te importaba. Tu indiferencia era evidente.

—Nunca te fuiste de mi cabeza. Esa noche. Tus manos, tus pechos contra mí. Tú encima de mí. Llevo dos meses mortificándome por haberte dejado escapar y no haber hecho el amor contigo. ¿Llamarte? ¿Qué te iba a decir?: «Lucía, estoy a mil kilómetros de ti, no puedo dejar de pensar en ti. Me has hechizado; no quiero estar con ninguna otra que no seas tú nunca». ¿Qué hubieras contestado tú? ¡Ah, sí! Hubieras dicho: «No puedo estar contigo, no me fio de ti. Eres un cerdo; no puedo comprometerme...». Eso en el caso de que no me hubieras colgado el teléfono, claro. Lo que trato de decirte, Lucía, es que te he echado de menos, muchísimo. Tengo ganas de besarte y abrazarte y no dejarte escapar nunca. No tuve ningún otro momento para venir a verte. Este es el primer descanso que le doy al equipo, y ni me lo pensé...: fui a buscarte a tu habitación. Cuando vi que no estabas, me volví loco, pero ahora también estoy enfadado contigo.

—¿Enfadado?

—Sí. El chaval que te dio tu noche especial, o tu novio; no tuve tiempo de averiguar... Por si no te diste cuenta, tuve que lidiar con él nada más bajar del taxi. Si hubiera llegado a saber, en ese momento, que había sido él el de la noche, lo hubiera matado allí mismo.

—¿Cómo estás tan seguro de que tuve una noche pasional con él? No lo entiendo.

—Una compañera tuya me enseñó una foto muy ilustrativa en la que os estabais comiendo la boca en un banquito de la calle. —Debió haber sido momentos antes de la fallida noche de sexo con el italiano. La bruja de María había tenido la sangre fría de guardarse una prueba del delito... Mala víbora.

—¿Qué dices? —María siempre estaba en medio de mi vida. Esa tía era lo peor, no sabía qué hacer para quitarme de en medio con Ángelo.

—Lo que acabas de oír, por lo que de nuevo te repito que no sé si coger mi equipaje e irme porque no vales la pena, o quedarme y averiguar más cosas.

—Haz lo que tengas que hacer.

—También había olvidado lo mucho que me fascinas. Te encuentro divertida; me desconciertas. A estas alturas te imaginaba suplicándome perdón por no haberme esperado y diciendo algo como: «Por favor, te ruego que no te vayas». Pero tú no eres así. Mi vanidad no va a tener suerte y no vas a suplicarme.

—¡No!, lo siento —Ironía—. Pero esto no va a acabar conmigo suplicándote nada. La última vez que lo hice, salí escocida.

—Por eso sigo aquí. No puedes imaginarte las ganas que tengo de romper algo, de gritar. Lo celoso que estoy en estos momentos. Me pone de los nervios que no me cuentes nada. —Trataba de seguir una conversación apática conmigo, pero sabía que estaba histérico; lo notaba en sus gestos.

—¿Cómo se supone que debo estar yo? ¿Qué hay de tus aventuras en Alemania?

—No hay, Lucía. Si las hubiese habido, no hubiera estado aquí diciéndote que sigo loco por ti.

Era la primera vez que esa frase me dio ganas de desmayarme. Ese dios todopoderoso ya no se andaba por las ramas con juegos y acertijos. ¡Madre mía! Mi subconsciente me decía que me quedara con él, que le debía una noche de sexo, lujuria y pasión.

—Pablo... Es complicado...

—No empieces, Lucía... No puedo desnudar más mi corazón para que lo veas. No me lo rompas. Tu existencia será más fácil si pones un Pablo en tu vida... Te lo aseguro. —Se me resquebrajaba el alma por las cosas que me estaba diciendo, y vi que sabía que tenía una frase dedicada a él que circulaba por el centro.

—¿Romperte el corazón?

—El chaval de la entrada. Te digo que me muero de celos, y te quedas callada sin contarme nada. No me sacas de dudas; parece que te divierte mortificarme.

—No tuve ninguna noche de sexo, pasión y lujuria, si es eso lo que quieres saber.

—¿Y el beso que me enseñaron en foto?

—Eso sí.

—¿Por qué?

—Porque te fuiste; me sentí humillada. Él se acercó; yo era vulnerable. Me ofreció cariño, y estaba segura de que tú ya... de que tú ya...

—No te quería.

—¿Me has querido alguna vez?

—Siempre, Lucía. Desde la primera vez que entraste por la puerta con tus padres y tu hermano.

—Me cuesta creerlo, Pablo... —¡Madre mía!, se acordaba de ese día. ¿Ya me habría echado el ojo ahí? Mi moral subía como la espuma.

—La culpa es de tus ojos, de tu actitud. Hasta el momento nadie me había dicho que no. No caíste en mis juegos, y eso me dio qué pensar. He de confesarte que mis intenciones contigo no eran honestas al principio. Tu indiferencia, tu negación a mis halagos, ¡tú! Al poco tiempo supe que eras tú. Debías ser tú la que me devolviera la fe en el romanticismo. ¿Qué hay del chaval?

—Se llama Ángelo, y me gusta.

—¿Qué sois? —Estaba preocupado; lo sabía.

—Ahora amigos.

—¿En qué punto estamos tú y yo?

Se desesperó. Sabía lo que quería oír, pero no podía decírselo. No sabía lo que quería, estaba hecha un lío. Me estaba haciendo un interrogatorio; era típico de él.

—No lo sé.

—Te haré una pregunta más fácil. ¿Qué sientes por mí?

—Siento algo, lo sé. Pero por él también.

—¿Cómo sabes que por él sientes algo?

—Porque, durante estas semanas, en las que hemos sido solo amigos, lo he echado mucho de menos y tengo ganas de besarlo.

Cerró los ojos y suspiró; sabía que lo había herido, pero seguía sereno. Noté que no dudaba de él ni un instante.

—¿Cómo sabes que sientes algo por mí?

—Porque te he echado de menos. Y mi noche de sexo, pasión y lujuria con él se abortó porque mi subconsciente dijo tu nombre en alto, y supe que estabas y que nunca te habías ido...

—¡Vaya! Lamento que hayas intentado acostarte con él, pero me encanta saber que no pudiste porque estás enamorada de mí.

—Yo no he dicho eso.

—Tú no; lo dejó bien claro tu subconsciente aquella errada noche de pasión.

—Necesito tiempo.

—Prométeme que me esperarás. He adelantado mi regreso; los alemanes no me necesitan dos meses, sino solo cuatro semanas. Estuve trabajando muy duro con ellos para volver lo antes posible. Ese el motivo por el que no pude venir antes a verte. Los hice trabajar hasta dejarlos

agotados. Quise llamarte, oír tu voz tantas veces. No sabía qué decirte y, si me hubieras pedido que volviera, lo habría dejado todo. Soy un hombre de compromiso y no podía arriesgarme a dejar a un lado el contrato con el equipo germano. No hubiera estado bien; mi reputación hubiera caído.

—¿Tu reputación? —¿Pillarías que estaba haciendo un doble juego de palabras?

—La laboral... No seas mala, nena. —Sí, lo pilló, pero no me gustaba que me llamara «nena»; yo usaba el «nene» de forma despectiva. Y no me sorprendía esa revelación; David ya había claro, en una de sus conversaciones sobre Pablo, que cuando comenzaba algo lo llevaba hasta el final. Me resultaba raro que Pablo fuera así. Yo lo había imaginado tan sumamente diferente que me sentía fatal por haberle colocado una etiqueta falsa. Pero todavía estaba el asunto del italiano. Los dos me hacían sentir mariposas en el estómago.

—Voy a necesitar tiempo

—¿Tiempo para qué?

—Para decidir lo que quiero.

—Yo ya sé lo que quieres.

—¿Y si no eres tú y es él?

—Lucía, siempre he sido yo, y lo acabarás averiguando. Tengo tiempo; no te preocupes. —Su confianza me desconcertaba; estaba tan seguro de él mismo que me hacía dudar de mis propios sentimientos.

—Pablo, no lo sé... Necesito tiempo para darme cuenta por mí misma... No sé...

No me dejó terminar la frase. Se abalanzó sobre mí y me comió los labios como un loco. Me había echado de menos, me lo estaba demostrando. Mi lengua buscó la suya desesperadamente. Me abrazó; no pude evitar abrazarlo mientras le devolvía el beso. Ciertamente, sí es mister Increíble. Ángelo volvió a mi mente. No debería besar a Pablo, todavía no sabía lo que quería. Me separé de sus brazos, muy a mi pesar. Los besos del italiano se paseaban por mi mente. Estaba muy confundida.

—Pablo, necesito tiempo...

Mister Increíble se resignó. Le costó, pero aceptó mi petición. No era de los que dejaban salirse a los demás con la suya. No tenía otra opción. Suponía que el beso era una baza que tenía bajo la manga, pero no surtió el efecto que había deseado. Oí que suspiraba.

—Espero que no tardes en darte cuenta de que soy yo...

Me alejé de él, tenía que salir de su lado pronto. Mi subconsciente me podía volver a jugar una malísima pasada; volvería a caer derrotada ante semejante hombre. Admiraba su seguridad. Yo era muy testaruda, con una fuerza de voluntad casi inquebrantable, pero él me desconcertaba por completo.

Había un taxi en la puerta. Tenía una corazonada: sabía que el italiano se marchaba. Lo entendían.

Había tenido que esperarme tiempo y, cuando hubo creído que me tenía, había dicho otro nombre. Me había costado trabajo convencerlo de venir a Liverpool y, cuando lo hube conseguido, había aparecido Pablo en carne y hueso. Ángelo debía estar destrozado; yo lo estaría en su lugar. Me sentía mal conmigo misma, yo era la causa de su padecer.

Efectivamente, llevaba las maletas en la mano. Sorprendentemente, María no lo acompañaba.

—Ángelo... —No sabía qué decirle.

—¿Has tomado una decisión? —La indiferencia que me había transmitido al principio de curso no era nada comparada con esa.

—¿Sobre qué?

—Él o yo.

—No.

—No me quedaré bajo el mismo techo que él. Te lo pondré fácil, Lucía: me marchó.

—No tienes por qué hacerlo.

—En mi situación ¿te quedarías?

—No he tomado ninguna decisión. Le he dicho lo mismo que te dije a ti. Necesito tiempo.

—No sé si yo quiero esperarte.

—Aunque no me esperes, he de saber lo que siento. Lamento esta situación de tres que hay mi mente...

—Pienso en ti desde el momento en que te vi en clase de dramático... He pasado un calvario para llegar hasta ti y no me ha servido de nada... Yo también necesito tiempo para saber si puedo soportar, como tú bien has dicho, esta situación de tres.

Me acarició la mejilla, me dedicó una sonrisa muy forzada, y se metió en el taxi sin mirar atrás. Era una película en toda regla.

Después de haber dejado a Ángelo subir al taxi, mi estómago me llamó la atención. No sabía qué era hora era; debía ser tarde, y llevaba unas magdalenas en el cuerpo. Tenía hambre, y el mejor lugar para remediarlo era pasar por la cocina.

—Hola, Lucía, ¿cómo estás? Ha sido todo tan desagradable...

—Mira, María, me viene muy bien tenerte aquí. Tengo que conversar contigo. —Al igual que yo, había entrado a picar algo en la cocina. Estábamos solas.

—Lucía, para lo que quieras, estoy aquí... Ya lo sabes...

—Pues, entonces, quiero que dejes de meterte, de una vez por todas, en mi vida. Ángelo pasa de ti, no quiere nada relacionado contigo. Supéralo y sigue adelante. No te soporto; él no te soporta. Estoy hasta los ovarios de tener que ver la cara de pija rematada que tienes. Cuando tengas la tentación de inmiscuirte en mis asuntos, ya sean con Pablo o con el italiano, recuerda que no te conciernen. ¡Ah!, se me olvidaba... La próxima vez no seré tan paciente; no quieras saber cómo me las gasto, niñata. ¡Que tengas un buen día! —Sarcasmo para finalizar la reprimenda.

Me di media vuelta para salir por la puerta, y ahí estaba Pablo, con una sonrisa de oreja a oreja. Solo le faltó aplaudir mi actuación. Por supuesto, María no dijo ni «Mu». No le di tiempo a reaccionar, porque seguro que tampoco esperaba mi reacción. Estaba claro que, si con Pablo y Ángelo debía ser ecuánime, a María le tocaba ya una buena reprimenda.

—Nena, ¿a dónde vas? —¿Nena?

—Me voy a cenar, nene. Entre unos y otros, no me dejáis ni comer.

—Te invito.

—Pablo, ¿tú eres sordo?

—Yo no. Acabo de oír todo lo que le has dicho a tu amiga.

—Esa no es mi amiga. Si no eres sordo y tienes memoria, sabrás que te he dicho que quiero tiempo. No me agobies; no estoy por la labor de soportar nada más hoy. Quedas avisado.

Me acerqué a él y lo amenacé con el dedo. Estaba con el ceño fruncido, pero él no me tomaba en serio. Una vez más, se mostró divertido con la situación y mi reacción. Me desesperaba *míster Increíble*.

—No me sigas. Esta noche salgo con David.

—Pero, Lucía... —Me ponía voz de súplica, de niño mimado.

—¡A callar! No te quiero ver cerca de mí, quiero pensar sin agobios...

Cogí el teléfono y marqué el número de David. La casa era tan grande que no sabía por dónde comenzar a buscarlo. Lo mejor sería llamarlo para no perder el tiempo. Le pedía que nos fuéramos a cenar para desconectar. Nunca recibía una negativa por su parte.

Tenía muchas ganas de arreglarme. Con las situaciones que había vivido últimamente, mi cuerpo se había encogido significativamente. De nuevo era hora de ir apretadita y lucir tipo, como esos días pasados. No podía remediar acordarme de la vez en que Sandra había sugerido que yo estaba regordeta. El vestido negro que llevaba la desdijo al instante. Era muy conservadora a la hora de vestirme; me gustaban los colores oscuros, y hasta la fecha los vestidos no eran tan sugerentes. El tacón, últimamente, se había convertido en mi aliado. Cortarme la melena me había hecho recapacitar. Ya estaba harta de ser un juguete para los demás. Me tocaba jugar a mí con otros. La *femme fatale* que llevaba dentro salió.

David me estaba esperando en la entrada de la casa. Se había puesto muy elegante. La verdad era que siempre iba de punta en blanco; habían sido pocas las ocasiones en las que lo había visto más informal.

—Lucía, estás impresionante.

—David, está mal que yo lo diga, pero comparto tu opinión... ¡jajaja! Y tú estás espectacular, como siempre.

—Ya te imaginarás que Pablo me hizo un interrogatorio. Eso fue después de haberme reñido, y no poco, por no haberle nombrado a Ángelo en nuestras conversaciones sobre ti.

—Me da igual. Esta noche no quiero saber nada de uno ni del otro. Mi vida gira en torno a mí y punto.

—Princesa, ese es el espíritu.

—¿A dónde me llevas?

—Al fin del mundo si hace falta...

—David, qué fácil sería todo si no fueras gay...

—No me digas que también tengo que competir con ese... Era ya lo que me faltaba. —Era Pablo. Tenía la costumbre de salir de la nada. Ya no me sorprendía como antes. Poseía la cualidad de estar en el momento oportuno siempre.

—Sí que eres sordo, sí. —Me cambió la cara al verlo.

—No, te oigo perfectamente. Te lo he dicho antes: ¿a dónde vamos? —Hizo caso omiso a mis miradas de ira.

—Esto tiene que ser una broma... Tú, no sé. Nosotros, a cenar.

—Pues vamos a cenar. —Le encantaba echarme pulsitos. Siempre tenía la sonrisa en la boca, desprendía aire desafiante.

—Ves cómo sí eres sordo.

—Te he dicho que no. Escucho atentamente todo lo que dices.

—David, di tú algo porque yo ya no puedo más... —Me sentía impotente.

—Venga, chicos. Podemos ir los tres; será divertido. —La sonrisa malévola le saltó al instante.

—David, estás de broma, ¿no?

—Va, Lucía, ánimo. Vas vestida para matar, como dice David, y tienes suerte de que te dejen salir así. Vamos antes de que cambie de opinión. —Mister Increíble me miraba de arriba abajo sin perder ni un solo detalle de mi cuerpo y de mi vestimenta. Iba a enfrentarse a la feminista...

—¿Que tú qué? —Pablo se estaba pasando de la raya. No era de las que necesitaban permiso para salir con una vestimenta que a un tío le parecía inapropiada. Mi padre me mataría si hiciera eso; lo sabía.

—Era broma, mujer. No te alteres, te pones muy fea cuando te enfadas. —Su contestación me convenció: encerré a la feminista, que se moría por salir. Jamás permitiría que un tío me borrara mi personalidad y me esclavizara.

—Bueno, chicos, la velada se presenta entretenida. ¿Nos vamos, o qué? Tengo hecha la reserva, y en el Royal no esperan a nadie.

—Lucía, David y yo nos vamos. Si quieres venir, más vale que te des prisa; no esperamos a nadie. Te advierto que en la casa no queda comida y no me gustaría que ese cuerpo fuera haciéndose cada vez más pequeño. Me gustaban tus curvas. —Pablo se había dado cuenta de que había perdido bastante peso.

—Está bien, pero te aviso que no voy a soportar tonterías.

—Lucía, si Pablo no dijera tonterías, no sería él.

—Eso también es verdad. —David y yo nos echamos a reír. A Pablo no le hizo ni pizca de

gracia; lo leía en su cara.

—Ja, ja, ja. —Desde luego no podía ser más sarcástico.

Nos subimos en el taxi. La noche se presentaba interesante, en opinión de David. Yo no tenía ganas de ir con ellos, pero nunca antes había salido de fiesta con Pablo y me apetecía saber cómo era sin todos esos juegucitos de seducción. Además, David venía conmigo; estaba protegida. Sus encantos no harían mella en mí; mi escudero no lo permitiría.

El restaurante era, de nuevo, fabuloso. Mi estómago estaba que rugía, me pedí un chuletón con guarnición. No sabía si podría comérmelo entero, pero estaba desmayada, y vaya si me lo comí...

—Lucía, así me gusta que vayas recuperando las curvas que me impresionaron.

—Se hará lo que se pueda, Pablo.

David estaba muy, pero muy entretenido con nuestras conversaciones. Creí que deberíamos haberle cobrado la entrada al espectáculo. Mister Increíble se pasó la noche comentando sus aventuras laborales por las Alemanias. Tenía pinta de estar ejerciendo un gran trabajo con el equipo alemán.

A medida que la noche iba avanzando, el interés de David por nosotros iba decayendo. No había tensión entre Pablo y yo, ni sexual ni de ninguna clase; éramos tres amigos charlando amistosamente. Por un instante olvidé mi situación con él y con Ángelo. Esa situación de tres.

Si David perdía el interés por algo, solía centrarse en otra cosa. Lo conocía muy bien y sabía que no tardaría en desaparecer. Tenía claro que yo me iría con él en ese momento de la noche. La fortuna no permitió tal cosa. Un viejo amigo de la escuela se le acercó y lo invitó a tomar algo para recordar viejos tiempos. En ese contexto yo no podía acoplarme... Pablo no pudo ponerse más contento... A la hora de los postres, ya éramos solo mister Increíble y yo.

Cuando trajeron la carta de los dulces, busqué corriendo las especialidades de chocolate. Ahí estaba; tenía que pedirlo. El estómago no se saciaba con nada. La espuma de tres chocolates debía ser mía para tratar de contener mi gula.

—Me alegra ver que hoy sí vas a tomar postre.

—Yo tomo postre siempre. Es algo que no perdono.

—La única vez que te sentaste a la mesa conmigo, casi no lo hiciste.

—No sé de qué hablas. —Claro que sí lo sabía, pero me apetecía hacerme la indiferente.

—Me lastima ver el poco impacto que causa mi compañía en ti...

—¡Ah!, ya recuerdo. Solo picoteé el postre..., es verdad. Pero fue porque no tuve tiempo.

—¿Tiempo? —Ahí estaba esa cara, la cara de saber que lo iba a sorprender con una historia de las mías. Se mostraba siempre tan divertido cuando hablaba que me enfadaba mucho; empezaba a pensar que me tomaba por un payaso.

—Sí, ¿no lo sabes? Esa noche recuerdo que tuve que estar con las armas bien altas para protegerme.

—Tú y las protecciones... Ya empiezas...

—El que siempre empieza eres tú...

—Ya que hablas de armas, recuerdo que esa noche usé mis mejores.

—¿Tus mejores? —¿De qué coño hablaba? Mira, que intentaba no caer en sus tonterías, pero me superaba.

—Sí. Mi dulzura, mi atención, mis mejores palabras en forma de halagos y, sobre todo, mi paciencia. Esas son mis mejores armas.

—¿Paciencia? No sabía que la tuvieras...

—Contigo tengo mucha... Además, me cansa que nunca quieras entender lo que digo.

—Ya empezamos...

—No te enfurruñes, aunque así me dan ganas de hincarte el diente; estás más deliciosa que la espuma de tres chocolates. No me agrada verte fruncir el ceño por mi culpa. No te disgustes. — Me pasó suavemente su mano por la mejilla. Lo tenía enfrente y no podía remediar sonreír por sus palabras—. Así estás mucho mejor. Como te decía, usé mi paciencia. No suelo tener mucha, como tú bien has indicado hace un instante.

—¿Logré sacarte de tus casillas aquella velada? —Lo miré con desaire, como si haberle hecho perder los estribos fuera un motivo de orgullo.

—Tú no. Tu otro amigo. ¿Cuántos van ya? He perdido la cuenta. Si no fueses tan cabezota, no estaríamos en esta situación. Amistades como esas se te habrían acabado ya hace tiempo.

—No tengo ni idea de qué hablas... Pero respecto a eso que has mencionado sobre que «los amigos hace ya tiempo que se te habrían acabado»..., lo llevas claro. —Vi que sonreía. Había notado que le gustaba hacer comentarios machistas para sacar mi lado feminista. No creía que realmente fuera tan mandón con las mujeres; al menos, a mí no iba a conseguir someterme.

—Uno que se te abalanzó al cuello y te manoseó. A punto estuvo de conocer mi lado violento. Y corrijo la afirmación: se habrían terminado los moscones...

—¿Tienes un lado violento? —Qué ojos tenía; no podía remediar mirarlos. Es que era perfecto. Mi subconsciente hacía horas que quería salir; mi voluntad lo mantenía a raya pero, en el mismo instante en que había visto a Pablo junto al taxi, quería su noche, su noche con él... Ángelo era lo único que la frenaba.

—Lucía, todos lo tenemos cuando tocan algo que es nuestro.

—¡Vaya! No sé qué educación te habrán dado, pero no me gusta que me traten como una posesión. No consentiré, ni ahora ni nunca, que un tío me diga lo que puedo hacer o no, con quién puedo ir o con quién no puedo ir, y mucho menos consentiré que se peleen por mí.

—Entiendo... Pensaba que a las mujeres os gustaban este tipo de... de halagos...

—A las mujeres no sé... A mí te digo, desde ya mismo, que no. Además, deja ya ese rollo tan siniestro que te llevas. Parece que tienes dos personalidades.

—No te figuras las ganas que tengo de que desarrolles tu teoría sobre mis personalidades...

—Te complaceré.

—¿En todo? —Sonrisa picarona a la vista. El sexo paseaba por su mente; lo intuía...

—Si hablamos de sexo, lo siento, pero no. Si hablamos de explicarte mi teoría, sí vas a tener más suerte.

—Me desilusiona enormemente lo que me acabas de decir, pero continúa... Aunque te advierto que la conversación ya no me parece tan interesante como cuando las palabras *sexo* y *complacerme* han aparecido.

—¿Ves? Ahí tienes mi teoría. En un momento eres un sol, una persona dulce, amable, educada, como en aquella noche que fuiste a mi habitación. Antes de que me dejaras sin sexo, claro.

—Lucía, esa frustración que tienes conmigo.... Me refiero a la de no haber conseguido tu noche de sexo, pasión y lujuria... Tiene arreglo. Lo sabes, ¿no?

—¿Me estás proponiendo algo? —Coqueteaba, ya no temía caer en sus garras; él debería preocuparse de no caer en las mías.

—Puede ser...

—Pablo, llegas tarde y mal.

—Tenía que intentarlo..., pero ya sabes lo que dicen: «La esperanza es lo último que se pierde...». Sigue hablando de tu teoría, por favor.

—La esperanza era verde y se la comió una vaca... —Ví que sonreía; le había hecho gracia la broma—. Y sobre la teoría..., ese hombre que pide las cosas por favor, educadamente, que muestra sentimiento, ese que ahora no está, pero que esta tarde ha aparecido tímidamente..., se convierte en ti ahora.

—¿En mí ahora?

—Un hombre egocéntrico, segurísimo de sí mismo, que controla toda la situación y la conversación. Que juega con las palabras para soltar indirectas y que no permite salir al que a mí me gusta.

—De modo que te gusto... Interesante...

—Me gusta una parte de ti.

—Tu teoría tiene una explicación muy convincente.

—Ardo en deseos de conocer. —El que me tenía fascinada era él a mí, sobre todo porque no sabía cómo lo hacía, pero siempre conseguía que coqueteara con él.

—Ese varón seguro de sí mismo, misterioso, interesante, que juega con las palabras... es el que ha conseguido llamar tu atención para que puedas conocer al sensible, amante, atento, cariñoso, romántico...

—Usas palabras que yo no he dicho.

—Uso palabras que me definen a la perfección.

—Lo pongo en duda...

—Inicia una relación conmigo y te lo demostraré.

—Pensaba que esto que estábamos teniendo era una relación.

—Define nuestra relación. —Le había cambiado la cara; estaba muy interesado en mi próxima conclusión. Lo iba a decepcionar, ¡qué pena! Ironía en estado puro... Me encantaba hacerlo sufrir.

—Somos dos amigos que conversan sanamente en un restaurante.

—Te quejas de mis indirectas, pero contigo debo afinar bien mis palabras. Me haces cambiar las frases, aunque sabes lo que te estoy diciendo.

—No entiendo lo que me acabas de decir. —Claro que lo entendía, pero yo también sabía jugar a eso.

—Y acabas de demostrar lo que he dicho. ¡Qué mala eres conmigo! Sabes que, tarde o temprano, vas a caer en mis redes.

—Lo lamento en el alma, pero voy a tener que corregirte. —De nuevo sarcasmo puro en mis palabras—. Puede ser que, tarde o temprano, yo deje que tú creas que he caído en tus redes..., pero eso está muy, muy lejano...

—Lucía, sé que no me he equivocado en mi elección. Hubo mujeres, no tantas como te imaginas; seguro que ni una tercera parte de las que piensas. Pero nunca ellas consiguieron tenerme tan atento a sus conversaciones, y mucho menos a sus vidas. —Apareció el Pablo seductor.

—Si intentas halagarme con la táctica de hacerme mejor que las demás que han pasado por tu vida..., no te lo aconsejo... Soy una mujer segura de sí misma, pero extremadamente celosa...

—Tú, ¿celosa? No lo habría dicho en un millón de años.

—Sí, lo soy. La idea de imaginarte con una tercera parte de esas mujeres me revuelve el estómago.

—Esta conversación me interesa mucho..., pero están recogiendo ya las mesas. ¿Te parece bien seguir charlando en otro lugar?

—¿A dónde quieres ir?

—Sinceramente, a casa de David. Estoy muerto. Llevo dos vuelos y un par de discusiones... —Le sonreí. Cuando quería, sacaba lo mejor de mí.

—Vale, se lo decimos a David y nos vamos.

—Hace rato que se fue. Me parece que ha tenido una conquista fácil. Llamaré a un taxi y nos vamos. Esta vez sí te ha dejado sola y no he tenido que pedirselo... —Tenía un aire victorioso en su mirada; creía que sabía que podía ser una presa fácil si se lo proponía. Iba a demostrarle lo equivocado que estaba.

El viaje de vuelta fue soso; no hablamos mucho. Imaginé que Pablo tramaba algo, pronto sabría qué.

Llegamos a la mansión y nos acomodamos en un cuartito muy coqueto. Me senté en el sofá y él se puso junto a mí.

—¿Te importa que me tumbe sobre tus rodillas? Estoy cansado y no se me ocurre mejor lugar para reponer pilas...

No me dio tiempo ni a darle mi permiso. En un momento había acoplado su cabeza sobre mi regazo y tenía su cuerpo extendido por todo el sofá. Las piernas le sobresalían considerablemente; era dos cabezas más alto que yo. No podía negarme a su petición. Esa noche me lo hubiera comido todo yo solita. Estaba muy guapo; me encantaba...

—¿Dónde estábamos? Con los celos de Lucía, si mal no recuerdo. Cuéntame más sobre esos celos tuyos.

Lo notaba muy mimoso y cansado. Se había girado hacia mí para poder mirarme a los ojos mientras charlaba. Tenía unas ganas locas de acariciarle la cabeza y las mejillas; me lo estaba pidiendo a gritos. Me contuve.

—No hay mucho más que contar.

—Te decía que me sorprende que seas celosa; no lo hubiera dicho jamás. No mostraste ninguna emoción cuando viste a Sandra besarme... Te confieso que ahí me hiciste dudar sobre el interés que podías tener en mí... Pensé que eras una persona fría, nada pasional. Sería todo tan fácil si accedieras a comprometerte...

—Celos, sí; pasional, muchísimo... No te haces una idea. —La sonrisa malévola estaba en mi boca.

—Te juro que no quiero hacerme una idea, quiero comprobarlo...

—Llegas tarde y mal... Las ocasiones no hay que desaprovecharlas. Y Sandra no era competencia para mí; en esos momentos me dabas igual. Por cierto, ya no estoy en el grupo; me echó.

—No lo sabía, pero no me extraña; esa sí es muy celosa y vengativa. Pero espera... ¿has dicho «en esos momentos»? Entiendo que ahora ya no te doy igual.

—No, ahora ya no, te lo he dicho antes. Sé que siento algo por ti, pero también por Ángelo.

—No me lo nombres más. Los celos me corroen.

—Y eso que solo es uno. Imagínate si tuvieras que lidiar con tres cuartas partes del centro...

—Lucía..., no eres justa conmigo.

—Pablo, me voy a ir a dormir, estoy cansada. —Tenía que salir de ahí, corría peligro.

—¿Me vas a dejar solito en esta gran mansión?

—Seguro que te apañas bien... —Intenté moverme, pero no me dejó.

—Contigo me apañaría mejor... Además, te debo una noche de sexo, pasión y lujuria...

—Creía que querías compromiso...

—Tú hace tiempo que estás comprometida conmigo, pero no quieres darte cuenta. Y no será por qué tu subconsciente no te ha dado pistas..., sobre todo, con el chaval...

—Pablo, en serio, quiero ir a dormir. Déjame levantarme.

—Vale, pero dame un besito de buenas noches.

—¡Pablo!

—Vale, te lo daré yo a ti...

No tuve tiempo de reaccionar. En una milésima de fracción de segundo, lo tenía saboreando mis labios. Un beso cálido, dulce. Ese beso era más peligroso que uno pasional. Lo aparté de mí sin brusquedad, aunque no quería. Estaba cansada de jugar al ratón y al gato con él... Mi voluntad fue más fuerte y encerró a mi libido junto con mi subconsciente.

—Basta, Pablo, respétame. No sigas por ese camino.

—Lucía..., por favor... Llevo dos meses sin olvidar aquel camión; tus pezones queriendo salir, marcados, y sé que no llevabas bragas... No seas mala... Si vas a caer...

—Puede, pero hoy no. —Pablo me había enseñado sus cartas. Me preguntaba por qué habría cambiado de opinión sobre pedir compromiso... ¿Creería de verdad que yo ya estaba enamorada de él?

—Lucíaaaa...

Lo oí refunfuñar y hacerse el malcriado mientras me alejaba rápidamente. Sabía que venir tras de mí era una de sus costumbres y, después de lo que me había confirmado..., yo no estaba precisamente tranquila y sosegada. Me apetecía muchísimo acostarme con él; sentir sus manos palpando mi cuerpo y su lengua investigando todos los rincones; acariciarlo, besarlo... Tenía que huir de ahí enseguida. Finalmente, lo conseguí, muy a mi pesar.

A las seis ya había dormido bastante. Era muy dormilona, pero últimamente no conciliaba el sueño con facilidad. Hacía una mañana fresquita, y pensé en calzarme las zapatillas de deporte e irme a correr un rato para despejar la mente. Todavía no había probado la piscina de la mansión de David; no la necesitaba tanto como en otras ocasiones. Lo cierto era que tampoco había tenido tiempo de meterme en el agua; David nos tenía muy ocupados con visitas, cenas, *pubs* y actividades variadas.

El rocío todavía caía; estaba algo nublado, y el verde teñía prácticamente todo el paisaje. Ni un ruido. Era perfecto para mi propósito. El MP3 se había quedado en Madrid; no lo había incluido entre las cosas del viaje, se me había olvidado. Hice unos pequeños estiramientos previos.

—Buenos días, Lucía. —Era Pablo. Definitivamente me había implantado un chip rastreador o algo similar.

—Buenos días, Pablo.

—Veo que también vas a aprovechar para ir a correr. Vamos juntos y te enseño cómo se hace. —Pablo era un forofó del deporte, todo un maestro. Yo no estaba dispuesta a pegarme la paliza que él iba a propinarse corriendo no sabía cuántos kilómetros.

—Vete tú delante, yo te molestaré. Voy a divertirme caminando rápido. Igual corro un poco, pero no soy muy deportista y te estorbaría seguro.

—No te preocupes. Venga, esto es muy parecido a la piscina, y allí sí lo haces muy bien.

—Pablo... Tú ganas, pero te advierto que me canso enseguida.

—Venga, que estamos perdiendo tiempo. Arranca, nena.

—Vale, nene...

A los dos minutos de empezar, ya estaba cansadísima. Correr no era como la piscina. De eso nada, para mí era un infierno. ¡Qué cansancio! Él, en cambio, estaba fresco como una rosa. No era de extrañar; el deporte era su pasión. Lo imaginaba todo el día corriendo, o con la bicicleta arriba y abajo, viendo partidos... Todo eso no era para mí; no me gustaba el deporte. Nadar a diario estaba bien; andar habitualmente era una buena opción, incluso correr esporádicamente... Pero poco más. Creí que no tendríamos muchos puntos en común.

—Te veo seria. ¿Qué estás pensando? Algo trascendental... Lo leo en tu cara.

—Si hablo, tengo que parar porque me ahogo...

—Pues paremos. No es una competición. Somos dos personas disfrutando del paisaje y del silencio de la ruidosa ciudad; ¿no crees?

—Vale, andamos un rato, y luego intento correr un poco a ver si aguanto, ¡porque estoy muerta!

—Me sorprende que te canses tan pronto...

—Precisamente eso estaba pensado.

—¿En tu falta de resistencia?

—Sí.

—Eso se mejora con entrenamiento.

—Ese es el problema, que a mí el deporte me gusta nada y a ti mucho.

—Me das una alegría, Lucía.

—¿Para ti es una alegría que no me guste hacer deporte?, si tú eres un experto en él.

—No es eso, pero veo que estás pensando en el mañana...

—¿Mañana?

—Sí, en un mañana entre tú y yo.

Ya lo entendía; había acertado de pleno. Ciertamente estaba evaluando mis opciones con él como pareja y, claro, eso le dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, un poco sí... Tú imagínate con alguien como yo, a la que no le gusta el deporte... Sería una pena que no compartas tu gran afición, ¿no?

—A ver, si te crees que yo estoy todo el día practicando deporte, con el que haga en mis clases, me sobra. Soy una persona muy común, aunque no te lo creas. Me gusta ir a cenar, ir al cine, bucear, ir a la feria, montar a caballo...

—Veo que David te ha puesto al corriente de mis actividades con Ángelo, pero no hemos buceado.

—¡Mujer! Era lo menos que podía hacer por haberme ocultado que tenías un amiguito dándote la paliza todo el día... Ni buceado ni otras cosas... —Me restregaba mi noche fallida de sexo con el italiano; lo sabía.

—¿Paliza? Eso es justo lo que tú no haces, ¿no? Y te recuerdo que contigo tampoco hice otras cosas, como tú lo llamas.

—Lo mío es diferente.

—Ah, ¿sí?

—Claro. Yo ya soy un hombre hecho y derecho que hace tiempo sabe lo que quiere. No juego si sé que voy a perder, pero ese chaval debe estar en un mar de lágrimas...

—Tu seguridad es admirable, pero ten cuidado... Hay tácticas que te habrán servido con el centenar de mujeres con las que te hayas estado, pero no todas funcionamos igual...

Paró en seco de andar, se colocó delante de mí. Me puso los brazos en los hombros, me levantó un poco la cabeza hasta que su mirada se cruzó con la mía. Me sonreía.

—Lucía, verte celosa me alegra y me entristece.

—No son celos, es una observación.

—No estuve con tantas; te lo aseguro... Creo que ya he dejado de seguir buscando... Tengo la esperanza de haber encontrado lo que necesito... No te imaginas lo que pasé hasta llegar aquí. No fue bueno el recorrido, y me gustaría que valiera la pena lo que hay en la meta, es decir, tú. Además, no tienes pinta de haber sido una monjita de clausura tú...

Me sonrojé. Yo había tenido mis historias. No eran muchas; unas cinco, si mal no recordaba. Pero nada que ver con lo que me pasaba con Ángelo y con Pablo. En unos casos, había tenido amigos con derecho a roce y, en otros, relaciones de las que me había cansado enseguida. La verdad era que no había encontrado a un chico capaz de mantenerme centrada en él más de seis meses. Los compromisos parecían no ser para mí. Había encontrado a Pablo, un chico con el que a primera vista había soñado con tener una noche. Imaginé que yo no había sido bastante para retenerlo más tiempo; no porque no fuera una chica de armas tomar, sino porque había muchas mujeres a su alrededor, y siempre lo había imaginado cansarse de una e ir a por otra. Cuando me había pedido compromiso, no había querido.

Debía admitir que había hecho sufrir mucho a mis parejas. Solo había habido un caso en el que me habían partido el corazón, y había sido tal palo el que había recibido que me hube jurado no volver a pasar por ahí. Desde el principio había tenido la sensación de que Pablo me iba a hacer daño. Cuando te entregas a una persona, corres ese riesgo, y no me apetecía, no con su historial. Vero había acabado atormentada, y lo mío con este podía ser peor. Me aterraba.

—Lucía..., ¿estás bien? Te has quedado muy pensativa.

—Sí, estaba recordando mi vida sentimental...

—Veo que igual sí han sido unos cientos, porque te has tomado tu tiempo para ello...

—Digamos que tengo experiencia...

—Suena bien... Muy erótico, la verdad... —No podía remediar morderse el labio al pensar lo que quisiera que estuviera imaginando.

—No sé qué te pasará por la mente, pero va a ser que no...

—Me imagino muchas cosas por la mente cuando se trata de ti, pero ahora... te daré una pista. Hay esposas..., una venda negra... ¿Quieres saber más?

—No hace falta, ya sé cómo acaba esa película tuya que te has montado.

—Ah, ¿sí? —Estaba fascinado, le encantaba seguirme la corriente en temas sexuales. Suponía que no se iba a dar por vencido durante toda su estancia en Liverpool.

—Sí. Tú, atado a la cama con las esposas y con la cinta puesta en los ojos...

—Te confieso que me lo estaba imaginando justo al revés de lo que has dicho, pero tu idea me apasiona mucho más... Eso no me lo han hecho nunca...

—Y lo de atar tú a alguien, ¿sí? —Me había cambiado la cara; los celos se estaban apoderando de mí... Debía tener los ojos verdes de envidia de la que había estado atada, incluso el blanco...

—¿Seguro que lo quieres saber?

—Ya veo que sí... Bueno, se acabó la charla; sigamos corriendo...

—Lucíaaa, espera...

Me puse el turbo para volver a casa. No quería imaginarlo atado a una rubia oxigenada mientras la besaba y le tapaba los ojos para que el resto de sus sentidos se concentraran en sus caricias y se entregaran a él sin poner oposición alguna... Seguía verde de la envidia.

Cuando llegamos a la entrada de la casa, no podía ni respirar. Debía contenerme para que no notara que estaba machacada. Me apetecía darme una ducha e irme sin mirarlo a la cara. ¡Qué malos eran los celos!

—Lucía, lo siento...

—Me voy a dar una ducha, hasta luego.

Salí escopetada de su lado. Se había dado cuenta de que estaba celosa por imaginarlo teniendo la noche —que a mí me había negado— con otra mujer. Era realista. No podíamos mantenernos vírgenes y puros hasta que encontráramos a nuestra pareja perfecta; estaba claro que, para hallarla, había que practicar. Sin embargo, no tenía control sobre mi subconsciente y sentía muchos celos de todas las mujeres que habían pasado por su vida. Yo habría podido tener sus atenciones unas breves horas, aquella noche de despedida...

Cuando salí de la ducha, vi que el móvil vibraba. Era Pablo. Su mensaje decía: «Te invito a comer si me haces una ruta turística y cultural de la zona».

No sabía si me apetecía. Mi subconsciente se había habituado demasiado rápido a su compañía, y comenzaba a tener el mono cuando no estaba con él. Era mi droga particular.

De nuevo vibró el teléfono. Debía ser Pablo, que esperaba una contestación. «Lucía, no hay nadie en la casa; se han ido todos a ver cosas por ahí... No conozco el lugar y me puedo perder... Sé buena... Te espero abajo en diez minutos», decía el recado.

Lo decidí: iba a ir a comer con él, pero no le iba a contestar el mensaje. Que sufriera un poco por haberme hecho poner tan celosa. Estaría lista en veinte minutos. Si quería, que esperara; si no, que se fuera.

Cogí un pantalón cortito y un top negro; iba discreta en comparación con anoche. De tacón nada, sandalias de tirantes; pelo bien hecho y maquillaje tampoco. No quería que se diera tanta importancia.

Miré el reloj del móvil; no había mensajes, y vi que habían pasado veinte minutos. Era hora de bajar a ver si estaba esperando. Desde el principio de la escalera, no alcanzaba a ver a nadie; en la entrada no había señales de Pablo. Me parecía que se había ido... Imaginé que tampoco estaba dispuesto a que nadie lo hiciera sufrir.

Cuando salí por la puerta principal, vi un taxi; tal vez eran Marga y Lola, que volvían. Las había visto poco durante el viaje; iban a su ritmo.

—Ya era hora, Lucía... Me muero de hambre. ¿Nos vamos?

—Pensaba que no estabas... Se me ha hecho tarde...

—¿No estar? ¿Por qué te crees que te puse que nos veríamos en diez minutos?... Sabía que, como mínimo, sería media hora... —Miró el reloj—. Justo lo que has tardado. Espera, ven aquí.

Me cogió del brazo izquierdo y me acercó a él. Tenía su rostro frente al mío; su aliento siempre olía a regaliz. Parecía que me iba a besar. Noté que se acercaba hacia mí y, cuando estuvo a unos pocos milímetros, cerré los ojos para concentrarme en sus labios.

—Lucía..., abre los ojos. ¿Por qué los cierras? —Era un mal nacido, de nuevo me dejaba a medias y, encima, se regodeaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué quieres? —La falta de un beso suyo me puso de mal humor.

—No quiero que te enfades conmigo... y menos por el pasado. Todo es historia; solo tengo ojos para ti. Además, yo también me vuelvo loco al pensar en otro hombre tocándote. Estamos en esa fase tú y yo ahora...

—Pues bien, pero no te creas que me pongo tan celosa... —Era mentira, estaba verde de la envidia todavía.

—Bueno... pues yo sí, y me parece que es hora de que te dé lo que esperabas hace unos segundos.

No me dejó ni preguntarle a qué se refería; sus labios volvieron a concentrarse en los míos. No podía evitar cerrar los ojos, y eso que estaba enfadada por haberme dado la ilusión y habérmela quitado de repente... Sin embargo, ya no estaba disgustada con él; me tenía más prisionera de sus encantos. Esa vez no tuve que separarlo de mí; fue él quien se distanció. Yo hubiera estado toda la tarde enrollada a sus labios; si me hubiera pedido algo más que un beso, no creía que hubiese podido darle una negativa.

—Te comería entera..., pero tengo hambre y me preocupa que estés bajando de peso tan rápido. David no te cuida bien: tendré que volver a regañarlo. Y no me vengas con que no necesitas que nadie te cuide. Encierra a la feminista...

¿Feminista? Después de ese beso, estaba yo como para reprenderlo por algo... Justo lo contrario: si hubiera jugado bien sus cartas, ya hubiera sido suya.

Nos subimos al taxi y, después de recuperar la compostura, por primera vez tuvimos una conversación trivial sobre el tiempo y cultura locales. Me hizo pensar que yo le iba a enseñar el lugar, pero fue él quien me lo enseñó todo. Por lo visto, ya había venido antes a casa de David; eran más amigos de lo que tenía entendido. A la hora de comer, paramos en una coqueta cafetería. Estaba muy a gusto con él; parecíamos dos amigos disfrutando de un día de vacaciones. Su actitud era más calmada; no había tanta tensión entre nosotros. Nos reíamos, conversábamos plácidamente. Lo estaba pasando muy bien con él, me encantaba descubrir esa personalidad de Pablo. Cuando le ponía una etiqueta, él sabía enseguida cómo quitársela. Estaba tan natural y tan guapo. ¡Qué bueno estaba! Se había puesto un polo oscuro y llevaba unas bermudas blancas que le hacían un culo impresionante. Hacía tiempo que no le pasaba revista a su trasero. No lo veía en bañador hacía mucho y me moría de ganas por volver a contemplarlo.

Mientras comíamos me sonó el teléfono. Lo descolgué sin mirar quién era; tenía una mala costumbre.

—¿Sí?

—Lucía, soy Ángelo...

—¡Ah! Hola, dime... —¡Qué sorpresa! Era la última persona que esperaba que me llamara. Se había ido tan enfadado que me resultaba raro estar hablando con él.

—Te interesará saber que hay, en el centro, una alemana de dos metros de alto, con unas tetas y culo que quitan el hipo, que lleva varios días acercándose por aquí preguntando por Pablo... Dice que es una de sus atletas...

Estaba descolocada, no daba crédito a lo que estaba oyendo. Los celos me poseían de nuevo.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque la tengo delante y, desde que vine, es el segundo día y la cuarta vez que la veo acercarse a recepción, y la acabo de oír preguntando por Pablo... Tiene mucho interés...

—Vale. ¿Sigues con ella? —El corazón se me paró en seco; no daba crédito a lo que oía. Pablo me había engañado; no había otra explicación posible... Seguía jugando conmigo y con otras...

—Sí, ¿por?

—Te voy a colgar y, cuando lo haga, quiero que le des su número y que lo llame, ¿ok?

—No tengo su número.

—Te lo mando por mensaje...

—No esperaba esa reacción tuya...

—¿Me has entendido?

—Sí.

—Vale, hasta pronto...

—Adiós.

Ya no estaba verde de celos, estaba roja a punto de explotar. Tenía que disimular para que no notara que pasaba algo. Ese tío, a donde iba, causaba sensación. Y una mujer no se iba detrás de un tío, miles de kilómetros, sin un buen motivo...

—Lucía, ¿todo bien?

—No lo sé...

—¿Qué pasa?

No me dio tiempo a responderle; le sonó el móvil. Lo miró, lo puso en silencio y lo dejó sobre la mesa. Parecía que no tenía intención de contestar

—Pablo, ¿no lo coges?

—¡No!, sería una falta de respeto hacerlo y dejarte con la palabra en la boca. Además, no sé quién es.

—Deberías atender la llamada; puede ser un asunto importante... —¡Y tan importante! La misma Claudia Schiffer parecía haber ido a buscarlo a Madrid.

—¿No te molesta? —Siempre era muy atento, pero en esa ocasión solo tenía ganas de saltarle a la garganta con un cuchillo en la mano.

—No, claro que no.

Contestó en español y vi que enseguida cambió al alemán. Estaba hablando con la Schiffer. Comenzaba a estar acalorado; imaginé que le estaba diciendo que ella estaba esperándolo en Madrid. Vi que se puso nervioso. Era hora de irme; me dolía el corazón.

—Pablo, disculpa, voy a por la carta de los postres...

Él siguió hablando por teléfono. Me dijo que «bien», pero no me prestó demasiada atención. Decidí salir de ahí inmediatamente. Me volví a la mansión. Calculaba que tenía tiempo de hacer rápidamente la maleta e irme, pero ¿a dónde? Si volvía al centro, me podría encontrar. Dénia no era una buena opción en esos momentos. La única solución era ir a mi casa, con mis padres. Fingiría que todo iba bien y que era una visita de rutina. Hacía mucho tiempo que no los veía; no creía que pensarán que algo iba mal.

Tenía las maletas hechas. Imaginé que Pablo estaría buscándome como loco. No había sido una forma elegante de desaparecer, pero fue la única que se me había ocurrido. Estaba atenta para coger el taxi de la puerta cuando no vi a nadie. No quería dar explicaciones, y menos a David, porque enseguida le contaría mis planes a Pablo. Lo llamaría más tarde para avisarle que volvía a España.

Ya en el avión me sentía segura. Con el plan de huida, no había tenido tiempo a pensar en lo que había pasado. Me imaginaba a Pablo con esa rubia exuberante, manteniendo una relación o, simplemente, sexo... Me sentía engañada. Se había presentado en Liverpool diciéndome lo loco que estaba por mí, que no había habido nada en Alemania, pero lo cierto era que una mujer no cruzaba el mundo, en busca de un hombre, si no había nada. Además, si fueran cosas del trabajo, lo hubiera llamado; tendría su número para localizarlo.

Conecté el móvil. Tenía trepcientas llamadas de Pablo y de David. Le envié un mensaje a David, que decía: «Estoy bien, vuelvo a Madrid».

Era todo cuanto necesitaba saber por el momento. Al bajar del avión, no sabía qué hacer ni a dónde ir. Tendría que pasar por el centro, para coger algunas cosas, y pillar un bus para ir a casa.

Saliendo por mi terminal, vi a una persona conocida. No podía ser verdad; era Ángelo. Me saludó y vino hacia mí. Pero ¿cómo era posible?

Capítulo 11

EL DOLOR

La casa de Ángelo estaba igual que como la recordaba. Esos dos días habían sido muy tranquilos; refugiarme ahí había sido buena idea. Pablo ya se habría incorporado a su trabajo en Alemania. No le dije a nadie dónde estaba, tan solo les había enviado un mensaje a Vero y a David, en el que decía que estaba bien y que no se preocuparan. Imaginé que habían vuelto el día anterior de Liverpool. La llegada de la alemana al centro artístico me había hecho adelantar mi vuelta. No sabía el motivo real de la visita de esa modelo que me había descrito Ángelo, pero seguro que había algo más con Pablo... Su historial me hacía desconfiar... Me había mentado a la cara descaradamente, y yo había mordido el cebo. Cada vez que lo recordaba diciendo lo loco que estaba por mí, que sabía que era yo... Todo patrañas para atraparme en sus redes. La culpa no era suya; era mía por consentir que volviera a entrar en mi vida. Si, aquella noche con Ángelo, mi subconsciente hubiera estado calladito, las cosas hubieran sido diferentes. Sentía algo por el italiano, pero prácticamente me había dejado caer en los brazos de Pablo. Me agradaba la compañía de Ángelo y, cuando rememoraba la tentativa de sexo que habíamos tenido, no podía evitar estremecerme. Recordaba perfectamente sus besos y su aliento en la oreja poniendo mi piel de gallina.... pero Pablo estaba ahí.

El italiano y su familia eran muy amables y agradables, me trataban como paño en oro. Willy, el caballo que me había presentado la última vez que hube estado ahí, fue una buena terapia. Lo cierto era que Ángelo me mantenía ocupada, y lo mejor fue que no me había preguntado ni una sola vez por Pablo ni por mis sentimientos. Se estaba portando como un verdadero amigo, en verdad me hacía creer que era una reina. El malestar que había apreciado cuando bajé del avión estaba pasando. La recuperación era lenta porque Pablo ejercía sobre mí un poder que, hasta el momento, no tenía ningún hombre. Me desestabilizaba; siempre acababa con el ánimo tocado cuando estaba cerca de él.

Me había sorprendido mucho ver a Ángelo en el aeropuerto, mas fue una suerte que hubiera venido a recogerme. David se había puesto en contacto con él después de haber recibido una

llamada de Pablo, muy angustiado, que había preguntado si yo había vuelto a la finca. David había entrado en mi habitación y había visto que mis cosas no estaban; entonces supo que algo —y no precisamente bueno— había pasado, y se imaginó que había cogido un avión de vuelta. Para cuando yo le hube enviado el mensaje desde el avión, él ya había hablado con el italiano para informarle de que volvía a España. Ángelo no se lo había pensado dos veces y había montado guardia en la terminal; había averiguado el vuelo en el que yo iría y me había localizado.

Había sido un alivio ver una cara amiga. Tenía un buen cacao mental en la cabeza y, sobre todo, me dolía el corazón. Me había saludado con un «Hola, reina», y me había tirado a sus brazos en busca de consuelo. Tenía muchas ganas de llorar y, por mucho que hube resistido la tentación, no había podido contener las lágrimas. No había dicho nada más. Me había cogido los bártulos y habíamos ido hacia el coche.

—Lucía, me alegro de verte. Tú dirás a dónde vamos, reina...

—Voy a centro y allí dejaré algunas cosas y haré las maletas otra vez y cogeré un autobús.

—¿A dónde vas?

—Tengo ganas de ir a mi casa. Si me quedo en el centro, Pablo me localizará enseguida, y no quiero...

—Si vas ir a Alicante, te llevo, no me cuesta; pero, si lo que necesitas es un refugio hasta que pase la tormenta, te ofrezco mi casa.

—Muchas gracias, pero no me parece bien aceptar tu oferta, sobre todo porque nuestra situación es complicada... —Era un cielo; después de todo lo que habíamos pasado, seguía cuidando de mí.

—No digas tonterías... Somos amigos, ¿verdad? —Creía que intuía que solo seríamos amigos, lo notaba.

—Eso espero.

—Los amigos están para estas cosas.

—No quiero hacerte sentir mal ni darte falsas esperanzas...

—¿Por venir a mi casa? No te preocupes. Yo también he tenido unos días de reflexión y entiendo que necesitarás tiempo para aclararte. Te prometo que tu estancia en nuestra pequeña toscana no será embarazosa, ni por parte de mi familia ni por la mía.

Había aceptado su solución a regañadientes, pero me había alegrado de haberlo hecho. Willy me había ayudado tanto... Desde luego no es mentira que los animales obran milagros con los humanos.

Ángelo me daba mi espacio; no estaba todo el día agobiándome, pero sí pendiente de mí. Montar a caballo era una auténtica gozada.

Sus padres no estaban extrañados porque su retoño hubiera traído a una chica a casa para quedarse unos días. Por lo visto, no era la primera vez —e imaginaba que ni la segunda ni la tercera— que el italiano se presentaba con una mujer. Cuando hube llegado con las maletas, los

padres se habían limitado a preguntarle a su hijo si tenían que preparar la habitación de invitados. Eso me había hecho pensar en que otras visitas femeninas no habían dormido en la estancia de invitados, sino en la de Ángelo. Me sorprendió ver lo liberales que eran.

Yo había llevado a amigas a casa, algún que otro amigo, pero eso de dormir en mi cama con un tío nunca había sido una opción. Mis padres hubieran montado un circo. ¡Ya ves tú! Papá y mamá no eran tontos, debían sospechar que tenía vida sexual, pero no aceptaban que pudiera tenerla bajo su techo. Imaginé que no entendía su filosofía en aquellos momentos pero, cuando tuviera hijos, quién sabía... De todos modos, yo no me hubiera sentido cómoda, en mi propia casa, teniendo una noche de pasión cerca de mis padres y de mi hermano. Tampoco estaría a gusto compartiendo la habitación del italiano... Si mantuviéramos una relación estable y ya llevásemos tiempo, y tuviera más confianza con sus padres, sería diferente... Pero, de buenas a primeras, dormir con él en su hogar, ¡no!

Ese chico también debía ser un rompecorazones; no me había planteado esa posibilidad. Estaba tan habituada a verlo siempre perseguido por María que me costaba atribuirle una conquista que no fuera ella. Además, físicamente no tenía desperdicio y era muy amable y atento. Probablemente también habría hecho llorar a muchas mujeres, como Pablo, pero a Ángelo lo veía más cercano a mí. Una relación con él no sería tan complicada como con un profesor con fama de gigoló. Mi sensatez lo tenía muy claro: Ángelo sería una buena opción para tener una relación más tranquila y sosegada, pero mi subconsciente no lo veía igual. Tal vez, en el fondo, era una masoquista a la que le gustaba que la torturaran.

Al haber dejado tirado a Pablo en medio de una cafetería, imaginaba que habría captado mi indirecta de «Déjame en paz», pero sabía que era un terco y que, cuando se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo. De todos modos, esperaba que estuviera muy enfadado por el plantón y que nunca más me mirase ni me hablara. Mi sensatez ansiaba esa solución, pero de nuevo mi subconsciente exigía que volviera a perseguirme y me diera una explicación convincente sobre la visita de la modelo alemana.

La primera tarde que hube pasado en su casa, no había podido remediar preguntarle a Ángelo sobre este tema. Habíamos salido a montar y habíamos parado un rato para andar. El momento era propicio para mantener una conversación.

—Ángelo, si no te molesta, quisiera que me explicaras algo de la atleta alemana que vino al centro a buscar a Pablo.

—Imaginaba que, tarde o temprano, me preguntarías por ella. Llevaba días viéndola en recepción; una mujer así no pasa desapercibida. Como te dije, tenía un tipazo de miedo. Antes de llamarte, la oí preguntar por el profesor Pablo Saavedra y planté las orejas. No me parecía justo que haya ido a buscarte mientras otra lo buscaba a él.

—¿Qué pasó cuando habló con él?

—Tuvieron una conversación acalorada, y creo que él le colgó el teléfono. Hablaban en alemán, y no pillé nada de la conversación. Te puedo decir que ella se fue llorando. Poco después me llamó David para advertirme de tu vuelta. Me comentó que Pablo estaba como loco buscándote, y debo confesarte que me alegré mucho con todo lo sucedido...

—No me lo pensé: me vine a España...

—Aún hay más

—¿Más?

—Esta mañana me han llamado. Primero, David y, luego, el profesor.

—¿Para?

—David sabía que yo había ido a buscarte al aeropuerto. Yo no le dije que iba a ir a por ti, pero se lo imaginaría... Cuando me llamó para decirme que habías hecho las maletas, yo sabía que era por lo de alemana, pero él no tenía ni idea de lo que había pasado. Me dijo que seguro que habrías cogido un vuelo. Fui a buscarte y aquí estamos.

—¿Qué querían David y Pablo esta mañana?

—Saber dónde estabas.

—¿Qué les has dicho?

—Que te llevé al centro, te dejé y que no sabía nada más de ti.

—¿Se lo han creído?

—David no ha preguntado nada más. Sospecho que estaba con el profesor porque, nada más colgar, me llamó él para hacerme un interrogatorio. Tiene que volver a Alemania mañana. Por cierto, sabe que estás mosqueada por ese tema de la atleta que vino a buscarlo.

—¿Te lo ha dicho?

—Más o menos. Sabe que ella lo llamó a su teléfono desde el mío... A partir de ahí sabrá atar cabos sueltos. No creo que sea tan lerdo como para no darse cuenta. ¿A ti no te ha llamado nadie?

—Tengo el móvil apagado.

—Bueno, estás aquí y te voy a hacer olvidar la mala experiencia... Bueno, yo no... Willy... Además, no creo que nadie sospeche que estés en mi casa.

—Tienes razón, y tú y Willy sois un encanto. Gracias por todo, Ángelo, pero de nuevo no quiero darte falsas esperanzas. No podría... no podría...

—¿El qué? ¿Acostarte conmigo o iniciar una relación? Lo sé, no soy tan cortito. La esperanza es lo último que se pierde...

—No es justo que me trates tan bien sin saber si yo... si yo algún día podré compensártelo...

—Eres mi amiga y me necesitas. Mi obligación es darte ayuda.

—Por cierto, es un detalle que tus padres me hayan alojado en la habitación de invitados y no en la tuya... Sospecho que eso no es muy habitual... —Se puso un poco nervioso por mi observación, pero enseguida tuvo una contestación.

—Aunque no te lo creas, tengo mi público, ¿o es que pensabas que solo puedo atraer a obsesas como María y a dubitativas como tú? —Le sonreí. Sabía cómo hacer olvidarme de mis pensamientos malos.

El último día en casa del italiano fue de lo más variadito. María se presentó en su casa para preguntarle si estaba bien y para averiguar el motivo de haberse ido antes. Ella ya lo sabía, pero era una buena excusa para visitarlo. No pude evitar preguntarme si María habría sido una de las que habían pasado la noche en su habitación. Ángelo me comentó que, salvo algún beso y meterse mano, no sucedió nada más, pero no sería la primera vez que me contaran una mentira. De hecho, no hacía mucho que me había tragado una buena sarta de ellas de la mano de mister Increíble.

Los había oído en el recibidor, pero no quería que ella me viera; si lo hacía, iría corriendo a Pablo para que ese me sacara de casa de su adorado Ángelo. Faltaban pocas horas para que el profesor, como Ángelo lo llamaba, abandonase España durante, al menos, cuatro o cinco semanas, si mal no recordaba. Sus progresos con el equipo habían hecho que adelantase su vuelta. En unas semanas me tendría que enfrentar a él, pero ya sería más fuerte y sí me había propuesto exigirle que me dejase en paz de una vez por todas. Esperaba que, llegado el momento, fuera capaz.

Cuando María se fue, el italiano me vino a buscar, me explicó lo de la visita de ella.

—No te puedes imaginar lo cansina que es. Espero no ser yo igual de pesado para ti...

—¡Qué va!, ni de lejos...

—Ha venido a cotillear. Seguro que la han enviado David y el profesor para ver si estabas aquí o si me sacaba dónde podían encontrarte...

—No creo. Ella se preocupa por ti...

—Tendrás que llamar a tu casa para dar explicaciones, Lucía...

—¿A mi casa? —Estaba extrañadísima.

—El profesor es muy persistente... No se ha dado por vencido y ha llamado allí preguntando por ti... No sé los detalles, pero creo que tus padres podrían estar preocupados. Lucía, María estará obsesionada conmigo, pero él lo está contigo.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Porque se le nota, Lucía.

—No, digo que cómo sabes que ha llamado a mi casa.

—María dice que está desesperado buscándote, que tiene que hablar contigo preciso. Cogió un vuelo horas después de tu marcha. Como no te localizaba, ha mirado tu ficha y ha llamado a tu casa. Eso es lo que ha contado María.

—Voy a llamar para ver exactamente lo que ha dicho; si ha alarmado a mis padres, te juro que me lo cargo...

Subí a mi habitación y puse el móvil en marcha. Aluvión de llamadas perdidas. Un millón de Pablo y de David y dos de mi familia. Llamé a casa y lo cogió mi hermano.

—Pedro, soy Lucía. ¿Qué hacéis por ahí? —Traté de estar tranquila.

—Mira quién llama y a buenas horas... Qué raro que te acuerdes del número, pero seguro que no de la dirección de tu propia casa. —Mi hermano tenía dieciocho años; era el pequeño, pero se hacía más pequeño de lo que era... Estaba muy consentido, sobre todo por mi madre... Yo, por mi padre. Lo notaba tranquilo; Pablo no los había alarmado.

—No me sermonees... ¿Y papá y mamá?

—No están. Se han ido de viaje. —Respiré aliviada; no se habían enterado—. Pues tendrás varias llamadas mías en el móvil. Esta mañana he hablado con un profesor de tu centro, y ha preguntado por ti.

—¿Qué ha dicho?

—Que tenías un examen ayer y que, como no te habías presentado, quería saber si estabas bien... Le he dicho que no estabas en casa. A mí me ha sonado a mentira podrida. Te conozco y sé que nunca en la vida te perderías un examen. ¿Qué te traes con ese tal Pablo? ¿Es profesor, o eso también era mentira?

—Es profesor... Es una historia larga...

—¡Vaya, tata! ¡Adonde vas, triunfas! La mayoría de los mortales se lía con compañeros, con amigos..., pero tú vas a lo difícil. A un profesor, ni más ni menos... Espero que te ponga una matrícula de honor, como mínimo...

—¡No es eso! No seas animal.

—Ya, ya...

—Ya, ya, abuela. Pues eso, que llamaba para que vierais que estoy bien. ¿Saben algo de esto papá y mamá?

—No los he llamado aún, te iba a dar un margen de tiempo. Sabes que, si los llamo, movilizan a la Policía Nacional, Guardia Civil...

—Menos mal...

—Bueno, te dejo, que Silvia me está esperando.

—¿Quién? ¿Tu nueva novia?

—Mujer, no pensarás que eres la única que tiene vida sentimental... Y no es mi nueva novia... Sospecho que esta es la definitiva y la única...

—Sí, sí, eso dicen todos...

—¡Ah! Por eso llamaba ese Pablo. Te la ha jugado, ¡eh!

—No es eso... Es largo de contar, pero es una tontería...

—Bueno, te dejo, que me espera mi futura mujer... Cuídate y suerte...

—Ale, enano, adiós.

Cuando bajé de mi habitación, Ángelo estaba con su familia. Discretamente me preguntó si todo iba bien. Le comenté que sí, que mis padres no se habían enterado de nada y que mi hermano no se asustó. Mi tete me conocía, sabía que tenía el don de desaparecer y, luego, reaparecer misteriosamente. Era bastante discreto: no se solía meter en mi vida, ni yo en la de él.

Nos invitaron a comer a un restaurante. Lo pasé muy bien; la familia del italiano era muy amigable. Estuve muy a gusto con él. No propició ninguna conversación sobre nosotros dos, tampoco intentó abrazarme y besarme; me dio margen, y eso me hizo ver lo especial que era. Pablo había entrado antes en mi vida, pero el italiano también estaba en ella, aunque una parte de mí sabía que yo ya había tomado una decisión, y no era una buena. Al menos no iba a ser una que no me hiciera sufrir...

A última hora de la tarde, ya era momento de volver al centro; las clases se reanudaban al día siguiente. Antes debía comprobar que Pablo se hubiera ido. Había que llamar a David. Estaría súper enfadado conmigo; lo sabía.

—David, soy Lucía...

—Ya lo sé, ya, veo tú número en mi teléfono... —Estaba disgustadísimo; su tono de voz era distante y duro.

—¿Estás enfadado?

—¿Tú qué crees? Desapareces de la faz de la tierra sin dar explicaciones. No sé si estás bien, si te han atracado, si has tenido un accidente...

—David, no podía dejar que supieras dónde estaba. Se lo hubieras dicho a Pablo, y no quería que él me encontrase... Por eso te envié el mensaje desde el avión y, luego, el otro para que estuvieras tranquilo.

—Yo estoy tranquilo, pero Pablo estaba totalmente fuera de sus casillas. Me dijo que estabais comiendo, que te levantaste y..., bueno, que ya no te vio más...

—Sabrá el motivo, ¿no?

—Algo sí intuye. Imagina que Ángelo fue a por ti al aeropuerto... y está al corriente de que el italiano le prestó su móvil a una chica que vino desde Alemania a buscarlo al centro... Te harás una idea de lo enfadado que está...

—Al italiano le di yo el número de Pablo y lo obligué a que la modelo esa lo llamase delante de mí... Una chica así no sale en busca de un hombre si no hay algo más... Estoy harta de sus tonterías, invenciones y juegos...

—Y yo estoy harto de Pablo, de Ángelo y de ti. Esto no es una situación de tres, es ya de cuatro; siempre me ponéis en el medio.

—Siento que pienses eso.

—Lucía, ¿dónde has estado?

—Relajándome en casa.

—Sé que en tu casa no has estado; Pablo llamó para investigar. No te preocupes; no dijo nada indiscreto ni que creara alarma.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, he hablado con mi hermano.

—Entonces, sí estabas en tu casa. Pablo quería ir a buscarte allí, pero Vero y yo lo convencimos de que primero llamase y, al escuchar lo que dijo tu hermano, se le fue la idea de la cabeza.

—¿Se fue ya a Alemania? —No le desmentí mi paradero; si se enteraba de dónde estaba, me echaría el sermón.

—Sí.

—¿Se llevó a la modelo?

—Sí, de hecho él sabía el motivo de tu fuga y la tuvo consigo para que te explicase la situación. Pablo intuía que te habías montado una película por esa visita, y sus explicaciones serían más creíbles si ella las confirmaba.

—Bueno, ya no quiero saber nada sobre el tema... Esto se ha acabado. ¿De verdad se ha ido?

—Que sí... ¿Cuándo te he mentado yo? Está muy disgustado y triste. Nunca lo he visto así, Lucía... Me dio mucha pena; estaba muy impotente sin saber dónde estabas..., muy preocupado por si te había pasado algo... Envió a tu amiga María a casa del italiano a ver si estabas allí. Yo lo dudaba, pero a ella la convenció enseguida. Creo que la pija rematada, como tú la llamas, quería descartar esa posibilidad... Me dio una cosa para ti antes de marcharse a Alemania.

—¿Qué? Espera, no me lo digas. No lo quiero saber; no me lo digas... Estoy decidida a cerrar este capítulo de mi vida definitivamente. Cada vez que surja una chica, me pondré celosa... Siempre estaré pensando mal de él, no tengo confianza en él... No puedo vivir así, David.

—Lucía, te entiendo hasta cierto punto, pero no estás siendo razonable. Él no te ha dado motivos para dudar hasta el momento.

—Te recuerdo que una mujer despampanante vino a buscarlo a Madrid...

—No sabía que eras tan insegura de ti misma... Me sorprende tu falta de fe en ti, la verdad.

—No sé si es inseguridad; un chico así llama mucho la atención. Ha estado con muchas chicas, y siempre estarán acosándolo, y no estoy preparada para mantener una relación con una persona tan... tan... tan despampanante.

—El sentimiento puede ser mutuo. ¿No crees que él pueda sentir lo mismo que tú acabas de comentar?

—No, ¡qué va!

—Te recuerdo que tuvo que lidiar con Iván y con el italiano. Y eso en pocos meses...

—Venga ya... Yo no despierto tantas emociones como él...

—Lo dudo. Lo que pasa es que tú eres muy celosa e insegura, mientras que él sabe lo que quiere y lucha por ello... Tú eres más cobarde.

—No comparto tu visión.

—Imagino, pero es la verdad. Lo has dejado hecho polvo, humillado, avergonzado y más obsesionado contigo que nunca. Parece que sois iguales...: queréis lo que no podéis tener. Aunque en vuestro caso, es algo diferente porque los dos estáis locos el uno por el otro, pero no acabáis de conectar... Es una telenovela venezolana...

—No es así; las cosas con el italiano serían más fáciles...

—Ya estabas tardando en nombrarlo... Te recuerdo que no te lo pudiste follar porque gritaste el nombre de Pablo mientras lo intentabas. Eso es una señal.

—No lo grité...

—Bueno, pero lo dijiste... Lucía, haz lo que quieras; espero que no te equivoques... Por cierto, lo que me dio Pablo para ti está en tu habitación ya. Si no lo quieres, lo tiras a la basura y punto. Lo llamaré para decirle que estás bien... Me lo rogó unas mil veces antes de irse, y tengo que quitarle la angustia de no saber dónde estás... Te digo que me extraña que no te mande a la mierda; si a mí me llegas a hacer lo que le hiciste a él..., te monto un pirulo de miedo... Y el tonto de Pablo estuvo los dos días muerto de miedo por tu seguridad e intentando, por todos los medios, explicarte la situación... Lucía, no eres una cría... Madura ya. Y me va a caer una bronca buena cuando le diga que estuviste en tu casa; se mosqueará por no haberlo dejado ir a buscarte. Ya te vale, princesa.

Me colgó el teléfono, estaba muy enfadado. Me imaginé a David llamando a Pablo para sermonearlo por haberme hecho un lío la cabeza el día que le había contado que había llamado a Ángelo por el nombre de Pablo; la conversación entre ambos habría tenido un tono similar a esa. Aunque me había regañado mucho, no podía evitar estar contenta por tener un amigo tan fiel que se preocupaba por mí y también por Pablo. Eso demostraba que era un buen amigo de sus amigos.

En cuanto a lo que me había dejado Pablo antes de marcharse, no podía evitar preguntarme qué sería y, sobre todo, cómo lo había conseguido meter en mi habitación. Tenía muchos contactos y amigos, pero me costaba creer que pudiera invadir mi intimidad sin una orden de registro. También sabía que Pablo no era de los que se quedaba con los brazos cruzados ante la adversidad. Lo veía capaz de eso y de mucho más.

Ángelo me acompañó al centro. En la entrada lo estaban esperando unos compañeros que tenían que hablar con él sobre una materia del día siguiente. Me fui yo sola a la habitación, no quería que viera lo que me había dejado Pablo, fuera lo que fuera.

Querida Lucía:

Te sorprenderá que, en esta era digital, alguien te escriba una carta, pero para mí es la mejor opción para transmitir lo que siento.

Estoy muy, pero muy, muy, muy enfadado; me has hecho pasar unos días muy desagradables. En la cafetería temí que te hubiera pasado algo como un accidente o un secuestro... Me tenías muy

preocupado. Cuando llamé a David y me dijo que ni tú ni tus cosas estabais en la habitación, supe que habías vuelto a huir de mí. Aquella noche, la de mi despedida, pude alcanzarte en el ascensor, pero esta vez hiciste todo lo posible para evitarlo.

Me enteré de lo sucedido una vez que David me dijo que el móvil desde el que me había llamado Sophia —así se llama la chica que vino a buscarme— era de Ángelo. Ahí tu conversación previa en la cafetería con el teléfono tuvo sentido para mí. Recordé que dijiste: «Te mando el número y que lo llame...».

No tenías derecho a hacer lo que hiciste. Uno primero pregunta, le da al otro el beneficio de la duda; pero, como siempre, el buen concepto que tienes de mí ya me había condenado, aún sin saber lo que ocurría realmente.

David y Vero son testigos de que hice todo lo que pude para encontrarte y explicarte la situación. Si a ti la visita de Sophia te hizo sentir mal, a mí tu marcha me hundió en la miseria.

Dado que no te lo puedo contar en persona, porque no me has dejado ni te has dignado a preguntármelo, te explicaré lo sucedido. Lo que pasó con esta chica es una cosa parecida a lo que sucedió con Sandra. ¿Sabes quién es Sandra, no? Esta chiquita se ha encaprichado conmigo. Para bien o para mal, causo ese efecto en muchas mujeres; lamentablemente, en las que quiero causar, no lo consigo, como es tu caso... NO HA PASADO NADA CON ELLA. David sugiere que debes estar pensando que me he acostado con ella, o que he salido con ella, o cualquier otra cosa de esas que te gusta atribuirme. Él sostiene que, si estuvieras aquí, dirías algo así como: «Una mujer no hace tantos kilómetros si no hay un motivo para hacerlos...». Pues no hay motivo.

No conseguía que salieras de mi cabeza, no te he mentado. Desde el primer momento que te vi, me fijé en ti. Estaba pendiente de tus conversaciones con tus amigos... Uno aprende muchas cosas escuchando y observando... Como, por ejemplo, que a tu amiga y a ti os gusta mirarme el culo cuando salgo por la escalera de la piscina. No era casualidad que tuvieras siempre un primer plano...

Entiendo que pienses que eres una más de la lista. No lo comparto y más cuando te he insistido en que no soy tan cabrón como me pintan. Supongo que te es más cómodo pensar en mí de esa manera para ponerme al otro lado de la línea de lo fácil.

Ahora, en medio de tu huida, he comprendido que el problema en nuestra... (no lo puedo llamar relación porque tú no dejas que lo sea, así que lo llamaré historia) historia no soy yo, eres tú. Eres una mujer cobarde. Sabes que estás loca por mí; desde que te resbalaste lo sabes, pero no eres valiente y ni te apetece ni quieres luchar por mí. Cuando me diste la toalla impregnada con suavizante, supe que sentías algo por mí. Te confieso que fue menos evidente que derramar un poco de perfume sobre ella, pero el efecto fue el mismo.

Era habitual observarte y tú no te dabas cuenta. Sé muchas cosas sobre ti. Te colocas el pelo detrás de la oreja cuando quieres hacerte la interesante; tal vez nunca te hayas dado cuenta de eso, pero yo sí. Después de nadar, te quedas unos segundos en tu calle para saborear perfectamente esa sensación de libertad que te da el agua. Tienes una risa muy poco discreta y siempre estás soñando despierta. Me encanta tu coletilla «Vaya», que me llames nene cuando te alteras o que saques tu vena feminista para ponerme un bozal.

Ahora, probablemente te estés preguntando qué sabes tú sobre mí. No sabes nada sobre mi comportamiento, para ti soy un tío duro que se merienda a las tías...

David me ha explicado que te ha puesto al corriente de mi pasado con la que iba a ser la madre de mi hijo, Aisha. Ella huyó también de mí y me costó mucho superarlo. De hecho, hasta la fecha no había encontrado a una mujer con la que me planteara tener algo más. El destino me ha reservado una burla cruel; tú solo querías conmigo una relación física, mientras que yo pretendía iniciar una

sentimental. ¡Qué brutal es el futuro! Me lamentaré toda la vida por no haber hecho el amor contigo aquella noche; tal vez así tú te hubieras obsesionado conmigo lo mismo que yo. No quise tentar a la suerte, no podía arriesgarme a que tú no quisieras algo más después del sexo. Yo era de los que empleaban esa táctica y no estaba dispuesto a sufrir más de lo estrictamente necesario.

De nuevo me he equivocado. No puedo construir una relación con alguien que huye cada vez que hay algo que no le cuadra, que no cree mis explicaciones y que piensa que soy un físico sin sentimientos. ¿Acaso cogí yo la puerta cuando me enteré de que tenías algo (todavía no sé bien el qué) con ese chaval que me avasalló en casa de David?

Me ha hecho mucho daño saber que no me esperaste; que, en la más mínima ocasión, intentaste tener una relación con ese chico. Está claro que no teníamos compromiso y que tú eras libre de hacer lo que quisieras, pero no vamos en serio porque a ti no te da la gana. ¿Tan malo soy para ti que no merecía ni una sola oportunidad? ¿Es mejor que yo ese chaval?, ¿o simplemente tendrás que luchar menos por esa relación que por la que podrías haber tenido conmigo?

Estoy convencido de que te niegas a darnos una oportunidad por tu cobardía.

No temas. Una vez que David me asegure que estás bien y que no te ha pasado nada, saldrás de mi vida para siempre. Y sabes que, cuando me propongo algo, lo suelo conseguir... Creo que tú serás de las pocas cosas que no he logrado. Tiro la toalla contigo. No te preocupes; no te volveré a molestar. Ya sé que te lo he dicho anteriormente y no lo he cumplido, pero ahora es diferente.

Firmado: Pablo Saavedra Gil de Montes.

Allí estaba la carta, en el suelo de mi habitación. De todas las cosas que había imaginado que tendría en mi ático, esa era la única que no me habría pasado por la cabeza ni en un millón de años. Me puse a llorar desconsolada. Tenía el corazón roto y lo peor era que no me había dado cuenta de que se lo había partido a él. Había estado tan preocupada en mí, en mis sentimientos, en protegerme de él que nunca le había dado opciones ni me había planteado tan siquiera que pudiera sufrir por mi culpa. Sus palabras me conmovieron; estaba destrozada. Se había acabado; me daba cuenta de lo que sentía por él. Estaba enamorada de él, lo quería. Era él, siempre había sido él. Quería sus besos, sus abrazos, sus charlas, sus mimos, sus terquedades... Lo quería todo con Pablo.

Debería haber superado antes mis inseguridades. Era vital que hablase con él, que le hiciera comprender que había estado equivocada. Un hombre que abre así su corazón, sin tapujos, no puede ser una mala persona. Me había comportado con él como una niña malcriada. ¿Qué había hecho? Tenía que recuperarlo como fuera. ¿Sería tarde? Era persistente en sus empeños pero, cuando decidía pasar página, seguro que ponía el mismo interés. Lo había fastidiado todo, lo sabía. Era consciente de mi comportamiento, de mis faltas hacia él. No podía volver en el tiempo, pero sí trataría enmendar el mal que nos había causado.

No me lo pensé ni dos minutos más: cogí el teléfono dispuesta a hablar con él. Debía decirle lo que acaba de descubrir. Estaba muy histérica; temía que no me lo cogiera, su reacción, pero era hora de ser valiente, de afrontar la situación. Si me rechazaba, al menos, lo habría intentado.

En la primera llamada, el operador dijo que estaba apagado o fuera de cobertura. Imaginé que estaría volando. Mi siguiente opción era llamar a David. Me lo cogió a la primera, él nunca me

fallaba.

—Dime, Lucía.

—David, he leído la carta. Ahora lo tengo todo claro.

—¿Y? No me tengas en ascuas.

—Lo quiero. Lo quiero todo con él.

—Si te ha costado, princesa...

—Hay un problema: en la carta me dice que todo se ha acabado. Estoy muy nerviosa. ¿Tú has hablado con él?

—Sí, le he dicho que estabas bien en tu casa.

—No estaba en mi casa.

—Ah, ¿no?

—Estuve en la del italiano...

—¿Lucía! Tanto decir que él era un cerdo, y tú jugando a dos bandas...

—No pasó nada. Es un amigo que me dio cobijo...

—Si se entera... No creo que le sienta bien que tú montaras este pollo por una visita y que te fueras a casa de Ángelo...

—No pasó nada.

—¿Pues como él!, que vino esa Sophia a buscarlo, y tú te montaste tu película... Sois iguales...

¿Has hablado con Pablo?

—Tiene el móvil apagado. Lo seguiré intentando...

—Te deseo suerte, princesa.

Lo llamé dos veces más y, a la tercera, contestó.

—¿Qué pasa, Lucía? —Estaba seco, distante; su voz era de indiferencia absoluta.

—He leído tu carta.

—Pues creo que te lo he dejado todo muy claro... No entiendo por qué me llamas, y más después de estar estos días desaparecida. Eso, sin contar que me dejaste tirado en una cafetería...

¿Qué quieres?

Estaba a la defensiva; sentía que tenía ganas de cortarme el cuello. Me dolía que me hablara así, pero me lo merecía. Yo me había portado peor con él; no era el momento de enseñar mi orgullo.

—Pablo, lo siento...

—Pues me alegro mucho.

—Pablo...

—Lucía, tengo trabajo pendiente. Si no quieres nada más, buenas noches.

—Sí quiero... algo.

—Pues tú dirás

—A ti. —Se quedó callado; lo oí suspirar. Le dejé un momento, pero seguía sin decir nada.

Retomé yo la conversación—. Pablo, ¿estás ahí?, ¿no vas a decir nada?

—Lucía, te lo he explicado todo en la carta...

—Pablo, lo siento... Te quiero.

—Como tú me dijiste una vez...: Llegas mal y tarde.

—No me hagas esto. No quiero seguir jugando más al ratón y al gato.

—He tomado una decisión.

—No me hagas suplicarte...

—No lo hagas; tendrá el mismo resultado que la primera vez.

—Pablo, estás siendo tan frío... No me hagas daño...

—No te preocupes, puedes volver a refugiarte en casa de tu amigo, como estos días...

Lo sabía. ¿Cómo lo sabía? David no se lo había dicho; no había sido él. Pero, entonces, ¿cómo? Estaba tan seco, tan apático me resbalaban las lágrimas por la mejilla. Intenté que él no se diera cuenta de que estaba llorando.

—Pablo, no pasó nada, te lo juro. Te quiero. Eres tú. No me hagas esto... No podré soportarlo una segunda vez...

—Tengo que colgarte, he de preparar cosas para mañana. No me llames más. He tomado una decisión y es irrevocable.

No me dio opción a decir nada más, me colgó. No pude decirle que su carta estaba equivocada; sabía muchas cosas sobre él, y no me dejó explicárselas.

Fue tan desagradable, tan indiferente con mis sentimientos. El corazón ya no me dolía, lo tenía destrozado. Se lo metió en la boca, lo masticó y, luego, lo escupió como si tal cosa. Quería morirme. No tenía consuelo, no dejaba de llorar.

No pasaron ni cinco minutos, y llamaron a la puerta.

—Lucía, soy Vero. Abre. Te he oído...

Abrí la puerta y me eché a sus brazos; en la vida me había encontrado tan mal. Sentía que moría. Sus palabras se habían clavado en mí como un puñal. No conseguía tener consuelo.

—Vero, lo quiero y él ya ha pasado página... Quiero morirme... No puedo vivir, no puedo respirar, me siento morir. Es un tormento. No quiero, no quiero, no quiero estar sin él... Vero, no quiero vivir sin él.

Mi amiga me llevó al sofá y se sentó a mi lado. Cogió su móvil y vi que enviaba un mensaje mientras yo despoticaba sobre mi corazón y mis sentimientos. En pocos minutos llamaron a la puerta de nuevo.

Hundí la cabeza sobre un cojín. Estaba destrozada, creía que no me quedaban más lágrimas en el cuerpo. Sollozaba de dolor. Era insoportable esa situación, ese sentimiento de impotencia y desconsuelo. No podía consolar mi corazón desgarrado. No recordaba esa sensación tan dolorosa desde que había faltado mi abuelo. Era abrumador y no tenía remedio.

David entró en la habitación, llevaba una taza.

—Lucía, tómate esto, te sentirás mejor. Es una tila triple, te calmará los nervios. —David estaba muy apenado de verme así.

No paraba de llorar. Ellos intentaban consolarme, pero no lo conseguían.

El dolor y el cansancio iban apareciendo. Vero me llevó a la cama y se acostó conmigo; David se acomodó en el sofá. Esa noche no me iban a dejar sola. Me sentía morir cada vez que recordaba su falta de piedad y su indiferencia hacia mis sentimientos. ¡Qué cruel había sido!

Capítulo 12

LA DISTANCIA

Eso iba a ser duro; me había clavado un puñal en el corazón. El tiempo era mi única cura. Las dos primeras semanas habían sido durísimas; no había tenido ánimo para hacer nada. David y Vero habían sido un apoyo muy grande. Lo bueno que había sacado de esa experiencia fue un papel en la obra de actores expertos de Pedro.

Las clases iban a ser un auténtico suplicio; no podría concentrarme por más que lo intentara. Estaba muerta en vida. ¡Qué dolor! Con el físico te puedes tomar una pastilla, pero no había medicamento capaz de curarme el alma.

Recordé el primer día tras el gran disgusto. Vero me había dicho que a ella le iba bien quedarse dos días en la cama y, luego, todo lo veía más claro. Ese sistema, para mí, no era efectivo. Me deprimía estar en mi habitación, ni la terraza conseguía animarme. David había decidido que tenía que hacer vida normal. Lo mejor era superar el choque de inmediato. Había sugerido otra escapada al mar, pero la primera vez ya me había costado superarlo, y esa era mucho más dolorosa. Dénia, en ese caso, no tendría un efecto medicinal. Además, no debía huir de ninguna situación; me había propuesto ser fuerte, demostrar que no era una cobarde.

En mi relato de lo sucedido con Pablo, no pude evitar preguntarle a David si él le había contado que me hube refugiado en casa del italiano. Me juró que no y yo le creí sin lugar a dudas. Mi otra opción era Ángel; ya tendría tiempo de preguntárselo.

Cuando bajé a la cafetería a desayunar, no pude más que darle un bocado a mi cruasán. Las gafas de sol se iban a convertir en mis aliadas, los próximos días, para disimular mi dolor. David y Vero me prohibieron el café. No necesitaba excitantes, todo lo contrario.

Mientras desayunábamos, el italiano entró por la puerta y se vino a nuestra mesa. No quería darle explicaciones sobre lo que me sucedía, esperaba que las gafas me protegieran lo bastante para evitar que preguntara sobre mi mal aspecto.

—Buenos días... ¿cómo estáis?

—Aquí estamos —dije con voz ronca. Me dolía la garganta de tanto sollozo, y mis ojos estaban

hinchados hasta rabiar. De ahí el uso de las gafas.

—¿Por qué llevas las gafas puestas si aquí no hace sol?

—Me duelen los ojos.

—Lucía, ¿qué pasa? —Por el tono de mi voz, no le costó averiguar que algo no iba bien.

—Nada.

Salí a toda prisa de la cafetería, con la única esperanza de no tener que contar mis sentimientos pero, al recordar las amargas palabras de Pablo, sentí las lágrimas resbalar sobre mis mejillas. Opté por revivir el dolor en la intimidad.

Teníamos clase con Sara. Baile alternativo, danza del vientre y otras modalidades iban a ser complicadas de practicar. Pedí permiso para llevar las gafas en su clase. No puso problemas, tampoco me preguntó el motivo; supongo que entendía que era mal de amores. Se mostró muy amable. Ella sabía algún que otro capítulo con el italiano y con el profesor. Era muy discreta y muy buena persona.

Tras la sesión de baile, tocaba ir a practicar el arte dramático. Le tuve que pedir permiso a Pedro para llevar las gafas de sol. Él no intuyó nada y me preguntó el motivo. Le comenté que me había puesto unas gotas para un examen ocular y que la luz me molestaba. Accedió.

El italiano se sentó a mi lado; David estaba al otro. Antes de que dijera palabra alguna, le pedí que no me preguntara sobre mi estado. Yo sabía que él se había dado cuenta de que me pasaba algo malo; no hubiera hecho falta que le dijese nada. Me comentó que Vero le había contado la situación y que a él también le dolía en el alma mi decisión final, aunque se compadecía y me entendía. Fue muy correcto y educado; otra vez me ofreció su amistad. Creí que, en ese mismo instante, supo a ciencia cierta que no seríamos más que amigos. La esperanza ya no tendría cabida para él; mi reacción le había confirmado que Pablo había sido el elegido.

Al finalizar las clases, Pedro nos invitó a participar en las audiciones de su nueva obra; iba a estrenarla en pocos meses en el gran teatro. David desechó la idea de inmediato; cuando hacía una cosa y le salía bien, se aburría. Dijo que no tenía sentido para él demostrar su valía otra vez. Ángel explicó que él tampoco se presentaría. Sus palabras textuales fueron las siguientes: «La experiencia de la interpretación con María ha hecho que odie el teatro». Vero tampoco estaba por la labor. A mí, en cambio, sí me pareció una buena manera de mantenerme ocupada. Sabía que me iba a costar volver a la rutina con todo este dolor en mi corazón pero, cuanto antes comenzara a superar la situación, mejor sería para todos. David y Vero no tardarían en cansarse de ser mis niñeras.

Las audiciones iban a ser el viernes. La obra estaba basada en *La Celestina*, remasterizada a la versión de Pedro. Lo tenía decidido: haría la prueba. Además, el profesor tuvo mucho interés en saber si me había planteado acudir a las audiciones y, al saber que sí, se puso muy contento. El ánimo me subió una milésima.

A la hora de comer, David nos trajo dos nuevas compañeras. Eran Susanne y Cristy, venían del programa de movilidad del centro de Mónaco. Estábamos prácticamente a mitad de curso, y había un programa que permitía intercambiar las estancias entre los alumnos de Madrid y de otros puntos. El centro artístico tenía sede, además de en Madrid y en Mónaco, en Nueva York, en Francia y en Italia. Esas chicas estaban a punto de regresar a su ciudad, por lo que David propuso hacerles una fiesta de despedida. Yo deseché la idea de inmediato, no estaba para fiestas; lo comprendieron enseguida.

Llevaba toda la mañana queriendo preguntarle a David si había hablado con Pablo. Cada vez que intentaba sacar el tema, él lo cambiaba. Sospeché que sí había hablado con él y que las perspectivas no eran buenas; por eso no quería tocar esa conversación. No insistí por mi bien y el de mi recuperación. Sería mejor no ahondar en la herida; la cicatriz estaba abierta y sangraba por los cuatro costados.

Las clases de la tarde fueron insufribles; me costaba mucho trabajo concentrarme. Intenté ir a la piscina a las nueve, como cada noche. El corazón me daba pinchazos. Recordaba a Pablo sentado, mirándome mientras nadaba. Su sonrisa perfecta.

El efecto relajante que esperaba del agua no apareció. Fue peor el remedio que la enfermedad: me fui más alterada de lo que había llegado. La noche se presentaba dolorosa; los sentimientos, con la luna, hacían más daño que cuando brillaba el sol. David se había comprometido a pasar la noche conmigo y Vero, la del día siguiente; esperaba no necesitar compañía en las sucesivas. Mi amigo y yo vimos una peli de humor y picamos palomitas. No cené, no me entraba ni un bocado.

Los días siguientes fueron muy, pero muy aburridos. Me encerré en mi soledad, no estaba para nadie ni para nada. Me convertía, día a día en una ermitaña. No tenía ganas de ver a David porque me costaba no preguntarle por sus posibles conversaciones telefónicas con Pablo, y a Vero no quería quitarle más vida social. Me apenaba darle trabajo.

El malestar y el dolor me sirvieron para conseguir un buen papel en la audición de Pedro. Desde el jueves ya no necesité gafas de sol. La prueba la había bordado, me había presentado para interpretar a la Celestina. Había sido tremendamente fácil poner un carácter arisco, amargo, la de una mujer que no era amada y que solo servía para emparejar a los enamorados, pero que no era capaz de amar. La versión de Pedro era más cruda que la propia novela. No me había costado hacer esa interpretación; era justo como me sentía. Lo bueno era que, a partir de ese momento, tendría una nueva obligación. Esperaba que el teatro desplazase a Pablo de mi cabeza; sin embargo, quedaban pocas semanas para que regresara. Desde la distancia era fácil superar los desastres amorosos pero, una vez que lo tuviera frente a frente, la cosa sería muy complicada. Decidí preocuparme de ese tema llegado el momento.

Todos mis amigos me felicitaron por haber entrado en el reparto de *La Celestina*. Querían celebrarlo con una cena, pero me negué; no estaba lista para salir de mi habitación, necesitaba más tiempo para sanar mi alma.

La siguiente semana la cosa se fue animando; la recuperación despegaba. Aún estaba muy tocada por el rechazo de Pablo. Las clases se hicieron más llevaderas y mi atención estaba un poco más centrada en los contenidos.

Ángelo comenzó a formar parte de nuestro círculo. Vero, David, él y yo nos juntábamos mucho. El italiano comprendió mis sentimientos y se retiró de la batalla muy dignamente. No intentó nada, comprendió sin problemas que solo íbamos a ser amigos. Era un chico magnífico. Vero y él se llevaban también muy bien, se compenetraban. Creía que el italiano empezaba a asumir el papel que tenía David conmigo, pero con Vero. No me molestaba en absoluto que se llevaran tan bien. Además, Ángelo estaba liberado; había tenido una conversación muy seria con María —según me había contado Vero—, en la que le había puesto las cosas claras. A partir de ahí, ella se había ofendido y había estado toda la semana sin acercarse a él. El italiano esperaba que esa racha durara siempre; lo tenía demasiado aburrido, no quería ni ser su amigo ya.

Era bastante habitual ver a Vero y a Ángelo juntos en la cafetería, en la biblioteca, en las clases que compartían... Además, estaban ensayando un baile para el curso de alternativo, y eso los obligaba a pasar tiempo extra juntos. Me alegraba mucho que Vero encontrara en el italiano a un buen amigo. David y yo sospechábamos que la cosa entre ellos podría hacerse más seria y nos pareció oportuno. La teoría se confirmó la noche del sábado.

Toc, toc.

—Voy. ¿Quién es?

—Lucía, soy Vero.

Abrí la puerta; ahí estaba ella, más radiante que nunca. Se había puesto un vestido blanco corto, con taconazo de once centímetros, por lo menos. El maquillaje perfecto y el pelo recogido en un moño. Estaba increíble.

—¿A dónde vas tan espléndida, Vero? Pasa, siéntate en el sofá, por favor, y cuéntame todo. — Yo sospechaba algo ya...

—Resulta que te quería comentar una cosa antes de que te vayan con el chisme...

—Es Ángelo, ¿no?

—Sí, me ha invitado a cenar. No ha sido nada planeado; dijimos que los dos teníamos ganas de ir al Chaplin, ese nuevo restaurante que han abierto en la calle central, y nos ha parecido bien ir juntos hoy.

—No me tienes que dar ninguna explicación... Me parece estupendo; además, David y yo teníamos una porra para ver cuánto tiempo estaríais sin liaros. Yo dije que en un mes...; él os dio una breve semana. Que sepas que me has hecho perder una apuesta y que me toca invitarlo al

restaurante que él quiera. Y eso, conociéndolo..., me saldrá muy caro. Pero ¿cómo fue?

—Todo empezó en la cafetería, aquella mañana que te vio con las gafas de sol... Cuando te marchaste le expliqué la situación... No sé si hice bien, pero me pareció que tenía derecho a saber tu decisión. Lo vi afectado, creo que tenía la esperanza de que tú... Bueno, ya sabes. Me ofrecí para ayudarlo en lo que estuviera en mi mano y..., en dos semanas, nos hemos hecho muy buenos amigos...

—Vero, me parece que hacéis muy buena pareja. Sinceramente, me alegro por ti. Te han hecho sufrir mucho y yo a él, sin querer, también.

—Para, para, solo saldremos a cenar... Ya veremos cómo va todo..., pero te confieso que tengo un buen augurio. ¿Y tú cómo estás? ¿No sales con David hoy tampoco?

—Estoy bien. No me apetece salir; además, él tenía planes con Kevin, que de nuevo ha salido a escena... Ya lo conoces: cuando se cansa, para, y luego tiene el mono... Prefiero adelantar trabajo. Los libros son mis mejores amigos ahora.

—¿Te ha comentado que ha hablado con Pablo?

—No me comenta nada de él, evita hacerme daño. Dice que ojos que no ven, corazón que no siente ni padece. Es lo mejor.

—Tienes que saber que no tardará en volver... El próximo sábado se reincorpora al centro.

—¿Tan pronto? —¡Madre mía! No estaba preparada para ese dato.

—Sí, ha adelantado, todavía más, sus obligaciones y ya ha cumplido los objetivos de su contrato.

—Tarde o temprano debía volver. De aquí a allá, yo estaré totalmente recuperada. Soy fuerte y mi fuerza de voluntad suele responderme bien...

Le sonó el móvil; era Ángelo. Estaba justo delante de su puerta y nadie le abría. Ciertamente era un caballero. Creía que iban a llevarse muy bien.

Cuando Vero se fue, eran las nueve y poco. Decidí que era momento de reencontrarme con la piscina; mi MP3 y el agua tenían que calmarme. Cuando me puse el bañador, me di cuenta de que debía comprar otro; me iba muy grande. La falta de apetito me había hecho quedarme con unas medidas muy óptimas; lo malo era que las curvas se habían desdibujado. Nunca había estado tan delgada como en esos momentos. El traje de faralao lo iba a tener que arreglar. En la última sesión, Sandra me había llamado la atención por llevarlo demasiado suelto... Ya no podía decir que estaba rellenita.

La noche en la piscina fue una gozada; no había nadie. Claro, era sábado y todos tenían sus planes.

Estaba muy nerviosa; la noticia del regreso de Pablo me hacía sentir incómoda. Finalmente, no iba a estar en Alemania más de tres semanas. No imaginaba nuestra relación. ¿Cómo actuaríamos? A él no le costaría volver al patrón que había utilizado la primera semana de clase, cuando yo era

tan solo un número en mi bañador. Pero ¿y mi reacción? ¿Podría mirarlo a la cara sin recordar sus negativas y su rechazo? No lo creía. La cosa iba a ser muy complicada, sobre todo cuando se encaprichara con una nueva víctima y comprobara que definitivamente no era el centro de sus atenciones. No sabía si lo podría soportar llegado el momento.

Tomaba conciencia de mi fracaso. Cuando había comenzado el juego con él, con aquella dichosa toalla, me había propuesto no sufrir, no caer en sus garras, precisamente para no propiciar una situación como la que se me venía encima en menos de una semana. El destino era el destino. Estaba todo escrito; hiciera lo que hiciera, yo estaba abocada a sufrir por él. Lo único que cambiaba era el modo. Si me hubiera rendido a sus encantos al principio, en esos momentos hubiera sabido lo que me perdería y me hubiese llevado, seguramente, unos buenos recuerdos de nuestra relación. Al no haberme permitido caer en sus encantos, me había hecho sufrir sin haber tenido una auténtica relación con él. En ambos casos, lo habría perdido, pero al menos habría tenido el consuelo de haber experimentado su compañía, sus besos, sus caricias, sus atenciones... No lo tenía a él ni a su recuerdo. ¿Cómo había permitido que eso pasara? Mi subconsciente tenía la respuesta: «Por burra, por burra».

La piscina no tuvo esa noche un efecto de olvido sobre mi situación sentimental; ocurrió todo lo contrario. Era hora de ir a dormir. No pasé por la cafetería, no tenía ganas de cenar nada.

Otro domingo recluida en mi habitación. Libros, tele y algo de deberes del centro. Fui a comer porque David vino y me obligó, de otro modo no hubiera salido.

—Lucía, estoy preocupado por ti.

—Estaré bien pronto... David, no quiero que te preocupes por mí.

—Has perdido mucho peso... Tu salud es la que me preocupa; tu estado de ánimo volverá a ser el mismo cuando estés lista, pero tu salud...

—Míralo por el lado bueno: me puedo presentar a un montón de pruebas para modelos...

—No bromees. A ti nunca te ha gustado estar así de delgada. No es que estás mal, pero es que no te reconozco sin tus curvas...

—David, no te preocupes; en cuanto esté bien, la báscula volverá a subir.

—Anda, come.

—Ya estoy llena.

—¡Pero si has comido medio sándwich! Eso es poco... ¡Acábatelo!

—No puedo, no me entra nada más, y debo irme. Tengo mucho trabajo pendiente...

Me levanté y subí a la habitación. La tarde no fue más emocionante. Hasta las nueve no salí y porque no podía faltar a mi cita con la piscina. Esa vez sí conseguí el objetivo de dejar mi mente en blanco mientras nadaba. No cené. Estaba atrapada en una espiral que no tenía salida, muy deprimida. Pensaba que el teatro sería una sana distracción, pero mi malestar no remitía. Ese leve pico de mejoría de la semana anterior se había ido al traste a causa de la inminente llegada de

Pablo al centro.

El lunes por la mañana, más de lo mismo. Hasta mediodía no comencé a ver la luz al final del túnel. David llegó con unos folletos a la hora de comer. El Fresh, el local que regentaba Pablo junto con otros socios, necesitaba seis bailarines, durante tres fines de semanas, para unas sesiones especiales que había organizado por su décimo aniversario.

—David, yo paso de actuar en el local de Pablo. Es una locura y más con lo que me está costando remontar...

—Es una oportunidad para curar tu malestar, princesa; te encanta bailar. Ganaremos unos euros y tendrás la oportunidad de ligar... quién sabe... Ahora, que estás tan sumamente esbelta..., no tendrás problemas para encontrar otro ligue. Vero, convéncela.

—Lucía, David está en lo cierto; la vida sigue.

Ángelo también coincidió con Vero; últimamente ambos estaban de acuerdo en todo. Era una pareja de amigos muy curiosa; desde el sábado de la cita, se permitían la licencia de darse algún beso esporádico en público. Era extraño, pero me encantaba verlos felices. Me sentía bien por que Ángelo no estuviera como yo, a causa de un rechazo.

—Esto es un complot... Si no fuera el local de Pablo, me lo plantearía.

—Lucía, a ver si ahora, con lo de Pablo, no vamos a poder hacer lo que nos venga en gana... Hija, es su *pub*, pero eso no te debería importar. Haz lo que te apetezca, simple y llanamente.

David, cuando quería, era muy convincente. En otras circunstancias, me hubiera dado igual que el local fuera de mister Universo o de Perico de los Palotes. Acepté participar en las selecciones a regañadientes. Las pruebas eran el jueves, y quedamos en apuntarnos David, Vero y yo. Ángelo desechó la idea, decía que eso no era para él.

David estaba muy ilusionado con poder hacer de gogó en un local tan chic como el Fresh. No paraba de repetir esa frase. Pasamos las pruebas sin problemas. Creía que mi nuevo físico me había abierto la puerta sin esforzarme mucho. Supe que el baile no me había salido como cuando lo había ensayado con Vero y David, pero aun así me escogieron.

Ambos se habían ocupado de remodelar mi vestuario. Estaban hartos, según decían, de ver que los pantalones, vestidos, camisetas y faldas me vinieran tan grandes. Las compras me sentaron estupendamente. ¿A quién le disgustaba un dulce? Por culpa de ellos, volqué mis frustraciones en mejorar mi aspecto. Tenía ganas de arreglarme, de ir guapa; me sentía pletórica con mi cuerpo. Eso de ir en chándal o cómoda había pasado a segundo plano. El maquillaje discreto se había abierto camino entre las cosas que tenía que hacer diariamente. No sabía si era a causa de la vuelta de mister Increíble —creía que sí—, pero me apetecía estar bien guapa. Supongo que eso no era nada malo; si me ayudaba a sentirme mejor y a alejarme de mi malestar, bienvenido fuera,

¿no?

Antes me sentía encontraba atractiva, pero en esos momentos me gustaba mucho también. Embutirme en una talla 38 no estaba entre mis metas pero, ya que lo había conseguido, era una pena desperdiciarlo. Incluso el profesor de arte dramático, Pedro, comentó que no había tenido nunca una Celestina tan vistosa. Fue un encanto...

Debía confesar que la danza del vientre se tornó más sugerente con mis nuevas medidas, y estaba orgullosa de los progresos en el vals y en otros bailes clásicos. Mis parejas sufrían menos para levantarme del suelo, también.

Lo único que realmente lamentaba era que, si mi culo había disminuido, mi pecho había encogido en mayor proporción; de una 100 estaba en una 90. Todo tenía un precio...

Lo estaba consiguiendo. El teatro, mi trabajo en el Fresh y mi nueva imagen estaban haciendo que me centrara en otras cosas y que Pablo pasara a un segundo plano.

Intuía que el sábado todo cambiaría. David no hacía más que ponerme nerviosa con frases como: «Cuando Pablo te vea, volverá a caer a tus pies; estás tan explosiva». Me enojaba que me diera esperanzas, y más cuando él sabía, por sus conversaciones con Pablo, que el profesor ya no sentía nada por mí, puesto que, probablemente, ni me mencionaba en ellas. David no me lo confirmó, pero no hizo falta. Si Pablo preguntaba por mí en sus llamadas, él me lo diría para frenar el dolor que sentía. Estaba segura de ello.

No podía haber sido de otra forma. Me tuve que reencontrar con Pablo en la piscina. El profesor había llegado al centro el sábado, como había pronosticado Vero, pero no fue hasta el lunes por la noche cuando lo descubrí. Lo vi y sufrí, de nuevo me sentí morir. Cuando hubimos ido a trabajar al Fresh, el día de su regreso, habíamos fichado sobre las once de la noche; había pensado que lo vería por su local, pero no había aparecido.

David y Vero sabían que había estado muy nerviosa por lo que supondría vernos tras la fatídica conversación telefónica. Yo tenía la sensación de que ese sería el escalón más alto que tendría que sobrepasar. Sospechaba que, tras el reencuentro, la cosa iría mejor para ambos. Estaba a punto de comprobarlo.

A las nueve decidí que era hora de mi cita con el agua. Cogí todo: gorrito, toalla, MP3 y la bata. Esa bata era la única pieza que había sobrevivido en mi armario tras las compras. Llevaba puesto mi nuevo bañador rojo pasión, deportivo. Era de esos que sujetaban bien el pecho. Pese a haber perdido lo que a mí me parecía la mitad de mis tetas, el bañador conseguía resaltarlas y subirlas. Me había quedado con un tipazo de miedo, a costa de dolor y lágrimas, pero un tipazo. Estaba segura de mí misma. Si antes —que me sobraban unos siete kilos— ya lo estaba, en esos momentos de mi vida, en que mi cuerpo lucía una 38, tenía la moral muy alta. Lástima que mi metro sesenta frenara mis perspectivas de estilismo... El consuelo era que mi madre decía que el perfume se vendía en frascos pequeños.

Entré en la piscina, reconocí enseguida el gorro fucsia; era inconfundible. Lo vi en el agua, sentí haber retrocedido en el tiempo. Él no me vio. Su entrenamiento no se parecía en nada a los largos que yo hacía. Él se machaba e intentaba batir su crono.

Al zambullirme en el agua, le pedí a esa que me hiciera poner la mente en blanco. Fue difícil. Después de los primeros diez minutos, lo conseguí.

Otros diez minutos después, estaba harta de nadar: salí del agua. Él continuaba con su entreno. Me sequé rápido, podía conseguir irme de la estancia sin enfrentarme a la situación. Sin embargo, era cuestión de horas. El martes por la mañana, tendría clase con él y no estaba dispuesta a faltar.

Me sequé y me puse la bata de espaldas a la piscina. No pude mirar por el rabillo del ojo si continuaba dentro, pero noté que el agua de su calle apenas se movía. Él solía coger la primera calle; yo me colocaba en la última. Sabía que estaba saliendo del agua y se acercaba a por sus cosas. Sin volverme me calcé mis zapatos antiresbalones y subí a la habitación. Tenía el corazón en un puño de saber que había estado tan cerca de él. Me convencí a mí misma de que lo que había acabado de pasar no era una huida, simplemente decidí no mirar hacia atrás; me pareció una buena filosofía para la situación que estaba viviendo.

El lunes había pasado sin pena ni gloria; no nos habíamos cruzado. Yo no había ido a la piscina aquella noche, había decidido esperar a su próxima clase para un reencuentro oficial.

Me levanté muy animada aquel martes. Saber que él estaba ahí me ponía muy nerviosa, pero mi subconsciente tenía la esperanza de que, al verme, no pudiera soportar no estar conmigo e intentara una maniobra de acercamiento. Lo cierto era que eso era lo que yo deseaba fervientemente. Mi sensatez y mi voluntad me decían otra cosa: «Volverás a llorar si sigues por ese camino». Las ignoré a ambas.

Bajé a la cafetería. Vero, David e, incluso, Ángelo sentían expectación por mi vuelta a la clase de Pablo. También se interesaron en si lo había visto ya; dije que no nos habíamos cruzado aún. Técnicamente, no era mentira. Yo lo había visto, pero igual él a mí no... Se alegraron de verme más divertida y optimista.

La clase de Pablo fue como la esperaba, ni más ni menos. Ni una mirada, por supuesto nada de sonrisas. Su imparcialidad fue más evidente que nunca. Después de meses, se limitó a decir: «Ya he vuelto», y comenzó sus clases como tal cosa. No me sentí excluida, si no, una más. Era el profesor de principio de curso.

Estaba para comérselo; hacía muchos meses que no lo había visto en bañador... ¡Qué guapo! Me derretía por momentos. Mis tres amigos seguían expectantes a mis reacciones. Actué con normalidad durante toda la clase, como si se tratara de un profesor más. Si él podía hacerlo, ¿por qué yo no? Debo confesar que mi corazón estuvo todo el rato a cien por hora. Cuando lo miraba, se me caía la baba. Me lamentaba de no haber catado nunca ese cuerpo; igual, así, mi sufrimiento hubiera sido más llevadero...

Estaba crecidita, me lo notaba. Esa tarde decidí ir a su tutoría de las cinco, tenía que plantarle cara. ¿No decía que yo huía?, pues iba a demostrarle que no le temía. No les comenté nada a mis amigos para que no me disuadiesen.

Pasaban diez minutos de las cinco. Llamé a la puerta.

—Hola, Pablo.

—Hola... ¿Qué quieres? —Seco, distante, amargo... No tenía buena pinta.

—Quería comentarte unas cosas...

—¿Te estás muriendo?

—Que yo sepa, no.

—Entonces, como recordarás a principio de curso, os pedí que no me molestarais si no os estabais muriendo. Cierra la puerta al salir.

¿Al salir? ¡Pero si no me había dejado entrar al despacho! La cara de tonta que se me quedó debía ser un bonito retrato para enmarcar. Definitivamente, cuando pasaba página, la pasaba; sabía que no iba a haber vuelta atrás en su actitud. Tenía la esperanza de que, si tan loco había estado por mí, al menos algún sentimiento bueno pudiera quedarle allí, en lo hondo de su corazón. Me equivoqué. Me sentí fatal por el trato que había recibido. Por un momento pensé en arrastrarme, en pedirle una oportunidad; la feminista de dentro me frenó en seco, me advirtió que lo que tenía que hacer era gritarle y pararle los pies. Opté por irme sin decir nada; agaché la cabeza y salí tranquilamente. Intentaba mantener el temple, pero mi autoestima no consiguió frenar las lágrimas. Tal vez me mereciera esa reacción suya por lo mal que se lo había hecho pasar. No decía que no, pero la culpa de haber propiciado esa situación era mía. Sabía que eso podía pasar y, aun así, opté por ir a su despacho.

Por la noche bajé a la piscina. Cuando yo entré, él salía. Supongo que había intentado no coincidir conmigo, pero no lo consiguió. Después de su reacción en su despacho, opté por no saludarlo. No quería ni mirarlo. Si lo observaba, me volvería a derretir, intentaría otro acercamiento y no me lo podía permitir; no quería que me viera llorar.

Pasó por mi lado como si nunca nos hubiésemos conocido. Ni me miró. Por supuesto tampoco me hizo la revisión de rigor a la que me tenía acostumbrada en nuestros encuentros de hacía meses. Estaba claro meridiano; todo se había acabado. Era hora de aceptarlo. Me metí en el agua, pero en diez minutos me marché. Me quería esconder en la habitación y no asomar la nariz hasta el 3000.

Al día siguiente, todo empeoró sobremanera. Solo hacía unos pocos días que había vuelto, y el dolor y las ganas de perecer aparecieron otra vez. Las dos semanas de curas y terapias se habían ido al traste.

Después de la clase de flamenco, Sandra me dijo que me pasara por su despacho; no sabía qué podía querer. Me había arreglado el traje de faralao, como me había pedido, y del grupo no había vuelto a hablarme nunca más. «Ven a verme a las seis. Sé puntual» fueron sus palabras exactas.

La muy zorra era lista. Tuve un *déjà vu*; ese mismo momento lo había vivido hacía meses. Sandra tenía la puerta medio abierta; Pablo estaba ahí. Ella le plantó un beso. Esa vez no fue un pico; le metió la sin hueso hasta la campana, y él se dejó. De nuevo él se dio la vuelta y enfrentó con la mirada. No hizo ningún gesto raro en esa ocasión y, cuando pasé a verla, la profesora no tenía los ojos llorosos. Todo lo contrario: estaba llena de júbilo. Aguanté el tipo como pude; el corazón se me partió en dos una vez más.

—Sandra, aquí estoy. ¿Qué querías?

—¡Ah! Nada, Lucía, siento haberte hecho venir, pero tenía una duda que ya me ha quedado resuelta. Disculpa. Adiós.

—Adiós. —Entonces, supe que, la primera vez que la había descubierto dándole un tímido beso a Pablo, ella sí se había percatado de mi visita.

Lo tenía todo bien atado y reatado. No pensaba que fuese tan vengativa. Me parecí que creía fervientemente en la ley del talión: ojo por ojo, diente por diente. El culo no le cabría en el pantalón —del orgullo, claro—, aunque estaba regordeta. Me habían dado unas ganas de decirle: «Oye, Sandra, yo me he hecho el traje a la medida, pero tú deberías ponerte otro de cuando estabas más rellenita...». Se había puesto más gorda, unos cuatro kilos por lo menos. Con el traje parecía una morcilla apretada. Estaba feo juzgar a una persona por su aspecto, pero era los celos y la venganza los que hablaban...

Estaba furiosa con lo que había pasado. Sobre todo porque, la primera vez, Pablo había mostrado sorpresa al verme, pero en esa ocasión había hecho como si yo existiese. Esa era su estrategia: hacer como si yo nunca hubiera significado nada para él.

No hubo variación en nuestras relaciones. Intenté hacerle un interrogatorio a David, con la esperanza de saber si Pablo le había comentado algo sobre mí, pero no le saqué prenda. Era otra confirmación más; se había acabado. Era preciso que lo asumiera, pero mi subconsciente no quería.

En sus clases yo era una del montón de abajo. En la piscina tampoco lo veía; él acudía a otras horas, donde estaba seguro de que no iba a cruzarse conmigo.

Era un suplicio, un auténtico calvario. No soportaba verlo, tenía su imagen clavada. Sandra y él en la cama, dándole a ella las caricias y besos que me pertenecían a mí. La situación era insostenible. Llevaba dos semanas intentando hacerme fuerte, la dura. No había aparecido tampoco por el Fresh, al menos durante las semanas por las que nos habían contratado. Lo bueno fue que nos sacamos mil quinientos euros cada uno. Me pareció una barbaridad..., pero no iba a decir nada al respecto.

El martirio estaba siendo durísimo; la cosa era catastrófica. Sabía que no aguantaría el hecho de estar cerca de él y no tener potestad de tocarlo. Ni tan siquiera me dejaba hablarle; cuando me veía por un pasillo, cruzaba. Intentaba, por todos los medios, perderme de vista, y yo hacía justo lo contrario; solo trataba de hacer aflorar los sentimientos que decía que había tenido hacia mí. Era una misión imposible. Me sentía morir. Desprecio. Indiferencia. Mientras yo era desgraciada, Sandra cada vez venía más alegre a clase. No quería imaginarlos en la cama, dolía mucho. Tenía que hacer algo al respecto, pero me volverían a tachar de cobarde. Me daba igual. Había sobrellevado el dolor por semanas, y no remitía; era hora de buscar una cura.

Entre divagación y divagación, me encontré en secretaría.

—Buenos días, soy Lucía Ballester, quiero información sobre los programas de intercambio con otros centros.

—Muy bien, Lucía. Como sabrás, para poder optar a ellos, debes tenerlo todo aprobado con una media de siete. ¿Cumples esos requisitos?

—Todavía no me han dado las notas, pero creo que sí.

—De acuerdo. ¿A dónde te interesaría irte?

—Hay unas chicas que vinieron de Mónaco y hablan muy bien de aquel centro.

—Mónaco, entonces. Tienes suerte; ellas vuelven dentro de semana y media, y en ese momento se inicia un nuevo intercambio. Aquí tienes el folleto con toda la información. —Me dio el tríptico explicativo.

—Muchas gracias.

—Si quieres, rellenas los datos y te pongo en la base. Te confirmarán si has sido admitida en una semana.

—Perfecto, lo relleno ahora mismo.

Dicho y hecho; la distancia sería la mejor cura. Mi recuperación sin Pablo había ido muy bien pero, cuando regresó, comencé a desmejorar a pasos agigantados. La única salida era la distancia.

No comenté con nadie lo que había solicitado. Antes de decirlo quería saber que sí estaba admitida. Me pareció una buena decisión. Mis padres no dirían nada, seguro que estarían encantados de que saliera de España a conocer otras culturas. Mónaco era una ciudad espectacular, y me moría de ganas por ir. Era una estancia de seis meses; implicaba pasar las vacaciones allí. Me pareció ideal para hacer turismo y conocer el lugar.

Si me daban la plaza de intercambio, significaría que tenía poco tiempo para estar con mis amigos. Les pedí que montáramos un plan para el sábado por la noche. Primero, una cena, y luego nos iríamos de fiesta. Se quedaron muy, pero muy extrañados; llevaba demasiado tiempo sin salir. No desvelé el motivo de mi idea, pero imaginaron que algo había cambiado en mi vida.

Me vestí para matar, como solía decir David últimamente. Si, cuando estaba entradita en carnes, mis atuendos llamaban la atención, en esos momentos ya era una cosa exagerada. Me puse

un vestido negro; era mi color preferido. Era bastante corto, pero no enseñaba el DNI. Tenía solo un hombro tapado. Era muy sugerente, y estaba mal que yo lo dijera, pero la 38 me sentaba de miedo. ¿Faja?, ¿qué era eso? Ya no la necesitaba. El pelo lo mantenía corto, lo llevaba a lo chico. Mi última visita a la peluquería me había hecho ser más moderna aún; con un poco de gomina, todo estaba arreglado. El maquillaje era más discreto, y tacón sí me coloqué, pero no más de seis centímetros. Eran unas sandalias preciosas de color verde esmeralda a tiras que David me había regalado «por ser tú», según me había dicho. Eran muy estivales.

Como de costumbre, David se encargó de reservar en un restaurante. La noticia sobre una fiesta había corrido como la pólvora. Creía que éramos unos veinte, no conocía a la mitad a causa de mi hibernación. Vero y Ángelo también se apuntaron. Ya no se escondían para hacerse arrumacos, estaban en una fase de total dulzura; muy empalagosos, la verdad.

Tomé vino esa noche. Estaba animada y me costó trabajo no decirles que había decidido irme un tiempo a Mónaco. No debía comentar nada por si las cosas se torcían y, al final, no me admitían.

Pasamos por varios discos y acabamos en el Fresh, como de costumbre. No sabía si Pablo estaría, pero decidí no poner ninguna objeción a la voluntad de la mayoría.

Justo cuando estábamos en la puerta... Pablo. No llegó en un flamante coche de caballos, apareció montado en una Honda CRB 600 espectacular. No supe que era él hasta que se quitó el casco. Me llamó la atención enseguida, incluso antes de conocer su identidad. Yo también tenía un radar para él. Llevaba una camisa negra; probablemente era su color preferido. Si no, era como a mí: el que mejor le sentaba. Pantalón largo blanco. Era muy conservador para vestir. Su ropa deportiva era muy atrevida, pero la de engalanarse, muy conservadora.

Sandra lo acompañaba. Pablo nos vio, se acercó a saludar a David mientras su chica atendía a unas amigas suyas. Se puso a mi lado, le estrechó la mano a David; intercambiaron algunas palabras, y de nuevo yo no existí. Fue muy frustrante. Mi autoestima cayó en picado. Al principio de la noche, me encontraba muy guapa. Tras la indiferencia manifiesta de Pablo..., me sentía normalita; más bien, del montón de abajo. Yo intentaba no mirarlo, lo veía por el rabillo del ojo. Sí noté que algo llamó su atención. Ángelo y Vero estaban a unos pocos metros de nosotros, y se quedó mirándolos extrañado; se estaban besando. Se pasaban el día comiéndose los morros; era desesperante.

Sabía que se había quedado mirándolos porque David le hizo una pregunta y él no reaccionó, tuvo que pedir que se la repitiera.

Creí que los reconoció a ambos. Mi sensualidad fue incapaz de robarle ni una sola mirada, pero el beso entre la pareja del momento lo mantuvo perplejo unos segundos.

Cuando se marchó a buscar a su vieja víctima —esa ya había pasado por el aro anteriormente, así que no podía considerarla como una nueva víctima—, David me preguntó que si estaba bien. Le dije que sí.

—Lucía, estás espectacular. Así ve lo que se ha perdido...

—No creo que se haya dado ni cuenta; ni me ha mirado...

—Bueno, antes no sé si te ha mirado, pero ahora te está pasando revista del todo... No te gires.

—No te creo. —Me costaba imaginar que pudiera percatarse de mi existencia. Me había dejado claro que yo no era nadie para él. Además, reaccioné y caí en la cuenta de que, si me estaba observando, sería para censurar mi vestuario. Tenía pinta de ser de los que les decían a sus novias qué podían o qué no podían ponerse para salir a la calle... Ese no era mi estilo.

—Sabes que nunca miento, princesa.

—Da igual. A mí puede que me haya pasado revista, y a Sandra probablemente le dará una noche de sexo, pasión y lujuria... La que me correspondía a mí.

—Hacía tiempo que no nombrabas la dichosa noche... Venga, vamos a subirnos al podio a lucir palmito, que lo echo de menos.

David llevaba un artista dentro; la experiencia de trabajar como gogó lo tenía cautivado. La música que sonaba habitualmente en el local era de actualidad. Los mejores éxitos; eso era lo que decía el DJ. David me llevó al pódium; hizo bajar a la que, hasta hacía unas semanas, había sido nuestra compañera, y nos subimos los dos.

Desde ahí arriba se veía todo el local y a todo el mundo. Las plataformas estaban en la parte de arriba, junto a la barra. No tardé en divisar a Pablo, que también me localizó ahí subida, exhibiéndome. No creía que le hiciera gracia. Cuando nuestras miradas se cruzaron, él desvió su visión enseguida. Apostaba lo que fuera a que, esos fines de semana, no se había acercado al Fresh para no verme. No tenía elección. Seguro que, de haber sabido que yo estaría, se hubiera llevado a Sandra a otro lugar.

Desde luego, cualquiera que nos hubiera visto a David y a mí en ese pódium, y que no supiera de su condición sexual, habría jurado que estábamos juntos. A David le gustaba ser muy sugerente en sus bailes, y esa noche yo estaba desatada; no tenía que rendirle cuenta de mis acciones a nadie.

Sandra no tardó en abrazar a Pablo y plantarle un par de besos. Estaba marcando su territorio. David bajó para saludar a un amigo y me dejó sola un instante. Nada más irse él, subió un tío; no lo conocía. No me permitió irme y comenzó a bailar conmigo acercándose mucho a mí, demasiado. Lo aparté con un empujón leve y seco; fue una advertencia. Hizo caso omiso. Siguió sin consentir que me marchase, y veía que tenía la intención de tocarme el culo. Al primer roce no me lo pensé: con la mano abierta, le planté un guantazo *mí bien dao* —como diría mi hermano— en toda la cara. Me hice mucho daño en la mano. «Cuando una mujer dice no, es no y punto», le sentencié.

El tío tuvo la tentativa de pegarme. No pudo; lo agarraron de la camisa y lo bajaron a empujones limpios. Se armó un corrillo en el local. Era Pablo quien lo estaba llevando hasta la puerta; había sido él quien me lo había quitado de encima.

Salí detrás de ambos, no quería que se pelearan; David me siguió. Una vez en la puerta, Pablo le metió el último empujón y le advirtió que no volviera a su local nunca, y le señaló: «A las

mujeres hay que respetarlas, sinvergüenza».

Se giró hacia David y le dijo:

—David, dile a tu amiga que, si se viste así, únicamente conseguirá llamar la atención de tipos como este... —No me miró. Se refería a mí y, en pocas palabras, acabó de dejar clara su posición sobre mi vestuario. Yo ya la había intuido hacía rato, pero me quedó confirmada en ese mismo instante. Me sentó muy mal que me atribuyera a mí la culpa de lo que había acabado de suceder con ese subnormal. Me acusó de ser una buscona. El hecho de que me llamase torpe, a principio de curso, ya me había sentado fatal, y eso no era nada comparado con lo que había ocurrido.

—No te pases ni un pelo, a ver si vamos a tener un problema tú y yo... ¿Me entiendes? —Mi mejor amigo era mi más fiel escudero. Lo cogí de los brazos; se iba a encarar al profesor. Físicamente, David estaba a la altura de Pablo; era grandote también.

—David, por favor, ya basta... No ha sido nada. Vamos a casa... —Más peleas no, por favor.

Pablo se quedó parado, no se atrevió a contestarle a David; no sabía que mi colega pudiera tener esa reacción sobre míster Increíble. Por un instante pensé que ellos se enzarzarían en un pleito; afortunadamente, no fue así. Sandra también salió a disuadir a su chico. «Pablo, vamos. No dejes que esto nos estropee la noche, que nos queda mucho por delante», manifestó. Ella sí me miró, cuando lo dijo, con un aire muy despectivo. Ambos se dieron media vuelta y se metieron en el local.

David me hizo caso y nos fuimos. Enseguida me preguntó si estaba bien. Vio que llevaba la mano en alto y que estaba hinchándose por momentos y se ponía morada. Le había dado fuerte al subnormal; eso estaba claro.

La mano no me dolía tanto como el desprecio que me había mostrado Pablo. En otros tiempos me habría preguntado si estaba bien y habría mostrado mucha preocupación; se limitaba a insultarme. Estaba furiosa con él, le habría saltado al cuello con un cuchillo.

David me llevó al hospital. La cosa tenía mala pinta; me dolía la mano a rabiar. Salimos de urgencias, dos horas más tarde, con una venda en la mano derecha y con un montón de calmantes.

De vuelta al centro, o a casa —como solíamos decir—, trató de animarme.

—Lucía, ¿qué pasa? No sabes cómo llamar la atención de Pablo y haces que se parta la cara... —Intentaba que me riera, pero yo no estaba por la labor.

—Que se parta la cara no, pero me llamó algo así como buscona... Fue todo un detalle. Me encanta su actitud. —Sarcasmo puro—. La culpa de que un tío viole a una mujer es de ella, ¿no?

—No creo que lo haya dicho por eso. Me parece que está celoso de verte así vestida. Pero, desde luego, si llega a seguir por ese camino, el que se líe a mamporros con él seré yo.

—David, no quiero que te pelees con él por mi culpa...

—Si me llego a pelear con él, ten por seguro que la culpa será tan solo de él, no tuya. Debe predicar con el ejemplo... Si echó de su *pub* a un tío por acosar a una chica, él no puede decirle a

una mujer que ella se lo buscó. No es correcto lo que hizo. Además, sé que no se dio ni cuenta de lo que te dijo. Son celos; lo sé.

—¿Celoso? —Eso era toda una novedad—. ¿Te lo dijo él?

—Sabes que ya no habla de ti, pero no es difícil adivinar lo que piensa...

—¿Y qué piensa?

—Está loco por ti; lo sé. Si tú fueras mi ex... Vamos a llamarlo «examiga especial» porque no se me ocurre otro término para definirte... Y te viera así de espectacular, me pondría como un toro... bravo por los celos.

—¡Jajajaja! Lo he notado ya varias veces. —Era ironía pura. Pablo pasaba de mí.

—Está intentando convencerse de que no siente nada por ti y de que no le conviene... Vamos, lo que hacías tú al principio. A ti te ha costado darte cuenta de tus sentimientos hacia él; imagino que él también necesita su tiempo. Además, no vas como una nada; vas sexy, estás muy guapa. Son celos... Te lo digo yo, que lo conozco. En tres semanas, has cambiado mucho tu aspecto y, aunque al principio estaba preocupado por tu salud, debo confesarte que estás espectacular. No está ciego, lo habrá visto. Estoy seguro de que se da cabezazos contra la pared por haberse distanciado de ti.

—Si no me mira...

—Pues..., para no verte, no dejó a ese chico devolverte el guantazo que le diste... Me parece que observarte sí lo hace... A las pruebas me remito. Es un ser humano, no es de piedra por más que intente parecerlo. Lucía, es mi amigo y lo quiero, pero lo de esta noche no se lo voy a perdonar tan fácilmente. Hoy sí te ha humillado, delante de mucha gente, y ni se ha molestado en ver si estabas bien; su actitud ya pasa de castaño a oscuro... Esto no va a quedar así...

—David, no puedo más... Todo esto me supera... Lo de esta noche; su relación con Sandra me mata; su indiferencia es un puñal... No puedo más. —Las lágrimas volvían a hacer acto de presencia, y mi amigo rápidamente me sacó un pañuelo de su pequeña guantera.

—Tienes que aguantar...

—¡No!

—No te queda otra.

—David..., he pedido participar en el programa de intercambio del centro. Si me aceptan, me voy a Mónaco por seis meses.

—Lucía, ¿cuándo pensabas decírmelo?

—Cuando me admitieran. No quiero que nadie, ¿me oyes?, nadie lo sepa.

—No lo diré, pero no quiero que te vayas.

—Debo hacerlo, no soy feliz aquí. Tengo el corazón destrozado. He intentado aguantar, pero no consigo remontar. Necesito distanciarme. Seis meses pasan rápido; no te darás ni cuenta de que me he ido. No se lo digas a nadie; ya se lo explicaré al resto cuando sea seguro. Puede que no me admitan.

—No sé qué haré sin ti...

—David, gracias por defenderme con Pablo. Fue un detalle...

Se quedó callado; la noticia de Mónaco no le sentó bien. Era mi mejor amigo; lo echaría de menos, y él a mí también. Lo noté muy apenado.

El domingo fue bastante movidito. David sabía que, si me aceptaban, me iría pronto. En una semana y media, podría estar muy lejos, y quiso aprovechar los minutos conmigo. Nos fuimos a comer por ahí. Por la tarde me arrastró al cine a ver una de acción de Jason Statan, su ídolo. Al volver al centro, se acopló a mi habitación. Estuvimos hablando de muchas cosas; la situación de la noche anterior, con el subnormal y Pablo, ya estaba más que olvidada, y no comentamos absolutamente nada.

Me dio lástima que me contara que su relación con Kevin se había vuelto a romper. Habló acerca de sus quebraderos de cabeza. Yo estaba disgustada porque, siendo su mejor amiga, todavía no me había presentado a Kevin. Imaginaba que no había tenido tiempo; siempre estaban rompiendo y volviendo a salir y viceversa. Además, se portó muy bien; ya que mi mano estaba vendada, él fue mi mano derecha todo el día. Era fabuloso, me hacía olvidar mis dolores de corazón. Hubo tiempo, también, de poner verde a Sandra.

El martes no sabía si ir a clase de natación. Me hizo sentir tan mal con sus últimas palabras que no me apetecía ver a mister Increíble en una buena temporada. David tenía otros planes y me obligó a ser partícipe de ellos. Se presentó en la cafetería con una especie de vendas especiales que se colocaban encima de las existentes y te permitían meterte en el agua. Le dije que no era conveniente mover demasiado la mano. «Eso son tonterías; el médico dijo que hicieras vida normal. Solo tienes el dolor del golpe»: esas fueron sus palabras. Me insistió tanto que no pude negarme; era muy persistente cuando se le metía algo en la cabeza. Sabía que tramaba alguna cosa, pero no el qué.

Después de semanas siendo un número en la espalda del bañador, llamé la atención de Pablo. Bueno, yo no, la venda de mi mano derecha. Noté cierta preocupación en su mirada; sabía que sería incapaz de preguntarme nada al respecto, yo no existía. Intenté hacer los ejercicios lo mejor que pude. No le oí hacer ninguna observación sobre mi dolencia; su indiferencia volvió a ser evidente. Lo que también percibí fue que David estaba muy complacido de verme en la piscina padeciendo un poco. No entendía el porqué, pero no tardaría en averiguarlo.

Por la tarde mi mejor amigo volvió a decir que saliéramos. Cuando vino a recogerme a mi habitación, estaba más contento de lo normal.

—Lucía, tengo noticias para ti...

—A ver, sorpréndeme.

—¿A qué no sabes quién me ha llamado preguntando por ti...?

—Pues, por tu tono..., diría que Pablo, pero sé que es imposible...

—¡Acertaste!

—¡Vaya! Menuda sorpresa.

—¿No quieres saber lo que me ha preguntado?

—¿Si tenía pensamiento de colocarme más minifaldas? —No albergaba esperanzas de que fuera algo significativo; después del último desprecio, ya me daba igual.

—Nooo, ha preguntado por tu mano...

—Bueno, según él, me lo merezco por ir vestida como una...

—Lucía, no seas así.

—¿Qué le has dicho?

—Yo nada. Estaba muy enfadado con él por haberte hablado así después que tuviste que lidiar con un subnormal. Me he limitado a decirle que, si quería saber algo, que te preguntara... Ya ves, semanas sin hablar de ti y, en una tarde, está muerto de preocupación.

—Veo lo que intentas... No te servirá.

—No te entiendo. —Se hacía el despistado, pero yo sabía lo que tramaba.

—David, no soy tonta. Tú me obligaste a ir a clase de natación porque sabías que mi mano despertaría su interés. Apelaste a su caridad hacia mí... Eso no está bien. Me encanta que no quieras que me vaya, pero no es el modo... Está Sandra, y hay una distancia mayor que dos océanos entre Pablo y yo.

—Lucía, debo confesarte que estaba furioso con él por el trato que te propinó. Si te hice ir a su clase fue para mortificarlo... Es la verdad. Lo conozco, sabía que ver tu venda haría aflorar sus sentimientos hacia a ti y que, además, provocaría su mala conciencia... Ya te dije que aquello no se iba a quedar así... No me gusta meterme en asuntos que no son míos, pero odio que machaquen a una persona sin motivo. Estoy seguro de que no tardará en darse cuenta de que quiere estar contigo.

—Puede que tengas razón o no. Tienes que entender que Pablo y yo no estamos destinados a estar juntos. Hemos tenido una historia sin contenido. David, no estés triste, vendrás a verme.

—No quiero que te vayas.

—No utilices a Pablo para que me quede. Su indiferencia y sus malas palabras no las puedo pasar por alto... Ahora, aunque él quisiera retomar nuestra amistad..., no sé si yo... Las malas palabras que ha tenido en las últimas semanas no son nada con lo que insinuó la noche de la pelea.

—Siempre estáis igual. Cuando uno quiere, el otro no, y viceversa. Os hacéis daño por gusto...

—David, que haya preguntado por mi mano no significa nada. Seguramente tiene cargo de conciencia, provocado por ti... Cuando me sacó al subnormal de encima, se limitó a echarme la culpa por aquel comportamiento. Si yo hubiera hecho lo mismo que él, me hubiera sentido fatal por no haberme preocupado por su bienestar. No creo que afloren sentimientos...

—Lucía... No sé cómo arreglar esta situación, mi princesa. No quiero que sufras...

—No tienes que arreglar nada. Todo está claro, no hay nada que hacer. Tú mismo lo has dicho...

No conseguí llamar su atención el sábado. Bueno, sí, pero no del modo que yo esperaba...

—Sí llamaste su atención... No te sacó los ojos de encima en toda la noche...

—¿Y qué te iba a decir? ¡Ah, sí! ¿Eso fue antes, mientras o después de estar todo el rato besándose con Sandra? Porque del cuello no se la quitó. Te lo pregunto porque igual no te diste cuenta de ese detalle.

—Lucía, lo de Sandra es despecho.

—¿Despecho?

—Lo dejaste y te metiste en casa del italiano, del enemigo...

—Pero ¿él cómo lo sabe si tú no le dijiste nada?

—Tiene su explicación.

—¿Qué? —Sabía esa historia y no me la había contado antes... Lo mataba ya.

—Ángelo lo supo unos días más tarde de saber que Pablo te había rechazado y nos lo contó. Consideramos que no debíamos decirte nada. Día a día te sentías mejor y...

—Pero ¿el qué supo Ángelo? ¿Se lo dijo él a Pablo? —Me estaba poniendo nerviosa por momentos.

—Él no le dijo nada a Pablo... Fue María.

—¿Cómo dices? Ella no me vio.

Era imposible que en la casa, mientras había estado hablando con el italiano, me hubiera visto en las escaleras. Había tenido mucho cuidado.

—Sí, te vio. Fue cuando salisteis de la finca para volver al centro.

—No entiendo...

—Ella fue por mañana a su casa, pero volvió luego para hablar con él más tarde; justo entonces os vio salir con el coche a los dos. Le faltó tiempo para enviarle el mensaje a Pablo. Él tenía el móvil apagado y, cuando lo encendió, se desveló el pastel. Cuando yo hablé con él, me dijo que sabía a ciencia cierta que no habías estado en tu casa. Yo le juré que sí, que me lo habías dicho tú. Supongo que pensó que te encubría, y en realidad todavía no había descubierto la mentira. No te enfades pero, cuando me confesaste que te habías cobijado en casa suya, yo ya estaba al corriente, porque Pablo me lo había dicho cuando lo llamé para confirmarle que estabas bien. No te lo dije porque no supe cómo hacerlo y me hice el despistado.

—Ya te vale, David...

—Lo siento. Luego, cuando Ángelo nos dijo que sabía que esa información había salido de María, optamos por no decirte nada.

—¿Y cómo lo supo Ángelo?

—¿Te acuerdas de que el italiano mantuvo una conversación con María y, a partir de ahí, ella ya no lo molestó más?

—Sí.

—Estaba tan herida por lo que Ángelo le dijo que ella se limitó a contestarle que él había jugado con sus sentimientos porque, como ahora ya te tenía a ti, ella ya no significaba nada. Estaba

despechada. Él le aseguró que no había nada entre vosotros, y ella le dijo que no se lo creía porque habías pasado los días escondida en su casa, que os había visto. Le comentó que no era la única que lo sabía, que Pablo también.

—Pero no entiendo su estrategia. Si quería quitarme del camino, hubiese sido mejor que me tirase a los brazos de Pablo, ¿no?

—Ella sabía que no te habías decidido por ninguno de los dos en Liverpool pero, al volver tú y verte en casa del italiano, dedujo que el elegido era su amado Ángelo. Imagino que quiso que otro compartiera su dolor por perder a Ángelo y le envió el mensaje a Pablo. Lo que ella no sabía es que ese fue el detonante final de la relación entre Pablo y tú.

—No fue el detonante. En su carta me explicaba que todo se había acabado; antes que María le dijese nada, él ya había tomado la decisión.

—Eso no es así del todo...

—Ah, ¿no?

—Lo acompañé yo al aeropuerto, y se estuvo preguntando si había hecho bien en enviarte esa carta.

—¿Conoces su contenido?

—Exacto no, pero sé por dónde van las cosas. De camino al aeropuerto, me comentó la idea principal. Estaba dudando aún sobre si lo que te decía en la carta era lo que realmente quería; lo tranquilicé explicándole que había marcha atrás. Su contestación textual fue la siguiente: «Todavía estoy a tiempo de cambiar de idea... Supongo que será mejor esperar a ver su reacción». Por esto que te cuento, sé que él no tenía nada decidido definitivo. Te dio un ultimátum que, por lo visto, funcionó... Al menos hasta que le llegó el mensaje de María.

—Eso son solo teorías...

—¡No! Cuando lo llamé para decirle que no se preocupara, que habías estado en tu casa y estabas bien, ahí fue cuando él tomó la decisión de que no quería saber nada más de ti. Yo imaginé que ese cambio de decisión tan repentino se debió a la información que le habían proporcionado sobre tu estancia en casa del italiano. Mira que te dije que tuvieras cuidado con María...

—Así que gracias a ella, estoy jodida... —Definitivamente había subestimado a la pija.

—¡No! Otra vez te equivocas, princesa.

—¿Por?

—La culpa es tuya por huir e irte a casa del enemigo.

—Supongo que tienes razón... ¿Por qué no me lo contaste antes?

—La historia no tuvo sentido hasta que Ángelo acabó de formar el puzle. Cuando entré aquella noche con la tila a tu habitación, me sentí morir igual que tú, no soportaba verte así. Lo maldije a Pablo, tomé la decisión de no contarle nada más sobre ti. No hizo falta; ya no volvió a nombrarte. No es que no te quisiera, pero estoy seguro, en un 99,9 %, de que estaba tan dolido que consideró que la solución era borrarle de su vida. Imagino que pensó que al final tuviste tu noche de placer con el italiano... Los celos son muy malos... ¡Qué te voy a contar a ti!

—Le aseguré esa noche, cuando lo llamé, que no había pasado nada con el italiano...

—¿Y tenía que creerte? A ti te contaron que una alemana había venido al centro y, sin preguntarle, ya le atribuiste un polvo con ella.

David tenía razón: por mucho que él me hubiera jurado que no había tenido nada con ella, no le hubiese creído. Era lo mismo que me había pasado a mí con el italiano; Pablo pensaba que había sido un embuste.

—David, ya no tiene solución... Él puede pensar que yo me acosté con el italiano; yo sé que él se tira a Sandra... Debo buscar a otra persona si quiero una relación. La historia, o lo que quiera que hayamos tenido Pablo y yo..., ya no da más de sí. Hay que pasar a otra cosa.

—¿Esa cosa es Mónaco?

—Puede. Allí habrá otra gente. Tendré seis meses para hacer borrón y cuenta nueva y, cuando vuelva, estaré totalmente recuperada.

—Y yo ¿qué?, ¿cómo me recuperaré de tu ausencia?

—David, no me hagas esto... ¡Mira!, vente conmigo.

—Yo no quiero ir.

—Yo no puedo quedarme.

—Princesa, te voy a echar de menos...

Nos fundimos en un abrazo. Estaba muy apenado por mi marcha. Sin lugar a dudas, era el mejor amigo que alguien pudiera tener.

Capítulo 13

UNA NOCHE DE SEXO, PASIÓN Y LUJURIA

Abrió la puerta; ahí estaba él, serio y pensativo. Nunca hubiera pensado que se presentaría en mi habitación después de la bronca que habíamos tenido. ¿A qué habría venido? No parecía enfadado. No decía nada; no sabía qué hacer. Tenía ganas de cerrarle la puerta en las narices por lo que me había hecho. Mi subconsciente quería oír lo que había venido a decir; mi sensatez decía que no me complicara la vida de nuevo.

Se abalanzó sobre mí. Me cogió la cabeza con firmeza, estaba buscando mis labios. Me quedé inmóvil, no esperaba esta reacción. No podía separarlo de mí, no quería. Le devolví el beso con más ímpetu que él. Después de dos intentos fallidos, ya era hora de tener mi noche ansiada. Se separó de mis labios, pero no apartó su cara de mi rostro; apoyó su nariz sobre la mía. Susurró: «Te quiero, te quiero». Ya era suya. Le susurré al oído las mismas frases que él me había acabado de decir. Ahora mi sensatez se calmó y mi subconsciente estaba decidido a disfrutar del momento.

Me empujó con su nariz hacia adentro de la habitación; una de sus manos me soltó la cabeza para cerrar la puerta. Me cogió al brazo como si fuésemos una pareja de recién casados. Me dejó suavemente sobre la cama, sentada con los pies arriba. No podía decir nada, no me atrevía a romper el momento. Cerró la luz de la lamparilla de noche. Tenía las persianas arriba; había luna llena y su luz dejaba entrever nuestros cuerpos. Se sentó a mi lado de nuevo, me sujetó las mejillas y, antes de que sus labios volvieran a buscar los míos, se tomó unos minutos para mirarme a los ojos. Yo le devolví la mirada; quería recordar la expresión de sus ojos, tierna y amable. Mi respiración se aceleró. Se levantó, y yo seguí su boca; no quería que sus labios se separaran de los míos. Me echó un poco hacia atrás, quería que me quedara en la cama.

Vi que se desabrochaba la camisa; por cada botón me parecía que ha pasado un milenio. No podía quitarle los ojos de encima. Me mordía el labio de forma lasciva, estaba deseando probar su cuerpo. Se sacó los zapatos con la ayuda de ambos pies.

Me parecía que era hora de ir ahorrando tiempo. Me incliné con la intención de sacarme el camisón. No me dejó; me paró en seco un suave «Nooo». Cesé en mi empeño. Quería hacerlo él, y no se le iba a privar. Se abrió el botón del pantalón y se bajó la cremallera. Sentía que

desfallecía. Estaba ansiosa... muy ansiosa por tocarlo y por que me tocara. Me hacía sufrir; yo se lo permitía. Se dejó el bóxer puesto. Qué erótico me parecía su cuerpo a la luz de la luna.

Se inclinó de nuevo en busca de mis labios. Ahora me besaba sin agobios, saboreaba cada beso. La pasión del principio dejó paso a la ternura y a la paciencia. Primero, la boca; luego, las mejillas. Se detuvo en el lóbulo de la oreja; paseaba su lengua por el cuello para ir a buscar el otro lóbulo; sabía que estaba celoso del primero. Estaba cardíaca y él quería deleitarse. Estaba a mil; mis hormonas estaban muy revolucionadas. Tenía parte de su cuerpo entre mis piernas. Mis manos jugaban con su pelo; lo tenía más largo que de costumbre, y podía jugar con sus mechones. Noté que bajaba; mis caderas se contoneaban. Sabía que iba en busca de mis pechos, mientras su boca seguía sobre mi cuello. Los tocaba por encima del camisón; no pude evitar soltar un gemido. Tenía las manos grandes; no le costaba trabajo apretarlos y jugar con los pezones. Paró un instante. Era hora de que el camisón dejara de estar sobre mí. Subí las manos y él me lo retiró sin esfuerzo. Se tomó unos minutos para contemplarme; su sonrisa desvelaba que le gustaba lo que veía. De nuevo se puso encima de mí. Tenía una de sus piernas cruzada por otra de las mías. Noté su erección y de nuevo gemí.

Sus manos se paseaban por mis pechos; su lengua volvía a examinar mi cuello. Era un amante paciente. Sin prisas, tenía la suficiente firmeza para detenerse allá donde le dictaba su voluntad. Volví a notar sus manos apretar suavemente mis pechos. Dejó mi cuello, se deslizó sobre mi cuerpo. Sabía que su próxima parada eran mis senos. Hacía círculos con su lengua en uno de mis pezones, mientras su mano apretaba el otro. Nada más sentí su lengua, gemí. Se tomaba su tiempo para jugar con ambos; de uno pasaba al otro, y viceversa. Yo ladeaba la columna a cada lametazo; mi cuerpo se contraía de deseo. Ya se cansó de jugar con los pechos. Noté su lengua bajar por mi ombligo; sabía lo que buscaba e intuía su siguiente parada. Lo frené, le sujeté la barbilla; él se extrañó, pero paró. Le levanté su cuerpo con solo un dedo apretado en su barbilla. Estaba divertido con el giro de los acontecimientos. Cuando lo tuve a la altura de mis labios, le di un beso muy pausado, suave, sin apretar, como una caricia. Era justo el momento de que lo tumbara y tuviera su cuerpo a mi disposición. Se dejó llevar por mis manos y se recostó sin objeción.

Estaba sentada encima de él, rostro contra rostro, con las piernas abiertas sobre él. No me costó notar su erección; me puse más cardíaca. Suspiré, pensaba tomarme mi tiempo. Lo miré fijamente, podía vislumbrar sus ojos a la luz de la luna. Me sonreía y me acariciaba la mejilla. Tenía los abdominales más marcados que jamás había tocado; era espectacular. Mi lengua también quería saborear su cuerpo. Le cerré la boca con los dedos, saqué la lengua y le acaricié despacio sus labios sin meterla en su boca. Ahora lo oía gemir y suspiré de ansiedad. También quería chupar sus lóbulos. Mis manos manoseaban su pecho. Le eché la cabeza a un lado y hacia arriba, quería tener espacio para saborear el cuello. La quinceañera no pudo evitar darle un mordisquito y, acto seguido, engullí un trozo de su cuello para hacerle un chupetón. Volvió a gemir, y de nuevo una descarga eléctrica se paseó por mi cuerpo. Me tumbé

sobre él y pasé una de mis piernas por encima de otra suya; me entrelacé a él. Mientras iba besando su pecho, mi mano buscaba palpar su erección. ¡Por favor! Las proporciones de su cuerpo estaban acordes... Sintió mi mano sobre él y soltó un gemido. Me paró, me cogió por los hombros, me ayudó a recostarme boca arriba sobre la cama. Retomó sus caricias donde las había dejado, en mi ombligo; de nuevo jugueteaba con la lengua. Mis caderas convulsionaban. Cuando noté su nariz en mi vello público, gemí. Esa vez no era un leve gemido; ya denotaba lujuria. Él se mostraba complacido por mi reacción. Había que reconocerlo: sabía lo que hacía. Tenía que luchar por contener la excitación, ardía en deseos de fundirme con él. Debí haber notado las oleadas de sexualidad, y se detuvo. Me miró a los ojos y me sonrió. Estaba muy, pero muy agradecida... De nuevo se incorporó. Ahora se quitó la única pieza de ropa que le quedaba. Imaginé que querrá que le correspondiera... Hice la intención de ir a buscarlo. Se acercó a mi oído y puso su voz más dulce y lujuriosa:

—Ya habrá tiempo para eso... Ahora quiero hacerte mía.

El corazón se me estremeció cuando oí esa frase. Noté que iba a levantarse. Imaginé que buscaba un preservativo. Le agarré el brazo. Qué fuerte estaba... Era perfecto, y esa noche era todo mío... De nuevo se quedó sorprendido. Abrí el cajón de mi mesita y saqué un preservativo. Nunca dejaba de ser precavida.

Lo oí decir: «Eres mala». Me alegraba de sorprenderlo. Ya le había advertido que era una mujer moderna, adaptada a los tiempos.

Se mordía el labio mientras me observaba abrirlo. Él intentó cogerlo; yo lo aparté de su mano. Sabía cómo se ponía e iba a demostrárselo. Se quedó quieto de rodillas sobre la cama. Debía satisfacer mi curiosidad... Poco a poco lo desenrollé. Su cuerpo era el que se contoneaba ahora. Mientras le colocaba el preservativo, lo miraba a los ojos. Estaba jadeando, no podía contener su excitación. Vi que cerró los ojos para sentir mis manos. Una vez perfectamente colocado, me reclinó y me separó las piernas. Se venció sobre mí. Tenía su pecho sobre el mío y me encantaba sentir su opresión. Estaba a punto de hacerme suya, y lo deseaba. Su tamaño me asustaba, pero estaba muy receptiva. Apoyó su barbilla en mi hombro. Mis gemidos ya eran seguidos. Noté que él gemía, pero bastante más bajo que yo. Era un amante delicado, pero pronto el deseo se tornó en lujuria. Su ritmo ascendía. Según crecía, tenía que subir las piernas sobre su trasero para mantener la posición. Me tenía bien sujeta; sus brazos me pasaban por debajo de mis hombros, y tenía que usar los míos para agarrar su espalda.

No tardaría en hacerme gozar. Dicho y hecho, una descarga me desgarró. Lancé un gemido largo. Él sabía que me había hecho llegar al clímax y, en menos de medio segundo, noté sus convulsiones. Su gemido era constante e inequívoco. Lo venció el cansancio y se dejó caer sobre mí.

Tenía su cabeza apoyada en mi hombro izquierdo, y noté en mi cuello su respiración rápida. Me ponía el vello de punta con cada inhalación. No se movió hasta pasados unos minutos. Tampoco tenía prisa, me encantaba notar que era mío. Se levantó y fue en dirección al baño.

Antes de entrar se giró y me sonrió.

—Ni se te ocurra irte a ninguna parte, Lucía. En cuanto vuelva, te voy a dar lo mejor...

Su voz no dejaba de ser dulce en ningún momento; me sonreía mientras decía esa frase. Cuando regresó me dio un beso en la nariz. Estaba algo contrariada, no sabía a qué se había referido cuando había señalado que ahora me iba a dar lo mejor. Estaba segura de que era capaz de aguantar otro asalto como ese, pero no tenía ganas, quería descansar. Había sido un día largo, lleno de emociones, y el avión me había cansado mucho.

Me levanté de la cama en sus brazos, me puse de pie. Estaba sorprendida, pero lo dejé hacer; quería ver en qué terminaba eso. Abrió la cama y se metió dentro. Me cogió de la mano y me hizo una señal para que me colocara justo a su lado. Cuando entré, me giró y me puso en posición fetal, mirando hacia la pared derecha. Él se reclinó y se acopló a mí. Nos pasó la sábana por encima, y su brazo se colocó estratégicamente entre mis pechos.

Me dio un beso en la mejilla y las buenas noches. Sin lugar a dudas, sí me iba a dar lo mejor: dormir con él desnudo, abrazado a mi cuerpo. Una verdadera gozada. Él y solo él me había hecho superar todas mis inseguridades pasadas. Por fin nos habíamos encontrado...

Capítulo 14

MÓNACO... Y ANTES DE MÓNACO

Mónaco era una ciudad increíble, tal como la había imaginado. Esos cuatro días que llevaba habían sido muy intensos. Llegué dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva, en el amor sobre todo. Nada me lo impediría.

El primer día, el lunes, fue de toma de contacto con el nuevo ambiente. Cuando hube bajado del avión, había venido a buscarnos un taxi. Éramos cinco los estudiantes que habían sido seleccionados para el programa de intercambio. Tres eran de tercer curso, y otro chico, de segundo. Los conocía de haberles visto por los pasillos del centro, pero no personalmente. El chico era muy majo, muy simpático. Las otras tres eran amigas y no nos habían dado conversación en ningún momento.

El centro de Madrid era espectacular, pero el de Mónaco era mucho más glamoroso, aunque algo pequeño. Ahí había una piscina solamente, no tan grande como las de Madrid. Los jardines también eran muy acogedores. La fachada de ese centro era clásica, no tan modernista como el mío; suponía que porque ese tenía más años a sus espaldas.

En secretaría dimos nuestros datos. Me tocó la habitación 405; seguro que esa no iba a ser como mi ático. Igual que en el centro de Madrid, ahí también tenían unas diez habitaciones reservadas para el programa de intercambio y para autoridades que los visitaban. Al principio había pensado que tendría que ceder mi atiquito, como lo llamaba David, pero estuve equivocada. Era una pena que se quedara cerrado por seis meses sin que nadie pudiera admirar su terraza y las vistas del parque y la ciudad que ofrecía. Le había dejado la llave a David para que la depositara en secretaría. Esperaba que lo recordara y dudaba que lo hiciera.

La habitación era más discreta que la mía, con el mismo mobiliario: cama matrimonio, sofá, televisión —ahí, de treinta y dos pulgadas—, escritorio y silla. El baño, más bonito; había una bañera de hidromasaje y, junto a ella, una ducha. ¡Qué despilfarro! Llenar ese espacio costaría muchos litros de agua. Lo tenía claro: serían duchas, nada de desperdiciar el oro azul. Además, iba a probar el agua de Mónaco enseguida porque necesitaba asearme. Me vestiría cómoda e iría a investigar a la cafetería. Estaba hambrienta. Después tocaría una visita rápida por la ciudad. Quedaban muchos días por delante para hacer turismo durante el programa de apoyo veraniego;

además, las vacaciones de agosto estaban a la vuelta de la esquina. Septiembre sería diferente, porque en Mónaco no paraban todo el mes.

Caía la noche cuando salí a la calle. La escuela estaba apartada de la ciudad, y pasaban autobuses cada hora. Decidí ir a la farmacia porque no me había traído ninguna medicina. No tenía ni aspirinas; ni caramelos para la garganta, que los solía necesitar si cogía frío después de ir a la piscina —y daba igual que hubiera treinta y cinco grados; se me resentía igual—; crema antimosquitos, por si acaso, y preservativos... Esperaba disfrutar de mi noche lujuriosa en esa ciudad. Después de todo, Raniero había encontrado a Grace y habían vivido un cuento casi de hadas, así que ¿por qué yo no podía buscar a mi príncipe azul ahí? Pablo estaba saliendo de mi cabeza; para que se largara de mi corazón, debería sustituirlo por alguien que me diera... un poco de amor.

Era una mujer moderna, libre y liberal, sin complejos sexuales; así que, si surgía la ocasión, mejor estar prevenida, depilada y a punto, claro.

Me venía muy bien la experiencia para practicar el francés; había lugares que optaban por el inglés. Estaba salvada; mientras no me hablasen en alemán, no había peligro de parecer una cateta a babor.

Las cafeterías de la ciudad eran muy cucas. El puerto, más espectacular que en la televisión. Era una ciudad muy cosmopolita. Me dolían los pies de tanto andar; decidí que la visita continuaría mañana.

En mi nueva estancia, me sentía desplazada. Tenía que volver a habituarme a una nueva situación. No me gustaban los cambios; era un animal de costumbres, como decía mi padre.

Me dormí pensando en todo lo que había dejado atrás. Pablo, definitivamente, iba a pasar a la historia; pero mi corazón, al pronunciar su nombre, todavía se estremecía. Mister Increíble se coló de nuevo en mi cabeza. Esa noche la pasé con él. Una vez más, soñé con él, que me había seguido hasta Mónaco; que llamaba a la puerta y que yo, al abrirle, lo tiraba sobre la cama para hacerle maravillas. Pablo estaba a miles de kilómetros y su fantasma seguía atormentándome hasta en sueños...

Me levanté de la cama y comencé a ordenar mis cosas. El día de antes, no me había apetecido arreglar la ropa y los trastos. Poco a poco fui dando a la habitación un aire civilizado. La ropa me cupo toda en el armario, y eso que no era muy grande y yo no había traído tantas cosas. Guardé los enseres que había comprado en la farmacia en un cajón del baño, pero los preservativos no; esos debían estar a mano, por si la ocasión los reclamaba, en la mesita de noche. En Madrid también los guardaba allí pero, si no hubiera tenido, tampoco hubiera pasado nada; no los había llegado a gastar... Pero ahí lo tenía muy claro... En Mónaco me iba a desmelenar, sí o sí.

Bajé a la cafetería a desayunar, vi a un grupo de chavales que parecían simpáticos. Ser la nueva era un rollo. Sin ningún tipo de temor, me presenté y me senté a comer con ellos. Entablé relación

al instante. Eran tres chicas, muy simpáticas y agradables, y seis chicos. Debía confesar que, de entre todos los grupos de amigos que había en la cafetería, elegí ese porque había menos chicas y porque los chiquitos, como hubiese dicho mi abuela, eran los más guapos. Parecía que la búsqueda de mi noche mágica guiaría mis pasos. Las experiencias con los morenos no me habían ido nada bien: opté por cambiar mi tipo de hombre. Me llamó poderosamente la atención un rubio de ojos azules. Tenía aspecto de británico y, en verdad, lo era; venía de Londres, se llamaba Peter. Era el típico británico con el típico nombre inglés y típicamente guapísimo.

Enseguida se ofrecieron a hacerme una visita guiada por el resto de la ciudad que me faltaba por ver. Incluido Peter. Ese chico no era tonto y había notado mi interés hacia él desde primera hora. Estaba encantado; creía. Además, yo no me cortaba un pelo. El sistema de chica precavida y dulce había fallado por completo; era hora, también, de cambiar de táctica. Pensé que no tenía nada que perder si arriesgaba; total, en seis meses, regresaría a casa y, si te he visto, no me acuerdo. «Gracias por sacarme a Pablo de la cabeza...», pensaba. No era un mal plan.

Cautivé al inglés sin problemas; el idioma no era una barrera para utilizar el sistema de indirectas que Pablo me había enseñado. Eso, unido a lo mona —no provocativa— que iba vestida..., era una garantía de éxito.

El primer día de clase estuvo muy bien. El plan de estudios era prácticamente el mismo, con algunas variaciones que introducía el profesorado. Debía elegir dos asignaturas, porque los bailes andaluces ahí no estaban en el programa, y el plan era de diez asignaturas y no de nueve, como en Madrid. Al final cogí una optativa de yoga e Introducción al Alemán. Los idiomas siempre venían bien, ya fueran del cuerpo o los hablados.

Tuve una sorpresita esa misma mañana. Sobre la una de mediodía, vino el conserje a buscarme a clase; en secretaría querían verme. Imaginé que habría habido un problema con las asignaturas elegidas; igual ya estaba el cupo lleno. Cuando llegué, me atendió un chico, me dijo que había un malentendido con mi expediente académico y que no era apta para el programa. Me quedé desolada, no entendía nada; él tampoco pudo explicarme más acerca de lo sucedido. Parecía ser que primero el ordenador avisaba de una incidencia y que, días más tarde, les llegaba la documentación. Lo consideré inaudito. Me invitó a abandonar el centro y a volver a Madrid. Le pregunté que, si era un error administrativo, si podría volver a Mónaco, y me dijo que sí, que estuviera tranquila. No me lo podía creer; acababa de comenzar a ligar, a guardar mis trastos, y ya me tocaba volver. ¡No levantaba cabeza! ¡Si no me había dado tiempo ni a olvidar las dos últimas semanas en Madrid...!

Las últimas semanas, antes de llegar a Mónaco, habían seguido la tónica de indiferencia y sufrimiento habitual...

Parecía que había sido el día anterior cuando me llamaron de secretaría y me dieron una buena noticia. Mi solicitud había sido aprobada; estaba a punto de conocer un nuevo país. Partía en poco tiempo. Los plazos se habían alargado, según me habían comentado desde la organización. La nueva fecha de salida me venía mejor porque tenía que cumplir mi compromiso con la obra de teatro del profesor de arte dramático, Pedro. Estrenábamos el sábado y, a la semana siguiente, ya salía mi vuelo en dirección a una nueva aventura. No tenía previsto contar nada a nadie hasta uno o dos días antes de mi salida. Temía que —como David— Vero, Ángelo y el resto de amigos intentaran hacerme cambiar de opinión, y no me apetecía que pensarán que estaba huyendo. Ahora ya no era verdad. No huía; era una oportunidad para mi futuro.

Recordaba que la buena nueva había hecho que el resto de la semana fuera más llevadera. Estaba muy entusiasmada con mi participación en la obra de Pedro. Solo daba una oportunidad a sus alumnos por obra y solía hacer dos anuales. Es decir que la única estudiante de su última producción era yo; el resto eran actores profesionales. En la anterior obra, había sido David el afortunado. Ahora entendía el orgullo que había sentido mi mejor amigo cuando el profesor lo hubo elegido. Participaban los alumnos de todo el centro, y era raro que, en dos de sus obras, los candidatos elegidos fueran de primer año. Mi empeño me servía para destacar. Además, mi participación en la obra se la debía agradecer a Pablo; su tortura malaya me había hecho bordar la interpretación de Celestina.

Durante esa semana, las clases fueron mucho más divertidas; los ensayos también. El jueves, después de comer, Pedro nos convocó para hacer el penúltimo ensayo. Estaba en el pasillo, llegando a la puerta de acceso al salón de actos, cuando vi a Pablo de frente. Era raro que no hubiera ido por el otro lado. Solía cruzar al verme; ese había sido su patrón desde su vuelta. No le di importancia y seguí caminando. Me alcanzó antes de meterme en la clase. Pensaba que me iba a decir algo cuando el profesor Pedro apareció de la nada y me dijo:

—Vamos, Lucía... Hay que empezar.

—Sí, ya voy.

Seguí a Pedro por el primer pasillo. Había dado unos pocos pasos cuando oí hablar a Pablo.

—Pedro, si no te importa, tengo que comentarle unas cosas a Lucía.

—Sí, claro, pero, Lucía, no tardes. —Pedro era muy majo, no era demasiado exigente con los horarios. De hecho, sus representaciones tenían fama de dar diez minutos de cortesía a los rezagados que llegaban con prisa al teatro.

Volví a salir hacia la puerta. Estábamos en pleno cambio de clases y los pasillos estaban rebosantes de alumnos. Me tenía intrigada, no sabía que querría. Igual volvía a insultarme...; en ese caso le contestaría. «No me quedaré callada», pensé.

Me puse frente a él. No tenía intención de hablar; esperaba a que él dijese lo que tenía que

decir. El corazón me dolía, pero no me permitía a mí misma quererlo. Los últimos acontecimientos me habían mostrado lo crítico, duro y amargo que podía llegar a ser. Además, me había dejado patente que su interés por mí era cero.

—Lucía, ¿cómo estás?

—Bien. —¿Qué quería ahora, de repente?

—¿Qué tienes en la mano? —¡Ah!, simplemente era su mala conciencia la que asomaba...

—Una venda. No te preocupes; no me estoy muriendo... Sobreviviré. —Trataba de dejarle claro que recordaba sus duras palabras de la última tutoría, cuando me había invitado a no molestarlo si no era asunto de vida o muerte... Sentí que estuviera tan guapo...

Sandra era muy oportuna y, antes de que él contestara o me preguntara algo más, lo llamó.

—Pablo, es tarde. ¿Vienes o qué?

Él se giró para decirle algo así como: «Dame un minuto». Cuando se volvió, yo ya había entrado en clase. El director de la obra me estaba esperando para que repasáramos el texto; como yo era la que más verde estaba, me obligaba a hacer ensayos extra. Las representaciones de prácticas de La Celestina tenían lugar en el teatro donde íbamos a estrenar en menos de una semana, pero Pedro y yo hacíamos pases privados en el centro. Era natural. Yo tenía menos experiencia y soltura, por lo que el profesor quería estar seguro de que yo fuera a estar a la altura de las circunstancias.

En cuanto a las brevísimas palabras de Pablo, no me sorprendieron. David había conseguido su objetivo: míster Increíble sentía pena por mi lesión, e imaginé que su mala conciencia por haberme insultado aquel día lo estaba matando. Suponía que no había pensado que yo me hubiera lastimado. No le di mayor importancia al asunto. Además, Sandra se había convertido en mi nueva María; siempre estaba vigilante. Pablo la tenía echada a su cuello constantemente y yo, hasta en la sopa... ¡Qué cansina!

Todos mis amigos apreciaron mis remontadas anímicas y me felicitaron por ello. Los planes sobre Mónaco me tenían absorta. Pedro me hacía ensayar mucho, y me estaba dedicando solo a las clases, pues debía mantener la media para que no me denegaran la participación en el programa de intercambio. Las notas todavía no estaban puestas, y no quería que nada saliera mal. Mi aprobación para Mónaco era parcial. Hasta dos días antes, no saldrían las notas y, cuando se confirmara que cumplía los requisitos de esa evaluación, la cosa sería definitiva. Esa meta apartaba a Pablo de mi mente.

Él también debía tener un sensor que le indicaba cuándo algo en mí iba a cambiar. Tenía el don de la oportunidad, porque el viernes, el sábado y el domingo había coincidido con él en la piscina; mejor dicho, él había vuelto a hacer que coincidiéramos, puesto que yo no había cambiado mis horarios. No había hablado con él, tampoco lo había visto fuera del agua, pero su gorro era inconfundible. El martes y jueves, de nuevo, había venido a nadar en mi horario,

sobre las nueve de la noche. Me había sorprendido, pero no le había dado ninguna importancia. Imaginaba que, tarde o temprano, él debería hacer su vida, y eso no implicaba tener que esquivarme; de hecho lo había interpretado como un claro ejemplo de que mister Increíble había superado lo nuestro, o lo que quisiera que hubiésemos tenido... No me había dejado otra opción más que la de actuar como si él tampoco existiera; no podía hacer otra cosa. Los primeros días desde su vuelta, yo había propiciado acercamientos sutiles, y otros más directos, con consecuencias devastadoras. Éramos, simplemente, profesor y alumna.

Entre divagaciones, clases, trabajos, ensayos, y otras muchas cosas, llegó el sábado, día del estreno de la obra y de la entrega de notas.

Las notas que más me preocupaban eran las que estaban en manos de Pablo y de Sandra. La matrícula de honor no llegó en bailes andaluces, se quedó en un notable. La misma nota que me puso Pablo. Imaginé una de sus conversaciones postcoitales.

—Cariño, ¿qué nota le vas a poner a tu amiga Lucía?

—Yo, un notable,

—Pues como yo.

Me partía de la risa.

Calculé la media de todas las materias, y me daba de sobra para que Mónaco fuera una realidad. Con eso me sobraba.

El Gran Teatro estaba rebosante; habían venido muchos alumnos del centro y, por supuesto, todos mis amigos. En los camerinos había mucha actividad, la misma que aparece representada en las películas que narran la vida de los actores teatrales. Todos estábamos ataviados con nuestra caracterización. La actriz que me iba a sustituir, después de esa noche, también estaba en el recinto por si me entraba un ataque de pánico. Los experimentos que hacía Pedro con los alumnos eran muy específicos. Nos obligaba a aprendernos el papel y únicamente nos dejaba actuar el primer día, el del estreno; luego, nos sustituía por los actores profesionales. Según él, era un incentivo para luchar y demostrar nuestra valía; a mí me parecía un método estupendo para motivar al alumnado.

Pedro dejó los diez minutos de rigor y cerró las puertas de acceso. Cuando salí a escena, estuve muy concentrada. Los focos no me dejaban ver nada ni a nadie. Lo hice lo mejor que pude. Di a las pausas su carácter triste, como me había indicado Pedro. Mi texto lo hice claro, con mucha vocalización. Quedé satisfecha, pero yo no era mi mejor juez. La hora y tres cuartos se me pasó demasiado rápida. Notaba el corazón a cien en las primeras intervenciones, pero luego todo se calmó. Una vez superados los nervios iniciales, la cosa fue fluyendo con naturalidad, tal y como me había dicho Pedro que pasaría.

Al finalizar la actuación, nos reunimos todos los actores en los camerinos. En mi mesa de tocador, había un gran ramo de flores con una nota mecanografiada que decía: «Sabía que lo conseguirías. Enhorabuena».

Me saltaron las lágrimas de la emoción. David era fabuloso, tenía unos detalles magníficos. En verdad era único. De toda la velada, lo mejor fue esa docena de rosas rojas; me hizo sentir querida y apreciada.

Me cambié. Me había llevado un vestido igual de provocativo que el que había motivado la discusión en el Fresh; no estaba dispuesta a ceder a lo que me no dictaba mi carácter. Ese era de varios colores, no tan ceñido, de gasa, pero también exuberante. Debía ponerme lo que me hiciera sentir bien conmigo misma. Además, era una ocasión especial; durante la cena que habíamos previsto tras la actuación, iba a anunciar mi viaje a Mónaco. Durante seis meses yo estaría fuera y quería que me recordaran estupenda... como soy.

Cogí mi docena de rosas con sumo orgullo —fui la envidia de todas las actrices presentes— y salí en busca de mis amigos. Estaban aguardándome en la puerta, me felicitaron todos. David se acercó con sigilo.

—Bonitas rosas.

—Gracias. Sí, son preciosas, ¿verdad?

Era un sol; me daba mucha pena dejarlo solo. Vero y él iban a ser los que más echaría de menos durante mi estancia en el principado.

A la sesión de trabajo le siguió una cena encantadora en uno de los restaurantes de moda que había elegido, como siempre, David, y una noche de sana diversión en los locales de copas y música del momento. Previamente debíamos pasar por mi habitación para dejar en agua el flamante ramo de rosas rojas.

En la cena dejé caer la bomba informativa. Todos se sorprendieron y me dieron la enhorabuena; David hizo alguna broma sobre el infierno en el que se iba a convertir su vida en mi ausencia. La cita se convirtió en una cena de despedida.

Tras visitar dos locales de copas, acabamos nuevamente en el Fresh. No me hacía ni pizca de gracia ir, pero la voz de la mayoría había hablado.

Directos a la pista. Esa noche no tomé ni una copa, pasaba del alcohol. No me hacía falta para mantener la diversión. Hicimos polvo la pista de baile.

Intenté no buscar a Pablo por el local. Fue inútil. Mis ojos tenían sus propias instrucciones: localizar y examinar. Era mi última noche; lo menos que podía hacer era llevarme su recuerdo. Estaba sirviendo bebidas en la barra; no era la primera vez que lo veía trabajando. No iba muy arreglado, llevaba un polo blanco; no alcanzaba a ver qué llevaba debajo. Sabía que me parecía un príncipe...

Todas las chicas iban a pedir sus bebidas a su sitio; era el camarero que más cola tenía. De

repente tuve ganas de ir a pedirle algo. La imagen que me venía a la mente era la siguiente:

—¿Qué te pongo, Lucía?

—A ti, desnudo en una bandeja de plata.

Me sentía desecha con su falta de consideración de los últimos días, pero mi subconsciente no podía dejar de verlo con ojos de enamorada... Estaba furiosa conmigo misma.

Su chica no estaba. Suponía que, como le tocaba trabajar, Sandra no habría querido montar guardia a su lado, o igual ella también estaba trabajando. Según tenía entendido, se había pedido una excedencia, en su querido grupo, para atender debidamente a Pablo los fines de semana...

Eran casi las seis de la mañana, lo que implicaba que el domingo lo pasaría recuperando horas de sueño perdidas. Mi avión salía el lunes, y no el martes, como había planificado la dirección. Iba siendo hora de ir a dormir, y así lo hice. David me llevó a casa. Estuvimos callados durante el viaje de vuelta al centro; sabía que estaba pensando en que pasaría seis meses sin mí.

Las maletas ya las tenía hechas; David me acompañaría al aeropuerto. No quería que lo hiciera, sabía que la despedida iba a ser muy conflictiva y triste; pero había insistido tanto que no me dio opción. Así fue. Lloros y abrazos. Parecía que no nos íbamos a ver nunca más.

Antes de subir al avión, recordé que había dejado las rosas en mi habitación y no quería que estuvieran sin dueño y cuidados.

—David, las rosas están en mi habitación. Llévatelas a la tuya o dáselas a Vero; seguro que, si se las regalas, le hará la misma ilusión que a mí.

—Pero ¿de quién eran esas preciosas rosas?

—Pues tuyas, ¿de quién van a ser?

—¿Mías? ¿Qué quieres decir?, ¿que me las regalas?

—David, no te hagas el tonto...

—Que no sé de qué me hablas; me estás liando.

—A ver, ¿qué no entiendes?

—Repetiré la pregunta: ¿quién te regaló las flores?

—¿No fuiste tú? —Al principio pensaba que estaba haciéndose el interesante, pero ahora creía que ni tenía idea de qué iba la cosa.

—Nooo. Cuando las vi, me maldije por no haber tenido yo esa idea.

—Entonces, ¿quién?

—¿No había tarjeta?

—No estaba firmada. Solo ponía: «Enhorabuena, sabía que podías hacerlo...», o algo similar.

—Pues ya sabes de quién son...

—No lo sé.

—Son de Pablo, Lucía.

—Imposible... Me las habrá regalado Vero o Ángelo.

—Qué va, ellos también se preguntaron por su procedencia. Imaginábamos que tendrías algún nuevo admirador... Pero deben ser de Pablo; estoy casi seguro al 99,9 %.

—Es más probable que sean de un nuevo admirador que de don «Tú te metes en problemas porque te vistes así de provocativa». Bueno, dejémoslo. Aprovéchalas o dáselas a Vero; no quiero que se marchiten sin nadie que las admire.

—Vale, pero son de Pablo...

—David, voy a echar de menos que siempre digas la última palabra...

—Lucía, no te vayas... No quiero estar sin ti... ¿Quién me traerá esta noche una tila triple porque tendré el corazón roto de dolor?

Había subido al avión, y ahí estaba entonces: de nuevo haciendo las maletas para volver a casa, a Madrid. ¡Qué poco me había durado la aventura! Imaginé que todo sería una confusión pero, mientras tanto, debía volver a Madrid a averiguar qué había pasado.

Capítulo 15

LA JUGADA

Era lunes; estaban en clase de natación. El profesor estaba nervioso; los alumnos notaban que su nivel de exigencia, durante los dos últimos días, había sido elevado. Se extrañaban de su motivación porque los exámenes ya habían pasado, y tan solo estaban en la piscina para cumplir un castigo injustamente impuesto por su entrenador.

A mitad de clase, hizo una pequeña pausa para que los estudiantes recuperaran fuerzas. Mientras, localizó a uno de sus alumnos, tenía intención de preguntarle una cosa. Los chicos salieron del agua para tratar de reponer la energía invertida en la primera media hora de ejercicios. El profesor llevaba dos días queriendo esclarecer un tema que lo mantenía preocupado.

—David, ¿dónde está tu amiga?

—¿Qué amiga? Tengo muchas; tendrás que precisar.

—Ya sabes qué amiga, no te hagas el listo.

—No, te equivocas; no sé de quién me hablas. —No le mentía. En la vida hubiera adivinado a quién se refería con esa pregunta, sobre todo después de su falta de interés hacia ella durante las pasadas semanas.

—Lucía, es Lucía. ¿Dónde está?

—No está.

—David, joder, no te hagas el gracioso; ya sé que no está. Lleva dos días sin venir y sabe que los castigos que impongo hay que cumplirlos. ¿Le ha pasado algo?

—Sí... algo sí le ha pasado.

—¿El qué? Va, que no tengo todo el día.

—Ya no estudia aquí.

—¿Qué dices?

—Durante seis meses no estará aquí.

—¿Dónde está?

—Se ha metido en el programa de intercambio. Vivirá seis meses en Mónaco.

—¿Cuándo se fue?

—El domingo.

—Aún tengo tiempo. —Estaba pensando en una jugada; su cara lo delataba—. Me lo podrías haber dicho.

—¿Dicho? ¿Desde cuándo te importa lo que le pase a Lucía?

—Tú, mejor que nadie, deberías saberlo.

—Yo, mejor que nadie, sé lo que la has hecho sufrir.

—¿Yo a ella? Creo que es al revés.

—¡No! Tú a ella. La tila triple que le tuve que llevar, los lloros de agonía y la súplica de muerte que hizo cuando la rechazaste por segunda vez, y por teléfono, son un buen indicador sobre quién ha hecho sufrir a quién...

—Yo... no sabía... —Estaba avergonzado ante esta información.

—Solo tenías que verle la cara el primer día que llegaste, pero preferiste hierirla sin saber. Sois iguales, pero tú has sido más cruel, con creces.

—Te recuerdo que ella me dejó plantado y se metió en casa del chaval aquel casi tres días...

—Y tú te has pavoneado con Sandra tres semanas colgada de tu cuello, sin contar que un tío la manoseó y tú la llamaste buscona sin importarte si le habían hecho daño... Puedo seguir, si quieres, tengo más ejemplos...

—Basta, David. Supongo que he reaccionado tarde, como diría ella, «mal y tarde».

—¿Reaccionado? ¿Cuándo?, ¿ahora?

—Lo de Sandra se acabó y no ha habido nada significativo con ella. Intenté acercarme a Lucía en la piscina, en el teatro... Joder, le envié un ramo de rosas...

—¿Fuiste a verla al teatro? ¿El ramo era tuyo?

—Claro. ¿De quién, si no, iban a ser las rosas? Llevo tiempo observándola, sabía que no había ningún moscón acechando...

—Intuí que la seguías; no podías ser inmune a sus encantos. Coño, yo soy gay y me tiene enamorado. Lo de las flores ella no lo sabe; pensaba que eran mías. Además, ahora ya es tarde... Debes dejarla seguir con su vida...

—Nunca es tarde.

—Pablo... Está superando el bache; no tienes derecho a volver a hacerla sufrir... Yo mismo te mataré si tengo que verla recuperarse de nuevo. Ni te imaginas cómo fue...

—No puedo dejarla ir...

—Haberlo pensado antes...

—Eso ya no depende de ti. Además, Lucía será más feliz con un Pablo en su vida. —Se sonreía, pero temía no poder arreglar la situación.

—Estás avisado. —David lo amenazó.

Se alejó de su alumno con una sonrisa maliciosa, tramaba algo. David lo sabía y, en el fondo, se alegraba de que su amigo se hubiera dado cuenta de que estaba locamente enamorado de su mejor amiga. Lamentaba el calvario que había pasado su querida Lucía a causa de él. Esperaba que esa

vez los dos se encontraran en el mismo camino; no estaba dispuesto a seguir en el medio de ambos y a verlos sufrir por sus cabezonerías.

El profesor dio por terminada la pausa.

—Chicos, todos al agua. Desde el principio. Diez brazadas de crol y otras diez de mariposa para empezar.

Sus alumnos se sorprendieron de que, exclusivamente, mandara diez; la última sesión había sido de cuarenta cada una.

Se metieron en el agua sin rechistar; sabían que era un profesor duro y que no convenía enfadarlo. El bajo nivel de los alumnos había propiciado unas notas muy endeblés. El profesor no estaba dispuesto a tolerar la falta de interés de los estudiantes y decidió imponer un castigo ejemplar: toda la semana, tras la jornada estudiantil, sus alumnos acudirían a la piscina para «ponerse en forma», según las palabras de Pablo.

Al finalizar la clase, el profesor volvió a llamar a David.

—David, ¿quedamos en una hora?

—Quieres ligar conmigo, ¿o qué?

—Necesito que hablemos.

Su alumno y amigo accedió sin reservas. Sabía que el motivo era Lucía y creía, sin lugar a dudas, que ambos debían darse una oportunidad.

Acababa de caer en la cuenta...: no había llamado a David para decirle que debía volver a Madrid para arreglar el malentendido. Cogí mi móvil y marqué su número.

—Hola, Lucía.

—Hola, cariño... ¿Me echas de menos?

—Claro que sí. ¿Llamas para decirme que vuelves? Quiero que vuelvas...

—Pues no te lo vas a creer, pero tengo que volver...

—El cabrón lo ha conseguido.

—¿Qué?

—Nada, es que estaba mirando la tele y han marcado un gol. —Disimulaba muy bien.

—Si a ti no te gustan los deportes...

—Es que a Kevin ahora le gusta el fútbol, y ya sabes...

—¿Kevin de nuevo?

—Sí, pero ya te contaré. ¿Por qué tienes que volver?

—Me han dicho de secretaría que hay un problema con mi expediente. No saben exactamente a qué se debe, porque el centro de Madrid debe haber actualizado mis datos y no entran en el sistema hasta pasados unos días. Me han comentado que estoy fuera del programa de intercambio. No me aclaran el motivo, y he decidido volver para averiguar lo que sucede. Les voy a pegar un puro de miedo; es imposible que esté fuera por las notas o por la media. Lo calculé antes de venir,

y todo estaba más que perfecto. Tiene que ser un malentendido.

—Bueno, Lucía, sea como sea, me alegra saber que te veré pronto. ¿Cuándo vienes?

—Mi vuelo sale esta tarde; a las seis llegaré.

—Te espero en el aeropuerto.

—Gracias, David.

Les iba a meter un pollo del que se iban a enterar. Me estaban haciendo perder el tiempo de mala manera. Además, ya tenía en mente a un candidato idóneo para quitarme definitivamente a míster Increíble de la cabeza. ¡Pero si había comprado preservativos y todo por si acaso!... Bueno, a la vuelta no se escaparía.

Cuando bajé del avión, David estaba esperándome. Nos fundimos en un abrazo. Habían pasado cuatro días, y parecía que habían sido mil años. Me cogió las maletas y me acompañó hasta su coche. Era un cielo. ¡Cuánto lo había echado de menos!

—David, estoy enfadadísima, me ha sentado fatal. Es la primera vez que me expulsan de algo y no me ha gustado la experiencia...

—Mujer, igual esto es para bien...

—¿Para bien? De eso nada.

—Lucía, así ves a Pablo...

—¿Pablo? Pablo ya tiene sustituto.

—¿Qué? No me has dicho nada en estos días que hemos hablado.

—Bueno, aún no es sustituto... Es un candidato firme que seguro que me ayuda a que míster Increíble salga de mi cabeza

—¿Quién?

—Míster Increíble... Es así como lo llamo siempre en mi cabeza.

—¡Jajaja! Le va como anillo al dedo... Qué ingeniosa... También lo puedes llamar el Señor de las Rosas, si lo prefieres.

—¿Cómo?

—Sí, fue él el de las rosas y la tarjeta el día del estreno de la obra.

—David, eso ahora ya no importa...

—No te creas.

—¿Qué quieres decir?

—No, nada, es que ya no está con Sandra...

—No me gusta ser segundo plato...

—Quieres decir que, si en el hipotético caso que él se acercara a ti para declararte su amor incondicional, ¿tú nooo...?

—¿Amor incondicional? Ya sabes que eso es imposible. Dijo que se había acabado y, en las últimas semanas, yo no existía... No le des más vueltas a una cosa que no puede pasar en la vida.

—No estoy tan seguro...

—David, sé realista... Y no te preocupes; te he dicho que tiene sustituto. Además, no es justo... Acabo de bajar del avión y, a las primeras de cambio, Pablo copa nuestras conversaciones... Es como un fantasma.

—¿Un fantasma?

—Sí. No está, pero no desaparece...

—¡Jajaja! Echaba de menos tu ingenio.

—Y yo a ti.

David me llevó las maletas a la habitación. Se sacó la llave del bolsillo; intuía que se le había olvidado entregarla en secretaría. Insistía en que lo acompañara. Le dije que mi primera parada eran las oficinas; debía averiguar acerca de ese desaguisado. Me estaba agobiando, estaba empeñado en que fuera a mi habitación.

—David, ¿no tendrás algo que ver en mi expulsión del programa?... Te mato... como sea así...

—Tenía muchos contactos, pero no lo veía capaz ni de poder ni de hacer algo semejante.

—No es eso. Bueno, ves... Que sea lo que Dios quiera.

—¿Qué dices? Me estás asustando...

Le sonreí antes de girarme y ponerme rumbo a secretaría. No sabía qué le pasaba, pero debía averiguar, primero, lo sucedido con mi expediente.

—Buenos días, soy Lucía Ballester. Vengo de Mónaco, lugar en el que he estado cuatro días, casi no ha llegado, y esta misma mañana me han comunicado que estaba expulsada del programa de intercambio.

—Hola. Déjame que consulte tu ficha, a ver qué ha pasado.

La chica se tomó unos momentos para consultar el expediente.

—El problema ha sido que no cumples uno de los requisitos...

—¿Cómo?, si los cumplía todos... Me pasasteis la autorización a definitiva cuando me dieron las notas, y mi media me da de sobra para estar en el programa. Tiene que ser un error.

—No, lo siento. Tienes una materia suspendida...

—Eso no es posible... Tengo aquí mismo las notas... Mira, todo está muy bien... —Le saqué el papel para mostrárselo, lo llevaba en el bolso para enseñarlo.

—Ahí está el problema. En tu expediente hay un cambio.

—¿Un cambio?

—Sí, en Sincronización para el Estímulo en el Agua..., estás suspendida.

—¿Que estoy suspendida en natación?

—Sí, te saco una copia. Míralo aquí...

La chica me pasó el papel y no di crédito. No podía creerlo. Era cosa de Pablo; me hervía la sangre de ira. ¿Qué coño había hecho?

—¿Pero los profesores pueden cambiar las notas después de darlas?

—Sí, hay quince días para solventar errores... Supongo que tendrás que hablar con él y averiguar lo qué ha pasado.

—Eso seguro...

Tenía ganas de romper algo, de matarlo. Estaba harta. Definitivamente, daba más quebraderos de cabeza que un fantasma. Iba como loca buscándolo por todo el centro. Tampoco me cogía el móvil; eso significaba que debía estar en la piscina.

Fui directo hacia allí. Estaba que mordía. Su gorro delató su posición; estaba entrenando. Lo llamé. Grité su nombre, pero no podía oírme con los tapones. Todo el mundo se estaba fijando en mí; me da igual. Creía que tenía espuma en la boca y todo. Me pasó por la mente tirarme al agua para llamar su atención. Deseché la idea, me parecía excesiva. Me giré y busqué un objeto para tirarle. ¡Bingo! Vi una de sus espectaculares zapatillas antiresbalones. Justo lo que necesitaba. La cogí e hice diana a la primera, en toda la cabeza. Salió de la piscina. No estaba sorprendido de verme. ¿Cómo iba a estarlo?, me había suspendido adrede. Pero ¿con qué fin? No entendía nada. Querría putearme más, ¿o qué?

Cuando salió no lo dejé ni hablar.

—¿A qué juegas?

—Lucía, cálmate... Te lo puedo explicar si me dejas...

—¿Explicar el qué? Yo lo tengo claro: quieres joderme la vida.

—Lucía, hablemos en mi despacho...

Todos nos miraban. Me daba igual; a él tampoco parecía importarle, pero sabía que estaba muy nerviosa y que se podía buscar un problema con la dirección con esa escena. Me daban ganas de joderle la vida, pero recapacité. Yo no era así.

—Te veo allí en diez minutos. —Me di media vuelta para salir de ahí. No se podía pisar la zona de la piscina en zapatos, y me llamarían la atención si me vieran.

—Que sea un cuarto... Dame tiempo para cambiarme.

Me volví a girar y le lancé una mirada asesina. Creí que había comprendido que tenía diez minutos, ni uno más.

Me fui a esperarlo a su despacho. Inspiraba y expiraba; no podía calmarme, estaba demasiado alterada. Lo vi venir hacia mí con su sonrisa desafiante. ¡Era lo que me faltaba ya!

Metió la llave en la cerradura y me pidió que no gritara; ya sabía que se iba a enfrentar a una batalla campal. Estaba a punto de conocer mi mal genio y no se hacía una idea de lo que le

esperaba...

—¿Que no grite? Tú no estás en posición de hacer peticiones...

—Lucía, puedo explicarlo... si te calmas...

—No quiero explicaciones..., quiero que lo arregles ya. Me da igual cómo lo hagas. ¡Ahora!

—No puedo...

—Sí puedes, sí...

Entró en su despacho. Venía con un vaquero y un jersey; llevaba el pelo mojado, lo tenía más largo que de costumbre. Abrió la luz, tranquilamente. Estaba sentado; yo permanecía de pie, al otro lado de su mesa. Parecía que le daba igual lo que le dijera y el tono de mi voz. Hacía como que no pasaba nada, y me enfurecía más su actitud.

—Te has propuesto amargarme la vida, ¿verdad? Maldigo la hora en que te conocí... Solo me has traído problemas... No te basta con destrozarme el corazón, tienes que rematarme del todo...

—Se quedó callado y yo volví a estallar—. ¿No vas a decir nada. nene?

—Lucía, deberías tomarte una tila triple...

—¿Qué has dicho? Te hace gracia la situación... —Estaba gritando sin parar.

—Lucía, tranquilízate. Hablemos sin gritar... Por favor...

—¿Por favor? Te has pasado semanas restregándome a Sandra por la cara... Me has dicho que no vuelva a molestarte jamás si no es de vida o muerte, has pasado por mi lado sin mirarme a la cara día tras día, me has llamado buscona; como poco, tu indiferencia me ha obligado a mantenerme al margen. —Tomé aire; el nerviosismo y mi histeria hacían que me faltara la respiración—. He pasado un infierno, me has martirizado de todas las formas posibles y. cuando consigo remontar el vuelo. me haces volver. ¿Qué quieres?, ¿seguir viéndome sufrir? Eres un puto sádico y no pienso ser tu masoquista particular. ¿Me oyes? ¡Arréglalo ya!

—No puedo... no quiero...

No sabía a qué se refería. No conseguía averiguar si la situación le divertía o le aterraba; no sabía si estaba siendo un niño malcriado y yo, su juguete... Me desesperaba.

No me lo pensé dos veces: tomé impulso y le tiré de un plumazo todas las cosas de su mesa al suelo. Me quité un gran peso de encima. Me sentía aliviada, pero avergonzada al mismo tiempo; tenía temperamento, pero eso... Pablo lo había conseguido...: me había vuelto loca... Finalicé mi intervención con un grito de desesperación y me despedí con un portazo al salir de su despacho. Fui refunfuñando hasta mi habitación... Aún quería verme sufrir más. ¿Cuánto castigo querría infringirme? Desde luego yo no estaba dispuesta a tolerar más injusticias.

David me había dejado las maletas en la puerta, pero no había rastro de él; intuía que sabía algo de esto. Entré y decidí darme una ducha templada para calmar los nervios. Cuando terminé, localicé mi camión negro; estaba colgado detrás de la puerta del baño. Era una de las pocas pertenencias que no me había llevado a Mónaco. No encontraba ropa interior por ningún sitio.

Claro, es que no había desecho las maletas todavía.

Oí que llamaban a la puerta... fuerte y seguido. Tenían prisa por entrar. Imaginé que sería Vero o David, que ya se habrían enterado de la discusión...

Abro y ¡no podía creer quién estaba al otro lado de la puerta! Lo veía más guapo que nunca. Era Pablo. Mister Increíble no medió palabra alguna; sin embargo, no hizo falta. El primer beso pasional reveló que ambos íbamos a tener nuestra noche de sexo, placer y lujuria.

Capítulo 16

TRAS LA NOCHE DE SEXO, PASIÓN Y LUJURIA

Había sido un encuentro mágico, inolvidable. Temía despertar y haber estado soñando. Cuando tomé conciencia de que ya no estaba durmiendo, y antes de abrir los ojos, supe que no había sido un sueño. Estaba boca arriba y tenía un brazo pasado por encima de mi cintura y una pierna sobre la mía. Mi subconsciente se resistía a despertar por si no fuera Pablo. Suspiré para pasar la prueba final. Era hora de ver el rostro de mi compañero.

Exhalé aliviada; era mister Increíble. El mote que le había puesto le hacía justicia. Tenía su rostro reclinado sobre mi hombro. Al acercar mi cabeza a la suya, lo desperté. La levantó, me miró a los ojos y me dio un beso en la boca. ¡Qué despertar más dulce!

—Buenos días, nena.

—Bonito chupetón en el cuello.

—¿Solo se te ocurre decirme eso?

—Vale. Ha estado genial y no me gusta que me llames nena; me suena despectivo...

—Habré de remediarlo... Te mereces que te llame princesa, pero David ya lo hace... Y sí, ha sido genial, porque ha sido contigo.

—Gracias. ¿Qué tal solo Lucía?

—No me parece justo que tú me llames mister Increíble y que yo no te pueda poner un apelativo... —Le sonreí; me confirmó que había estado hablando con David. De hecho, esa revelación era de hacía unas pocas horas. Supe que mi amigo le había abierto los ojos nada más había nombrado la triple tila en su despacho.

—¿Qué más te ha contado David?

—Muchas e interesantes cosas que han dado, de sí, conversaciones de dos días. También me partió el corazón cuando me narró tu tristeza y lo mal que lo habías pasado por mi culpa... No te preocupes; me llevé un rapapolvo por ser mala persona, por hacerte sufrir, y por un sinfín de cosas más...

—Bien por David... ¿Supo él, todo el tiempo, que tú fuiste el responsable de mi vuelta?

—Él intuía que yo tramaba algo; no quiso saber los pormenores por si le caía una bronca tuya. Visto lo visto, hizo bien. ¡Ah! Ya sé cómo te voy a llamar... Amor.

—Suenas prometedor, míster Increíble...

—Lucía, te amo. No quiero y no puedo vivir lejos de ti.

—¿No me lo podías haber dicho antes? ¡Tenías que dejarme ir y hacerme volver a la fuerza!

—Comencé un acercamiento sutil: ir a la piscina en tus horas, ir a verte al teatro, rosas... Y justo cuando había decidido por completo volver a conquistarte, desapareces, literalmente, del centro... No podía consentirlo...

—Me has hecho mucho daño estas semanas pasadas...

—Lo sé, me odio por ello. El peor momento de nuestra separación fue el día que vi que un tío se quería aprovechar de ti en el Fresh. No pude remediarlo, tuve que ir darle su merecido... Esa noche no te quité los ojos de encima y... Bueno, si te hubiera llegado a tocar un solo pelo de la cabeza cuando le soltaste el sopapo, lo hubiera matado. Estaba lleno de ira, enfadado contigo por ir vestida así. Celoso. No quería que nadie, excepto yo, te viese así. Cuando lo eché del *pub*, no te miré; estaba furioso, como tú ayer cuando llegaste. Pensé que estabas bien, que no te habías hecho daño y, cuando vi la venda en tu mano..., me sentí morir. Además, la amenaza de David, esa misma noche..., también fue mortal. Yo te había insinuado que todo era culpa de ir vestida como... como...

—¿Una buscona?

—No, pero... estabas tan provocativa... Estaba muerto de celos. Cuando entraste en clase con la mano vendada..., me partió el corazón no haber cuidado de ti... Debí haber sido yo quien te hubiera llevado al hospital, no David...

—¡Vaya!, veo que también te lo ha contado.

—Me lo ha desvelado todo prácticamente... En ese momento supe que jamás podría dejar de preocuparme por ti... Intenté olvidarte por todos los medios, me sentía traicionado...

—¿Traicionado? ¿Tú sabes cómo me has hecho sentir a mí?

—Amor, me abandonaste en una cafetería y te metiste en casa de Ángelo. —Mira, ya se sabía su nombre—. ¿Qué querías que pensara...?

—No pasó nada. Me puse celosa de la chica alemana y sabía que me buscarías por todas partes, menos en casa del italiano.

—¿De don Importante? Que sepas que mandé allí a María.

—Lo sé y veo que David no ha escatimado en detalles...

—Amor, hemos jugado al ratón y al gato mucho tiempo. No quiero jugar más...

—Esas palabras me suenan... Diría que son mías y tengo que matizarte dos cosas.

—¿Contigo no voy a ganar nunca, verdad? ¿Las discusiones serán victorias para ti siempre?

—Me temo que sí.

—Venga, matiza...

—Pablo, no soy de las que se somete a un hombre... más bien todo lo contrario... Eso implica que voy a vestir como me dé la gana; intentaré no hacerte sentir celoso, en la medida que tú hagas lo mismo... No me veas como una posesión, porque no lo soy... Cuando tengamos una discusión, te prometo contener mis gritos y mi genio; tú deberás evitar volver a hacer como que no existo y que

nunca he existido. Trataremos de solucionar los conflictos que surjan, como hacen todas las parejas, ¿de acuerdo?

—¿Es compromiso lo que asoma en tus matizaciones? ¿Asumo, entonces, que esto no ha sido solo una noche de sexo, pasión y lujuria...?

—Sí, es hora de iniciar una verdadera relación contigo. Tenías razón: soy de las que lo quieren todo, y lo quiero todo contigo.

—Qué bien suena eso. Sabes que, tarde o temprano, querré ponerte un anillo en el dedo, ¿no?

—Debo advertirte que no soy de bodas, bautizos y comuniones...

—Sí, sí lo eres; lo que pasa es que aún no lo sabes.

—¿Lo eres tú?

—Creía que no, hasta que llegaste.

—¿Y qué pasa con Sandra?

—Nada. Está fuera de mi vida definitivamente.

—¿Te has acostado con ella?

—Sí, pero hace muchos años.

—¿Seguro?

—Deberías saber una cosa de mí: soy como David.

—¿Gay? —Le sonreí...

—Nooo, nunca miento, tampoco tengo complejos y me importa una mierda lo que piensen los demás de mí. De ahí que te haya dejado chillarme delante de muchos alumnos del centro. Tu actitud no ha hecho más que dar crédito a mi fama de mujeriego con el alumnado... Tendrás que lidiar con ello ahora; durante un tiempo seré la comidilla de todos.

—No me importa. Pero, entonces, ¿no te has acostado recientemente con ella?

—¿Qué te acabo de decir...?

—Me cuesta creer que ella no lo haya intentado. Yo, en su lugar, habría insistido... mucho, mucho, mucho... Vamos que, si soy yo, no te escapabas...

—Sí, ha insistido, pero yo no quería. Aunque te cueste creerlo, no me acuesto con todo lo que se mueve. Soy muy exigente; tú eres la prueba de ello. —Me sonrojé—. Me dijo que estaba harta de jugar, y debía decidir. O tú o ella...

—¿Yo?

—Sospechaba que no te había olvidado; la cosa le quedó confirmada desde lo de la pelea de la discoteca... Se hizo la sueca pero, cuando vio que te pregunté por la mano..., ahí ya me dio un ultimátum... O me acostaba con ella o se terminaba nuestra relación para siempre. Como adivinarás... la relación se terminó.

—¿Por qué la buscaste a ella?

—Quería hacerte sufrir.

—A mí nunca me has llevado en tu moto... —Salió la malcriada que llevaba dentro.

—Ni en mi moto, ni en mi coche, ni en mi barco... ni en mis cuatro ruedas porque tú preferiste

irte con David aquella noche.

—¡Vaya! Lo recuerdas... Y por cierto, vienes con muchos accesorios.

—¿El qué?

—Que tienes muchos medios de transporte. Por curiosidad, ¿dónde tienes el barco?

—En un sitio que, según me han comentado, tú conoces muy bien...

—¿Dónde?

—En el Real Club Náutico de Dénia. —Me sonrió; no lo hubiera adivinado en la vida. Era una señal.

—¿Conoces Dénia?

—Voy allí para coger el barco y pongo rumbo a Ibiza...

—Veo que no la conoces; entonces... hay que remediarlo... Te encantará; lo sé.

—Me encantan todos los sitios donde tú estés. Haremos una cosa...: tú me enseñarás Dénia y yo te mostraré Ibiza, la conozco muy bien...

—Se me ocurre una alternativa a tu proposición...

—Ardo en deseos de conocerla. —Se mordía el labio, se hacía el interesante. ¡Qué guapo era!, y era todo para mí. Le había acabado de decir que no me tratara como una posesión y yo lo estaba haciendo... No tenía remedio.

—Yo te llevaré a Ibiza, y tú me la muestras.

—¿Sabes llevar un barco?

—No sé la eslora que tendrá, pero mi padre me hizo sacar el PER.

—Con ese permiso te sobra... Eres una caja de sorpresas.

—Pues, cuando quieras, te doy una vuelta en moto...

—¿También sabes llevar moto?

—Todas las cilindradas. Te aviso que mi padre no ha criado a una mujer dependiente de un hombre... Bueno, ni de un hombre ni de nadie...

—Es lo que más me gusta de ti: que no me tienes ni pizca de miedo. Lo supe cuando entraste en mi despacho la primera vez. No te arrinconaste... sacaste las garras. Me impactó verte en chándal y sin arreglar... Supongo que no hubiera esperado menos de ti.

—Sabía que sería un buen golpe de efecto... Imaginaba que todas a las que habías llamado a tutoría se arreglaban mucho para llamar tu atención... Yo usé la táctica contraria.

—Y funcionó... Aunque te parezca mentira, no he tenido tutorías. Tú eres la primera; no las he necesitado.

—¿Quieres decir que, con mirar a tus víctimas, hacías que se les cayesen las bragas, o qué?

—Pues contigo me ha funcionado... Te recuerdo que van dos de dos...

—¿Qué? —Si yo se lo había puesto difícil...

—Las dos veces entré por esa puerta, me esperaste sin... sin nada, vamos, y con el mismo camisón.

—Tienes buena memoria, y las dos veces fueron casualidades.

—No te creo... Y cuando se trata de ti, siempre lo recuerdo todo. Por cierto, Ángelo también me dio un repaso. Has notado que ya sé su nombre, ¿no?

—¿Ángelo?, ¿cuándo? Sí, ya lo había notado.

—La noche en la que te saqué a aquel subnormal de encima, debo confesarte que me quedé helado al ver a tu amiga y al italiano enrollados. Ahí supe que no había nada entre vosotros; dos amigas no suelen compartir a un tío que se ha acostado con la otra...

—Así que no creíste en mi palabra hasta que los viste juntos... Ya veo lo que confías en mí...

—No es eso. Es que no me lo esperaba... No sé.

—¿Y qué te dijo Ángelo?

—Que ahora sí era un tío de mierda por haberte dejado escapar. Si el caso de Liverpool hubiera sido al revés, es decir, que tú lo hubieses dejado a él tirado en la cafetería y te hubieses refugiado en mi casa..., pues que él, después de oír que lo querías, habría vuelto a tu lado sin condiciones... Me dio en qué pensar...

—No quiero recordar más ese mal momento... Y dime: ¿por qué tardaste tanto ayer en subir a buscarme?

—Porque tuve que recoger todos los papeles del suelo, reordenar tu desastre e ir a ducharme. Te recuerdo que no me diste más que diez minutos para ir al despacho. Temía tu reacción si te hacía esperar, amor. Eres una loba; me encanta.

—¿Cómo sabías que subir a mi habitación te daría este resultado? Te pude haber dado con la puerta en las narices. Y siento lo de la mesa..., estoy avergonzada.

—Mujer, eres demasiado temperamental. Quiero que sepas que me presenté ante tu puerta con la intención de explicarte la situación; quería que supieras que la única opción que me había quedado para volver a traerte y hablar contigo era el suspenso. Así seguro que te sacaban del programa. Barajé la posibilidad de presentarme en Mónaco, pero intuía que allí sí me darías con la puerta en las narices. El teléfono también estaba descartado; siempre me cuelgas, por lo que la única solución era hacerte venir a ti y que me buscaras para pedirme explicaciones... Un plan infalible... Además, era preciso que hablase contigo; la solución estaba clara. Sabía que vendrías furiosa, y más cuando te enteraras de que había sido cosa mía... Pero nunca imagine esa proporción de ira...

—Eran amor y sexo frustrados; por algún lado debían salir...

—Ya veo ya. Total que, cuando abriste la puerta..., en vez de decirte que estaba loco por ti y que te amaba, lo mejor era demostrártelo. Un hecho vale más que mil palabras.

—¿Sabías que te correspondería? Me admira la seguridad que tienes en ti mismo.

—No lo sabía, esperaba que continuaras loca por mí, igual que yo lo estoy por ti. Y así ha sido... Espero haber cumplido tus expectativas sexuales, creo que esto es justo lo que hubiera pasado aquella noche que te dejé sola aquí mismo y me fui cuatro meses... Que, al final, gracias a mi interés por volver a verte, fue menos tiempo. Quiero que sepas que, después de lo de Liverpool, trabajé más duro para volverte a ver pronto.

—Para hacerme daño cara a cara, ¿no?

—Lucía, deseaba verte. Estaba tremendamente disgustado, pero quería estar cerca de ti.

—Si no me mirabas... Y cuando fui a tu despacho..., me clavaste un puñal afilado sin piedad ni remordimientos.

—No sabes lo que me costó decir aquella frase... Era algo así como «un caso de vida o muerte». Creo que se te quedó grabada a ti también; me lo confirmaste el día que te pregunté por tu mano y que me dejaste solo hablando en el pasillo.

—Tu chica te llamaba...

—Calla, no me recuerdes... Siento haberte hecho daño. Si te consuela, yo sufría también, me moría al ver que no insistías más en mí. Deseaba que volvieras a intentar acercarte para decirte: «Sí». Mi orgullo me ha costado caro; menos mal que nunca es tarde. Te diste por vencida tan fácilmente...

—Pablo, no me diste opción. Aquella noche que te dije que te quería, si me hubieras dejado hablar, te habrías dado cuenta de que no mentía. Con Ángelo no pasó nada. Por teléfono tuve muchas ganas de narrarte una historia.

—¿Qué historia? —Estaba intrigado. Era extraño que no se mostrara divertido; denotaba interés puro y duro.

—Esta que viene a continuación. Había una vez un profesor, el hombre más guapo que Lucía había visto jamás. Envuelto en un sinfín de capas que le ocultaban a ella de poder ver su verdadero fondo hasta el final del cuento de hadas. Se trataba de un apasionado del deporte, con un interés especial en la natación. Un hombre sensato, honrado, al que la fortuna le había dado el don, o la mala suerte, según se mire, de la prepotencia. Ese profesor era un hombre sencillo que aparentaba mucha complicación. La protagonista se quedó prendada de él en el primer minuto de su clase. Sus ojos verdes, su seguridad la cautivaron. Aunque Lucía era una chica muy segura de sí misma y sabía que se podría permitir fantasear con él, estaba convencida de que nunca se fijaría en una mujer como ella habiendo tantas otras mujeres a su alrededor.

—¡Qué equivocada estabas! —Sonreía y me acariciaba el rostro.

—¡Shhh! Recibió una carta desgarradora en la que el profesor le confesó sus auténticos sentimientos. Hubo un apartado que no era cierto en ella. Lucía sí conocía a su amado; si bien es cierto, le atribuía una personalidad que era fruto, únicamente, de las inseguridades de ella.

—Eso ya lo sabía...

—Pablo, te diviertes con los conflictos, tienes una seguridad envidiable en ti mismo, nunca te importa lo que los demás piensen de ti...

—Amor, solo cuenta tu opinión...

—Te gusta nadar en el primer carril de la piscina porque desde ahí controlas cuando yo llego. Si yo te miraba el culo, no era casualidad que tú tuvieras buenos primeros planos de mi escote, puesto que siempre intentaba salir por la escalera, y no por los escalones, cuando tú estabas frente a mí.

—Algo de eso sospechaba... —No se dejaba sorprender, pero lo cierto era que no se esperaba estas revelaciones; lo notaba.

—He intentado, por todos los medios, negar mi afecto hacia ti, ya lo sabes. pero mis actos decían otra cosa. Sin querer me lanzaba a coquetear contigo...

Me giró hacia él. Estaba recostada sobre su brazo y tenía su pecho frente a mi cara. Él no paraba de acariciarme la espalda, y me encantaba. Llevamos así toda la conversación prácticamente. Era una gozada estar entre sus brazos; era tal y como me lo había imaginado. Incliné la cabeza para buscar su mirada y poder ver su reacción ante mi historia. No tardó en apretarme hacia su pecho y bajó la cabeza con el fin de besarme, para demostrar que me quería. Yo le devolví el beso.

—Pablo..., yo... —Estaba preocupada.

—Dime. Quiero que me lo cuentes todo; no tengamos secretos... ¿Qué te preocupa? —Lo había notado.

—Te quiero, estoy locamente enamorada de ti... No quiero que me hagas daño, no lo soportaría... He probado vivir sin ti y no me ha gustado la experiencia, y siento haberte hecho daño también...

—Tienes, entonces, el mismo temor que yo... Te juro que jamás te haré mal alguno. Haz tú lo mismo. Sé que eres más dura y más fuerte que yo, y eso me asusta. Si hubieras insistido en mí una vez más, yo hubiera sido tuyo... Sé que, a la inversa, a mí me habría costado más de una docena de intentos...

—No tantos. Yo, en Liverpool, ya era toda para ti... La alemana me hizo dudar. y yo también me odio por ello. Pablo...

—Dime, amor...

—Tengo ganas de saber cómo eres realmente sin todas esas capas de las que te hablaba anteriormente...

—No soy más de lo que ves ahora...

—Han pasado muchas mujeres por tu vida... Siempre estaré celosa de ellas.

—No tienes motivo. Eres estupenda, con un físico que antes me enamoraba. pero que ahora me vuelve loco. Además, según creo.... tú no me dejas muy atrás en tus conquistas...

—¿Yo? ¿Por?

—Sí, tú. Recuerdo una conversación en la que aparecían unas esposas y una venda para los ojos...

—Sí... Algún día te lo enseñaré, si te portas bien...

—¿Por qué no ahora? ¿Es que no tienes esposas y una venda? —Me estaba desafiando; lo notaba. Me estaba pidiendo guerra a gritos...

—Tengo hambre, pero... puedo aguantar hasta después...

—¿Tienes unas esposas y una cinta en serio? —Estaba alucinando en colores.

—Como has dicho..., soy una caja de sorpresas. No sabes dónde te has metido, mister

Increíble... Te va a encantar...

—Y cuando creo que no me puedes fascinar más, lo vuelves a conseguir... Amor...

En un abrir y cerrar de ojos, estaba atado a la cama y con una venda en los ojos...

Agradecimientos

Para ti, mi editora Lola Gude. Siempre podré presumir de que una juez del premio Vergara me abrió las puertas de Penguin Random House.

Si te ha gustado
¿Serás un error, Pablo?
te recomendamos comenzar a leer
Amor y desamor
de *Encarna Magín*



Capítulo 1

Era de noche, una noche sin luna. La oscuridad se había convertido en un océano de incertidumbre en el ambiente.

Javier Abelló conducía a un ritmo lento su Audi plateado por una carretera con muchas curvas, parecían olas de asfalto que debía sortear como si fuera un buen marinero. Tenía todos los sentidos puestos en la conducción y agarraba con firmeza el volante, como si aquella muestra de fuerza pudiera darle la seguridad que le faltaba. No era que fuera un mal conductor, al contrario, tampoco había ingerido alcohol, sino que estaba cansado por la falta de sueño, porque había estado enfrascado, durante la última semana, en los preparativos de un viaje a un congreso de Medicina en Estados Unidos. Y eso, sumado a que era casi la una de la madrugada, había hecho mella en su cuerpo alto y delgado. Necesitaba su cama, lanzarse sobre el colchón como en una piscina y dormir durante horas y más horas.

Maldijo en voz baja, ya que se arrepentía de no haber aceptado la invitación de su amigo Iván de quedarse a pasar la noche en su casa. La culpa la había tenido Cristina García, ¡estaba harto de tenerla pegada como a una garrapata! Suerte que la perdería de vista durante una buena temporada, o para siempre, pues no solo aprovecharía para acudir al congreso, sino para encontrar casa y establecerse en alguna ciudad. Pero si algún día regresaba, esperaba encontrársela casada con un chaval de su edad y que este fuera de Valleverde.

De pronto detectó un ligero movimiento en su espalda, como si hubiera alguien detrás de su asiento y lo sacudiera, pero lo adujo a su cansancio. Aun así, no pudo evitar echar una mirada por el retrovisor, más por instinto que por curiosidad, y cuál fue su sorpresa cuando vio el rostro de Cris. ¡La muy inconsciente se había escondido en su auto!

—¡Maldita sea, Cris! —explotó el hombre girando el cuello para mirarla de frente, taladrándola con su mirada gris.

Solo fue un segundo que dejó de prestar atención a la carretera, el suficiente para perder el control del coche.

—¡Cuidado! —exclamó la chica al ver que salían del asfalto.

No pudo controlar su miedo y gritó a pleno pulmón mientras Javi intentaba recuperar el control. Este dio un golpe de volante en sentido contrario al precipicio al cual se acercaban, pero era tarde, ya el vehículo había salido de la carretera asfaltada y los neumáticos derraparon por la gravilla. Los faros iluminaron el vacío y Javi temió lo peor al tiempo que frenaba. No pudo evitar el desastre y su vehículo se precipitó montaña abajo en una carrera sin control, dando bandazos a derecha e izquierda.

Diez horas antes

Javier Abelló detuvo su Audi Plateado en el arcén de una carretera poco transitada y salió del vehículo. Caminó pendiente arriba y no se detuvo hasta llegar al lugar más alto. Desde allí arriba

se percataba de lo grande que era el mundo y de lo pequeño que era él. Observó con sus ojos grises, abiertos como si quisiera comerse el paisaje, los montes de hayas, robles y pinos. Hacía un día espléndido de verano, soplaba un aire agradable y, bajo un cielo de un azul impecable, a los pies de los bosques, brillaba la hierba verde en los prados, que acariciaba las panzas blancas de las vacas. Pastaban tranquilamente mientras los pájaros volaban de árbol en árbol en busca de algún insecto con que llenar su gástrico. Las mariposas aleteaban en el aire sobre las flores de colores y las abejas buscaban el néctar entre los estambres amarillos. La peculiaridad de Valleverde era que sus veranos no eran muy cálidos y daba la sensación de vivir una eterna primavera. Aunque siempre solía darse algún pico de calor, sobre todo en julio, pero duraba poco. En contra, los inviernos solían ser bastante crudos.

Respiró con profundidad varias veces. El aire puro de Valleverde impregnaba de frescura y verdad su espíritu. La paz que encontraba en aquellas montañas lo revitalizaba; quizá sería lo que más echaría de menos cuando se marchara durante varios años.

A pesar de pertenecer a una familia adinerada y de haber nacido con un pan bajo el brazo, había tenido que pelear para hacerse un hueco en la sociedad. Una lucha no exenta de heridas que, si bien no sangraban, habían dejado cicatrices. Su padre había sido un reconocido abogado de Barcelona y, desde pequeño, lo educaron para seguir con la tradición familiar. Siendo un niño, jamás tuvo una oportunidad, no le dejaron escoger su futuro cuando su anhelo más íntimo era estudiar Medicina y no le quedó otra alternativa que la de asentir a cada orden paterna.

Su progenitor siempre fue un hombre severo, de mirada penetrante que enmudecía las bocas al instante y llenaba el ambiente de silencios fríos, como si el aire glacial hubiera entrado por la puerta. Su madre nunca tuvo ni voz ni voto; vivía a la sombra de un marido controlador, al que temía. Nunca se enfrentó a él y murió joven debido a una larga enfermedad. Él apenas tenía unos cuatro años; por aquel entonces no entendía que la muerte era un adiós para siempre. Aún se acordaba cuando esperaba encontrar a su madre al levantarse por las mañanas, pues creía que estaba en el hospital y que la muerte se trataba de una enfermedad. Hasta que un día comprendió que la muerte no tenía curación y que era eterna.

Javi no quiso pensar más en el pasado y se dirigió al auto. Se obligó a no mirar el paisaje, ya que lo distraía de la conducción y en aquellas carreteras abundaban las curvas y los precipicios; toda precaución era poca. Iba a casa de su amigo Iván Mayer, al que quería como al hermano que nunca tuvo. Ser hijo único había sido otra de las frustraciones con las que había cargado en su vida. Iván y él se conocían de niños, acudían al mismo colegio privado, pero fue en la universidad cuando se reencontraron. Entre libros y travesuras forjaron un fuerte vínculo. Su amistad con Iván había marcado un antes y un después, lo hizo más fuerte, más seguro de sí mismo y le había dado esperanzas en un mundo que siempre había visto gris.

No tardó en llegar a una casa sencilla de aire campestre muy acogedora. Iván vivía allí con su mujer, Lucía Olmos, y el hijo de ambos, Pere, de casi siete años de edad. Javi, a sus casi treinta y cinco primaveras, por fin había tomado la decisión de partir hacia tierras lejanas y no quería irse

sin despedirse de sus amigos. Tenía la necesidad de dedicar una parte de su vida a nuevos retos, y empezaría en Estados Unidos en un congreso. Quería establecerse en algún pueblo perdido de la mano de Dios —cuanto más rural y tranquilo mucho mejor— y crear una pequeña consulta. Era algo con lo que siempre había soñado y llevaba varios meses planeándolo. De hecho, quienes le había dado el último empujón habían sido Iván y Norma, una integrante de Los Hijos de la Luz, que curaba utilizando las propiedades de las plantas que recolectaba. Ella le había enseñado un mundo que sus colegas de oficio rechazaban. Sin embargo, él lo veía como un complemento a sus conocimientos y se sentía feliz porque se llevaba lo mejor de los dos mundos. Por un lado, los métodos que había adquirido a través de los libros. Por otro, la sabiduría ancestral que le había transmitido Norma.

Javi encontró a Iván cogiendo los primeros tomates de la temporada del huerto. Lucía se había acercado al hogar de su hermano Abel y se había llevado a Pere. El niño se llevaba muy bien con sus primas pequeñas, a las que cuidaba con cariño, a pesar de su corta edad. Casi podía decirse que actuaba como si fuera el hermano mayor.

—No tardarán en llegar —dijo Iván dejando el cesto con los tomates en el suelo—. Hoy te quedas a cenar, tienes que probar estos tomates. No puedes negarte, estaremos meses, o años, sin vernos. Podrías habernos avisado antes, ¡esto no se hace, Javi!

—Quería evitar entristecernos, es mejor así.

—No es cierto.

—Siempre que pueda os llamaré para saber cómo os va la vida —dijo su amigo. Su cabello peinado desenfadadamente hacia atrás, en un tono rubio oscuro, brillaba bajo el sol de la tarde—. Nos mantendremos en contacto, te lo prometo.

—¡Eso espero, o si no, te iré a buscar! De todos modos, estoy enfadado contigo, no me dijiste que tu padre había muerto, me hubiera gustado apoyarte y estar contigo un momento tan doloroso.

Javi no dijo nada, se limitó a contemplar el huerto. Parecía un hermoso y variado jardín: perejil, tomateras, lechugas, judías, pepinos, berenjenas, pimientos... No le extrañaba que su amigo hubiera cambiado la selva de asfalto por la vida en el campo.

—No lloré su muerte —dijo al fin Javi—. Me siento inhumano por no haber derramado una lágrima. En realidad, no le dije a nadie que falleció, me limité a publicar una esquela en las necrológicas de la prensa. Me consta que hubo gente que se enteró, pero no acudieron al entierro, apenas vino nadie, y quien lo hizo, fue por compromiso, no porque lo sintiera de verdad. Pero no los juzgaré, yo me sentía igual.

Iván se compadeció de su amigo y le apretó el hombro en un gesto reconfortante. En el fondo lo entendía.

—Tu padre no se hizo querer, es normal que ni sus más allegados quisieran darle el último adiós.

—Apenas éramos cuatro gatos en el funeral. Me di cuenta de lo solo que estaba cuando me trasladé de mi piso de Barcelona a la mansión de la familia para cuidarlo y nadie lo vino a visitar.

Fueron tristes y solitarios sus últimos días.

—Estuviste tú con él, no estuvo del todo solo.

—¿Te crees que le importó que estuviera o no? ¡A él no le importaba nada de eso, ni que fuera a visitarlo! No sé por qué no me marché cuando me lo dijo. No me quería a su lado, pero un hijo nunca abandona a su padre, aunque este no lo merezca. La verdad es que nunca me vio como un hijo, era solo un medio para conseguir sus propios objetivos.

—No le des más vueltas, no vale la pena.

—Por más que me esfuerzo no logro recordar ninguna situación con mi padre en la que pueda sonreír. Su mirada era una sentencia de condena, su boca se abría solo para ordenar, y así fue hasta su último aliento.

—Pero lograste plantarle cara.

—Gracias a ti, que me salvaste de mí mismo. Entonces levanté la cabeza y trabajé para alcanzar mis sueños, no los de él.

—Fuiste muy valiente, agrádecele a tu padre haberte obligado a estudiar Derecho, ¡gracias a eso nos reencontramos!

—Cambiemos de tema y hablemos de cosas alegres, ¿qué tal te va todo?

—Muy bien, sigo con mis proyectos de construcciones de casas en lugares que las necesitan. Investigo los recursos que tienen en sus países de origen para que resulten económicas y no tengamos que exportar materiales. Sin Lucía no hubiera podido hacerlo.

—¿Aún es la profesora de la comunidad?

—Sí, es algo con lo que disfruta. Sabes, esperamos otro hijo, ¡soy tan feliz, pero tan feliz que no acabo de creérmelo!

—¡Felicidades, amigo! —exclamó abrazándolo.

—La vida es maravillosa si observas lo blanco y no lo negro.

Javi sonrió, su compañero siempre veía lo positivo en todo y era reconfortante pensar de aquella manera. Reconocía que a él le costaba, aun así, se esforzaría por cambiar, pues la actitud que se mantenía frente a la vida separaba la frustración de la felicidad.

Iván y Javi se sentaron en un banco de piedra que había bajo una higuera repleta de higos, todavía por madurar. Javi era un hombre alto, ligeramente corpulento y atractivo, de semblante serio, mostraba una rectitud muy típica en los abogados. En realidad, era lo único que conservaba de aquella etapa que no le gustaba recordar, pues, por aquel entonces, cometió el error de acallar su frustración con las drogas. Su suerte había sido Iván, que lo ayudó a salir de aquella pesadilla y lo animó, junto a Lucía, a que cursara la carrera de Medicina.

En cambio, Iván era alto y robusto, poseía unas facciones duras y su pelo negro alborotado aún resaltaba más ese rasgo. Sin embargo, sus ojos azules, que brillaban paz como el cielo de encima de sus cabezas, suavizaban un rostro feroz. No siempre había sido así, pues Iván, en el pasado, antes de conocer a su esposa, era un ser sin escrúpulos de mirada perturbadora y fría. Solo el amor de Lucía, un ángel que se cruzó en su camino, pudo cambiar a un hombre que tenía un pasaje

directo al Infierno.

—Te echaré de menos —dijo Iván en un tono triste—. Ahora me arrepiento de haberte animado a cumplir tu sueño.

El sonido de un coche fue en aumento a medida que se acercaba al hogar. Los hombres dieron por hecho de que se trataba de Abel, que traía de vuelta a Lucía y al pequeño Pere. Ambos fueron a la parte delantera de la casa, pues el huerto estaba en la trasera. Pero no solo llegaban los que esperaban, sino que entre ellos estaba Cristina García, la cuñada de Abel. Se sorprendieron, pues no contaban con ella, una casualidad incómoda para Javi, que no pudo evitar que un gruñido de frustración saliera de su boca. Iván disimuló no haberlo escuchado, mejor así que provocar una situación incómoda. Era sabido el amor que la chica sentía por Javi, un sentimiento no recíproco y que agobiaba al hombre. Él nunca sintió atracción por ella; consideraba que los casi quince años de diferencia eran una barrera insuperable. Además, la veía como a una niña y no como a una mujer.

Por su parte, Cris no disimulaba su atracción por Javi. Siempre que lo tenía cerca su rostro resplandecía de felicidad, que no era muy a menudo, pues Javi solo se acercaba a Valleverde para visitar a sus amigos o para ayudar a Norma o a Iván. De modo que, cuando la muchacha lo veía, aprovechaba para hacerle saber sus sentimientos, sabiendo que se marcharía de nuevo durante días o semanas.

Cris no hacía caso a sus allegados que le sugerían que lo dejara tranquilo, que el amor no se imponía, que debía esperar a que naciera libremente. Pero la muchacha, demasiado ansiosa por cumplir su sueño, se limitaba a contestarles que Javi algún día se casaría con ella, porque así estaba predestinado desde que nacieron. Siempre explicaba que un día tuvo un sueño premonitorio donde salía un hombre desconocido que le decía que eran almas gemelas. Cuál fue su sorpresa cuando, a los pocos días, ese hombre apareció en la boda de su hermana Eli. Casi se desmayó de dicha, pues nada más verlo quedó atrapada en una sensación agradable que acariciaba su interior como si fueran pétalos de rosa. De eso hacía aproximadamente dos años.

Cris pertenecía a Los Hijos de la Luz, una comunidad religiosa afincada en Valleverde desde hacía siglos. Ellos tenían una visión diferente sobre el mundo divino. Para sus integrantes, el catolicismo empujaba a sus feligreses a buscar a Cristo en el exterior. No por ir cada domingo a misa cualquiera se ganaba el Cielo. De nada servía recitar los mandamientos si boca adentro no se cumplía ninguno.

Los Hijos de la Luz consideraban que todo ser humano llevaba un ejército de energías divinas en el interior, atrapadas por otras oscuras a las que nombraban egos, que había que eliminar para que las luces puras pudieran expresarse. Su objetivo era crecer espiritualmente por dentro, solo así se conseguía llegar al Cielo. La comunidad se guiaba por las enseñanzas que Jesús había dejado antes de que fuera crucificado. Su sacrificio en la cruz no había sido en vano y había dejado lecciones escondidas en símbolos y leyendas.

Por ello no era de extrañar que Cris creyera, de verdad, que Javi era su alma gemela, su

destino, su futuro, su complemento para crecer por dentro. Pero debido a su inexperiencia con los varones, no sabía canalizar su sentimiento y, en vez de acercarlo a ella, lo separaba cada día más. Si Javi perteneciera a Los Hijos de la Luz, sin duda estarían casados debido a que ambos creerían en los lazos del destino. Sin embargo, no era ese el caso, pues él no pertenecía a la comunidad, aunque tenía muchos amigos como Abel, Eli, Norma y otros tantos que sí formaban parte. Si bien respetaba sus creencias, no las entendía porque nunca las había experimentado, de modo que no le daba importancia al sueño de Cris. Consideraba que la chica se dejaba arrastrar por un romanticismo mágico en el que él no creía.

Lucía se fundió en un abrazo afectuoso con Javi nada más salir del coche, Pere imitó a su madre y se alegró de ver al que nombraba tío Javi.

—¡Hola, Javi, me alegro de verte por aquí! —saludó también Abel palmeándole los hombros.

—¿Qué tal tu mujer e hijas?

—Eli, cada día más hermosa; mi hija María ha heredado la belleza de su madre, y las gemelas son tan traviesas... —se llevó la mano a su cabello dorado— que me ha salido alguna cana. Y tú, ¿qué haces por aquí?

—Vengo a despedirme, me voy a Estados Unidos, puede ser que no regrese, todo depende de cómo me vaya por allí.

Javi se tomó unos largos segundos para hacerle un resumen de sus futuros planes. Abel sonreía, se sentía muy contento por su amigo, pues sabía lo importante que era cumplir aquel sueño y no tardó en felicitarlo.

Cris escuchaba atenta y estaba muy lejos de alegrarse.

—¿Así que te vas? —explotó indignada, situándose entre Javi y Abel y mirando al primero con ojos de desconcierto—. ¡No puedes marcharte y desafiar nuestro destino! Yo me iré contigo —soltó con los brazos en jarras—. Te seguiré al fin del mundo, si hace falta.

Iván y Lucía se miraron. Era difícil, para todos en Valleverde, mostrarse ecuanímenes ante una situación que perturbaba por igual a Javi y a Cris; ella, por estar enamorada, y él, por todo lo contrario. Su compañero nunca había tenido novia o pareja, protegía su soledad porque era ahí donde se sentía a salvo. Muchas veces le había comentado su intención de no casarse nunca ni tener hijos. Los problemas que había tenido con su padre le habían dejado una herida profunda y no creía en el matrimonio, y mucho menos en la familia. Iván pensó que el viaje resultaría balsámico para él por muchos motivos, y también para Cris, desde luego. Quizá era la solución. O si no, el destino intervendría, de eso no dudaba.

Javi encarnó las cejas como si maldijera en su interior. Tuvo que controlarse para no enfadarse con Cris y apretó los labios a fin de que no se le escapara ninguna palabra. Al fin y al cabo, en un par de días, la perdería de vista; no valía la pena dejarla en evidencia. Además, tampoco quería lastimarla, su conciencia lo censuraría. De modo que echó mano a la diplomacia.

—No creo que tu padre te dejara, Cris.

A la indignación de la muchacha le siguió su puesta en escena: un rictus triste, unos puños

pegados al cuerpo, una mirada de decepción... No obstante, incluso contrariada por el poco interés que él siempre le mostraba, lucía hermosa, su luz no se apagaba. Quien tuviera ojos no podría dejar de admirar la belleza de su rostro. Sus labios gruesos eran una tentación jugosa. Sus ojos, más grandes de lo normal, acogían unas córneas grises rebosantes de vida. Sobre ellos, unas cejas perfiladas rubias profundizaban su mirada.

Al pertenecer a Los Hijos de la Luz vestía una falda negra larga y una camisa blanca de talle sencillo, aunque también podría haberse vestido con un vestido oscuro, que eran las únicas prendas que se les permitía a las mujeres de Los Hijos de la Luz. Su melena rubia rizada la llevaba escondida bajo una capelina clara. Pero, a pesar del atuendo, Cris era una preciosa flor, fresca y primaveral, en plena explosión. No obstante, su constitución pequeña, heredada de su difunta madre, y su carácter inocente provocaban que Javi la viera como a una cría y no como a la mujer de curvas sensuales que quedaban escondidas bajo unas ropas holgadas y oscuras.

—¿Te quedarás a cenar, Javi? —preguntó Lucía intentando desviar la conversación, sin embargo, le salió mal.

—¿Me puedo quedar a cenar con vosotros? —preguntó Cris mirando a Lucía—. Os prepararé limonada, a todos en Valleverde les gusta, me sale muy rica.

—No creo que sea una buena idea —intervino su cuñado—. Tu padre y hermanos se preocuparán.

Cris se dio la vuelta y le rogó con la mirada.

—Por favor, pásate por mi casa y diles que me quedaré a cenar aquí.

—Cris, no insistas...

Abel quiso rebatirle y la miró con sus ojos ambarinos rogándole que lo entendiera, pero ella volvió a hablar.

—Por favor... Javi se va, no lo volveré a ver más, solo quiero pasar un rato con él antes de despedirme. No pido tanto...

Abel suspiró y miró de reojo a su hermana, esta asintió con la cabeza. Después, se centró en su amigo Javi, tenía los labios apretados y había achicado los ojos. Bien sabía que no deseaba tener a Cris cerca, aun así, este tenía la última palabra. Pero, para sorpresa de todos, se resignó y asintió de muy mala gana. Meditó que solo tendría que aguantarla durante la cena; era un sacrificio menor, teniendo en cuenta el alivio que supondría no verla más.

—Está bien —claudicó Abel—, pero después de la cena vendré a buscarte para llevarte a tu casa.

—Puede quedarse a dormir, mañana a primera hora la llevaré yo —sugirió Iván—. Bastante tienes con tus hijas, ya me ocupo yo de Cris.

Al fin todos se dieron por satisfechos y Abel se marchó.

Nadie podrá resistirse a un profesor como Pablo.



A sus veintidós años, Lucía Ballester decide aceptar la propuesta de su padre para ingresar en un prestigioso centro de baile de Madrid. Allí conocerá a un imponente profesor, Pablo, quien es el ídolo de todas las alumnas.

La tensión entre uno y otro comenzará y explotará cuando aparezca en escena un compañero de Lucía.

Celos, drama, juventud...

¿Habrá final feliz?

Verónica Mengual se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compagina su trabajo como redactora del semanario comarcal Canfali Marina Alta de Dénia desde 2006 con su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante, Jane Austen. Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora.

Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Verónica Mengual

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-41-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

¿Serás un error, Pablo?

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Verónica Mengual

Créditos